VIDAS PARALELAS, MUNDOS PARALELOS

Elena Sant Iago

"Dios dio al Sol por esposa a la Tierra y bendijo ese amor cuando creó la Luna.

Así también te creó a ti, mujer, para volcar su vida en el amor humano.

Y para que en el placer de amar encuentre el alma la senda del retorno a donde siempre es hoy, donde no hay devenir.

Porque así como la vida va a la muerte por amor, así el amor resurge de la muerte donde hay un corazón despierto que sepa contenerlo en su amar y en su morir.

Con cada beso muere un poco el alma al olvidar que es vida en el amor.

Y, por lo mismo, con cada beso puede revivir el alma de quien sepa morir.

¡Oh Paradoja de la Creación!

En cada aliento de amor hay un suspiro que es eternidad.

Y en cada caricia también arde el fuego de la muerte y la resurrección.

¡Elevad el amor simple y sencillo a las cimas más altas!
Y que el amar y el besar sean una oración de vida al más íntimo ser que es la verdad y es Dios.

Porque no sois vosotros los que amáis, sino el amor del Padre que se agita en vosotros.

Vuestra será su más poderosa bendición si en cada beso que dais y recibís santificáis su nombre, guardando su presencia en vuestros más íntimos anhelos.

Y en vuestro amor, buscad también primero el Reino de Dios y su Justicia, que todo lo demás, aún la dicha de ser, os será dada por añadidura.

Y no temáis amar; antes temed a quien pueda convertir vuestro amor en prejuicio o maldad.
Haced de vuestra unión un camino sereno hacia los cielos.

En tanto que llevéis su presencia en vuestros corazones, estaréis en verdad amando a Dios por sobre todas las cosas a la vez que os amáis los unos a los otros.

Y en el instante de vuestra suprema dicha, seréis uno con Él y con su Creación".

"El Vuelo de la Serpiente Emplumada"

ÍNDICE:

Capítulo 1: El regreso ---------- Página 3
Capítulo 2: Extrañas novedades ---------- Página 8
Capítulo 3: Un encuentro inesperado ---------- Página 13
Capítulo 4: Confesiones ---------- Página 20
Capítulo 5: Un descubrimiento asombroso ---------- Página 26
Capítulo 6: Un paseo por fuerte real ---------- Página 32
Capítulo 7: Haciendo planes ---------- Página 36
Capítulo 8: Provocaciones y perdón ---------- Página 41
Capítulo 9: Autoconocimiento e inquietudes ---------- Página 48
Capítulo 10: El nacimiento de un nuevo ser ---------- Página 53
Capítulo 11: La montaña, el lago y la sima ---------- Página 58
Capítulo 12: El rescate ---------- Página 64
Capítulo 13: Visitando a Perístera ---------- Página 68
Capítulo 14: Empieza el trabajo en el consultorio ---------- Página 74
Capítulo 15: Energías y espiritualidad ---------- Página 81
Capítulo 16: Alguien más regresa ---------- Página 87
Capítulo 17: Desengaños e ilusiones ---------- Página 90
Capítulo 18: La prueba de Tulia ---------- Página 96
Capítulo 19: Mundos Paralelos ---------- Página 100
Capítulo 20: Lo que es conveniente y lo que no ---------- Página 105
Capítulo 21: El libro de la ermita ---------- Página 110
Capítulo 22: Las recién llegadas ---------- Página 114
Capítulo 23: El misterio de la ermita ---------- Página 118
Capítulo 24: Una mañana concurrida ---------- Página 122
Capítulo 25: Sentimientos ocultos y sentimientos evidentes ------ Página 126
Capítulo 26: Impresiones ---------- Página 130
Capítulo 27: Pensamientos negativos ---------- Página 134
Capítulo 28: Imprudencias ---------- Página 138
Capítulo 29: La pareja perfecta ---------- Página 142
Capítulo 30: Días alegres y días difíciles ---------- Página 147
Capítulo 31: Un encuentro inesperado… de nuevo ---------- Página 151
Capítulo final: Conclusión ---------- Página 154

CAPÍTULO 1
EL REGRESO

Heliodora regresaba por fin a "Villalta de Pinares". Había estado trabajando en un hospital privado de la capital durante dos años, pero finalmente había conseguido la plaza en su pueblo natal.

Mirando a través de los cristales del autobús pensaba en la dualidad de sus sentimientos con respecto a su nueva condición.

Por un lado era claro que se sentía contenta de volver. Había pasado los últimos cinco años viviendo en casa de una hermana de su madre. Los tres primeros, mientras terminaba sus estudios. Durante estos años, su tía aún estaba casada, pero después de una temporada de grandes discusiones, el matrimonio terminó y Heliodora fue la única compañía de su pariente.

Por supuesto, para la joven, toda aquella situación fue muy difícil, y en muchas ocasiones deseó fervientemente poder escapar de allí para no ser testigo de aquel infierno. Sin embargo, nunca dijo nada ni a sus tíos, para no echar más candela al fuego, ni tampoco a sus padres, para no preocuparlos, ya que la estancia en aquella casa era la posibilidad económica que mejor podían sobrellevar sus padres.

Cuando empezó a trabajar y a tener su propio sueldo, tuvo la oportunidad de buscarse un sitio para vivir aparte, pero entonces su tía estaba tan deprimida, que no fue capaz de dejarla sola.

Los veranos, cuando regresaba a su pueblo, se sentía dichosa. Incluso aunque no tuviera todo el tiempo libre, pues ayudaba a sus padres en la pequeña tienda de su propiedad para que ellos también pudieran descansar un poco, ya que los hermanos de Heliodora tenían sus propias ocupaciones. Pero los ratos que podía, la joven se iba a recorrer, andando o en bicicleta, sola o con sus amigas, los caminos y bosques de los alrededores del pueblo, los cuales se los conocía muy bien.

Pero ahora había conseguido su puesto en su pueblo, y por ello se sentía contenta y agradecida. Sí, agradecida. Porque Heliodora había estudiado para las oposiciones, pero con el trabajo y con la situación poco estable de su tía, apenas podía dedicar un par de horas casi diarias en la preparación de los exámenes. Mas, la joven no había perdido la esperanza en ningún momento, porque pensando que necesitaba algo de enchufe para aprobar y sacar la plaza, no ahorró ningún esfuerzo para dirigirse al que ella sabía que tenía la sartén por el mango, al jefe supremo: a Dios mismo. Pero no a un dios antropomórfico caprichoso, tirano y castigador, sino a su propio Dios interno, su propio Padre interno, amoroso y justo en todo momento. Y parece que le escuchó. En todo caso, Heliodora lo tenía claro, y por eso se sentía agradecida.

Sin embargo, decíamos que en su interior había una dualidad. Y es que también se alejaba de unos amigos muy especiales, que le habían entregado una Enseñanza, la cual le había cambiado su forma de ver la vida, y su manera de vivir. Se sintió algo apenada por aquella separación, pero una de las cosas que había aprendido era la necesidad de reconocer la diferencia entre el verdadero amor, y los apegos, el sentimentalismo y el miedo.

Heliodora pensó que aquél era el gran desafío: después de estar aprendiendo la teoría con aquellos amigos, ya era hora de llevar al terreno de los hechos todo aquel Conocimiento que le había llegado hasta el alma.

Las relaciones con los demás habitantes del pueblo iban a suponer un buen gimnasio psicológico para entrenarse en su nuevo reto. Ser capaz de mantenerse consciente ante cualquier situación, y no olvidarse de sí misma en cada instante, era la primera tarea que se había propuesto hacer. Algo aparentemente fácil, pero no tanto para una persona que estaba acostumbrada a identificarse con cualquier cosa de la vida: hasta hacía muy poco tiempo, si la insultaban, se sentía herida; si la presionaban, ella sufría; si la admiraban o le mostraban cariño, entonces se sentía contenta; si perdía algo, se lamentaba; si las cosas no iban como ella había proyectado, sentía miedo, o rabia; si alguien no hacía lo que ella pensaba que debía hacer, la criticaba o la menospreciaba; si alguien pensaba de otra manera, se enfadaba; si hacía sol, se sentía alegre, pero si

llovía o hacía frío, se sentía deprimida; si le gustaba comer paella, pero su tía había hecho arroz a la cubana, se molestaba…

Por supuesto, no siempre manifestaba exteriormente sus reacciones, pues la mayoría de éstas se movían en su interior, ocultas entre sus pensamientos y sus emociones, debido a la educación, al miedo al qué dirán o a otras razones, que le impedían mostrar claramente que estaba llena de defectos psicológicos.

El caso es que siempre terminaba siendo víctima de las circunstancias. ¿Víctima de las circunstancias… o esclava de sus defectos psicológicos?

Pero ella había comprendido que quería dejar de ser una simple marioneta que según quien moviera los hilos la llevaba hacia un lado o hacia otro: de la euforia, al desánimo; del sentimentalismo, al egoísmo; de la pereza, a la obsesión por el orden; de la rabia, a la culpabilidad; del miedo, a la crueldad; del deseo, al hastío…

Por eso, su trabajo más básico iba a ser: aprender a mantenerse en todo momento atenta a lo que ocurría en su interior: pensamientos, sentimientos, y actos. Con mucha paciencia y tenacidad, iba a tener que desarrollar el sentido de autoobservación de sí misma, para poder ser consciente de todos sus procesos internos y para empezar a coger las riendas de su propia vida.

Las circunstancias de su nuevo trabajo no las tenía aún claras. Durante más de treinta años, el médico del pueblo había sido Don Ramiro. Éste había sido uno de los miembros importantes de Villalta, como solía pasar en la mayoría de los pequeños pueblos. Como médico no hay nada de extraordinario que comentar, pues hacía su trabajo como él sabía. En cuanto a su forma de ser, era un hombre amable, aunque se daba cuenta de su superioridad intelectual con respecto a la mayoría de los habitantes del pueblo. En todo caso, siempre había tratado a Heliodora con mucha amabilidad y ella lo apreciaba de verdad.

Los otros personajes de peso eran el alcalde de turno, el maestro y el cura.

Desde que Heliodora era muy pequeña, la alcaldía había pasado por las manos de dos hombres que se iban rotando cada cuatro años.

Don Cenobio era de derechas. Siempre iba bien vestido y muy derecho, con un puro en la boca. Se movía despacio y cuando se reía, se le escuchaba desde lejos. Era un hombre de fuerte carácter, y le gustaba dar órdenes, y cuando alguien le llevaba la contraria, buscaba cómo hacérselo pagar.

Cuando Don Cenobio perdía las elecciones, Lelio era el otro alcalde. Éste se empeñó desde el principio en que la gente le llamase Lelio y no Don Lelio, porque decía que él era uno más de la gente del pueblo. Por supuesto éste era el alcalde de izquierdas. Casi siempre llevaba la ropa de trabajo, pues era albañil y como la alcaldía no le requería mucho tiempo, se ganaba su verdadero sueldo trabajando en las obras que hubiera que hacer en el pueblo. Lelio y Vinicio, el padre de Heliodora, eran amigos desde pequeños y aunque éste último no estaba verdaderamente integrado en la política, sí era más bien de las mismas ideas de su mejor amigo.

En lo que se refiere al maestro, también hubo varios a lo largo de la infancia y adolescencia de Heliodora. Todos bastante severos, seguramente como defensa ante los traviesos alumnos, hijos del pueblo.

Y luego estaba el cura: Don Odoardo. Éste llevaba en el pueblo más de veinticinco años. Era un hombre antipático, y bastante duro. En las misas aprovechaba para regañar a unos o a otros. Los niños, cuando acudían a la catequesis para hacer la primera comunión, iban amedrentados, porque era muy estricto. Y la mayoría de los habitantes del pueblo llevaba años sin confesarse porque el cura les echaba unas buenas broncas delante de todos los que esperaban su turno. De manera que prácticamente asistían de manera regular a la iglesia algunas beatas y los niños obligados por sus padres. Aunque Don Odoardo ya se encargaba de presionar y de chantajear a los mayores, para que asistieran a la misa y dieran una buena limosna. Además, por lo visto él se creía que por ser ministro de la iglesia tenía derecho a comer gratis en el bar del pueblo, y así lo dejó claro desde el principio. Y cualquier otro servicio que necesitase, lo requería como si los demás estuviesen obligados a hacerlo de manera gratuita y sin rechistar. Al menos sin rechistar delante de él, si no querían ser parte del sermón del domingo siguiente.

Heliodora también fue motivo de crítica en una homilía, con tan sólo 15 años. Ello fue el resultado de una conversación que tuvieron dos días antes:

Aquel día de verano, la muchacha se encontraba sustituyendo a su madre en la tienda. Entre cliente y cliente, ella se enfrascó en la lectura de un libro. Se trataba de una versión juvenil del "Ramayana", la epopeya hindú sobre el dios Rama, que le había prestado un tío suyo.

En una de esas ocasiones, acertó a entrar en la tienda Don Odoardo. Ella posó el libro en una mesita que tenía junto al mostrador y se dispuso a atenderlo. Sin embargo, el cura se fijó en el libro.

-¿Qué es eso, niña?- preguntó con el ceño fruncido.

Heliodora miró el libro y se dio cuenta de lo que se le venía encima. Así que tímidamente respondió:

-Es un libro de mitología hindú que me ha dejado mi tío.-

-¡A ver!, ¡trae acá!- ordenó él, con impaciencia y extendiendo la mano.

Ella obedeció, con cierto susto.

Don Odoardo empezó a echar una ojeada con un gesto muy serio y exclamando:

-¡Buff!... ¡Bah!... ¡Qué barbaridad!... ¡No sé a dónde vamos a llegar!...-

Luego miró a la muchacha y le dijo:

-¿Es que no te da vergüenza leer estas cosas?-

-Padre, no creo que haya nada de malo en ese libro.- respondió ella, inocentemente.

-¿Cómo que no?- gritó él -¿No ves que esto es de otra religión? ¡Esto es un pecado muy grave! ¡Vas a tener que ir a confesarte!-

La muchacha se acobardó un poco, pero le contestó:

-Pero si sólo es mitología. No estoy haciendo nada malo.-

-¡Vaya! ¡Encima de todo, contestona! ¿Es así cómo te ha educado el rojo de tu padre? ¡Claro! ¡De tal padre tenía que salir tal hija!-

Ese comentario fue demasiado para Heliodora y no pudiendo soportarlo, replicó:

-¡No tiene derecho a decir nada de mi padre! ¡Él es el mejor padre del mundo!-

Él la miró con un gesto despectivo y le dijo:

-¿El mejor padre del mundo? ¡Ja!-

Heliodora se encendió más y respondió:

-¡Sí, el mejor! ¡Y usted no tiene derecho a criticarlo, porque usted es un cura egoísta y cruel! ¡Y además antipático!-

-¡Bueno!- contestó él, muy enfadado - ¡Ya he oído todo lo que tenía que oír!-

Y llevándose el libro consigo, se marchó. Pero a los pocos segundos volvió y le dijo a la muchacha:

-¡Tendrás que confesarte de esto, porque ahora estás en pecado mortal! ¡Rezaré para que no te pase nada esta noche!-

Y se marchó, dejando a la muchacha compungida.

El domingo, el sermón trató acerca de los que traicionaban al verdadero dios, yéndose con otras religiones, y de la mala educación de los niños y los jóvenes. Además para que quedase claro puso un ejemplo vivido: la conversación con Heliodora, por supuesto sin decir nombres, pero detallando que el hecho se había producido en una tienda del pueblo situada junto a la plaza de la fuente, con la hija pequeña del tendero.

Lo curioso del caso es que aunque casi todos los habitantes del pueblo habían pasado ya por ese trago, cuando le ocurría a otro, todos le miraban con un gesto de desaprobación, como si estuvieran de acuerdo con el cura y le dieran la razón.

Todas estas cosas le hacían reflexionar a Heliodora y desde aquel día dejó de ir a la iglesia, pues no comprendía cómo un sacerdote que se suponía que seguía el evangelio del Amor de Cristo, podía comportarse de una manera tan despiadada. No hay ni que decir que Don Odoardo la presionaba para que fuese a la iglesia, como a los demás, pero como ella estaba muy decidida a no volver, el cura terminó por no dirigirle la palabra, dizque porque era un alma perdida.

Sin embargo, Heliodora nunca dejó de creer que había algo superior. De hecho, estaba firmemente convencida de que en el origen del cristianismo había algo que era cierto, aunque en esta época, y con ese cura, aquello hubiera cambiado radicalmente.

Y ahora regresaba a Villalta, después de siete meses, pues la última vez que estuvo fue durante las navidades. Aún le quedaban dos semanas de vacaciones, antes de incorporarse a su nuevo puesto. Sabía por su madre, que Don Ramiro se había jubilado y que el nuevo médico era uno de los hijos de Don Cenobio. Macrina, la auxiliar, y al mismo tiempo esposa de Don Ramiro, iba a esperar que ella se incorporara y la sustituyera, para dejar también el consultorio y poder disfrutar de la jubilación con su marido.

Heliodora recordaba a Servio, el nuevo médico. Era el mayor de los hijos de Don Cenobio y debía contar ya casi los treinta. Debido a la diferencia de años, ellos no habían tenido relación cuando la muchacha vivía en el pueblo. Sin embargo, un hermano de él, Marselio, de la misma edad de Heliodora, había sido uno de los suplicios de la joven cuando era niña, debido a sus travesuras, nada graciosas desde el punto de vista de ella. Y ahora de mayor, se había convertido en un "bala perdida", que sólo vivía para divertirse, emborracharse, pelearse y por supuesto, dar disgustos a su familia.

La joven esperaba que, a pesar de que las ideologías de su padre tendían hacia la izquierda, el hecho de trabajar con el hijo del líder de la derecha no supusiera ningún conflicto. Ella confiaba en que todo iría bien.

Y con esta confianza, recorría los últimos kilómetros hasta "Fuerte Real", el pueblo más grande de la zona en el que paraba el autobús, y en el que tenía que descender. Allí la recogerían para ir a Villalta.

Cuando llegó, no había nadie de su familia esperándola, pero unos minutos después llegó una furgoneta que paró justo delante de ella. Era Píndaro, hijo de Lelio, el alcalde de izquierdas.

-Hola.- saludó él, mientras bajaba del vehículo.

-Hola Píndaro.- contestó ella, un poco cohibida – Pensé que vendría mi padre o alguno de mis hermanos a recogerme.-

-No sé. Creo que estaban ocupados y como yo tenía que venir, me han pedido que te recogiera.- dijo, al mismo tiempo que recogía las maletas de Heliodora.

-¡Ah, vaya!- exclamó la joven, ayudando con una bolsa bastante pesada.

Después de meter el equipaje, se montaron en la furgoneta y partieron hacia Villalta.

Heliodora iba en silencio, pues se sentía incómoda. Aquel joven se le había declarado el verano anterior y ella lo había rechazado. No era un mal chico, pero Heliodora no estaba enamorada de él y no pudo hacer otra cosa que ser honesta, a pesar de que le dio bastante pena tener que darle una negativa.

Píndaro también iba callado. Sin embargo la joven pensó que resultaba muy violento ir todo el camino en silencio, así que echando un poco de valor, decidió romper el hielo, preguntándole por su familia. Éste le contestó a duras penas. Pero Heliodora insistió inquiriendo sobre cómo iban las cosas en Villalta en el último año en que su padre estaba en la alcaldía, y de eso él tuvo un poco más que hablar. Luego Píndaro le preguntó a ella sobre su trabajo, y así, poco a poco, fueron llevando una conversación, hasta que por fin Heliodora avistó las primeras casas de su pueblo.

La joven suspiró contenta y él pareció apreciarlo, pues la miró y luego se sonrió.

Unos minutos después, Píndaro la dejaba en la puerta de su casa con todas las maletas y se marchaba diciéndole:

-Bueno, supongo que ya nos veremos.-

Ella asintió y le respondió:

-Sí, claro. Gracias por recogerme.-

Él asintió con la cabeza y luego se fue.

Entonces, se abrió la puerta y aparecieron sus padres muy sonrientes. Ella los abrazó, muy contenta y enseguida comprendió por qué su familia no había ido a recogerla: le habían preparado una bienvenida al hogar con una modesta fiestecita, que incluían guirlandas y una pancarta en el salón con las palabras: "BIENVENIDA DE NUEVO A TU HOGAR".

Heliodora se rió por el simpático recibimiento, y agradeció el detalle a todos entregándoles un pequeño presente que había aportado para ellos.

Fue una gran comida familiar con sus dos hermanos y su hermana y sus respectivos cónyuges, además de los pequeños.

Cuando se acostó, estaba tan cansada que ni siquiera deshizo el equipaje. Se dijo que ya tendría mucho tiempo para hacerlo.

CAPÍTULO 2
EXTRAÑAS NOVEDADES

Al día siguiente Heliodora se despertó temprano. Estuvo meditando un buen rato en su cuarto y después comenzó el día con mucho ánimo.

Sus padres ya habían desayunado. Ellos también se levantaban temprano. Cuando la joven entró en la cocina, su madre ya estaba preparando la comida de mediodía. Y su padre, que estaba a punto de irse a abrir la tienda, estaba revisando una lista, consultando con su esposa.

-¡Buenos días!- saludó ella.

-¡Buenos días!- respondieron sus padres al unísono.

-¿Has descansado?- le preguntó su madre sonriente.

-Sí. He dormido muy bien.- contestó ella, abriendo el frigorífico para coger leche.

-Bueno, me voy a abrir la tienda.- le dijo su padre a su madre.

-Muy bien.- respondió ella.

La joven sonrió y le dijo:

-¡Hasta luego, papá!-

Mientras se preparaba el desayuno, su madre le preguntó qué planes tenía para ese día.

-Pues supongo que iré a saludar a los tíos.- respondió Heliodora – ¿Sabes si están aquí Perístera y Tulia?-

-¿Tus amigas? Sí, creo que sí. Al menos Tulia sí, porque ayer fue a la tienda. Perístera, no estoy segura.-

-Tengo muchas ganas de verlas.- comentó la joven, suspirando.

Después de desayunar, se fue a su cuarto y comenzó a deshacer las maletas. Llevaba mucho tiempo fuera y se le habían acumulado bastantes cosas: no sólo era la ropa, también tenía libros y otros objetos variados.

Cogió un libro y se sentó en su cama, mientras abría la portada, y leyó la dedicatoria que le habían hecho sus amigos:

"Con cariño para Heliodora, con el anhelo de que un día pueda despertar su conciencia y conseguir la verdadera felicidad" J. A. y M. M.

Luego se quedó pensando en ellos y se dijo: "A ver si esta tarde tengo un rato y les envío un email."

Cuando llevaba casi una hora ordenando sus cosas, decidió dejar el resto para luego y se arregló un poco para ir a ver a sus tíos.

A la vuelta se encontró con Don Ramiro, que estaba charlando con la madre de Perístera.

-¡Hombre, muchacha! ¡Ya estás aquí!- exclamó él, con simpatía.

Ella asintió riéndose.

-Sí ¿Cómo está, Don Ramiro? ¿Y tú, Candelaria?- dijo dándole la mano al viejo médico y un abrazo a la madre de su amiga.

-Ya sé que vas a ser la sustituta de mi mujer.- comentó él.

-Sí, es verdad. Espero hacerlo tan bien como ella.- contestó Heliodora.

Candelaria la miraba sonriente.

-Perístera está deseando verte.-dijo- Ella llegó antesdeayer.-

-¡Yo también tengo ganas de verla!-

-¡Ah! ¡Esta juventud! ¡Da gusto ver tanto entusiasmo!- exclamó Don Ramiro.

Heliodora se rió:

-Lo que pasa, es que ya sabe usted que hemos sido muy amigas desde pequeñas y ahora como cada una hemos estado viviendo en una ciudad diferente, sólo podemos vernos en las vacaciones.-

-Tú has tenido suerte en venirte aquí. -dijo Candelaria, con melancolía- Tus padres deben estar muy contentos. Mi hija, sin embargo… ¡qué lejos está!-

-Pero también tienes contigo a tus otros dos hijos- replicó Heliodora.

-¡Esos chicos! ¡Ésos, con sus travesuras no me dan nada más que trabajo y preocupaciones! – respondió ella.

Don Ramiro hizo un gesto de desaprobación con la cabeza y contestó:

-¡Tranquilízate, Candelaria! ¡Es la edad! Ya verás como se formalizan un poco cuando sean un poco más mayores.-

-¡No sé yo…! A ver si el cura es capaz de enderezarlos un poco, porque a mí no me hacen ningún caso.- dijo la buena mujer.

Heliodora se asombró un poco de la salida que buscaba Candelaria.

-Bueno, Candelaria,- opinó ella - alguna otra manera tendrá que haber de actuar con ellos. El cura, no creo que sea la mejor solución.-

-Se lo estaba diciendo a Don Ramiro cuando tú has llegado.- explicó la mujer - ¡Yo es que ya no sé qué hacer con ellos! Y ya he determinado que el único que me puede ayudar es el cura. El padre consigue lo que no consigue nadie. ¿No está usted de acuerdo conmigo, Don Ramiro?-

-Sí, la verdad es que sí. De todas maneras no pierdes nada por hablar con él.- contestó el viejo médico –Bueno, yo siento dejaros, pero quiero ir a ver a Lelio, antes de que cierre la alcaldía. ¡Me he alegrado de verte, muchacha! ¡Te deseo que te vaya muy bien! Aunque, si te digo la verdad, parece que ahora tenemos una racha con muy pocos enfermos y casi todos con enfermedades muy leves.-

-Es cierto, Don Ramiro – dijo Candelaria -Yo también me he dado cuenta. En este pueblo, que siempre estaba el consultorio lleno, y de un tiempo a esta parte, ya no se ven las colas de antes. Y hablando con unos y con otros, nos hemos dado cuenta de que la mayoría ya no tiene tantos achaques como antes. Es un poco raro, ¿a que sí?-

Heliodora escuchó con atención aquellas palabras y pensó: "¡Pues sí que es raro!" y mirándose la mano, tiró un poco de uno de sus dedos.

-Pues sí. La verdad es que sí. –respondió Don Ramiro, pensativo –Poco antes de jubilarme me di cuenta de que los pacientes cada vez eran menos, y los habituales se encontraban mejor. Por ejemplo, a casi todos les ha bajado el nivel de colesterol, y la tensión también ha mejorado, incluso el azúcar. Tanto, que tuve que disminuirles la dosis de los medicamentos para estas enfermedades, a casi todos. Y también han disminuido las depresiones. Apenas hay ya uno o dos casos de depresión en el pueblo. Y por supuesto, hace meses que no hemos tenido ningún caso grave.-

-¡Qué extraño!, ¿no?- intervino Heliodora - ¿Y por qué cree usted que está pasando esto?-

-La verdad, muchacha, ¡no tengo ni idea!- contestó él.

Los tres se quedaron en silencio.

-¡En fin!- dijo Don Ramiro –Me perdonáis, pero quiero pillar a Lelio. ¡Adiós!-

-Adiós, Don Ramiro- contestaron las dos.

-Bueno, Dorita – dijo Candelaria – ¿vienes conmigo a ver a mi hija?-

La joven miró el reloj del campanario de la iglesia y contestó:

-¡Vale! ¡Aunque sea un momento! ¡No quiero llegar muy justa a la hora de comer!-

-¡Claro!- contestó la mujer sonriendo.

Perístera estaba en el portal de su casa hablando con Tulia, la otra amiga de Heliodora.

Ésta volvió a tirarse de un dedo de la mano y luego se acercó a sus amigas, muy contenta de verlas. Las tres se saludaron con abrazos y besos. Después de unos minutos, quedaron para ir al río por la tarde juntas y contarse todas las novedades. Luego Heliodora se marchó a su casa.

Después de comer, recoger la cocina y terminar de ordenar su equipaje, la joven se fue andando al río, muy animada, con sus amigas.

Después de una larga espera de un año, por fin volvía a meterse en las aguas de su amado río y estuvo nadando un rato. Luego se salió para seguir charlando con las otras chicas.

-¿Has ido ya a ver el consultorio?- le preguntó Perístera a Heliodora.

-No. Aún no. Es verdad que había pensado acercarme un rato para hablar con Macrina, antes de que yo la sustituya, por si me podía dar algunos consejos y también para observar un poco su forma de trabajar. Pero todavía me quedan dos semanas enteras de vacaciones, así que ya me llegaré el lunes o el martes.-

-¿Y tampoco has visto a Servio?- inquirió Perístera.

-No.- contestó Heliodora, mientras se tumbaba en la toalla.

-¿A qué Servio?- preguntó Tulia-

-¡Pues a Servio, el hijo de Don Cenobio! ¡El nuevo médico!- explicó Perístera, en un tono como quien dice algo que todo el mundo sabe.

-¿Ése es el nuevo médico?- exclamó Tulia, incorporándose y mirando a sus amigas -¿El hermano mayor de Marselio?-

-Sí. ¡No me digas que no lo sabías!- exclamó Perístera.

-No. No lo sabía – contestó Tulia.

-¡Pues estoy segura de que él no ha entrado por las oposiciones!- dijo Perístera -¡Seguro que su padre ha metido mano ahí!-

-Pero Don Cenobio ya no es el alcalde.- rebatió Tulia.

-Ya. Pero seguro que sigue manteniendo sus influencias.- contestó Perístera.

-No sé. Puede ser.- dijo Tulia pensativa.

-¡Seguro!- afirmó Perístera, muy segura de sí misma –Pero en todo caso, Dora, si yo fuera tú, no me disgustaría trabajar con él. –

-¿Por qué?- inquirió Heliodora.

-Esa pregunta me la haces porque no lo has visto. ¡Si lo hubieras visto, lo tendrías claro! -contestó Perístera, riéndose.

-Bueno, pues explícamelo tú.- dijo Heliodora.

-¡Ay, Dora! ¡Imagínatelo!- exclamó Perístera -¡Es un hombre guapísimo!-

-¡Ah! ¡Conque se trata de eso!- dijo Heliodora - ¡Creí que me ibas a decir que era un médico estupendo y que trabajaba muy bien!-

-¡Bueno! ¡Tú vas a trabajar con él! ¡Ya me dirás!- respondió Perístera riéndose otra vez.

Heliodora se rió.

-¡Bueno, si quieres le hablo de ti!-

-¡Ay, sí, por favor!- contestó su amiga, muerta de risa.

Heliodora sonreía mientras pensaba: "¡Esta Tera, siempre igual! ¡A ver si encuentra ya un novio y se deja de tantas fantasías!". Luego miró a Tulia y se dio cuenta de que estaba distraída, como pensando en otra cosa.

Perístera también se dio cuenta.

-¿Qué te pasa Tulia?- le preguntó.

Ésta miró a sus dos amigas y sonrió:

-Nada. Sólo estaba pensando en Don Cenobio y en Doña Nunila. Los pobres deben de sufrir mucho con Marselio. No les he visto todavía, pero el año pasado vi a doña Nunila muy deprimida, por causa de su hijo. Todas esas juergas, esas borracheras, esos escándalos… La pobre ha sufrido mucho por eso.-

-Pues quédate tranquila porque eso ya es pasado.- le dijo Perístera – Mi madre me ha contado que Marselio ha cambiado como de la noche a la mañana. Que ya no es el mismo. Que ahora se ha vuelto muy responsable y ni bebe, ni se va de juergas por ahí. Y a su madre ya se le quitó la depresión. Ahora están muy bien. Creo que Marselio ahora está preparándose para un examen de acceso a la universidad, para hacerlo a distancia.-

Las otras dos chicas se quedaron asombradas.

-¿Pues qué ha pasado para dar ese cambio?- preguntó Heliodora.

-La verdad es que nadie en el pueblo lo sabe. Ya sabéis que mi madre se entera de todo enseguida, pero no ha encontrado a nadie que le dé una explicación. Aunque ella piensa que eso es cosa del cura, porque dice que últimamente se han hecho bastante amigos.-

-¿Del cura?- dijo Heliodora, muy sorprendida, dándose otro tironcillo de un dedo.

-Eso parece. Pero si es verdad que se han hecho amigos, digo yo que habrá sido después del cambio que ha dado.- opinó Perístera.

-Puede ser.- intervino Tulia – Pero entonces, seguimos sin saber la explicación de ese cambio tan grande.-

-Yo pienso que seguramente su padre lo cogió un día y le echó una buena bronca o le dio algún castigo, o lo amenazó con desheredarlo...- dijo Perístera -Y ante eso, pues a él no le quedó más remedio que ponerse más dócil.-

-Tal vez.- dijo Heliodora - ¿Pero por qué iba a hacerse amigo del cura? ¡Hay que tener un estómago especial para hacerse amigo del cura!-

-¡Yo qué sé!- exclamó Perístera - ¡Eso son ideas de mi madre! ¡Yo no sé por qué ahora le ha dado por ahí! ¡Está tan convencida del poder de persuasión del cura que incluso quiere que hable con mis hermanos, a ver si los endereza un poco!-

-Sí. Ya me lo ha dicho esta mañana.- confirmó Heliodora, sin salir de su asombro por la confianza que ponía la madre de su amiga en una persona tan aborrecible.

-¿Y entonces ahora dónde vive Marselio?- preguntó Tulia.

-Aquí, en Villalta. Pero se ve que debe de estar estudiando casi todo el día, porque se le ve muy poco por el pueblo. Eso sí: sobrio. – dijo Perístera.

-¡Vaya! ¡Sea como sea, es una buena noticia!- exclamó Heliodora - ¡Me alegro mucho por él y por su familia!-

-Sí, yo también.- dijo Tulia – Recuerdo que cuando era pequeño, un día le vi hablando con su padre y éste no sé lo que le estaba diciendo, pero después Marselio se fue corriendo a un rincón y allí escondido se puso a llorar. Él no me vio a mí, pero yo a él sí. Y la verdad es que me dio mucha pena. Luego, aunque era un niño que no hacía nada más que travesuras y se metía con nosotras y con todas las niñas, pero me di cuenta de que cuando él creía que nadie lo veía, tenía una carita muy triste.-

-¡Ya! ¡Me vas a decir que a pesar de todo tenía su corazoncito!- respondió Perístera con ironía - ¡Pero si siempre estaba haciéndonos la vida imposible! ¡Nos tiraba del pelo, nos metía ranas ¡y hasta serpientes! en la cartera o en el pupitre, nos pegaba chicles en las sillas, nos tiraba bolas de barro a nuestros vestidos…! ¡Ese chico, definitivamente ha sido malo desde pequeño!-

Heliodora se quedó pensando en Marselio y también recordó aquellas y otras travesuras o bromas que el niño les había hecho. Luego miró a Tulia y ésta parecía estar pensando en lo mismo, pero su gesto era de lástima.

-Bueno, venga- dijo Perístera, levantándose, y dirigiéndose hacia el agua. -¡Vamos a bañarnos otra vez, que no puedo subir muy tarde! ¡Mi madre quería que le ayudara a hacer una tarta para mañana, para llevársela al cura!-

Heliodora pensó: "Yo ayudo a mi madre a lo que sea, pero si me dice que le ayude para hacerle una tarta al cura…" Pero se quedó parada. Se dio cuenta de que se había olvidado de sí misma durante casi todo el tiempo y en ella estaba surgiendo el resentimiento contra aquel hombre que tan mal la había tratado varios años antes. Respiró hondamente y trató de mantenerse más alerta para ser consciente de sus pensamientos, sus emociones y sus impulsos.

Tulia se levantó en silencio y se metió en el río también. Y Heliodora las imitó, tratando de no perder el hilo de sus pensamientos.

Una hora después subían al pueblo, charlando de otras cosas.

Cuando Heliodora llegó a su casa, se cambió de ropa y preguntó a su madre si la necesitaba, como ésta le contestó que no, la joven se marchó a la alcaldía, en la que había una sala en la que se podían conectar a Internet.

Allí pretendía escribir un correo a sus amigos de la capital. Justo cuando lo estaba enviando, apareció por allí Marselio. Él se sentó frente al ordenador que había junto al de Heliodora. Ella lo miró y lo reconoció enseguida, aunque su apariencia era distinta. La muchacha pensó: "¿Estaré soñando?" y se tiró otra vez de un dedo de la mano. Después se decidió a saludarlo:

-Hola Marselio.-

Él la miró durante unos segundos y luego sonrió.

-Hola, Dora.-

Ella también sonrió al darse cuenta de que él recordaba el diminutivo cariñoso con el que la llamaban desde pequeña.

-¿Cómo estás?- le preguntó ella.

-Ya ves… ¿Y tú?-

-Estoy bien.-

-¿De vacaciones?-

-No. Esta vez es definitivo. He conseguido la plaza de auxiliar de enfermería en el consultorio.-

-¡Ah!- exclamó él, pensativo -¡Entonces vas a trabajar con Servio!-

-Sí.- contestó ella - ¿Y tú? Me han dicho que estás preparándote el examen de acceso a la universidad.-

-Sí, bueno, ¡en ello estoy! Ya veo que las noticias vuelan en este pueblo.-

Heliodora sonrió un poco avergonzada por no haber sido más discreta.

-No pasa nada.- dijo el joven –Ya sé que todo el pueblo ha hablado de mí. Y también sé que están preguntándose a qué ha venido ese cambio, ¿a que sí?-

La joven, cada vez estaba más cohibida, pues él estaba dando en el clavo.

Marselio se rió.

-Desde que no bebo me he vuelto más listo, ¿eh?-

Heliodora lo miró sorprendida.

-¡No te sientas incómoda!- le dijo él – Todos evitan hablar de esto, porque lo consideran un tema tabú, como si tuvieran miedo de que yo me vaya a sentir mal o algo así. Pero yo reconozco mis errores. No voy a estar todo el día hablando de esto, pero no me da miedo hacerlo, si hace falta. De todas maneras, te prevengo, que aunque ya no soy el mismo juerguista de antes, tampoco soy un santito.-

La joven se sintió con más confianza y se atrevió a decirle:

-Sin embargo también me han dicho que ahora eres amigo del cura.-

Marselio soltó una carcajada.

-¡Vaya, vaya! ¡Parece que estás bien informada!- y siguió riéndose.

-O sea que es cierto.- dijo Heliodora, cada vez más curiosa – ¡Pues la verdad, no lo entiendo! ¡Nunca se me habría ocurrido que el cura y tú pudieseis ser amigos!-

- ¿Por qué no?- dijo él - ¿Acaso crees que no tengo derecho a tener amigos?-

-¡Oh, no!- exclamó Heliodora, mientras se daba cuenta de que de nuevo se estaba dejando llevar por sus prejuicios -¡Quiero decir que sí! ¡En fin, no lo decía por ti, sino por…! ¡Vaya! ¡Olvídalo! ¡Olvida lo que te he dicho! ¡Ha sido una tontería!-

El joven sonrió.

Ella queriendo cambiar de tema le preguntó:

-¿Y qué haces aquí? ¿No tienes Internet en casa?-

-Sí, sí tenemos. Pero algunas veces me vengo aquí porque mi madre empieza a hablarme y hablarme, y no me deja trabajar.-

Heliodora se sonrojó y se disculpó:

-¡Vaya, perdona! ¡Ahora soy yo la que te está distrayendo!-

Marselio volvió a soltar una carcajada.

-No te preocupes.- dijo -No importa. Me ha gustado hablar contigo. Hace muchos años que no hablábamos. De hecho, creo que nunca hemos mantenido una conversación.-

-Bueno, de todas maneras, yo ya me voy.- respondió Heliodora, levantándose.

-Vale. Supongo que ya nos veremos por ahí, ¿no?-

-¡Claro!- contestó ella.

-¡Entonces, hasta luego!-

-¡Hasta luego!-

Heliodora se marchó a su casa, pensando en lo difícil que le estaba resultando mantenerse auto-consciente y en lo fácil que era meter la pata.

CAPÍTULO 3
UN ENCUENTRO INESPERADO

Heliodora volvió a despertarse temprano, la mañana siguiente. Tal y como llevaba haciendo desde hacía varias semanas, se puso a hacer meditación, para comenzar el día con una buena disposición y con la mente calmada.

Como era domingo, sus padres no abrían la tienda y dedicaban el día a descansar y a pasear. Así que después del desayuno se quedaron charlando tranquilamente en la cocina. La joven estuvo contando cómo le había ido en su trabajo en el hospital. También les habló de los amigos que había hecho y de algunas de las cosas que aprendió con ellos. Los padres de la joven la escuchaban con atención y sonreían contentos de tenerla de nuevo con ellos.

A media mañana se acercó a la casa su hermana con los niños, para invitarla a ella y a sus padres a comer. Ellos aceptaron gustosos.

Heliodora quería mucho a sus sobrinos. No sólo a los dos hijos de su hermana, sino también a los niños de sus hermanos. Eran unos críos muy graciosos y juguetones. Aunque a veces también hacían sus trastadas. En fin, como todos los niños. Por supuesto, todos sus sobrinos, también le tenían un gran cariño a ella.

Cuando la joven se dirigía con su hermana a su casa, se encontraron con su tía Filomena. Ésta era la hermana mayor de su madre. Nunca se había casado, porque el único novio que tuvo murió poco antes de su boda y ella decidió no casarse nunca. Vivía sola, desde que sus dos hermanas se casaron respectivamente.

-¡Ah hijas!- exclamó Filomena - ¿Dónde vais?-

-Vamos a mi casa- respondió la hermana de Heliodora – Hoy van a comer mis padres y Dora en mi casa.-

-¡Ah! ¡Mira qué bien!- respondió la tía – ¿Y vuestra madre sigue en su casa?-

-Sí, mis padres vendrán después.- dijo su sobrina mayor.

-Pues… voy a ver si me pueden dar un paquete de azúcar, porque se me ha acabado y no tengo para el mediodía… Iba a ir antes de la misa, pero por no cargar con el paquete, he pensado llegarme después…-

-Vale tía. Ellos están aún allí.- contestó la hermana de Heliodora, sonriendo.

-¡Qué suerte que vuestros padres tengan la tienda!- exclamó Filomena -¡Ya me han salvado de más de una…! Pero, hablando de otra cosa, Dorita, ayer me quedé pensando en lo que me dijiste de tu tía Flaminia, de que se enfadó contigo porque te venías aquí. Mientras has estado viviendo con ella durante estos últimos cinco años, te habrás dado cuenta de que es una mujer muy inmadura. Se casó con ese tipo que no le convenía nada, a pesar de que yo se lo advertí antes, pero ella no me hizo caso. Por ser la pequeña, siempre fue la consentida de mis padres, tus abuelos. Y siempre hizo lo que quiso. Pero ella no estaba preparada para enfrentarse a la vida. Seguro que te habrás dado cuenta.-

-Bueno, tía, yo… no sé qué decirte- respondió Heliodora, tratando de evadir una opinión.

-¡No! ¡Si no hace falta que me lo digas! ¿Qué te crees, que no conozco yo a mi hermana pequeña? Nunca me ha hecho caso, y luego le han ido las cosas como le han ido. Tu madre, al menos, se casó con un buen hombre. A pesar de sus ideologías…, sí, pero en el fondo, reconozco que es un buen hombre.-

-¡Vaya, tía!, – exclamó asombrada la hermana de Heliodora - ¡es la primera vez que te escucho decir que mi padre es un buen hombre!-

-¡Bueno, bueno! ¡Las cosas hay que admitirlas en su justa medida! ¡Todos tenemos cosas buenas y cosas malas! ¡No sólo hay que ver lo malo de la gente! ¡Hay que ser honesto y valiente, y reconocer las virtudes del enemigo, y los defectos de uno mismo! -

Heliodora la miró sorprendida, mientras que su hermana se sonrió y le dijo:

-Eso te lo ha dicho el cura, ¿a que sí?-

La tía Filomena miró a su sobrina y con un gesto como de haberse picado un poco, le contestó:

-¡Niña, no seas impertinente! ¡Eso lo sabe cualquier buen cristiano! ¡No hace falta que me lo haya dicho el padre! ¡Yo ya lo sabía de antes!-

Heliodora se quedó asombrada. ¿El cura le había dicho eso? ¡Eso sí que era increíble! La joven se dio el consabido tirón del dedo, para comprobar que no estaba soñando.

-Bueno tía, no te enfades- contestó su hermana – Pero será mejor que te des prisa, porque mis padres, se iban a venir enseguida. ¡A ver si no los vas a pillar!-

-¡Uy! ¡Sí! ¡Entonces, no me entretengo más! ¡Adiós hijas!-

Y se fue rápidamente hacia la casa de su los padres de las jóvenes, dejando a éstas riéndose.

En ese momento aparecieron Perístera y Candelaria.

-¡Hola!- saludaron, madre e hija.

-¡Hola!- respondieron las dos hermanas.

-¡Yo os dejo que tengo que terminar la comida!- dijo Candelaria, mientras se marchaba con prisas y dejaba a su hija con las otras dos jóvenes.

-¿De qué os reíais?- preguntó Perístera.

-De la tía Filomena, - respondió la hermana de Heliodora – que como todos los domingos, se da cuenta de que le falta algo para la comida, y va a pedírselo a mis padres. Y nosotras sospechamos que es la excusa para ir a charlar un poco con mi madre, porque como durante la semana está trabajando…-

-¿Y por qué tiene que buscar una excusa, si es su hermana?- preguntó Perístera.

-Porque, según ella, mi padre le tiene manía y si ve que va a hablar con mi madre porque sí, la mira con malos ojos-

-¿Y es verdad? ¿Tu padre le tiene manía?-

-¡Qué va!- negó la hermana de Heliodora - Lo que pasa es que ya sabes que ella es muy beata y tiene ideas más bien de derechas, y se cree que como mi padre es de izquierdas y ninguno de nosotros vamos casi nunca a la iglesia, según ella por culpa de él, entonces mi padre se va a meter con ella y le va a decir yo qué sé qué.-

-¡Ya decía yo!- exclamó Perístera – ¡A mí vuestro padre me cae fenomenal!-

Las dos hermanas sonrieron.

-¿Y a dónde vais ahora?-

-Vamos a mi casa. –respondió la hermana de Heliodora – Bueno, Dora, si quieres quedarte hablando con Tera, yo me adelanto y voy terminando la comida.-

-Vale.- contestó Heliodora.

Las dos amigas se fueron andando lentamente hacia la casa de la hermana de Heliodora charlando de unas cosas y de otras, hasta que en un momento dado se cruzaron con Píndaro.

Éste las saludó tímidamente y continuó su camino.

-¡Mira que es desaborido, Píndaro!- exclamó Perístera -Siempre ha sido serio, pero ¡hija!, ¡ya es que prácticamente ni saluda!-

Heliodora no dijo nada.

-A propósito, esta tarde el antipático de Píndaro nos va a llevar a mi madre y a mí al pueblo de mi padre para ver a mi abuela.- explicó Perístera – Ya sabes que a la pobre le gusta verme. Y a mí también me gusta verla a ella. Mi abuela no es demasiado mayor, pero desde la muerte de mi padre, tuvo un bajonazo y toda esa alegría que ella tenía, ya no la tiene. ¡Es una pena! ¡Pero en fin!... Mi madre le ha dicho varias veces que se viniera aquí al pueblo a vivir con ella, pero la pobrecilla dice que ya sólo sería una carga. Esta tarde, quiere mi madre que le ayude a convencerla para que se venga unos días, para probar. No sé qué historia me ha contado de que está pasando algo en Villalta, que la gente se enferma muy poco, y los que estaban enfermos, se encuentran mejor y que quizás mi abuela, si se viene aquí, también se recupere un poco.-

-Sí, algo de eso escuché ayer a tu madre. Pero también a Don Ramiro. Una cosa un poco rara, desde luego. Algo, tiene que estar pasando.- dijo Heliodora, pensativa.

-No sé. Ya sabes que mi madre es un poco fantasiosa y se hace sus propias conclusiones. Pero bueno, yo hablaré con mi abuela, porque de todas maneras, sea como sea, le vendrá bien venirse un poco. Además, con mis hermanos seguro que se distrae un poco.-

-¿Habéis hablado con el cura, acerca de tus hermanos?- indagó Heliodora.

-Mi madre ha hablado con él. Yo no estaba. No sé lo que le habrá dicho. ¡Ah! Tulia me ha dicho que también iba a estar ocupada esta tarde, porque su hermana y su cuñado se iban esta tarde a "Fuerte Real" y ella se iba a quedar con sus sobrinos.-

-¡Ah! ¡Vale! Pues ya quedaremos mañana.- contestó Heliodora.

Las jóvenes llegaron al portal de la casa de la hermana de Heliodora, y una vez allí se despidieron, hasta el día siguiente.

La comida estuvo deliciosa. La hermana de Heliodora, definitivamente era muy buena cocinera. Después de una sobremesa también muy agradable, Heliodora y sus padres se marcharon.

La joven se dirigió a la alcaldía para meterse en Internet y revisar si tenía algún correo de sus amigos. Y efectivamente así era. No sólo de aquella pareja, sino también de algunos antiguos compañeros y compañeras de su anterior trabajo. Estuvo un rato leyendo y contestando y luego se marchó.

Aún quedaban varias horas de sol, así que se decidió a darse un paseo por el camino hacia la antigua ermita.

Mientras caminaba, iban viniéndole a la cabeza pensamientos de todos tipos: primero acerca de algo que había dicho su hermana durante la comida, de eso pasó a la conversación con Perístera, y después, del comentario de ésta acerca de Píndaro, hasta el momento en que éste se le declaró. Cuando quiso darse cuenta, llevaba un rato caminando y no había apreciado, ni el paseo, ni el paisaje. Había caminado con los ojos abiertos, pero ni había visto lo que había a su alrededor, ni había sido consciente de cómo los pensamientos la llevaban mentalmente de un lado a otro, del pasado reciente, al pasado lejano. Conclusión: había caminado soñando. Había caminado dormida de conciencia.

Entonces Heliodora hizo un esfuerzo para activar su conciencia, para mantenerse consciente y no dejarse llevar por el enjambre de pensamientos que podían llevarla hacia un lado o hacia otro, sin ninguna continuidad, y por supuesto, sin ninguna voluntad. No era fácil permanecer mucho tiempo con ese estado de conciencia, pero cada vez que se daba cuenta que volvía a caer en el sueño psicológico, renovaba el esfuerzo para estar atenta.

Cuando llegó a la ermita, respiró profundamente y contempló el panorama. Estaba rodeada de montañas por todos los flancos. Las vistas eran realmente grandiosas. Heliodora sentía una emoción muy especial, entre mágica y mística. Escuchando el silencio y contemplando aquellas altísimas cumbres, se le quedaba la mente relajada, de una forma completamente natural. Le parecía como si se saliera del espacio y del tiempo, como si no existiese pasado ni futuro.

La joven se sentó bajo un abeto solitario situado muy cerca de la ermita. Allí permaneció unos minutos admirando el paisaje. Luego se descalzó, puso las plantas de los pies sobre la tierra y apoyó sus manos abiertas con la palma hacia arriba, sobre las rodillas flexionadas. Cerró los ojos y empezó a inspirar lentamente por la nariz mientras imaginaba que del centro de la tierra subía una energía, luego entraba por las plantas de sus pies, se expandía por todo su cuerpo y seguidamente salía por las palmas de las manos y por la coronilla y se dirigía hacia el cosmos. Luego, expulsó lentamente el aire por la boca al mismo tiempo que imaginó que las energías del cosmos entraban por la coronilla y por las palmas de las manos, y penetraban por todo su cuerpo y después volvían a salir por las plantas de sus pies y penetraban en la tierra. Y entonces volvió a comenzar desde el principio. Así estuvo concentrada repitiendo todo el proceso completo, durante un rato.

Este ejercicio se lo enseñaron sus amigos. Se trataba de una práctica para transmutar o transformar las energías cósmicas. Ellos le habían explicado que la Tierra, como cualquier otro planeta, era un organismo vivo que transmitía y recibía energía del cosmos. Y todos los seres que habitan la Tierra: humanos, animales, plantas y minerales, eran transmisores de esas energías. Pero según los organismos, se transmitía con unas vibraciones o con otras. Por ejemplo, no se transformaba de la misma forma a través del organismo de un hombre, que el de un gato o el de una mariposa o el de una rosa, o el de un cuarzo. Normalmente, los seres humanos no eran conscientes de ese proceso, al igual que tampoco son conscientes de todas las ondas de radio o televisión que se mueven alrededor. Pero con esa práctica consciente, no sólo se mejoraba la calidad de las energías

emitidas, sino que el mismo organismo de la persona que la hace se ve fortalecido y llenado de salud.

Después de hacer aquellos ejercicios, Heliodora abrió los ojos y se quedó un poco más, admirando el atardecer.

Luego se levantó por fin, y se dispuso a regresar a Villalta.

No lejos del pueblo, junto al camino de la ermita, había un pequeño terreno perteneciente a una pareja bastante mayor, que no tuvieron hijos, pero siempre habían sido muy cariñosos con Heliodora. Allí tenían un pequeño huerto del que sacaban algunas verduras y frutas, y separado por una valla disponían de otro trozo de terreno, en el que siempre habían criado algunos caballos. A la joven, siempre le había gustado ir algún ratillo por allí, para charlar con el dueño y acariciar a los caballos. Sin embargo, en la primavera pasada, su madre le contó que él había muerto. Heliodora lo sintió verdaderamente, porque ella también le tenía un gran aprecio.

Cuando la joven pasó por allí, se fijó y vio que el huerto estaba activo. Había verduras y frutas. Era evidente que alguien estaba cuidando el terreno. Heliodora sabía que la viuda no tenía suficiente fuerza para llevar adelante aquello y pensó que tal vez lo habría vendido y pertenecería a otro vecino del pueblo.

Pero al pasar junto al terreno en el que permanecían los caballos, vio salir del establo un caballo que le era totalmente familiar. La joven sonrió, contenta al reconocerlo y lo llamó:

-¡Zafiro!-

El animal la miró y se acercó a ella.

Heliodora le acarició la cabeza.

-¡Hola Zafiro!- dijo ella con cariño -¿Cómo estás?... ¡Ya sé que tu amo ya no está!-

Entonces Heliodora se dio cuenta de que alguien salía del establo. Ella lo miró y vio que se trataba de un joven desconocido. Él le sonrió y la saludó:

-¡Hola!-

Heliodora también sonrió:

-¡Hola!-

El desconocido se acercó hasta ella.

-Es un caballo precioso, ¿verdad?- dijo.

Heliodora asintió, mientras seguía acariciando a Zafiro.

-Sí. Lo es.-

Luego miró pensativa al joven y le preguntó:

-¿Eres tú su dueño?-

-¿Yo? ¿El dueño? ¡Claro que no! Zafiro y los otros caballos pertenecen a una vecina del pueblo.-

-¿Siguen siendo de Modesta?- preguntó ella.

-Sí, eso es. ¿La conoces?-

-¡Claro! La conozco desde que nací.-

El joven la miró sonriendo.

-Ya veo. Así que tú eres de Villalta.- dijo.

-Sí. Soy de aquí.-

-¡Vaya! ¡Creí que eras turista o algo así! Es que en esta época tengo entendido que viene alguna gente de fuera, ¿sabes?-

Ella sonrió.

-Sí, ya lo sé. Recuerda que yo sí soy del pueblo.-

Él se rió divertido.

-Bueno, y entonces, ¿qué haces tú aquí?- preguntó ella – Quiero decir, que ¿qué estás haciendo en el terreno de Modesta?, ¿acaso trabajas para ella?-

-¡Umm!, ¡Sí!, ¡eso es!- respondió el joven.

-¡Ah!, ¿entonces tú eres el que está cuidando el huerto?-

-¡Ajá!-

Heliodora sonrió, contenta de que Modesta no hubiera vendido el terreno.

-¡Ahora me toca a mí preguntar! – dijo el joven -¿Y tú quién eres? ¿De quién eres hija?-

Ella se rió.

-Mis padres son Vinicio y Radegunda. Los dueños de la tienda.-

-¡Ah, vale!- exclamó él, alegremente - ¡Tú debes de ser la pequeña que estaba en la capital!, ¿no?-

La joven volvió a reírse. Aquel desconocido tenía una forma de hablar y de sonreír, que le resultaba realmente simpático.

-Sí. Ésa soy yo.-

-¿Has venido de vacaciones?-

-No. Bueno, sí, ahora estoy de vacaciones, pero en dos semanas me incorporo a mi nuevo puesto de trabajo que será en el consultorio del pueblo.-

-¡Ah, ya! ¡Entonces tú eres la nueva auxiliar que va a reemplazar a Macrina!-

Heliodora asintió.

-Así es. Ya veo que estás al tanto de lo que ocurre en el pueblo.-

-Sí. Es que me gusta estar informado.- bromeó.

Ella se rió.

-¿Y llevas mucho tiempo aquí?- preguntó.

-No mucho, no. Desde febrero.- contestó él – Pero ya que seguramente nos vamos a ver a menudo, dime, ¿cuál es tu nombre?-

-Me llamo Heliodora.-

Él le sonrió.

-¡Heliodora!- repitió.

-¿Te hace gracia mi nombre?- le preguntó ella, un poco a la defensiva.

-No, claro que no.- respondió él – Me gusta ese nombre. Me gusta mucho. Supongo que sabes que significa "don del sol".-

-¿De verdad? No, no tenía ni idea.- contestó ella reflexiva - ¡Vaya!, ¡si lo hubiera sabido antes! ¡Todo el mundo en la capital, me miraban como a un bicho raro o se reían cuando les decía mi nombre!-

El joven se rió.

-¡Sí bueno!- dijo - ¡Hay que reconocer que los nombres de los vecinos de Villalta no son muy usuales! ¡Vosotros estáis acostumbrados, pero en otros lugares, resultan un poco… exóticos! ¡Y también difíciles de recordar!-

Ella lo miró con un gesto de desaprobación por un sentimiento de amor propio de su pueblo, pero al ver al joven reírse con tan poca malicia, ella terminó sonriendo.

-¡Menudos malos entendidos he provocado confundiendo nombres o diciéndolos al revés!- dijo él, riéndose.-

Eso le hizo más gracia a Heliodora, y no pudo evitar que le entrara la risa.

-De todas maneras, si te resulta más fácil, puedes llamarme Dora. Así me llama mucha gente- le dijo la joven.

-¿A ti cómo te gusta que te llamen?-

-Me da igual. Estoy acostumbrada a las dos formas.-

-Entonces prefiero Heliodora. Me gusta ese nombre.- contestó él.

Ella sonrió.

-Bueno, ¿y tú?, ¿cómo te llamas?- preguntó.

-Me llamo Andrés. Pero, por si te sirve de consuelo, a mí también me pasó lo que a ti, cuando llegué al pueblo. Todos se quedaban un poco extrañados de que tuviese un nombre tan corto y tan poco… elegante- contestó el joven, fingiendo seriedad.

Ella se rió.

-Seguramente por eso,- continuó el joven - la mayoría de la gente del pueblo insiste en no llamarme por mi nombre. Se ve que les debe de sonar raro. ¡En fin! ¡Qué le vamos a hacer! ¡Nadie es perfecto!- continuó él, haciendo un gesto de resignación muy exagerado.

Heliodora continuó riéndose.

-Entonces, ¿cómo te llaman?-

-¿Eh? ¡Ah, bueno! Me llaman padre.-

Heliodora, entre risas se quedó un poco extrañada, porque no llegaba a comprender la broma.

-¿Y por qué te llaman así?- le preguntó.

-Pues… yo creo que es porque soy el cura del pueblo.-

Heliodora se quedó mirándolo unos momentos en silencio y al ver que éste le sonreía, ella sonrió también.

-¡Desde luego, eres bastante chistoso!- dijo ella.

Él se rió por el comentario.

-¿Chistoso? ¿Por qué dices eso?-

-¡Conque el cura!, ¿eh? ¡Me parece que tú tienes una imaginación un poco exagerada para las bromitas, aunque no son nada creíbles!-

-¿Bromitas?- repitió Andrés, riéndose -¿Crees que te estoy gastando una broma?-

-¡Venga ya! ¡Puede que sea de un pueblecito pequeño, pero no soy tan ingenua! Conozco desde que era pequeña al cura de mi pueblo, y creo que sabría distinguiros porque no os parecéis ni en el blanco de los ojos.

Él se rió, divertido.

-¡Así que no me crees! ¡Pero lo cierto es que te he dicho la verdad!-

Ella se rió, y le dijo:

-¡Ya, claro!-

Y comenzó a andar para regresar al pueblo, mientras se despedía:

-¡Hasta luego… padre!-

Él se quedó riéndose también.

-¡Hasta luego, Heliodora!-

La joven se marchó pensando: "Sí, definitivamente este joven es muy agradable. Me ha caído muy bien."

Por la noche, durante la cena, Heliodora le dijo a su madre:

-No me habías comentado que Modesta había contratado a alguien para hacer los trabajos que hacía el pobre Raimundo.-

Su madre la miró extrañada.

-Es que Modesta no ha contratado a nadie. Le ha quedado una pensión demasiado humilde como para poder contratar a alguien.-

Esta vez, fue Heliodora quien se extrañó.

-¿Cómo que no? Pero si cuando he pasado por el huerto de Modesta y Raimundo… bueno, ya sólo de Modesta, he visto a un hombre que salía de la cuadra y me ha dicho que trabajaba para ella.-

-¿Un hombre? ¡Qué raro! ¿Cómo era?-

-Pues… era joven, como de unos… veintiocho o veintinueve… un poco más alto que papá y… ¡bueno!, me dijo que se llamaba Andrés.-

-¿Andrés?- repitió la madre.

-¡Ése sería el cura!- intervino el padre.

Heliodora se quedó sorprendida.

-¿El cura?- repitió, sin dar crédito a lo que acaba de escuchar.

-¡Ah, sí!- exclamó la madre -¡Claro! ¡Era el padre!-

-Pero… ¿Don Odoardo…?- preguntó la joven, confusa.

-Ese viejo se jubiló este invierno, ¡gracias a Dios!- respondió su padre, con cierta ironía.

Su mujer se rió.

-Se jubiló y se marchó de aquí, ¡sólo Dios sabe a dónde!- continuó el padre, con una sonrisilla en los labios. –Entonces mandaron a éste y la verdad es que reconozco que son como la noche y el día. Éste, hasta me cae simpático.-

- Sí, es verdad- confirmó la madre - Es bastante risueño y le gusta charlar con todos. Cuando se pasa por la tienda, le gusta pararse a hablar conmigo o con tu padre. Pero nunca ha intentado convencernos de que vayamos a la iglesia. Y es un hombre con el que se puede hablar prácticamente de todo.-

-¡Oh! ¡Vaya!- exclamó Heliodora, dándose cuenta de que había metido la pata al creer que él le estaba gastando una broma diciéndole que era el cura del pueblo.

-¡Y a los vecinos del pueblo, también les cae bien!, ¿verdad querido?- dijo su madre.

Él asintió con un gesto de cabeza.

-Sí.- continuó la madre –A la gente le gusta hablar con él. Y ahora van más a la iglesia y a confesar.- continuó la madre – No sabía que ayudaba a Modesta, pero si es así, es posible que no le cobre mucho por ello. En todo caso, sí sé que no ha seguido la costumbre de Don Odoardo de ir al bar a comer gratis. Él se compra lo que necesita y se hace su propia comida. Aunque algunas veces, la gente le regala cosas, pero eso es porque sale de ellos de manera espontánea.-

-Lo que te digo, ¡nada que ver con el viejo huraño...! ¡Son la noche y el día! –repitió el padre.

Heliodora se quedó asombrada con todo lo que acababa de escuchar. Aquello sí que era una novedad que nunca se la hubiera imaginado. Como en otras ocasiones, volvió a tirarse del dedo.

-¿Pero por qué no me contasteis antes todo esto?- dijo, en tono de reproche.

Ellos la miraron sorprendidos.

-Bueno… pues… porque no se me ocurrió.- respondió su madre -Además, ¿qué más te da a ti?-

-Pues sí me da, porque como no lo sabía, he metido completamente la pata.- contestó la joven.

-¿Has metido la pata?- repitió su padre -¿Qué te ha pasado?-

-Pues… es que cuando he hablado con él, me ha dicho que era el cura del pueblo y yo creí que estaba de broma y me he reído de él.-

Su padre lanzó una carcajada y su madre se rió también.

-¡Heliodora, se ve que lo tuyo con los curas es grave!- dijo su padre, partiéndose de risa -¡Primero con el viejo huraño de don Odoardo y ahora con éste!-

-No tiene gracia, papá.- respondió ella -Ahora cuando me lo encuentre en el pueblo, no sé ni cómo le voy a mirar a la cara.-

-Pero bueno, ¿cómo reaccionó él cuando te reíste?- le preguntó la madre.

-Pues… también se reía. Se reía un montón… Por eso creí que él también se reía de la broma.-

-No te preocupes, hija, seguro que no le ha sentado mal.- le dijo su madre - Ya te he dicho que es una persona muy risueña. Seguro que no está molesto. Cuando lo veas, si quieres te disculpas, y ya está.-

-Sí. Eso haré- contestó ella, mientras pensaba con desilusión: "¡Y esto no es lo peor! ¡Lo más frustrante es que para una vez que me gusta alguien de verdad, resulta que es sacerdote!"

Por la noche, antes de acostarse, como no podía quitarse aquella embarazosa situación de la cabeza, hizo otro ejercicio que le habían enseñado sus amigos y que formaba parte de la danza de los derviches. El ejercicio consistía en realizar tres movimientos a la vez, con las piernas, con los brazos y con la cabeza. Las piernas, tenía que levantarlas alternadamente a manera de salto, mientras que los brazos los abría y cerraba dando una palmada, y al mismo tiempo movía la cabeza de un lado a otro como si quisiera hacer una negación exagerada. Esos tres movimientos a un tiempo, lograban que la mente se le quedara callada.

Así que cuando ella sintió que había logrado su objetivo, se acostó y empezó a relajar su cuerpo, pero casi sin darse cuenta, enseguida se durmió.

CAPÍTULO 4
CONFESIONES

Al día siguiente, a media mañana, Heliodora se acercó al consultorio para echar un vistazo y con la intención de ver a Macrina. No solamente no había colas, sino que no encontró a nadie en la sala de espera.

Entonces llamó suavemente a la puerta de la consulta y esperó unos segundos. Instantes después abrió Macrina.

-¡Ah, Heliodora! ¿Cómo estás, muchacha?- dijo.

-¡Hola Macrina!- saludó la joven – Estoy bien. Muy contenta de estar aquí. ¿Y usted? ¿Qué tal lleva sus últimos días de trabajo?-

-¡Muy bien! ¡Bueno, ya ves! ¡Apenas tenemos pacientes!- contestó la mujer - Pero, ¡anda, pasa a la consulta y charlamos un rato!-

-¿Está sola?- preguntó Heliodora, mientras entraba.

-Sí. Don Servio se ha ido hace unos minutos.-

-¿Don Servio?- repitió la joven, sonriendo.

-Sí. Es el médico. ¿No lo sabías?-

-Sí. Sí sabía que es él. Pero me ha chocado un poco lo del "Don". ¡Como lo conoce usted desde que era un niño!-

-¡Bueno, hija! ¡Pero es que cada cosa en su lugar! ¡Él es el médico y se le debe de tratar con respeto! ¡Y tendrás que acostumbrarte a ello!-

-¡Vaya! ¿Pero él también me va a llamar a mí Doña Heliodora?-

-¡No! ¡Tú sólo eres una auxiliar! ¡No te compares! ¿No lo hacíais así en el hospital en el que trabajabas?-

-Sí. Pero es que allí no nos conocíamos de toda la vida, y además los doctores eran más mayores.-

-Eso no importa. Debes tratar siempre con respeto al médico. Tú sólo eres una ayudante. Además debes dar ejemplo a los pacientes. Los enfermos tienen que respetar al médico, si no, terminarían por no hacerle caso.-

-¡Bueno, está bien!- respondió la joven. –Oiga, Macrina, ¿Y a Don Ramiro, siendo su marido, también lo llamaba usted "Don Ramiro"?-

-En la consulta, por supuesto que sí.-

-¡Ah!- respondió Heliodora extrañada.

Luego Macrina estuvo mostrándole a la joven dónde estaba colocado todo, cómo le gustaba a Servio que hiciese las cosas, y todas las tareas que tenía que realizar cuando se incorporara a su nuevo puesto.

Después de un buen rato de explicaciones, llegó Don Ramiro, para recoger a su esposa. Macrina cerró con llave la consulta y los tres se salieron a la calle, donde estuvieron conversando un poco.

Cuando se despidieron, la joven se dio la vuelta para volver a su casa y divisó un poco más allá, al cura hablando con un vecino del pueblo. Heliodora recordó el incidente del día anterior y se sintió cohibida. Por un lado, deseaba no ser vista, pero por otro, sentía la necesidad de disculparse y aclarar las cosas.

Fuera como fuese, el caso es que ella tenía que pasar por al lado de ellos. Así que con un poco de corte, fue caminando hacia delante. Entonces vio que el vecino se despedía del sacerdote y se marchaba al mismo tiempo que éste hizo ademán de irse también por su lado. Pero entonces el cura avistó a la joven y se quedó parado donde estaba, mirándola y sonriéndole.

Heliodora le sonrió también, mientras se acercaba a él.

-Hola, padre.- saludó ella, bastante cohibida.

-Hola, Heliodora, "don del sol"- respondió el sacerdote, con simpatía.

Ella sonrió.

-Quería pedirle disculpas por no haberle creído ayer- dijo.

-¡Eh, eh! ¿Qué es eso? ¿Ahora me llamas de usted?- exclamó él.

-Sí, bueno, es que ayer yo no sabía quién era usted realmente… No me había enterado de que Don Odoardo se había jubilado… y la verdad es que… como usted no hacía nada más que reírse, creí que lo de que era el cura también era una broma.-

Él parecía divertirse con las explicaciones.

-No te preocupes.- contestó – No tiene ninguna importancia. En realidad, enseguida me di cuenta de que no sabías que ya no estaba Don Odoardo. Y yo pensaba explicártelo, pero como te fuiste enseguida no tuve oportunidad. Sin embargo, confieso que me reí un buen rato yo solo, pensando en la cara que pondrías cuando te dieras cuenta de la verdad.-

-¡Oh, vaya!- exclamó ella.

-Pero en todo caso, por favor, no me llames de usted, ¿de acuerdo?- añadió el padre Andrés.

Ella asintió:

-Está bien.-

-Y ahora…, haciendo uso de mis facultades…,- dijo él, guiñando los ojos y apoyando los dedos índice y corazón de las dos manos sobre sus sienes, como si se estuviera concentrando -deduzco que vienes del consultorio, ¿me equivoco?-

Heliodora se rio y contestó:

-No, no te equivocas.-

-Y también deduzco… que te has puesto al día con Macrina- continuó el cura.

-Sí. Así es- respondió la joven.

-Y… por supuesto, habrás presentado tus respetos a… Don Servio- esto último lo dijo con énfasis.

Ella se río otra vez.

-No. Don Servio,- respondió ella, también con énfasis – ya se había ido.-

-¡Ah! ¡Vaya! ¡Bueno, he fallado una de tres! ¡No está mal! ¡Voy progresando!- bromeó él.

La joven lo miró pensando: "¿Cómo puede ser cura, siendo tan bromista?"

En ese momento se acercó Oberta, una tía de Servio y Marselio, hermana de Doña Nunila.

-¡Buenos días, padre!- saludó- Hola, Dora, ¿ya estás aquí?-

-Buenos días, Oberta- contestó el cura.

-Hola Oberta. Sí, vine el viernes.- respondió Heliodora.

La mujer le sonrió levemente y luego le habló al sacerdote.

-Padre, ¿cuándo podría hablar con usted?- le dijo, con un gesto de preocupación.

-Pues…, cuando tú quieras, Oberta. Ahora mismo, si quieres.-

-Sí, padre, por favor. Se lo agradecería.- contestó ella.

El cura miró a la joven y ésta, antes de que él dijese nada le sonrió y le habló:

-Bueno, padre, ¡ya nos veremos!-

Él le hizo un gesto con la cabeza de aprobación y le contestó:

-¡Claro! ¡Hasta luego, Heliodora!-

Y ella se marchó dejando al sacerdote con Oberta.

Durante el escaso camino de vuelta hacia su casa, iba pensando en la conversación que acababa de mantener, hasta que escuchó que la llamaban:

-¡Dora!-

Ella levantó la vista y vio a Perístera, que la esperaba en el portal de su casa.

-¡Hola!- saludó Heliodora.

-Acababa de llegar, cuando te he visto a lo lejos.- dijo su amiga.

-Sí, es que he ido al consultorio.- respondió Heliodora.

-¡Ah! ¿Y has visto a Servio?-

-¡Querrás decir a Don Servio!- dijo Heliodora, reprimiéndose la risa.

-¿Don Servio?- repitió Perístera, echando la cabeza hacia atrás, con un gesto de rechazo -¿Ahora hay que llamarle también a ése de Don? ¡Estamos apañados con esa familia! ¡Don Cenobio, Doña Nunila, Don Servio!... ¡Ya sólo me faltaba que Marselio también quisiera que le llamásemos Don Marselio!-

-¡Pero bueno!, ¿no te gustaba Servio?-

-Puede que sea guapo, pero si es tan tonto, ya no me interesa.-

Heliodora se rió.

-En este caso es porque hay que tenerle un respeto al médico, porque si no se le tiene respeto, los enfermos no le hacen caso.-

-¿Eso te ha dicho Macrina?-

-Sí.- respondió Heliodora, divertida -Pero no nos lo tomemos tan a pecho. A mí me da igual llamarle de una manera que otra. Si ellos piensan que se le tiene más respeto a una persona si se le llama así, pues ¿qué más nos da a nosotras?-

-No sé…- contestó Perístera, poco convencida – Bueno, pero hablando de lo que te venía a decir: esta tarde tampoco podré ir al río. Me voy otra vez con mi abuela. Ayer logramos convencerla de que se viniera unos días. Me iré después de comer, le ayudaré a terminar de preparar el equipaje y dejaremos la casa bien cerrada y luego nos vendremos las dos.-

-¿Vas tú sola?-

-Sí. Mi madre se queda preparándole una habitación, para que ella se encuentre a gusto.-

-¿Y cómo vas a ir?-

-¡Buf! ¡Adivínalo!- exclamó Perístera, con fastidio.

Heliodora la miró y recordó que el día anterior les había llevado Píndaro.

-¿Te lleva Píndaro?-

-¡Así es! ¿No tengo mala suerte?-

-Pero ¿por qué le tienes tanta manía? Píndaro es un buen chico. Es un poco… serio, pero es bastante majo.-

-¡Buf! ¡Seguro que va a ir todo el camino en silencio!-

Heliodora sonrió, recordando cuando él la trajo el viernes anterior, y el esfuerzo que tuvo que hacer para entablar conversación.

-Seguro que si tú le hablas, terminará hablando también.- dijo.

-¿Y de qué quieres que le hable a esa estatua? ¡No creo ni que tenga sentimientos!-

-Sí los tiene.- contestó Heliodora.

-¡Ya!-

-¡Puedo asegurártelo!- enfatizó Heliodora.

Perístera la miró extrañada.

-Parece que hablas con mucha seguridad, ¿no?-

-Sí.-

La amiga de Heliodora la observó detenidamente.

-¿Hay algo que yo no sé?-

-Bueno, la verdad es que sí.- confesó Heliodora – Píndaro se me declaró el año pasado.-

Perístera abrió totalmente los ojos.

-¿De verdad? Pero, ¿y tú? ¿Lo rechazaste?-

-Es evidente que sí. Si no nos habríais visto juntos, ¿no? Me dio pena rechazarlo, porque en el fondo me cae bien, pero yo no me sentía atraída por él, y una relación así, no creo que fuera bien. No se lo había dicho a nadie, no sé muy bien porqué, pero la verdad es que tampoco quiero que esto sea de dominio público. Así que te pido por favor, que no digas nada. Y por supuesto tampoco le menciones a él que te lo he contado.-

-¡Vaya! ¡Esto sí que no me lo esperaba!- exclamó Perístera, aún asombrada.

Heliodora sonrió.

-¡No seas tan dura con él! ¿Vale?- dijo.

Su amiga se repuso de la sorpresa, y contestó:

-¡Bueno, pero eso no tiene nada que ver conmigo! ¡Sigo pensando que es como una estatua!-

Heliodora se rió.

-Bueno, de todas maneras me alegro que tu abuela se venga con vosotros. Ya me llegaré a verla. Me acuerdo de ella, cuando éramos pequeñas y venía a tu casa.-

-¡Ah, sí! ¡Antes venía más con mi abuelo! Pero luego él se murió y mi padre nos llevaba a verla todos los domingos. Y después mi padre también se murió… Pero bueno, cuando ella esté aquí, creo que todos vamos a estar más contentos… Al menos, ésa es la idea que ha sacado mi madre en conclusión después de hablar con el cura. Le ha aconsejado que se la traiga para que, por un lado le ayude a poner firmes a mis hermanos, y por otro, para darse mutua compañía.-

-¡Así que ése fue el consejo que le dio el padre!- exclamó Heliodora.

-¡Eso parece! ¡Vamos a ver!-

-¿Sabías que ya no está Don Odoardo, y que ahora hay un nuevo padre?- dijo Heliodora.

-Sí, algo me dijo mi madre. Pero yo todavía no lo he visto, ¿y tú?-

-Sí. Ya lo he visto.-

-¿Y qué tal? ¿Es tan antipático como Don Odoardo?-

-No, para nada. Es muy simpático y le gusta bromear. Sinceramente, estaba tan acostumbrada al carácter de Don Odoardo, que me resulta asombroso ver al padre Andrés riéndose tanto.-

-¿Sí? ¡Pues entonces si mi madre tiene razón en el poder de convencimiento del cura, tendremos que pedirle por favor que trate a Píndaro!-

Las dos amigas se rieron.

-Bueno, ¡me voy, que tengo que comer pronto! ¡Sólo había venido para avisarte!- dijo Perístera, emprendiendo la marcha en dirección a su casa -¡Ya nos veremos mañana!-

-¡Vale! ¡Hasta mañana!- contestó Heliodora.

Cuando la joven entró en su casa, se encontró a Modesta hablando con su madre en la cocina.

-¡Heliodora! ¡Qué alegría verte!- le saludó la mujer, con cariño.

-Hola Modesta. También yo me alegro de verte, ¿cómo estás?- respondió la muchacha, acercándose a la mujer para darle dos besos.

-No estoy mal. Echo mucho de menos a Raimundo, pero ya me he hecho a la idea.-

Heliodora le sonrió con ternura, se sentó a su lado y le cogió la mano.

La mujer la miró agradecida por el gesto.

-Tu madre me ha estado contando el encuentro que tuviste con el padre Andrés.- dijo Modesta –No te preocupes, que estoy segura de que él no se ha molestado por eso. Es una persona excelente, yo diría que fuera de lo común. Si lo viste allí, es porque él me hace el favor de cuidarme el huerto y los caballos, pero yo no le pago absolutamente nada. Bueno, eso sí, le doy algunos productos del huerto, porque a pesar de que él lo hace de manera desinteresada, yo tampoco soy una aprovechada y encuentro lógico que al menos se lleve alguna cosilla. Aunque él siempre me dice que no, pero yo le insisto, por supuesto.-

-¡Vaya! ¡Qué bien! ¡Me alegro mucho por ti! - exclamó la joven –De todas maneras, hoy he visto al padre, y efectivamente no sólo no estaba molesto, sino que encima se lo seguía tomando a broma. ¡Qué cura tan raro!, ¿no?-

Modesta y su madre se rieron.

-Lo que le pasa a mi hija es que está acostumbrada a las maneras del otro cura y claro, éste le resulta extraño.- dijo la madre de Heliodora.

-Sí. La verdad es que es muy simpático. Yo también me río mucho con él.- declaró Modesta.

Las tres estuvieron charlando un rato más de otras cosas, y luego Modesta se marchó muy animada.

Antes de comer, Heliodora llamó por teléfono a Tulia para quedar por la tarde. Y después de comer y recoger todo, la joven se dirigió a casa de su amiga para bajarse al río.

Al pasar por la plaza del pueblo, se cruzaron con Marselio que se dirigía a su casa.

-¡Hola!- saludó

Ellas respondieron.

-¡Hola!-

-¿Vais al río?- les preguntó él, fijándose en que llevaban las bolsas con las toallas.

-Sí- respondió Heliodora.

-¡Bueno, tal vez nos veamos luego! Me apetecía bajar un poco más tarde, después de estudiar un rato.-

-¡Vale!- contestó Heliodora.

Marselio le sonrió y luego miró a Tulia durante unos segundos, pero no le dijo nada. Después volvió a dirigirse a Heliodora:

-¡Poneos algo en la cabeza, que está pegando fuerte el sol! ¡Y divertíos!-

Heliodora se rió y respondió:

-Gracias. Y a ti, ¡buen estudio!-

-¡Sí! ¡Tengo unas ganas de ponerme con los libros!- dijo él, en un tono irónico, pero riéndose.

Las muchachas se marcharon. Durante el camino, Heliodora se atrevió a hablar con Tulia acerca de algunas de las cosas que había aprendido con sus amigos de la capital, pero aunque ésta le escuchaba, parecía distraída y que no estaba realmente interesada en esos temas, así que Heliodora no quiso insistir.

Cuando estaban en el río, a Heliodora le pareció que Tulia seguía un poco extraña, siempre pendiente del camino por el que llegaban hasta el lugar en el que se encontraban. Así que en una de esas veces le dijo:

-¿Qué miras, Tulia?-

Su amiga la miró con cara de haber sido sorprendida en algo.

-¿Yo? ¡Nada!-

-¡Ah! ¡Es que me pareció que mirabas mucho hacia el camino!-

-¡No! ¡No!- respondió ella -¡voy a bañarme otra vez!-

Después de un par de horas, las muchachas decidieron regresar al pueblo. Finalmente Marselio no apareció por allí, y Heliodora se acordó, mientras caminaban.

-¡Ah! ¡Después de todo, Marselio no ha bajado! – dijo.

-No. No ha bajado.- repitió Tulia, algo seria.

-¡A lo mejor se ha entusiasmado con los libros!- bromeó Heliodora.

-Sí, puede ser.- contestó su amiga, sin reírse.

Heliodora la observó con detenimiento y Tulia la miró.

-¿Qué pasa?- dijo.

-Es que me ha parecido que estabas decepcionada porque no ha venido.- contestó Heliodora.

-¿Yo? ¡No sé por qué dices eso!- dijo Tulia evitando mirarla.

-Bueno, a lo mejor te he interpretado mal- respondió Heliodora, sospechando que su amiga sentía algo, pero no quería hablar de ello.

Ésta se quedó callada y Heliodora tampoco dijo nada. Hasta que Tulia rompió el silencio:

-Bueno, Dora, la verdad es que es cierto. Pensé que iba a bajar, y he estado esperando todo el tiempo que apareciese de un momento al otro. Nunca os lo he dicho a Tera y a ti, pero yo… siempre he sentido algo muy fuerte por Marselio desde que éramos pequeños. Yo intuía que aunque él parecía un niño muy malo, en el fondo no lo era, y sólo se comportaba así como mecanismo de defensa porque su padre siempre lo despreciaba, pues solamente tenía ojos para su hermano. Encima, como todo el mundo empezó a criticarlo también y lo marginaban, él parecía defenderse comportándose peor. Y así hasta llegar a adulto. Menospreciado y repudiado por todos. Yo, cada vez que lo veía, sentía que se me rompía el corazón, pero he sido una cobarde y nunca me atrevía a acercarme a él, pues en el fondo, también lo temía… Sin embargo, ahora… él ha cambiado. No sé cuál habrá sido la razón, pero la verdad es que me siento muy feliz por él. Aunque también sé que él jamás se fijaría en mí, porque yo no soy nadie para él, y además no lo merezco porque no he hecho nunca nada para ayudarle.-

Heliodora se sintió conmovida por la confesión de su amiga.

-No sé qué decirte. Sólo, que siento que hayas sufrido esto en silencio, y que pienso que eres una persona de nobles sentimientos. Quizás ahora que Marselio tiene otra disposición, puedas albergar alguna esperanza con él…-

-No. No lo creo.- respondió Tulia -Me he dado cuenta de que te ha sonreído y pienso que si quería bajar era porque quería verte a ti. A mí, prácticamente ni me ha mirado.-

-¡Qué dices! ¡Estás equivocada!- replicó Heliodora - ¡No hay nada entre Marselio y yo! ¡Y puedo prometerte que no lo habrá! Ahora me cae mejor que antes, pero ahí se acaba todo. ¡Créeme!-

Tulia sonrió.

-¡Bueno! ¡Está bien! No me prometas nada, porque nunca se sabe lo que puede ocurrir, y en el corazón no se puede mandar. Pero gracias por querer animarme. Eres una buena amiga.-

Heliodora también sonrió y la cogió cariñosamente del brazo para caminar juntas, como cuando eran pequeñas.

CAPÍTULO 5
UN DESCUBRIMIENTO ASOMBROSO

La semana fue pasando bastante deprisa para Heliodora. Algunas mañanas se bajaba con su padre a la tienda y otras se quedaba en casa ayudando a su madre en las labores del hogar. Y luego por las tardes se marchaba al río con sus amigas.

Paralelamente, iba llevando a cabo sus ejercicios de meditación cada mañana. También continuó con su trabajo de recuerdo de sí y auto-observación de sí misma en cada momento del día, y además fue introduciendo una nueva técnica que consistía en que cada vez que veía una manifestación de un defecto psicológico en su interior: ira, orgullo, miedo, pereza, deseo de cualquier tipo, etc, se concentraba instantáneamente en su interior y pedía a su Madre Divina particular que lo eliminase de ella. Sus amigos le habían explicado que el Dios que cada uno lleva dentro, tenía tanto su aspecto masculino, es decir su Padre interno, como su parte femenina, su Madre interna o Madre Divina. Esta parte de su divinidad era la que hacía el trabajo de disolución de los defectos psicológicos, siempre que ella hubiera sido capaz de observarlos, sentir una verdadera necesidad de eliminarlos de su interior, y por último suplicarle sinceramente a esa parte de ella misma que lo disolviera, para poder liberar la conciencia que tenía atrapada.

También por las tardes, después del río, subía a la ermita y allí hacía la transmutación de las fuerzas cósmicas, bajo el abeto.

Varias veces fue a visitar a la abuela de Perístera. Era una mujer muy amable y se alegró de verla. Heliodora comprobó que sus nietos la querían mucho, pero también la respetaban y por eso, cuando ella les decía algo, ellos obedecían. Así que Candelaria estaba muy contenta por tenerla allí. Los consejos del padre Andrés, parecían haber acertado.

En cuanto al cura, a lo largo de la semana Heliodora lo vio varias veces, siempre hablando con alguien. Ella no podía evitar observarlo desde lejos en su forma de actuar, y se daba cuenta de que la gente se sentía a gusto con él. También se percató en varias ocasiones, de que se le acercaba algún vecino del pueblo con cara de preocupación, y después de un rato de charla con el padre, volvía con un gesto de tranquilidad e incluso en alguna ocasión salía contento. También pudo comprobar que los niños se acercaban a él para hablarle y éste se reía con ellos y les gastaba bromas. Todo eso hizo que la admiración de la joven por el sacerdote, fuera aumentando más y más.

Por fin llegó el sábado. Los padres de Heliodora le dijeron que no la necesitaban y que se tomara el tiempo libre, pues ya sólo le quedaba una semana de vacaciones.

Como sus amigas sí estaban ocupadas, decidió cambiar el horario y se subió a la ermita después de desayunar para hacer el ejercicio de transmutación de las fuerzas cósmicas.

El sol no picaba mucho aún, pero ella se metió bajo el árbol y allí se encontraba muy a gusto. Como siempre, estuvo admirando las vistas, sintiéndose una con la naturaleza. Luego, se descalzó y se puso a hacer los ejercicios de respiración combinados con la imaginación consciente de las energías de la Tierra y del cosmos.

Cuando llevaba apenas cinco minutos, escuchó un ruido de pisadas cerca. Ella cortó el ejercicio, hizo una última inspiración y luego abrió los ojos, muy relajada.

Entonces escuchó que quien fuera estaba metiendo una llave en la puerta de la ermita. Miró hacia atrás y vio que se trataba del padre Andrés. Pero éste no se había dado cuenta de que ella estaba allí, pues la disimulaban las ramas del árbol.

Él entró y dejó la puerta abierta.

Heliodora se calzó y se levantó. Luego dudó de si irse sin decir nada o entrar a la ermita. Pero escuchó un ruido extraño dentro y al final su curiosidad pudo más y se decidió por echar un vistazo.

La joven fue sigilosamente hacia la entrada y se asomó. Pero no vio a nadie. Entonces dio unos pasos y se introdujo en la capilla. Pero el padre no estaba allí.

"¡Qué raro!", pensó, tirándose del dedo, "¿Dónde se habrá metido?"

Movida por la intriga, entró ya sin ningún pudor y empezó a observar la ermita. Hacía muchos años que no había ido allí. Cuando era pequeña, había una fiesta en el pueblo en la que la gente peregrinaba hasta aquel lugar. Pero en una ocasión, se derrumbó una viga del techo y cayó sobre un vecino que tuvo que ser hospitalizado con varias fracturas. Y desde entonces, ya nunca más volvieron a subir allí. Recordando esto, Heliodora se cuidó de no acercarse demasiado a las paredes y de vigilar bien el techo. Pero el padre Andrés seguía sin aparecer.

Había un cuadro que llamó la atención de Heliodora. Se trataba de una pintura sobre Adán y Eva en el Edén. La joven se quedó mirándolo con detalle.

De repente, escuchó un ruido por detrás del viejo altar. Heliodora miró, pero no vio a nadie. Entonces se acercó despacio, y tuvo que pararse en seco, porque delante de ella había una gran abertura en el suelo. Aquello parecía la entrada a una antigua tumba. Al lado tenía una gruesa chapa que había sido levantada. La joven volvió a tirarse del dedo y luego dedujo que el cura había bajado por allí.

Muy extrañada se dijo: "¿Qué hará allá abajo? ¡Sólo de pensar lo que habrá ahí, se me pone la carne de gallina! ¡Uf!"

Esperó un poco y como seguía sin escuchar nada, pensó: "¿Le habrá pasado algo?"

Se quedó mirando el hueco aquel, y por fin decidió acercarse un poco más. Se asomó un poco, y se dio cuenta de que allá abajo había algo de luz. Entonces bajó un escalón con el corazón encogido y esperó un poco. Luego bajó otro escalón y volvió a pararse. Bajó otro más, y otro más. Entonces se agachó un poco para poder echar un vistazo. Se veía una especie de galería que conducía seguramente a las tumbas.

Heliodora descendió todos los escalones y cuando estaba abajo se quedó parada. "Bueno, ya que he llegado aquí, ¿qué más da seguir un poco más?", se dijo. Y empezó a avanzar muy despacio por aquel frío pasillo, alumbrado sólo al final. Cuando estaba a punto de llegar a la sala iluminada, vio una sombra que se puso delante de ella. La joven, que ya venía con el susto cogido en el cuerpo, pegó un grito que retumbó en toda la galería.

-¿Heliodora?- dijo la sombra.

La muchacha muerta de miedo quiso salir huyendo pero la sombra se acercó rápidamente a ella y le cogió un brazo diciéndole:

-¡Espera, no te asustes, soy yo! ¡Soy Andrés!-

Ella se volvió y por fin lo vio claramente. Entonces fue calmándose y respirando más suavemente.

-¿Estás más tranquila?- le preguntó el cura.

-Sí.- contestó ella.

-Pero, ¿qué haces aquí?-

La joven no sabía qué explicación darle, así que decidió decirle la verdad.

-Es que te vi entrar en la ermita y como la dejaste abierta, decidí entrar también. Luego he visto esta bajada y…-

-Y también decidiste bajar…- terminó él, sonriendo –Sólo que no contabas con que tu miedo era más grande que tu curiosidad.-

Ella sonrió, avergonzada.

-Sí. Es cierto, lo reconozco. En realidad, no sé ni por qué he bajado, porque sólo de pensar que esto es una tumba me da escalofríos.-

-Pero no es una tumba.- dijo el padre Andrés.

-¿No?- replicó la joven, extrañada -Entonces, ¿qué es?-

Él la miró unos segundos y le contestó:

-Ven y verás.-

Heliodora lo siguió y al entrar en el recinto se encontró con una sala en la que a su izquierda había una mesa y dos sillas, y una tabla estrecha apoyada sobre dos piedras, con una olla vieja, dos platos muy antiguos, dos tazas y un par de cucharas, y a su derecha, vio otra estantería con algunos libros, una especie de colchón y un pequeño altar en los que había una copa y una cruz, y a un lado una especie de lanza totalmente artesanal y al otro lado una espada antigua.

La joven miró asombrada al sacerdote.

-¿Qué es esto?-

-No estoy seguro.- respondió el cura –Hay algunos libros, y un diario. Hace un mes, decidí venir a echarle un vistazo a la ermita para ver si eran graves los daños de estructura y si se podrían arreglar con algunos trabajos. Estaba examinando todo, hasta que llegué al altar. Al pisar por encima de la entrada a este lugar, me di cuenta de que había un desnivel por debajo de la alfombra. Entonces levanté la alfombra y encontré una plancha de madera bastante pesada. Me pregunté la razón de colocar esa plancha de madera y decidí correrla un poco para mirar qué había debajo. Entonces me encontré con otra plancha, pero esta vez de acero. Eso me despertó aún más la curiosidad, así que la levanté y vi este pasadizo. Bajé y me encontré con lo que estás viendo. Desde entonces, vengo cuando tengo un rato libre, que suele ser los sábados por la mañana, y bajo aquí para coger algún libro, para leerlo durante la semana.-

-¡Vaya!- exclamó la joven, tirándose del dedo -¡Nunca había oído decir que bajo la ermita había una estancia como ésta!-

-Por lo que he empezado a leer en el diario, se trataba de un ermitaño que vivía aquí con su esposa.-

-¿Con su esposa?- repitió Heliodora, mientras le surgía una idea.

-Sí. Bueno, sólo he leído el principio, es lo que estaba haciendo ahora, justo antes de escucharte llegar. Esta semana estuve leyendo un libro bastante extraño porque parece que habla de forma simbólica. En todo caso, no lo entendí muy bien.-

-¡Ah! - contestó la joven, acercándose a la estantería de los libros -¿puedo mirar?-

-¡Claro! Si no lo he contado en el pueblo, ha sido porque en principio quería reservarme el derecho a hacer primero mis propias investigaciones, pero lógicamente esto no me pertenece y cualquiera puede venir y mirar.-

Heliodora le sonrió, y cogió un libro. Lo abrió y empezó a ojearlo. Ciertamente utilizaba términos simbólicos, pero ella entendió algunos de esos términos.

-¿Comprendes algo?- le preguntó él, al verla leer de seguido, sin pasar la página,

-Creo que son libros de alquimia.-

El cura la miró sorprendido.

-¿Alquimia? ¿Te refieres a los alquimistas de la edad media? ¿Aquéllos que transformaban el plomo en oro?-

-Sí, bueno, pero en realidad creo que se refiere más bien a la alquimia interior.-

Él se asombró aún más.

¿Por qué dices eso?– preguntó -¿Qué sabes tú de eso?-

-¿Yo?... ¡Bueno, algunas nociones!- dejó caer la joven.

-¿De verdad?- dijo el padre Andrés, observándola detenidamente – Y dime, ¿tú me podrías enseñar esas nociones?-

Ella se quedó un poco parada y luego respondió.

-Sí, claro… Pero la verdad es que es un poco largo de explicar, porque requiere conocer varios aspectos de ese trabajo.-

-Bueno, no tienes que explicarme todo ahora. Puedes hacerlo poco a poco.-

-Es que tiene que ser así.-

El cura sonrió.

-Sí. Estoy seguro de que tiene que ser así. ¿Sabes?, me alegro de que estés aquí.-

Heliodora se puso también muy contenta por aquellas palabras.

-Pero, dime –dijo él -¿cómo es que me has visto entrar en la ermita? ¿Dónde estabas tú? ¡Yo no te he visto!-

-Es que estaba sentada bajo el abeto que hay fuera. Yo escuché tus pisadas y te vi.-

-¡Ah! ¿Y llevabas mucho rato allí?-

-Unos quince minutos.-

-¿Subes a menudo aquí?-

-Sí, siempre que puedo. Me gusta mucho este sitio. Lo que pasa es que normalmente subo por las tardes.-

-Sí. Las vistas desde aquí son magníficas- reconoció él. –Así que… ¡también tienes un alma sensible que le gusta disfrutar de la creación de Dios!-

-Sí- respondió ella –Claro que sí.-

Él la miró contento, pero ella empezó a sentir que se le aceleraba el corazón y dirigió su atención de nuevo al libro.

-¡Puedes llevártelo, si quieres!- dijo el padre Andrés – Pero creo que sería mejor no comentar nada de esto, por el momento.-

-Vale. Lo entiendo.- contestó ella –Sí, me lo voy a llevar y cuando lo termine lo traigo otra vez.-

-Yo me llevaré el diario. Quizás aquí explique un poco más claro todo. ¿Qué te parece si salimos a la superficie?-

-¡Sí! ¡Después de todo, no se está tan mal aquí, pero prefiero la luz del día! -

El padre se rió.

-¡Anda, vamos!- dijo.

Cuando salieron, el cura cerró la entrada del sótano. Luego se dirigieron al exterior. Y mientras cerraba con llave, el sacerdote miró hacia el abeto.

-Así que estabas allí. ¡Claro! ¡Con las ramas tan bajas no me he dado cuenta de que estabas debajo!-

Ella sonrió.

-¿Bajas al pueblo, o te vas a quedar un rato más?- le preguntó él.

-¡No!, ¡ya me bajo!-

-En ese caso, ¡vamos! Pero dime,- continuó él -¿cómo es que sabes de alquimia?-

-Bueno, no sé mucho. Sólo un poco.- respondió la joven –En el hospital en el que trabajaba conocí a alguien que también trabajaba allí, que había aprendido muchas cosas sobre la naturaleza oculta y desconocida del ser humano y él y su mujer me enseñaron muchas cosas[1].-

-¡Ah! ¿Eran médiums o videntes, o algo así?-

-¡No! ¡Por supuesto que no!- exclamó Heliodora - ¡Ellos no trabajan con fuerzas extrañas, ni con los difuntos, ni tampoco buscan poderes de ese tipo! ¡No! Ellos se dedican a realizar un trabajo interior de mejoramiento personal definitivo y además hacen algunos ejercicios que les sirven para despertar… más conciencia, no sólo en este mundo, sino también en otros.

El cura se quedó pensativo.

-¿A qué religión pertenecen?-

-No son de ninguna.-

-Entiendo. Pero, de alguna manera, creo comprender que tienen su propia búsqueda espiritual.-

-¡Claro! Pero ellos no buscan a Dios afuera, lo buscan en su interior.-

El padre se quedó pensativo.

-¿Tú también piensas así?-

Al escuchar aquella pregunta, a Heliodora le vino el recuerdo de las duras palabras de Don Odoardo cuando la vio leyendo el libro de mitología de la India, y sintió un pellizco en el estómago, pero afortunadamente se dio cuenta de que aquello no era otra cosa que la manifestación de un defecto de miedo dentro de ella. Así que de manera instantánea, suplicó a su Madre Divina que disolviese aquel defecto, y después se sintió mucho más relajada.

Luego miró al cura y le dijo con convencimiento:

-No es que piense así. Es que sé que es así.-

Él la miró con una media sonrisa, expresando una cierta admiración.

-¡Pareces muy segura!-

-Lo estoy-

[1] *Véase: "Una Semana Santa reveladora" en elenasantiago.info*

El cura, después de mirarla detenidamente, reflexivo, dirigió su mirada hacia el horizonte y guardó silencio.

-A lo mejor te parece que soy una hereje.- dijo la joven - No me extraña. Don Odoardo pensaba eso. En realidad, lo comprendo. Tal vez no tenía que haberte hablado de eso…-

-No.- le interrumpió él -Has hecho bien. Y no pienso que seas una hereje. ¡Claro que no! Lo que pasa es que… a veces uno quiere ayudar a los demás, y no sabe ayudarse uno mismo ¡Y tú pareces estar tan segura!-

Heliodora lo miró sorprendida.

-¿Tienes algún problema? ¿Puedo ayudarte en algo?-

El sacerdote, emitió una leve sonrisa.

-¡Es curioso! ¿Sabes que me acabo de dar cuenta de que eres la primera persona que me pregunta eso? ¡No es que esperara que nadie lo hiciera, ni me siento amargado por ello! ¡Nunca lo he pensado!... ¡Pero me resulta extraño que me lo preguntes!-

Ella lo miró compasiva.

-Tal vez nadie te lo ha preguntado porque nunca te han visto triste o preocupado. Siempre estás sonriendo, si no haciendo bromas, y tratas con tanta amabilidad a las personas, que yo creo que todos deben pensar que eres feliz y no anida ningún problema en tu interior. Si ellos sospecharan que sufres por algo, estoy segura de que querrían ayudarte, porque creo que todos te aprecian mucho.-

Él sonrió.

-Sí. La verdad es que todos son amables. Pero no era mi intención quejarme. Creo que no me he expresado bien. No estoy reivindicando nada. Sólo se me ha hecho raro que me preguntases si tenía algún problema.-

-Sí. Te he entendido. Pero, entonces, ¿tienes algún problema?-

El padre Andrés se rió.

-¿A ti también te gusta estar al tanto de todo?- bromeó, rememorando algo que le había dicho a ella cuando la conoció.

-Bueno, como veo que te lo quieres guardar para ti mismo, y solucionarlo tú solo, no insistiré.- respondió Heliodora.

-¡Eh!– exclamó él, sorprendido por las palabras de la joven - ¡No te lo tomes tan a pecho! ¡Solo era una broma!-

Ella se dio cuenta de que llevaba razón.

-¡Oh!- respondió, arrepentida- ¡Sí, es verdad! ¡Perdóname! ¡No tenía derecho a decirte eso, y menos de esa manera! ¡Lo siento!-

-No importa. En el fondo llevas razón. Lo que pasa es que nos han educado de una forma, que tienes asimilado que las confesiones de un cura deben de ser a otro cura, y no a una persona de a pie. ¡Y menos a alguien que ni siquiera es católico!-

-Lo comprendo. Pero no pretendía ser tu confesora, sólo quería ayudarte si tenías algún problema y si estaba en mi mano.-

-Sí. Perdóname tú a mí, por trastocar las cosas.-

Los dos siguieron caminando en silencio durante algunos momentos, hasta que él se decidió a hablar.

-Cuéntame un poco acerca de ese Dios interior.-

Ella se alegró de la pregunta.

-Bueno, vale. Dios no es una persona que está mirándonos desde el cielo, a ver cómo nos comportamos y a la más mínima, nos condena. Dios está en todas partes, porque es una Fuerza que existe en todo lo creado y lo increado. Y ¡cómo no!, también está en nosotros. Esa Fuerza está en nuestro interior y es la que nos da la vida. También está esa Fuerza en la semilla de un fruto, en una flor, en un animal, e incluso en una piedra. El conjunto de todas esas Fuerzas interiores, el conjunto de todos esos Dioses internos, son lo que se llama normalmente Dios que es quien ha creado todo lo que existe: los planetas, los soles, las estrellas, y todos los seres. Por eso, en realidad Dios está en todas partes, y sobre todo siempre está con nosotros, porque está dentro de nosotros. Por otro lado,

como resulta que Dios es una fuerza, tiene su polaridad positiva y su polaridad negativa. Dios tiene su aspecto masculino, manifestación lógica de nuestro Padre divino y luego tiene su aspecto femenino, que es nuestra Madre divina. Cada parte tiene su especialización. Por ejemplo, el Padre nos da el impulso de búsqueda espiritual, nos da fuerza interior, sabiduría… y nuestra Madre nos da la vida, el amor, y además se encarga de eliminar nuestros defectos psicológicos, tales como la envidia, la rabia, el odio, la codicia, la pereza, la lujuria… Y de esa manera, también nos ayuda en ese trabajo interior de mejoramiento personal que antes te he mencionado.-

El cura se quedó reflexionando sobre lo que le acababa de contar Heliodora.

-Pero, entonces, ¿no creéis en Jesucristo?-

-Sí. Bueno, en realidad, el Cristo es otra Fuerza otra derivación de esa Fuerza a nivel cósmico. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, existen como Fuerzas cósmicas, universales, pero también en nuestro interior. Lo que pasa es que si una persona tiene muchos defectos psicológicos, éstos son como una barrera para que esas Fuerzas Divinas se puedan manifestar en uno. Por eso, es necesario disolver esos defectos y cuando se hace, la virtud contraria aparece como cualidad natural de la conciencia. Es decir, si uno acaba con la ira en su interior, aparece la verdadera mansedumbre; si elimina el odio, surgirá en él el auténtico amor, si disuelve, con la ayuda de su Divina Madre, la envidia, entonces despertará en uno la verdadera alegría por el bien ajeno. Y así con cada defecto. Entonces llegará un momento, en que la persona estará tan despierta de conciencia, y sin ninguno de esos defectos, que esas Fuerzas Divinas podrán manifestarse en él. El caso de Jesucristo es ése. Él no tiene ningún defecto psicológico, y la Fuerza Crística está completamente encarnada en él. Él es un Cristo viviente. Pero, aunque te parezca poco creíble, no es el único, puesto que a lo largo de la historia de la humanidad, ha habido otras personas que hicieron ese trabajo interior y también lo encarnaron, como Buda, o como Hermes Trismegisto, o como Quetzalcoatl, u otros…-

-¿Quieres decir que según vosotros, cualquiera de nosotros podría convertirse en un Cristo?- preguntó él, asombrado.

-Tal y como estamos ahora, no. Tendríamos que eliminar de nuestro interior, todos y cada uno de nuestros defectos psicológicos. Y para eso, primeramente tenemos que aprender a ser conscientes de que los tenemos, porque mucha gente cree que no tiene defectos y la mayoría no se conoce a sí misma, y lo peor de todo es que ni siquiera sabe que no se conoce a sí mismo, aunque crea que sí. Además, hay otros trabajos que son también muy importantes y están relacionados precisamente con la alquimia. Pero de esto, prefiero hablarte otro día, si sigues interesado. Pues tal vez quieras pensar sobre lo que te he explicado.-

-Sí. Tengo que pensar un poco sobre esto. Pero, ¿no tendrás algún libro sobre esas enseñanzas?-

-Sí. Sí tengo. ¿Quieres que te los preste?-

-Me gustaría mucho, gracias-

-Vale. Si quieres, acompáñame a mi casa, y te doy uno, para empezar.-

-Sí. Esto me interesa mucho. Te acompañaré.-

Hablando, hablando, llegaron al pueblo. El sacerdote acompañó a Heliodora y ésta le entregó el libro[2] prometido. Él se marchó, bastante entusiasmado y ella se quedó muy contenta.

[2] *Véase:* http://judas-iscariote.org/para_emprender_el_vuelo.html

CAPÍTULO 6
UN PASEO POR FUERTE REAL

A la semana siguiente, era el cumpleaños de Perístera. Heliodora y Tulia hablaron entre ellas y decidieron comprarle un regalo juntas. Pero para eso tenían que ir a Fuerte Real, pues ni en la tienda de los padres de Heliodora, ni en la otra tienda, tenían lo que las jóvenes buscaban. Como ellas no disponían de coche, se decidieron a preguntarle a Píndaro cuándo pensaba ir, para acompañarlo.

De esa manera, el mismo lunes por la tarde, quedaron con él para ir juntos a Fuerte Real. Por supuesto, las muchachas tuvieron que inventarse una excusa para no quedar con Perístera.

Cuando se reunieron con el joven, se llevaron una sorpresa: la abuela de su amiga y Candelaria estaban esperándoles, también.

-¡Hola Vladimira! ¡Hola Candelaria!- saludó Heliodora.

-¡Hola!- dijo también Tulia.

-¡Hola hijas! ¡Os estábamos esperando!- respondió la abuela.

-¡Hola muchachas!- dijo Candelaria.

-¿Vosotras también vais a Fuerte Real?- preguntó Heliodora.

-Voy yo sola.- contestó Vladimira - Quiero ir a ver a mi hija y a su familia. Candelaria sólo ha venido a acompañarme.-

-Sí.- añadió la aludida –Se ha empeñado. A mí me daba yo qué sé qué que fuera sola, porque yo no puedo ir, pero ni corta ni perezosa cogió y le preguntó a Píndaro y éste le dijo que iba hoy y se ha animado a ir. En fin, por otro lado me alegro porque veo que ya está volviendo a ser la Vladimira de siempre, enérgica y atrevida.-

La abuela, las muchachas, e incluso Píndaro se rieron.

-Bueno, pero, ¿y vosotras a dónde vais? ¿Sabe mi hija que os vais esta tarde?-

-Por favor, Candelaria, no le digas nada de que nos has visto.- contestó Heliodora –Vamos a comprarle un regalo para su cumpleaños, pero ella no lo puede saber.-

-¡Ah!- exclamó la mujer sonriendo -¡Vale! ¡No os preocupéis! ¡No le diré nada!-

-¡Conque es el cumpleaños de mi nieta! ¡No me acordaba! ¡Pues yo también le voy a comprar un regalo!-

-Está bien, Vladimira. ¡Que te lo pases muy bien y dales recuerdos a tu hija y a su marido! –dijo Candelaria dándole dos besos – Píndaro, hijo, ¡ve con cuidado!-

El joven sonrió y asintió con la cabeza.

Luego la abuela se sentó en el asiento delantero junto a Píndaro, y las chicas se metieron atrás.

Durante el trayecto, la abuela les estuvo contando muchas historias de cuando era más joven y los tres jóvenes iban bastante entretenidos. De hecho, el viaje se les hizo muy corto. Píndaro llevó a Vladimira a casa de su hija y ésta les dio dinero a las muchachas para que le comprasen un regalo bonito a su nieta, puesto que ella no iba a tener tiempo para eso.

Luego las dos amigas se fueron andando por el centro y quedaron a una hora con Píndaro.

Decidieron comprarle una pulsera de la parte de ellas, pues a Perístera le gustaban mucho. Y con el dinero de la abuela le compraron un disco de su música favorita. Y cuando terminaron, como aún les quedaba tiempo, se dieron un paseo por el pueblo.

Como hacía calor, a las muchachas se les antojó un helado. Cuando estaban comprándolo, escucharon una voz detrás de ellas diciéndoles:

-¡Vaya, vaya, vaya! ¡Qué pequeño es el mundo!-

Ellas se volvieron y vieron a Marselio y a su hermano Servio.

-¡Hola!- saludaron las dos chicas a un tiempo.

-¿Habéis venido a Fuerte Real a tomaros un helado?- bromeó Marselio.

Heliodora se rió. Tulia estaba más cortada, pero también sonrió.

Servio, mientras tanto, las observaba un tanto distante.

-Bueno, Servio, ¡por fin nos vemos!- exclamó Heliodora, pues hasta entonces no habían logrado cruzarse.

Él se sorprendió un poco y le contestó:

-¿Por fin? ¿Teníamos que vernos?-

-Bueno, es que me llegué un día al consultorio y ya no estabas y la verdad es que después, entre unas cosas y otras, no he visto el momento de volver.-

-¿Y qué es lo que querías?- le preguntó, mirándola de arriba a abajo

A Heliodora le pareció que el joven estaba a la defensiva.

-Bueno, pues… saludarte- contestó.- Y también decirte que cuentes conmigo para lo que quieras.-

-¿Eh?- exclamó él, mirándola fijamente – Tú eres la hija del tendero, ¿verdad?-

Ella se quedó parada, algo desorientada y después de unos segundos, respondió:

-Sí. Soy hija de Vinicio.-

-Tu padre es el rojo, amigo de Lelio, ¿no es así?-

La muchacha se sorprendió por la expresión, que le recordó a la que usaba Don Odoardo.

-¡Servio!- exclamó Marselio - ¿De qué vas, tío? ¿A qué viene eso?-

-¿Y tú?- le respondió su hermano -¿De qué vas tú? ¡Se supone que te estabas reformando y sigues teniendo relación con gente inculta y revolucionaria!-

Las dos muchachas se quedaron desconcertadas al escuchar aquello. Heliodora, tuvo que hacer un súper-esfuerzo para no identificarse con aquellas palabras y para suplicar a su Madre Divina que le quitara el defecto del amor propio herido y el de la ira.

Marselio miró a su hermano detenidamente y luego miró a Heliodora y después a Tulia, y entonces contestó a Servio, con mucha calma:

-Tienes razón. No me había dado cuenta de ello. Gracias por recordármelo.- y dirigiéndose a las muchachas, les dijo – No paguéis el helado. Yo os invito. Y si no os importa, os acompaño, porque, como muy bien ha dicho Servio, no me conviene seguir frecuentando gente inculta y revolucionaria. Así que prefiero irme con vosotras que sois gente de calidad.-

Servio lo miró con desprecio y le contestó:

-¡Allá tú! ¡A ver cómo vuelves a Villalta!-

Y se marchó, sin despedirse.

Marselio se quedó apesadumbrado.

-Lo siento, chicas.- se disculpó –Siento haberos hecho pasar este mal rato. Nunca pensé que mi hermano podría comportarse así. Está muy metido ahora con la política, pues creo que quiere seguir los pasos de mi padre. Y tu padre –refiriéndose a Heliodora – es considerado por ellos casi como un enemigo.-

-No te preocupes, Marselio.- dijo Heliodora –Pero no tenías que haberte peleado con tu hermano.-

-Eso ya se arreglará.- contestó él – Pero siento de verdad lo ocurrido.-

-Tú no tienes la culpa- intervino, por fin, Tulia – Y aunque sentimos que hayas discutido con tu hermano, te agradecemos que nos hayas defendido.-

El joven la miró y le sonrió.

-¡Ya era hora!, ¿no? ¡He debido ser vuestra peor pesadilla cuando éramos pequeños!-

Las jóvenes se rieron.

-¿De verdad, no vas a volver a Villalta con Servio?- preguntó Tulia.

-¡Me temo que no!- respondió él.

-Nosotras hemos venido con Píndaro. A lo mejor, te puedes volver con nosotros.- le dijo la joven.

-¿Con Píndaro? ¡Eso sería perfecto! ¡Cuando mi hermano me vea volver con el hijo de Lelio, entonces sí que se va a caer de espaldas!-

Las muchachas se rieron.

-Sin embargo, me parece que no me va a resultar fácil trabajar con Servio, en estas condiciones.- dijo Heliodora.

Los otros dos la miraron.

-¡Sí! ¡Bueno! ¡Uf!- exclamó Marselio – No pretendo desanimarte más, pero me parece que muy fácil, no va a ser, no.-

Heliodora pensó: "Bueno, quizás voy a tener que pasar por ahí y utilizar esta situación como gimnasio psicológico para auto-descubrir más defectos psicológicos".

Los tres jóvenes continuaron paseando por las calles del pueblo.

-¿Y qué se os ha perdido por aquí?- preguntó Marselio -¡Aparte del helado, claro!-

Las muchachas se rieron.

-Hemos venido a comprarle un regalo a Tera,- dijo Heliodora -que el miércoles es su cumpleaños-

-¡Ah! ¡La dócil Tera! ¡La entrañable y dulce Tera!- bromeó Marselio.

-¡No te metas con nuestra amiga, que todo puede ser que te quedes a pasar la noche en Fuerte Real!- dijo Heliodora, riéndose.

-¿Quién se mete con esa criaturita tan angelical?-

-¡Marseliooo!- le regañó Heliodora con dulzura.

En ese momento se encontraron con Píndaro que estaba sentado en la mesa de un bar, tomándose un refresco y leyendo un periódico.

-¡Hola Píndaro! ¿Tú ya has terminado?- dijo Heliodora.

Él levantó la cabeza y al ver a Marselio, se levantó:

-Hola. Sí. Estaba haciendo tiempo para recogeros.-

-¿Qué hay, tío?- le saludó Marselio.

-Píndaro, ¿puede volverse Marselio con nosotros a Villalta?- preguntó Heliodora.

El joven la observó detenidamente, como queriendo leer sus pensamientos. Pero ésta le sonrió y él respondió, aclarándose la voz:

-Sí, claro. Los cinco vamos perfectamente.-

-¡Gracias, tío!- contestó Marselio – Te lo agradezco. Pero ¿has dicho cinco? ¿Quién falta?-

-Falta Vladimira- dijo Heliodora.

-¿Vladimira? ¿Quién es Vladimira?-

-Es la abuela de Tera.- explicó Heliodora.

-¿La abuela de Tera? Me parece que no la conozco.-

-Es muy simpática, ya verás.-

Y ciertamente Vladimira y Marselio se cayeron muy bien mutuamente. Durante el viaje de vuelta, Marselio bromeaba con la abuela, y ésta le seguía sin condiciones.

-Me parece mentira que sea usted la abuela de esa fierecilla.- comentó Marselio.

-¿A quién te refieres, a mi Tera?- dijo ella.

-¿A quién si no?-

La abuela se rió:

-¡Así que no te cae bien mi nieta!-

-¡No es que ella no me caiga bien! ¡Soy yo quien no le cae bien! Cada vez que me la encuentro, me hace un gesto despectivo y me dice "¡Tú a mí no me engañas! ¡Bicho malo, nunca muere!"- esto último lo dijo con una voz aguda imitando el tono de Perístera.

Todos se rieron del comentario, incluido Píndaro.

-¡Se ve que es rencorosilla y me guarda todas las travesuras que hacía de pequeño!- continuó Marselio, riéndose.

-Mi nieta es perro ladrador, pero poco mordedor.- contestó, la abuela, divertida. –Es cierto que es un poco polvorilla, pero en el fondo tiene un corazón de oro.-

-¡Ya, ya!– contestó él – ¡Pero mientras ladra, asusta!-

La abuela se reía.

-Vladimira, lleva razón- intervino Heliodora –Es explosiva a la hora de expresarse, pero es incapaz de hacerle daño a una mosca.-

-Sí, es verdad – añadió Tulia – A veces puede ser un poco brusca, pero si se da cuenta de que te ha hecho daño, enseguida busca cómo reparar su error.

La abuela, sonreía complacida.

-¿Y tú qué dices, Píndaro?- le preguntó.

-¿Yo? Yo apenas la he tratado.-

-Pero el otro día tú la trajiste a mi casa para que me ayudase en el traslado a vuestro pueblo.- insistió la abuela - ¿También te ladró a ti?-

-Pues…, no. Lo que se dice ladrar, no.- respondió él.

Los demás se rieron.

-¿Entonces, qué?- inquirió Vladimira.

-Bueno, me estuvo preguntando cosas…-

-¿Cosas? ¿Qué cosas?-

-Pues… sobre si tenía novia,- dijo esto, mirando por el retrovisor a Heliodora – y sobre mi trabajo… en fin… supongo que era hablar por hablar…-

Heliodora pensó: "¡Mira que le dije que no le mencionara a Píndaro lo de que se me declaró! ¡Pero esta Tera es demasiado curiosa!"

-¡Oye, Píndaro! - dijo Marselio, muerto de risa – ¡Me parece que te estaba haciendo el padrón para ver si le convienes o no! ¡Lo siento, tío! ¡Perdona abuela, pero me parece que tu nieta ya le ha echado el ojo a Píndaro! –

-¡No le creas Píndaro!- dijo Heliodora -¡Y tú, Marselio, no te burles ya más de mi amiga!-

-Estás muy equivocado Marselio.- respondió Píndaro, muy serio –No hay nada entre Tera y yo, y me extrañaría que alguna vez lo hubiese.-

-¡Bueno, está bien, está bien! Ya no diré nada más. –declaró Marselio, reprimiéndose la risa.

-Pues a mí no me parecería nada mal que mi nieta y tú terminaseis juntos.- declaró la abuela.

Los jóvenes se quedaron asombrados.

-Creo que os complementáis totalmente.- continuó Vladimira- Lo que a uno le falta, al otro le sobra. Los dos podéis enseñaros mutuamente, y podríais llegar a ser muy felices.-

-¡Vaya!- exclamó Marselio, riéndose -¡Abuela, me has quitado las palabras de la boca!-

Heliodora lo miró, y se reprimió la risa.

-Su teoría está muy bien.- dijo Píndaro –Pero ha olvidado un pequeño detalle.-

-¿Qué detalle, hijo?- preguntó Vladimira.

-Que ni ella está enamorada de mí, ni yo de ella.- contestó él, mirando por el retrovisor de nuevo a Heliodora – Y no creo que eso vaya a cambiar.-

-Sí, bueno. Pero muchas veces el amor va viniendo sin darse uno cuenta.- respondió la abuela.

-Puede ser. Pero al menos tiene que haber un principio.- dijo Píndaro –Y en este caso, entre nosotros no hay ese principio. Es más, me atrevería a decir que no sé quién le cae peor a Tera, si Marselio o yo.-

Marselio lanzó una carcajada, y la abuela miró al joven con simpatía.

Poco después llegaban a Villalta.

CAPÍTULO 7
HACIENDO PLANES

El martes por la mañana, Heliodora se fue con su padre a la tienda. A la joven le gustaba ayudarle y además tenía la posibilidad de charlar con los vecinos del pueblo.

Candelaria también fue a comprar.

-¡Hola Candelaria!-

-¡Hola Dora!, ¡Qué, Vinicio! ¡Hoy te toca a ti con la nena!, ¿eh?-

-Sí.- respondió el padre de la joven, sonriendo – Ayer se quedó en casa ayudando a mi mujer, y hoy me tocaba a mí.-

-¡Pues aprovecharos, que cuando empiece a trabajar en el consultorio, se os acabó!-

-¡Sí, ya!-

-Candelaria, ¿y Vladimira?- preguntó Heliodora - ¿Por qué no ha venido contigo?-

-Si venía conmigo, pero nos hemos encontrado con el padre y con Marselio, y se ha quedado hablando con ellos. La verdad es que estoy contenta porque nuestro plan de traérnosla ha dado resultado. En menos de una semana, ¡hay que ver lo que ha cambiado! ¡Ya es la misma de antes! ¡Se la ve tan animada!... ¡Ayer se lo pasó estupendamente en Fuerte Real y también durante el viaje!... Se ve que conoció a Marselio y le ha caído muy bien. ¡Quién lo iba a decir hace unos meses: Marselio el bala perdida, y mi suegra, tan amigos!-

Heliodora y su padre se rieron.

-¡Bueno y ahora le ha dado por hacer de casamentera!– continuó Candelaria - ¿Qué te parece? ¡Está empeñada en que Tera se case con Píndaro!-

-¿Con Píndaro?- exclamó Vinicio -¿Y a cuento de qué se le ha ocurrido eso?-

-No sé. Creo que también le ha cogido cariño a ese muchacho. Dice que se complementan y no hace nada más que tirarle indirectas a la niña acerca de él. Por supuesto, ya sabéis cómo es Tera, que no se queda impasible y le contesta que le deje en paz, que a ella no le interesa esa estatua.-

La joven y su padre volvieron a reírse.

-Píndaro es un buen muchacho, pero quizás demasiado introvertido- comentó Vinicio. –La verdad es que son totalmente contrarios. Y basta que tu suegra la presione, para que ella se niegue mucho más.-

-Y es posible que le coja más manía- opinó Heliodora –Deberías decirle a Vladimira que tenga cuidado porque justamente así le va a salir el efecto contrario.-

-Si ya se lo digo, pero no me hace caso.- explicó Candelaria -¡Qué le voy a hacer! ¡Ya sé de dónde han salido mis hijos tan rebeldes! ¡De su abuela Vladimira! Porque mi madre era una mujer muy pacífica. ¡Bueno, Vinicio, tú la conociste! ¿A que no estoy mintiendo?-

-¡No! ¡Es verdad!- ratificó él -En cambio tu padre… ¡Él sí que era de armas tomar!-

-Sí, eso sí es verdad. Bueno, después de todo..., ¡puede ser que mis hijos tengan mezcla de las dos familias!-

El padre y la hija se rieron.

Cuando Candelaria terminó su compra, iba demasiado cargada, así que Heliodora se ofreció para ayudarla.

De regreso a la casa, se encontraron a Vladimira, Marselio y al cura charlando animadamente.

-¡Dora! ¿Cómo estás, hija?- saludó la abuela.

-¡Hola!- dijo ella, sonriendo y mirándolos a todos.

Marselio le sonrió, y el padre Andrés también la saludó:

-Buenos días, Heliodora.-

-¿Ya has hecho toda la compra?- le preguntó la abuela a su nuera –Hija, perdona, hablando con estos jóvenes tan simpáticos se me ha pasado el tiempo volando.-

-No importa, Vladimira- respondió Candelaria. –Me alegra ver que te gusta estar en nuestro pueblo.-

-Sí. Así es.-

-¿Ésa es la compra de Candelaria?- preguntó Marselio, señalando a las bolsas que llevaba la joven.

-Sí. Le estoy ayudando porque es demasiada carga para ella.- contestó Heliodora.

Él se acercó a la muchacha y se las cogió, diciéndole:

-No te preocupes, ya se las llevo yo.-

La joven sonrió.

-Gracias, Marselio- le dijo Candelaria.

-¡No hay de qué, Candela! ¿Vamos?-

-Sí. Que todavía tengo muchas cosas que hacer en la casa. ¿Te vienes Vladimira?-

-¡Claro, hija! ¡No pienses que me voy a estar todo el día de parloteo con los vecinos!- respondió la abuela.

Así que Candelaria, Vladimira y Marselio se marcharon y Heliodora le dijo al padre Andrés:

-Bueno, pues yo también me vuelvo a la tienda.-

-¡Espera! ¡Precisamente quería hablar contigo!- respondió él –Desde el sábado, no hemos podido hablar y quería comentarte que he estado leyendo el libro que me dejaste. No lo he terminado aún, pero me está gustando. Tanto, que ni siquiera me he puesto con el diario. ¿Crees que podrías tener un hueco en tu tiempo libre para que me expliques más cosas de esas enseñanzas que aprendiste con tus amigos?-

Ella sonrió.

-¡Claro que sí!-

El cura también sonrió:

-¿Cuándo te vendría bien?-

Pues… esta tarde he quedado con mis amigas para ir al río, pero como volvemos pronto, suelo subir a la ermita después. Si quieres podemos quedar sobre las ocho.-

-¿En la ermita?-

-Bueno, donde quieras.-

El padre Andrés se quedó pensando y le respondió:

-Me parece bien. Podemos vernos allí. El que llegue antes, se espera un poco.-

-Vale.-

-Otra cosa, -dijo el cura – Marselio me ha hablado del incidente de su hermano ayer contigo. ¿Estás bien?-

Heliodora le sonrió.

-Sí, estoy bien. Es verdad que al principio me quedé bastante cortada, pero ya apliqué una técnica psicológica, y no me afectó tanto.-

-¿En serio? ¿Qué tipo de técnica?-

-Pues… si quieres, te la explico esta tarde.-

-¡Vale!- exclamó él, muy contento –Pero dime, entonces, ¿estás bien, en serio?-

-Sí. No te preocupes. Es cierto que no sé cómo va a ir la cosa cuando empiece a trabajar con él, pero no le voy a dar vueltas. Cuando llegue el momento, ya veremos. De todas maneras, ya me instruyó Macrina sobre cómo le gustan las cosas a Don Servio.- dijo Heliodora, riéndose.

El padre Andrés sonrió.

-No obstante, si tienes algún problema con él, no dudes en contar conmigo para lo que sea.-

-Gracias. Intentaré lidiar yo sola. Además, quizás necesito vivir esa situación para medir el nivel de mi trabajo psicológico de mejoramiento personal. Bueno, tú debes saberlo, ya Jesucristo hablaba de poner la otra mejilla y de amar a nuestros enemigos, ¿no?-

El sacerdote la miró complacido.

-Sí.- le contestó – No es un trabajo fácil, pero veo que eres una verdadera guerrera, dispuesta a enfrentarte con valor a lo que sea.-

-Bueno, a lo que sea, no. Recuerda el grito que pegué cuando apareciste en el sótano de la ermita.-

Él se rió.

-Pero al fin y al cabo llegaste hasta allí, ¿no? Eso ya no era poco.- dijo.

Heliodora sonrió.

-Bueno, tengo que irme, mi padre me espera.-

-Sí claro. Nos vemos esta tarde.-

La joven se marchó muy contenta a la tienda.

Por la tarde en el río, con sus amigas, Perístera les estuvo hablando de la insistencia de su abuela.

-Yo no sé por qué le ha dado ahora por hablarme de Píndaro. Si se cree que me puede interesar, ¡va lista! ¡Antes que tener algo con él, me quedo para vestir santos!-

Heliodora y Tulia se rieron.

-Pero no te enfades.- dijo Heliodora – Ya se convencerá de que no tiene ninguna posibilidad de convencerte.-

-¡No sé!– respondió Perístera –La quiero mucho, pero, ¡vosotros no sabéis lo testaruda que llega a ser mi abuela! Ahora ¡que yo tampoco me quedo atrás!-

-O sea que esto es un duelo entre tu abuela y tú.- dijo Tulia.

-¡No tiene nada que hacer conmigo!- replicó Perístera -¡Ya me conocéis!-

Sus amigas, volvieron a reírse.

-Hablando de otra cosa:- dijo Perístera –Seguramente este fin de semana van a venir mis tíos, y mis primos de Fuerte Real. La abuela los ha convencido para que nos visiten. Me alegro, porque no los veía desde el año pasado.-

-¡Ah, qué bien!- dijo Tulia -¡Son muy simpáticos! ¡A mis sobrinos les va a dar mucha alegría, porque se hicieron muy amigos del pequeño!-

-Sí- respondió Perístera, sonriendo –Se me ha ocurrido que podíamos hacer una excursión y llevarlos a "Montalto", para que vean las vistas.-

-¡Pero esa excursión es para casi todo el día!- dijo Tulia.

-¡Sí, claro! Nos podemos llevar los bocatas y comemos allí.- replicó Perístera.

-¡Ah, bueno! Vale. Por mí, vale- dijo Tulia.

-¿Y tú Dora?-

-¡Claro! –respondió la joven –Entonces seríamos nosotras tres y tus dos primos mayores, ¿no?-

-¡Y también los niños, claro!-contestó Perístera.

-Pero, ¿tú crees que los niños van a poder hacerla?- preguntó Tulia.

-¡Claro!- dijo Perístera - ¡Yo subí la primera vez con diez años! Mi primo, el pequeño, debe tener por lo menos doce. ¿Cuántos años tienen tus sobrinos?-

-El mayor de mi hermano tiene doce, como tu hermano Nectario, y la niña creo que aún no ha cumplido los once. Y la mayor de mi hermana tiene doce, y el chico once.- contestó Tulia.

-¿Pero de verdad estáis dispuestas a llevaros también a los niños?- preguntó Heliodora.

-¡Claro!- respondió Perístera - ¿Por qué no te traes tú también a tus sobrinos?-

-Pero, ¿no crees que son demasiados pequeños?- dijo Heliodora.

-Bueno, no te traigas a los más chicos. La excursión es apta a partir de diez años. Bueno, incluso nueve. Mi hermano Redento todavía no ha cumplido los diez, pero ¡tiene una energía! -

-¿Estáis seguras? ¡No sé! ¡Me da un poco de respeto irnos todo el día con ellos tan lejos!- replicó Heliodora.

-No te preocupes, vamos cinco adultos, contando a mis primos Liliana y Toribio, que son más o menos de nuestra edad.-

-Heliodora lleva razón. Tal vez tendríamos que contar con más chicos, porque si pasa algo, no sé si nos vamos a apañar.- dijo Tulia.

-¡Pero, ¿qué nos va a pasar?! ¡Nosotras no necesitamos ningún chico más!- replicó Perístera -¡No seáis tan miedosas! ¡Podemos hacerlo nosotras perfectamente! Además también está Toribio, que es un chico.- dijo esto último, haciendo énfasis.

-Bueno, está bien, le preguntaré a mis hermanos si dejan a sus hijos venir con nosotras.- dijo Heliodora.-

Las jóvenes continuaron planificando la excursión y puesto que los tíos de Perístera venían el viernes por la tarde, decidieron salir el sábado siguiente.

Un buen rato después, regresaron al pueblo. Y Heliodora, se cambió rápidamente de ropa y se fue muy contenta hacia la ermita.

Cuando llegó arriba, no había nadie. Se sentó bajo el abeto y mientras esperaba al padre Andrés, se puso a hacer la transmutación de fuerzas cósmicas. Cuando terminó, se calzó y se quedó mirando las montañas.

Al cabo de un rato, miró el reloj, y vio que eran las ocho y media. Se levantó y se dio una pequeña vuelta por los alrededores de la ermita. Luego siguió un poco por el camino que daba al venero que bajaba desde allí hasta el río. Bebió un poco de agua, y después, se volvió a descalzar y metió los pies. Estuvo jugueteando un poco con las piedrecillas y luego se salió del agua y se puso las botas. Miró el reloj. Ya eran casi las nueve. Se dijo: "Seguramente no ha podido venir. Será mejor que me baje ya, antes de que anochezca". Y comenzó el descenso.

Durante el camino de vuelta, muchas cosas pasaron por su mente y en su corazón. La joven, estando alerta a todo lo que ocurría en su mundo interior, descubrió un extraño sentimiento de tristeza, pero al mismo tiempo, también captó pensamientos: "¿Por qué no habrá venido? ¿Se habrá olvidado? ¡Parecía tan interesado!" pero, aunque parecían pensamientos inofensivos e inocentes, se dio cuenta de que surgían solos, sin que su voluntad tuviese nada que ver y sin estar consciente. Por si tenía dudas, logró reconocer un pensamiento mucho más claro: "¡Cuánto deseaba verlo!", acompañado de una aceleración del corazón. Heliodora descubrió ahí un defecto que deseaba ardientemente al sacerdote. La joven, se quedó sorprendida y entonces pidió a su Madre Divina que disolviera ese defecto de lujuria.

Cuando llegó a su casa, como aún no iban a cenar, se fue a su cuarto.

Entonces pensó: "Voy a hacer un pranayama", y se sentó en postura de loto, al estilo de un yogui y se puso a hacer respiraciones. Mientras inhalaba lentamente con la nariz, con los ojos cerrados se imaginaba que desde sus ovarios se dirigía una energía hacia la base de la espina dorsal, luego la energía subía por el interior de su columna vertebral hasta su cerebro, al mismo tiempo que iba diciendo mentalmente: "Jaaaaaaaaaammmmmmm". Luego soltó el aire de forma rápida por la boca diciendo al mismo tiempo: "Saj", imaginando que esa energía se dirigía entonces hasta su corazón. Luego volvió a repetir el ciclo completo, varias veces, y así estuvo haciendo durante un rato.

Éste era otro ejercicio que le habían enseñado sus amigos. Servía para sublimar las energías sexuales. Era un ejercicio muy conocido y utilizado en el oriente.

Después de cenar con sus padres, la joven se puso a recoger la cocina. Entonces entró su madre.

-Hija, deja eso, que ha venido el cura preguntando por ti. Está esperándote abajo.-

Heliodora se quedó sorprendida. Pero rápidamente se secó las manos y salió afuera.

Al verla aparecer, el sacerdote se acercó a la joven.

-¡Heliodora! Lo siento, lo siento mucho- se disculpó –Me ha sido imposible subir. Justo cuando iba a salir, ha venido alguien a verme en un estado tal, que no he podido negarme, pues hubiera sido cruel dejarla así.-

Ella sonrió.

-¡No importa! De todas maneras, yo suelo subir todas las tardes. ¡No te preocupes, de verdad!-

-Gracias por tu comprensión, la verdad es que me ha sabido muy mal fallarte, pero no podía hacer otra cosa. Además estoy realmente interesado en esto.-

-Podemos quedar otro día para te explique lo que quieras.-

-Sí. Pero creo que es mejor quedar más cerca. No quiero que vuelva a pasar lo mismo. Quizás podríamos vernos en el terreno de Modesta. Yo voy casi todos los días a regar el huerto y a darle la comida a los caballos.-

-Vale.- asintió la joven.

-¿Te va bien mañana?-

-¿Mañana? ¡Vaya! No sé si podré. Mañana es el cumpleaños de Tera y no sé lo que haremos.-

-Está bien, no te preocupes. Ya nos veremos otro día.-

-Podemos quedar pasado mañana. Podemos quedar a las ocho. Si te va bien, claro.- dijo ella.

Él sonrió.

-Vale. Me parece bien.- contestó.

Heliodora también sonrió, muy contenta.

-Bueno, no te entretengo más.- dijo el cura – ¡Buenas noches!-

-Buenas noches.- respondió ella.

Y el sacerdote se marchó.

CAPÍTULO 8
PROVOCACIONES Y PERDÓN

Al día siguiente, Heliodora estuvo ayudando a su madre en las tareas del hogar buena parte de la mañana y luego decidió ir a ver a su hermana para proponerle la idea de llevarse a los niños a la excursión del sábado, pues los hijos de sus hermanos eran todavía demasiado pequeños.

Su hermana dudó un poco al principio, pero su marido la tranquilizó haciéndole ver que sus hijos eran completamente capaces de hacer todo el recorrido y al final ésta terminó aceptando. Heliodora comenzó realmente a entusiasmarse con la excursión, al ver a sus sobrinos tan ilusionados.

Cuando regresaba a su casa, se topó con Servio, que salía del consultorio. Éste la miró de arriba a abajo, tal y como hizo días antes y le dijo en un tono algo despectivo:

-Me han dicho que eres tú la nueva auxiliar.-

La joven, muy alerta, más que a lo que él decía, a lo que surgía de ella misma, le respondió:

-Sí.-

-Pues aquí hay un problema, porque yo no quiero trabajar contigo.-

La joven notó que un defecto de orgullo se revolvía en ella.

-Pero… supongo que tendrás alguna razón. ¿Puedo saber cuál es?- dijo.

-Simplemente, no me gustas. No quiero a alguien como tú en mi consulta.- respondió Servio.

-Pues lo siento de verdad, pero me han dado ese puesto y es mi trabajo.-

-Quizás, pero yo soy el médico y tengo derecho a elegir a mis subordinados.-

-Estás equivocado. No soy tu subordinada. Soy una trabajadora como tú. Tú haces un trabajo y yo hago otro que lo complementa.-

-¡Vaya, vaya! ¡Lo que me imaginaba! ¡Eres tan roja e insurgente como tu padre!-

La muchacha no contestó a eso, porque tuvo que luchar contra ella misma, pidiendo a su Madre Divina que desintegrara aquel defecto de orgullo.

-Bien, pues te advierto que no vas a llegar a realizar ese trabajo.- le amenazó Servio – Voy a presentar una reclamación, para que te envíen a otro sitio y traigan aquí alguien más preparado y más respetable que tú.-

Heliodora, antes de contestar, tuvo que hacerse un harakiri interior, porque la ira estaba luchando por salir a través de toda ella.

-Haz lo que quieras. Pero intuyo que no vas a conseguir nada.-

El joven se acercó más a ella y le dijo en voz baja, pero con intensidad:

-Escucha rojita, tú te vas a ir de aquí, antes de que llegue el lunes. Y no me retes, porque puedes salir peor parada todavía.-

Heliodora, lo miró sorprendida y algo asustada. Entonces escuchó una voz detrás de ella.

-¡Servio!-

Era el padre Andrés.

Servio miró al cura con una sonrisa irónica, y se separó de la joven.

-¿Estás bien Heliodora?- le dijo el sacerdote, poniéndose al lado de ella.

-Sí. No te preocupes.- contestó ella, aliviada de tenerlo allí.

-¿Y tú, Servio?- continuó el cura, con fuerza – ¿Qué es lo que te pasa? ¿Tratando de esa forma a las personas es como piensas que la gente del pueblo te va a votar en las próximas elecciones? ¿A cuento de qué viene esa postura amenazante contra Heliodora?-

-¡Ja! ¡Esta… comunista que se las da de lista!- respondió Servio.

-¡Cállate, insensato!- le increpó el cura – ¡Pensé que tenías algo de conciencia, pero ya veo que eres igual que tu padre! ¡Que pensáis que sois los amos del pueblo, y que los demás no son nadie!-

El joven se quedó callado y miró a Heliodora, con antipatía.

Ella sintió que ese joven no era feliz, y que debía intentar ayudarle.

-Servio, ¿por qué me tienes tanto odio, si ni siquiera me conoces?- le preguntó la joven, con calma - ¿Sólo porque mi padre es amigo de Lelio? ¿Porque mi padre tiene otras ideas políticas?... ¿Tan importante es la ideología política de unos u otros que puede crear ese odio, esas luchas?... Pues bien, debes saber que yo no soy ni de un partido ni de otro. A mí no me interesa la política. Me mantengo al margen. Pero creo en el ser humano y que todos somos iguales en la Creación. ¿Acaso tú no respiras, igual que yo? ¿No sientes necesidades, igual que yo? ¿No tienes preocupaciones y alegrías, igual que yo? ¿No has nacido de la misma manera que yo? ¿No es tu cuerpo igual de temporal que el mío? ¿No vives sobre la misma tierra y bajo el mismo cielo que yo? ¿No te ilumina el mismo sol que a mí?.... ¿Por qué te empeñas en verme distinta a ti? ¿Por qué crees que eres superior? ¿Por qué crees que soy menos que tú?... ¿Acaso porque tu padre tiene dinero? ¿Crees que el dinero es algo importante? ¿Te lo puedes llevar cuando te mueras?... ¿O quizás piensas que tu carrera de médico te hace ser más? ¿Es que puede ese título hacer que no envejezcas? ¿Puede hacer que no enfermes? ¿Es ese título el que te da la felicidad?... Tal vez pienses que tienes un intelecto prodigioso, ¿eres feliz por ello? ¿Crees que eres más feliz por eso, que un niño que está empezando a aprender a leer y a escribir?... Servio, ¿no tienes un alma como la mía?... ¿No te das cuenta de que en el fondo, no hay diferencia entre tú y yo?... No tengo nada contra ti. Y la verdad es que me gustaría trabajar contigo, que pudiésemos conocernos mejor, y me encantaría que pudiésemos llegar a ser amigos.-

A medida que Heliodora hablaba, Servio fue pasando poco a poco de la sonrisa irónica a un gesto más serio, pero más sereno. El padre Andrés la observaba también al principio con asombro y después con complacencia.

Después de unos segundos de silencio, Servio respondió aclarándose la voz:

-Veo que también eres experta en discursos. Pero, está bien, te daré una oportunidad. No haré ninguna reclamación. Estaremos trabajando un tiempo de prueba. Sin embargo, sólo habrá entre nosotros una relación estrictamente profesional, nada de amistades. Así que no te tomes la confianza. Yo no soy Marselio…-

La joven sonrió, satisfecha.

-Me parece bien. Gracias por darme la posibilidad de demostrarte que podemos trabajar juntos.- dijo.

Y le presentó una mano para estrechársela, en señal de paz.

Él pareció cohibido por el gesto de la joven, y miró al cura. Éste se dio cuenta y le dijo:

-¡Venga! ¡Es lo menos que puedes hacer después de todo!-

Servio le dio la mano a la joven y se quedó mirándola a los ojos, pero al ver que ella le sonreía, su expresión se dulcificó ligeramente.

En ese momento llegó Don Ramiro.

-¡Ah! ¡Jóvenes! ¡Aquí estáis!- exclamó alegremente. -¡El nuevo médico, con la nueva auxiliar! ¡Sangre nueva! ¡Juventud, divino tesoro!-

El cura y Heliodora se rieron y Servio lo miró, reflexivo.

-Servio, hijo, ya sé que no te puedes quejar de trabajar con mi mujer- continuó Don Ramiro- Ya habrás comprobado que es una excelente ayudante. Pero supongo que debes estar también contento de tener a una ayudante tan joven, tan responsable, y tan guapa como Heliodora, ¿no?-

Servio miró a la joven y vio que ésta se reía, mientras se sonrojaba un poco.

-¡Anda Don Ramiro!- exclamó la joven - ¡Usted me mira con demasiados buenos ojos!-

-¡Nada, nada! ¡Digo la realidad!- contestó el viejo médico, riéndose.

Heliodora miró un poco avergonzada a Servio, y vio que éste la estaba observando detenidamente. Como autodefensa, dirigió su mirada al padre Andrés y vio que éste se sonreía mirando hacia el suelo, pero luego él la miró a ella también.

Entonces salió Macrina.

-¡Ah! ¿Qué pasa aquí?-

-¡Hola querida!- dijo Don Ramiro, dándole un beso a su mujer – les estaba diciendo que aquí estaba el nuevo equipo médico de Villalta, con sangre nueva y joven.-

-Sí, es verdad.- respondió ella, sonriendo –Y creo que van a hacer un buen equipo. Conociéndoos a los dos, estoy segura de que lo vais a hacer muy bien. Será la unión perfecta de la eficiencia y la responsabilidad-

El cura parecía divertido, pero se reprimió la risa.

-Sí, bueno. Ya veremos. – dijo Servio – Pero yo os voy a dejar. Tengo un poco de prisa. Adiós.-

Y se marchó.

-Nosotros también nos vamos.- dijo Don Ramiro. -¿Vamos querida?-

-Sí, querido.-

Y la pareja también se marchó.

Heliodora miró al cura.

-Gracias por venir a socorrerme.- le dijo.

-Le vi hablarte desde lejos, y cuando se acercó de esa forma a ti, temí que pudiera hacerte algo y vine corriendo. ¿Te ha insultado?-

-No. Sólo me amenazó, para que me fuera de aquí. ¡Ni que estuviéramos en el oeste americano!- bromeó ella - Pero no te preocupes. –

El cura sonrió.

-¡Has sido muy valiente y muy convincente!- dijo -La verdad es que me has dejado asombrado al verte hablar así, después de su comportamiento contigo. Realmente te has tomado en serio lo de presentar la otra mejilla.-

Ella sonrió, pero no dijo nada.

-¡Y realmente lo has convencido! Aunque tengo que admitir, que el remate lo han dado Don Ramiro y Macrina. Yo he tenido que aguantarme la risa, para no provocarlo. Pero creo que se ha ido con otros humos. Espero, sinceramente, que podáis llevaros bien. Pero si alguna vez tienes otro problema, no dudes en contar conmigo. Aunque he visto que eres capaz de controlar muy bien la situación.-

-Bueno. La verdad es que no sé por qué me tiene tanta manía. Pero yo he intentado hablarle con el corazón, dirigiéndome al suyo. Vamos a ver. Al menos parece que ya no está tan negativo conmigo.-

-No. Me parece que no.- respondió él, con una sonrisa traviesa.

-¿Qué pasa? ¿Por qué sonríes así?-

-¡Por nada! ¡Por nada! Pero hablando de otra cosa, visto los resultados, estoy deseando de que mañana me expliques esa técnica que conoces. –

Heliodora se rió.

-¡Tu primera prueba será aprender a tener paciencia!- bromeó.

-¡Está bien!- contestó él, riéndose también.

-Y ahora tengo que irme, mis padres deben estar esperándome para comer.-

-Bueno, pues ¡qué aproveche!-

-¡Gracias! ¡A ti también! ¡Hasta mañana!-

-¡Hasta mañana!

Y la joven regresó a su casa, muy animada.

Por la tarde, Heliodora y sus amigas se fueron al río, pero subieron un poco antes de lo habitual, porque Perístera quiso invitar a las chicas a tomar algún refresco en el bar de la plaza.

Se sentaron en una mesa exterior, pues hacía una temperatura muy agradable. Heliodora y Tulia le entregaron su regalo a la cumpleañera. Ésta se quedó encantada con la pulsera, y les dio las gracias, muy contenta.

-Mi abuela me ha regalado un disco. Pero, bueno, sospecho que ya lo sabíais.-

-Sí. La verdad es que fuimos juntas a Fuerte Real.- contestó Tulia.

-¡Qué pillinas!- exclamó Perístera - ¡O sea que las excusas que me disteis eran cuentos de la china!-

Las otras dos se rieron.

-¡Ah!- dijo Heiodora -¡Ahora que me acuerdo! He hablado con mi hermana y finalmente, llevaré a mis dos sobrinos mayores a la excursión.-

-¡Estupendo! ¿Y tú, Tulia?-

-Sí. Yo también.-

-¡Qué bien!- exclamó Perístera - ¡Ya veréis lo bien que nos lo vamos a pasar!-

-¡Desde luego mis sobrinos están muy ilusionados!- comentó Heliodora - ¡Les gusta más una aventura…!-

-¡Sí!- dijo Tulia, riéndose -¡los míos también!-

-Pero Tera, - dijo Heliodora -yo sigo pensando que quizás deberíamos de contar con más refuerzos masculinos. Casi van a ser más niños que adultos. No tiene por qué pasar nada, pero…-

-¡Pero nada!- interrumpió Perístera, - ¡No necesitamos a nadie! ¡Nos bastamos a nosotras! ¡Qué pesadas estáis todas con eso! ¡Parecéis mi madre y mi abuela, que no hacen nada más que darme la lata con esa misma cantinela!-

-¡Mira a quiénes tenemos aquí!- se escuchó una voz, detrás de ellas -¡Pero si son las tres gracias!-

Era Marselio.

Heliodora se rió, Tulia sonrió y Perístera lo miró con fastidio.

-¡Vaya!- exclamó Perístera - ¡El graciosito de turno!-

-¡Ah, claro!- exclamó él, haciendo como que recordaba algo - ¡Pero si es el cumpleaños de la dulce Tera! ¡Feliz cumpleaños! ¡Venga un par de besos!-

Heliodora tuvo que reprimir la risa al ver la cara de enfado de su amiga.

-¡Sí, claro!- contestó Perístera - ¡Y luego tendría que desinfectármela con lejía!-

Marselio lanzó una carcajada.

-¡Te aconsejo mejor, el agua fuerte!- se burló él – ¡Dicen que deja el cutis muy limpio!-

-¡El agua fuerte te la tendrás que poner tú, a ver si te ablanda un poco la cara tan dura que tienes!-

Él se reía, divertido, y como vio al cura que pasaba por allí, lo llamó:

-¡Eh, Andrés! ¡Ven, que te voy a presentar a las tres gracias de Villalta!-

El sacerdote se acercó, sonriendo.

-Hola, muchachas.- saludó.

Heliodora le sonrió y le saludó también.

Perístera y Tulia lo miraron curiosas.

-Bueno, ya sé que conoces a Dora.-dijo Marselio -¿Las conoces también a ellas?-

Él las miró con simpatía.

-No. A vosotras creo que no os conozco, ¿verdad?-

-No.- contestó Tulia.

-Yo tampoco te conozco.- dijo Perístera, con un gesto a la defensiva.

-¡Estupendo! ¡Así, te pongo yo en antecedentes!- le dijo Marselio al sacerdote –Ésta es la dulce y encantadora Tera. La muchacha más simpática de Villalta.-

Perístera resopló enfadada, mientras Heliodora se reía para sus adentros y pensaba: "¡Este Marselio, no sabe realmente con quién se las está gastando!"

-Marselio, ¡te la estás ganando!- exclamó Perístera.

-¿Lo ves? ¡Es simpatiquísima donde las haya!-

-¡Marseliooo!- dijo el cura, en tono de pequeño regaño –Hola Tera, ¿tú eres la hija de Candelaria?-

-Sí.- contestó ella, extrañada -¿Conoces a mi madre?-

-Sí. Y ella me ha hablado mucho de ti. Y también conozco a tus hermanos y a tu abuela. Tienes una familia muy entrañable.-

La joven se quedó sorprendida.

-¡Claro!- dijo Marselio riéndose - ¡Por eso, ella también es tan entrañable!-

-¿Quieres que te demuestre lo entrañable que soy?- replicó Perístera, totalmente picada.

Él se reía más aún.

-¡Marselio, deja a la muchacha tranquila!- volvió a regañarle el sacerdote -¡Sé un caballero, hombre!-

Marselio no se enfadó en absoluto con el padre Andrés, pero se fue calmando y respondió:

-¡Está bien! ¡Venga, Tera! ¡Perdona las bromas!-

Perístera lo miró con un gesto de conformidad.

-¡Con tal de que pares de decir tonterías!- condicionó.

Él se rió, e iba a contestarle, pero el cura le miró y se calló.

Heliodora se estaba divirtiendo con aquello. Parecía que el padre Andrés tenía bastante poder de persuasión sobre Marselio, o quizás éste le respetaba mucho. Sin embargo, no vio entre ellos una relación de miedo, sino de amistad verdadera.

-Bueno, Andrés- dijo Marselio, un poco más serio – ella… es Tulia.-

El sacerdote miró detenidamente a la muchacha y le sonrió.

-¡Así que tú eres Tulia!- exclamó asintiendo –También conozco a parte de tu familia. Y también me han hablado de ti.-

La joven sonrió.

-¡Oye!- dijo Perístera -¿Y tú quién eres? ¡Ya hemos visto que te llamas Andrés! ¿Pero qué haces aquí? Y si eres amigo de este subnor… quiero decir, de Marselio, ¿cómo es que también tienes relación con nuestras familias?-

-¿Te das cuenta, Andrés?- protestó Marselio -¿Es simpática o no?-

El sacerdote se rió y poniéndole un brazo por la espalda a su amigo, contestó a Perístera:

-Este joven, aunque te parezca increíble, es un diamante en bruto. Es un poco juguetón, pero tiene un alma grande.-

-¿Me estás hablando de este sujeto que hay aquí, de pie, junto a ti?- preguntó Perístera.

Marselio iba a saltar, pero Tulia intervino:

-Tera, estás siendo injusta. Él te ha pedido disculpas y tú sigues metiéndote con él. ¡Eso no vale!-

Marselio miró a Tulia muy serio, y ella se quedó cortada.

Heliodora pensó: "¡Bravo, Tulia! ¡Por fin, estás sacando el coraje para defender a Marselio!"

El cura también sonrió, pensativo. Y Tera, sorprendida por las palabras de su amiga, contestó:

-Está bien. Llevas razón, Tulia. ¡Marselio, estoy dispuesta a que hagamos un alto el fuego!-

-Estoy de acuerdo.-

Tulia, Heliodora y el sacerdote sonrieron.

-Pero bueno, Andrés –continuó Perístera –no me has contestado a lo que te pregunté. ¿Quién eres y por qué conoces tan bien a nuestras familias?-

Pero Heliodora se adelantó.

-Tera, él es el padre Andrés. Es el nuevo cura.-

Sus dos amigas lo miraron asombradas.

-¡Venga ya!- dijo Tera -¿Qué tú eres el nuevo padre? ¡Pero si no tienes ninguna pinta de cura! ¡Y encima Marselio te ha llamado Andrés! Además ni siquiera llevas el traje de sacerdote.-

Él se rió.

-Heliodora,- dijo - parece que tus amigas tampoco se creen que sea el cura. Sí, Tera, es verdad. Marselio me llama así, porque somos amigos. Ya le dije a Heliodora y a todos, que me podéis llamar Andrés, pero parece que a la mayoría le cuesta y me llaman padre. Y no llevo el traje de cura, como tú dices, porque ahora voy a trabajar en el huerto y me he puesto esto, que es la ropa de trabajo.-

-¡Vaya!... ¡Pues perdona por las formas en que te he hablado!- se disculpó Perístera –Pero ya que dices que te podemos llamar Andrés, y puesto que Marselio te llama así, yo también lo haré.-

Marselio lanzó una carcajada y los demás también se rieron.

En ese momento llegaron los hermanos de Perístera y su abuela.

-¿De qué os reís?- preguntó Redento, su hermano pequeño.

-De nada que te interese.- contestó su hermana.

-Pues a lo mejor a ti tampoco te interesa lo que acaba de hacer la abuela- replicó Nectario, el hermano mayor.

Y los dos chavales se miraron entre sí y se pusieron a reír.

La abuela sonreía viéndolos. Y los demás se quedaron observando la escena.

Perístera se quedó mosca y le preguntó a Vladimira:

-¿Qué has hecho, abuela?-

La mujer se reía, pero no decía nada.

-¡Bueno, te lo diré yo!- dijo Nectario –Acaba de invitar a Píndaro a la excursión del sábado.-

Y los dos hermanos siguieron riéndose.

-¿Qué?- exclamó Perístera -¡Abuela, dime que no es verdad!-

-¡Pues la verdad es que no le he invitado!- contestó Vladimira.

-¡Uf! ¡Menos mal!- exclamó la joven -¡Y estos dos bichejos! ¿A qué venía esa bromita?-

-En realidad, le he pedido el favor de que vaya con vosotros.- dijo la abuela.

Perístera la miró asombrada y después explotó:

-¡Abuela! ¡No tenías derecho a hacer eso! ¡Esta excursión la habíamos organizado nosotras!- protestó la joven, muy enfadada.

-Ya sé que no querías, pero he hecho lo que me ha parecido mejor.- respondió la abuela –¡Por cierto Marselio, que también había pensado en ti, para pedirte que las acompañaras tú también, como un favor especial!-

Perístera se levantó, más enfadada aún.

-¡Ah, no! ¡Eso sí que no!- le dijo a su abuela.

-Estooo, ¿puedo saber de que estáis hablando?- intervino Marselio.

-No. Esto no te importa.- contestó, rápidamente Perístera.

-¡A ver, hija! ¡No seas tan impulsiva y siéntate!- le regaño Vladimira.

La joven obedeció a su abuela, de mala gana.

-Mire padre Andrés, dígame usted si no tengo razón.- dijo la abuela –Resulta que estas tres muchachas pretenden hacer el sábado una excursión que dura todo el día, con mis nietos de Fuerte Real, allá arriba llevando a más de media docena de niños con ellas. En total son cuatro muchachas y mi nieto que apenas tiene los veinte, además de siete u ocho niños. ¿No le parece a usted que harían mejor en contar con más varones para la excursión? Tengo entendido que la excursión no es peligrosa, pero uno nunca sabe qué se pueden encontrar y me parece que los jóvenes tienen más fuerza y otras posibilidades para socorrer más fácilmente. ¿Tengo, o no tengo razón? Al menos, Candelaria y yo nos quedaríamos más tranquilas.-

-Bueno, yo no sé cómo de preparadas están estas chicas para enfrentarse a la montaña con tantos niños, pero humildemente, creo que… lleva usted razón- dijo el padre Andrés.

-¡Y yo también, abuela!- exclamó Marselio -¡Así que, no te preocupes, que ya las acompaño yo!-

Perístera miró a Marselio y le dijo muy molesta:

-¡Oye, tú! Primeramente, ¡no llames abuela a mi abuela, porque no es tu abuela! Y segundo, tu opinión no cuenta, porque no formas parte del comité de organización, ¿te enteras?-

- Primeramente,- respondió Marselio con énfasis - yo llamo abuela a tu abuela, porque tu abuela me deja llamarle abuela, ¿a que sí, abuela?-

Ésta asintió riéndose, y los demás, a excepción de Perístera, también se rieron.

-Y segundo,- continuó Marselio - no sé quién formará parte de ese excelentísimo- aquí hizo una reverencia- comité de organización. Pero la abuela, que por cierto es tu abuela y a la que debes un respeto, me ha pedido el favor de ir con vosotras, y yo, aunque tenga que sacrificarme para pasar un día tan terrible, hago lo que sea para que la abuela, que es tu abuela, se sienta feliz. ¡A ver si tú eres capaz de hacer ese sacrificio por tu abuela para que ella sea feliz!-

La joven lo miró furiosa, y luego miró a Vladimira.

-¡Vaya cumpleaños que me estás dando, abuela!-

-Vladimira, Marselio, por favor, - intervino Heliodora -¿por qué no nos dejáis que lo hablemos entre nosotras y luego os damos una respuesta definitiva?-

-Está bien, Dora, habladlo, pero sopesad todo.- dijo la anciana.

-Marselio, una cosa, – dijo Heliodora – tienes que prometernos, que si decidimos pedirte que nos acompañes, no molestarás a Tera. No jugarás a enrabiarla, ¿estás de acuerdo?-

El joven sonrió.

-Está bien. Lo prometo.-

-Por supuesto, Tera también tendrá que prometer no pinchar a Marselio.- dijo Tulia.

Perístera y Marselio la miraron sorprendidos, mientras que Heliodora, el padre Andrés y la abuela, sonrieron en señal de aprobación.

-Tal vez el padre también pueda venir con nosotros.- propuso Nectario.

-¡Ah! ¡Ya me gustaría!- respondió el cura –Pero yo no puedo. Tengo ciertos deberes que no puedo dejar. Pero, muchachas, os animo a que vayáis con los chicos. Creo que no os ibais a arrepentir. Además podríais limar asperezas, al trataros un poco más. En fin, tampoco quiero daros un sermón. Seguro que haréis lo más conveniente.- y esto último lo dijo, mirando a Heliodora. –Y bueno, yo voy a tener que dejaros. Tengo un trabajo pendiente. Tulia, Tera, me ha gustado conoceros. Ya nos veremos por el pueblo. –

-A mí también me ha gustado conocerlo, padre- contestó Tulia.

-Sí. A mí también- respondió Perístera, más tranquila.

CAPÍTULO 9
AUTOCONOCIMIENTO E INQUIETUDES

Al día siguiente, después de subir del río, Heliodora se cambió de ropa y se fue muy animada al huerto de Modesta, en busca del padre Andrés.

Llegó pronto, pero él ya estaba allí.

-¡Hola, padre!- le gritó ella al verlo desde lejos.

-¡Hola!- saludó él muy contento -¡Entra! Déjame terminar un momento y ya estoy contigo. Si quieres, puedes ir a ver los caballos. Hay una yegua que está por parir un día de estos.-

-¿De verdad? ¡Qué bien! ¡Voy a verlos!- dijo la joven, dirigiéndose al establo.

Al cabo de unos minutos, el sacerdote fue hasta ella.

-Bueno, ya está.- dijo -¿Quieres que hablemos aquí o prefieres que demos un paseo?-

-Como quieras.- respondió Heliodora- Podemos pasear hasta un bosquecillo muy bonito que hay un poco más arriba.-

-Vale, ¿vamos?-

-Sí. Bueno, y ¿ya has terminado el libro que te dejé?-

-Me queda muy poco.- contestó el cura - Pero me parece muy interesante. ¿Y tú? ¿Has leído algo del libro de la ermita?-

-Sí. Tal y como me imaginaba habla de alquimia, pero es muy simbólico, porque en la edad media que es cuando más auge tenía, sólo se conocía la parte externa o pública, pero su sentido interno o secreto era para los pocos y se enseñaba sólo de labios a oído y a personas muy preparadas.-

-¿Pero tú qué sabes de todo eso?-

Heliodora suspiró.

-Mira, yo he aprendido algunas cosas, pero para ello, he tenido que tener una base anterior. Si quieres puedo explicarte todo lo que yo sé. Pero tendría que empezar por un principio, porque si te explicara el final, seguramente no lo comprenderías o simplemente lo rechazarías, por falta de información previa.-

-Pues empieza por el principio.- dijo el cura.

-Bueno, el otro día te hablé de la importancia de conocerse uno a sí mismo, y de ser capaz de descubrir sus defectos de tipo psicológico, ¿verdad?-

-Sí.-

-Los pecados de los que habláis vosotros, en realidad son actos cometidos por esos defectos que viven en nuestro interior. Si no tuviésemos esos defectos, no cometeríamos errores y se puede decir que no pecaríamos. Pero si somos un poco más profundos, nos podemos dar cuenta de que cuando actuamos movidos por estos defectos, en realidad, nuestra conciencia permanece dormida. No existe conciencia real en ese momento. De hecho, la mayor parte de nuestra vida, la vivimos con la conciencia dormida. Porque la mayor parte de nuestra vida la vivimos a través de nuestros defectos psicológicos. Te lo voy a demostrar. Mira, sentémonos aquí, vamos a hacer un ejercicio.-

Los dos se apartaron del camino y se sentaron en el suelo.

-Ahora cierra los ojos.- dijo Heliodora.

Él los cerró, y ella continuó:

-Y ahora observa el hilo de tus pensamientos-

Heliodora también cerró los ojos e hizo lo mismo.

-Pero obsérvalos como un espectador, no te identifiques con ellos- dijo al cura.

Esperó un poco en silencio.

-Sigue atento, y no te olvides de que eres el observador.-

Al cabo de un par de minutos, volvió a hablar:

-Vale. Ya puedes abrir los ojos.-

Él obedeció.

-¿Los has visto?-

-Sí. Al principio aparecían pensamientos más claros, y luego, era como un murmullo sin sentido muy adentro. Después, ha habido un momento en que sin darme cuenta me he dejado llevar por un pensamiento, y después me he acordado y he vuelto a estar atento.-

-¿A que mientras te has ido detrás del pensamiento, no te acordabas de lo que estabas haciendo? ¿A que ha sido en el momento en el que te has acordado de observarte, cuando te has hecho consciente de que unos segundos antes te habías olvidado de ti mismo?

-Sí. Es cierto.

-Pues eso es lo que suele ocurrirnos normalmente durante todo el día, pero no somos conscientes de ello, precisamente porque nuestra conciencia está dormida. Para despertar hay que hacer un esfuerzo, como el que acabas de hacer. Pero no sólo en un momento de relajación, sino de momento en momento. Por supuesto como estamos acostumbrados a ese estado de sueño de la conciencia, ese esfuerzo es más bien un súper-esfuerzo. Pero una vez que se empieza en serio a hacer ese ejercicio, la conciencia va cogiendo más fuerza y va resultando más fácil.-

-Entiendo.-

-Sin embargo los pensamientos que has podido ver, son sólo una de las manifestaciones de nuestros defectos psicológicos, que finalmente vienen a conformar lo que llamamos el ego. El cual es un nombre individual pero con sentido de multiplicidad, puesto que son múltiples defectos. Pero te decía que los pensamientos son sólo un tipo de manifestación porque también se manifiestan a través de las emociones, de los actos, de los instintos y del sexo. Por ello, no sólo tendría que estar uno consciente de sus pensamientos, sino también de sus emociones, de sus impulsos de tipo motor, de tipo instintivo y de tipo sexual.-

-¿No es un poco difícil hacer todo eso a la vez?-

-Eso es sólo la falta de costumbre. Como te decía antes, a medida que uno realiza este ejercicio de recuerdo de sí y de auto-observación psicológica, este sentido, el sentido de auto-observación, se va desarrollando. Cuando uno está en ese estado de conciencia activa, en estado de alerta novedad interior, se da cuenta de la cantidad de defectos que tiene. Descubre que tiene defectos muy negativos y dañinos como la ira, el odio, el rencor, la soberbia, la lujuria, la envidia, la codicia, etc… pero también se da uno cuenta de que hay otros defectos que aparentemente no son negativos, pero que igual duermen la conciencia. Por ejemplo, uno puede hacer cosas que parecen buenas, pero si lo hace sin conciencia, también son defectos quienes hay detrás de esos actos. Puede haber defectos que les gusta ayudar a otros, o que les gusta ser puntual, o que les gusta trabajar, o que sienten cariño por sus familiares o sus amigos. Sí, parece increíble, pero uno puede parecer una persona muy buena, pero si está dormida, en realidad es que tiene defectos buenos que le duermen. En ese caso, también es necesario eliminar esos defectos buenos, o semi-buenos, para que sea la conciencia despierta la que actúe verdaderamente.-

-Está bien. ¿Y qué me dices de la eliminación de los defectos psicológicos?-

-Como te dije el otro día, existe el aspecto femenino de Dios, que es la Divina Madre. Ella puede hacer ese trabajo. No sirve de nada ni reprimir, ni controlar, ni justificar al ego. El ego, los defectos psicológicos tienen su propia voluntad que la cogen de la conciencia que tienen atrapada. No sirve de nada decir: "ya no haré más esto o aquello". No pretendo despreciar tus creencias, pero no sirve de nada en este trabajo psicológico, el hecho de sólo confesar un pecado, porque si el defecto que lo ha cometido sigue vivo, la conciencia sigue estando atrapada también. Por eso, hay que recurrir a algo superior en nosotros. Y es precisamente a nuestra Madre Divina, a quien le suplicamos que nos elimine el defecto que hayamos sido capaces de observar en nuestro interior. No se trata de rezos u oraciones complicadas. Es como un niño que si alguien le hace daño, le pide a su mamá que le proteja o que eche a esa persona. Entonces, es lo mismo, se trata de una petición sincera, y directa. Por ejemplo: "¡Madre mía, desintegra este defecto!" -

El sacerdote se quedó cabizbajo, pensativo.

Ella lo miró en silencio y él se dio cuenta y la miró también y luego sonrió.

-Tal vez es suficiente por hoy- dijo Heliodora –Quizás quieras pensar sobre esto. Si sigues interesado, continuaré otro día, aunque a lo mejor… ya no estás interesado.-

El cura se quedó callado unos momentos y luego le contestó:

-Sí estoy interesado, Heliodora. Lo que pasa es que… - el sacerdote suspiró – Me pregunto si será un milagro el haberte encontrado.-

La muchacha se quedó asombrada, pero luego se rió, algo avergonzada. Él sonrió al verla.

-¿Por qué dices eso?- preguntó Heliodora.

-Bueno, creo que puedo confiar en ti.- respondió él – Verás, es que llevo un tiempo… haciéndome muchas preguntas. Últimamente, me he sentido como si ya no tuviera la fe o la confianza que tenía antes en lo que estoy haciendo. Cuando era niño y después adolescente, me sentía como diferente a los demás, porque no me interesaban las cosas que les interesaban a otros chicos. De hecho, siempre he tenido grandes inquietudes espirituales. Por eso, un día me planteé hacerme sacerdote y así hice. Al principio estaba bastante entusiasmado, pero después de un tiempo y muy poco a poco, me empecé a dar cuenta de que había cosas que no les encontraba sentido, y además me parecían que incluso eran contrarias o muy diferentes de lo que yo pensé que era una verdadera vida cristiana. Cuando me enviaron aquí, me vi libre de la observación directa de mis superiores, y confieso que empecé a hacer las cosas a mi manera. Me gusta ayudar a otros, escucharlos, y si puedo, echarles una mano, y si no, al menos hacerlos sentir que no están solos. Cuando llegué, me encontré un pueblo en el que había muchos habitantes con grandes sufrimientos. Y lo peor de todo es que las personas se los guardaban para sí mismas. Nadie quería mostrar sus fallos, nadie quería que los demás supieran los problemas de sus casas o de sus familias. Nadie confiaba en la buena voluntad de los demás. Sin embargo, creo que poco a poco eso ha ido cambiando. A medida que las personas han compartido sus sufrimientos y sus problemas, parece que también han comenzado a sentirse mucho mejor y quizás un poco más felices. Aquí me ha parecido que servía a mis hermanos, y la verdad es que en ese aspecto, estoy contento. Sin embargo, sigo teniendo muchas dudas de este camino que he cogido. El ayudar a otros también lo puede hacer cualquiera, aunque no sea sacerdote. Y algunas veces… me pregunto… ¿Es éste mi camino? ¿Es el sacerdocio mi camino?... Es posible que sólo esté pasando por una pequeña crisis, porque sé que a otros sacerdotes les ha ocurrido algo parecido, pero luego algunos han seguido y otros lo dejaron. Pero… ¿y yo?... ¿es realmente éste mi camino?... Y ahora… has llegado tú… y empiezo a descubrir una enseñanza que por un lado me resulta nueva, pero por otro, no me es del todo desconocida. De hecho, es como si algo dentro de mí, reconociera lo que me dices…-

Heliodora lo escuchó con atención y le sonrió.

-Bueno, eso me pasó a mí. Yo también he tenido muchas inquietudes espirituales, pero Don Odoardo me hizo repudiar… en fin… Pero luego conocí a mis amigos. Ellos han tenido un Maestro que les ha enseñado todo lo que luego ellos me han enseñado a mí. Y también, cuando me instruyeron, yo sentía que lo que me decían era cierto. Por eso enseguida quise llevarlo a cabo. Comprendo que tú lo tienes más difícil, pero quizás podrías pedir ayuda a tu Dios, no importa cómo te lo imagines, para que Él te dirija y te guíe.-

-Sí. Ya hace tiempo que pido ayuda para saber qué hacer. De hecho, un día estaba en la cuadra de Modesta, orando mientras les ponía de comer a los caballos, pidiendo a Dios ese auxilio para ver y comprender cuál era mi verdadera misión en la vida. Y de pronto vi a Zafiro salir, y cuando lo seguí me encontré contigo. No sé, pero me da por pensar que tú puedes ser la respuesta. Quiero decir que tal vez tú puedes señalarme cuál es la vía que tengo que seguir. En todo caso, todas estas cosas que me hablas, siento que sí me llegan… Heliodora, don del sol.- respondió el cura, sonriéndole.

Ella también sonrió muy contenta.

-De todas maneras – continuó el sacerdote – voy a llevar a cabo lo que me has explicado. No veo que exista una verdadera contradicción con el espíritu cristiano, pues más bien creo que hace que la persona se haga más responsable de sus actos. Y también de sus pensamientos y de sus emociones. Sí, definitivamente todo esto me interesa mucho. Me parece bien, e incluso lógico que me expliques poco a poco, aunque esté deseando que me digas más cosas. Pero comprendo que no serviría de nada llenarme de teorías, sin empezar a llevar a la práctica para poder comprobar lo que voy aprendiendo.-

-Sí. Es mejor así.- respondió Heliodora.

Los dos se quedaron reflexionando en silencio durante unos momentos.

-Oye,- dijo la joven - hablando de lo que me has comentado de que cuando llegaste la gente no hablaba de sus sufrimientos.-

-Sí, dime, ¿qué pasa?-

-Me ha dado qué pensar. Verás, cuando estaba aquí Don Odoardo, la verdad es que había mucha represión porque cualquier pequeño error por parte de cualquier vecino podía salir a relucir en la misa del domingo, y la gente temía bastante ir a confesar. Por supuesto no es que Don Odoardo rompiera el secreto de confesión, pero hacía tantos aspavientos y tantas exclamaciones en voz alta, que todos los demás podían escucharle. Y aunque unos no conocieran los pecados de los otros… es casi peor la imaginación…-

-¡Desde luego!-

-Pues se me ocurre que ahora que la gente del pueblo hablan contigo y se desahogan, como tú dices, se sienten mucho mejor. Es que me dijo Don Ramiro una cosa muy curiosa cuando llegué, y es que últimamente hay muchos menos pacientes, y los que hay son de poca gravedad. Y estoy empezando a pensar que puede que sea debido a que ya no guardan todos esos sufrimientos.-

-Puede ser.-

-Desde luego, antes de que tú llegases, había verdaderas colas en el consultorio. Es que sin ánimo de criticar, ¡tú no sabes la represión y la dictadura que había aquí con…!-

El padre Andrés se rió.

-Ya me han hablado de Don Odoardo. Y sin decirte nombres, sé que muchos de esos sufrimientos, estaban muy relacionados con él. El pobre, se ve que estaba un poco chapado a la antigua.-

-Sí. Seguramente a los tiempos de la inquisición.-

El cura lanzó una carcajada.

-La verdad es que creo que has sido una bendición para el pueblo.- dijo ella, con entusiasmo. –Por eso al principio estaba muy asombrada contigo, y por eso también, no te creí la primera vez que te vi y me dijiste que eras el cura.-

Él continuó riéndose.

-No me extraña que Tera tampoco te creyese: ¡un cura amigo de Marselio!– exclamó ella -Y a propósito de Marselio, ¿has sido tú el que lo ha sacado del estado en el que se encontraba? La verdad es que ha dado un cambio enorme. Es verdad que siguen gustándole las bromitas y travesuras, pero ¡nada que ver a como era antes! Llevaba una vida, que como hubiera seguido, podría haber acabado muy mal.-

-Marselio es una persona de un gran corazón, y es un buen muchacho. Pero ha sufrido mucho desde pequeño y lo peor es que lo ha vivido en una soledad absoluta. Bueno, casi absoluta. Pero eso ya ha cambiado y él decidió deshacerse de aquellas costumbres que tenía. Y ahora, ya ves… aunque quizás todavía le queda suavizar un poco su relación con la joven Tera.-

Heliodora se rió.

-Bueno, ¿y al final que pasó?- preguntó él -¿Vais a invitar a los chicos a la excursión?-.

-Sí.- contestó ella, sonriente –Ha costado, pero sí. Y creo que es lo más razonable y además más seguro. Además, como tú dijiste, puede que así, también se limen asperezas.-

-Me alegro mucho. Creo que habéis tomado una buena decisión.-

-Lástima que no puedas venir con nosotros, pero en fin, otra vez será.-

-Sí. Quizás en otra ocasión. Oye, ya está anocheciendo, creo que deberíamos ir bajando.-

-Sí.-

-Heliodora, me ha gustado mucho hablar contigo, y no sólo por lo que me has enseñado, sino por poder compartir contigo las inquietudes que tenía.-

-A mí también me ha gustado hablar contigo, y me siento honrada de que confíes en mí. Si de verdad así lo deseas, podemos seguir hablando otro día.-

-¡Claro que sí!- exclamó él - ¿cuándo podrías?-

-A la misma hora de hoy, cuando tú quieras.-

-¿Mañana es demasiado pronto?-

-No. Por mí, está bien.- contestó ella, muy contenta.
-¿Entonces mañana, sobre las ocho, en el huerto de Modesta?-
-¡Vale!-
Los dos se rieron y luego siguieron hablando de otras cosas, mientras llegaban al pueblo.

CAPÍTULO 10
EL NACIMIENTO DE UN NUEVO SER

Al día siguiente por la tarde, Heliodora se dirigió de nuevo al huerto de Modesta. Cuando llegó, no vio al padre Andrés, pero escuchó ruidos en el establo. La joven se acercó, curiosa. Al entrar vio al cura y a Píndaro junto a la yegua, que estaba pariendo.

-Hola.- saludó ella.

Los dos la miraron.

-¡Hola Heliodora!- dijo el cura levantándose y acercándose a ella.

Píndaro se quedó un poco más mirándola en silencio y luego siguió pendiente de la yegua.

-Cuando he venido, - explicó el sacerdote -me he encontrado a "Gardenia" muy rara y me ha parecido que iba a parir, así que he ido a buscar a Píndaro para que le eche una mano, porque yo no sé hacerlo.-

-¡Ah! ¿Puedo quedarme a verlo?- preguntó la joven.

-No creo que haya ningún problema, ¿no, Píndaro?-

El joven, sin dejar de atender a la yegua, respondió:

-Puede quedarse, si quiere.-

-Vale, no molestaré- dijo ella, acercándose un poco más.

El potrillo empezó a sacar una pata. Píndaro tiró de ella con suavidad y luego buscó la otra pata y tiró de las dos con delicadeza. Poco a poco, fue apareciendo la cabeza, y el joven le limpió la mucosidad de la nariz, para que pudiera respirar mejor y luego continuó ayudándole a salir. Una vez que tenía medio cuerpo fuera, la yegua debió hacer un esfuerzo y enseguida salió el resto del cuerpo.

Heliodora estaba emocionada y el padre Andrés se dio cuenta.

-¡Es grandioso!, ¿verdad?- le dijo a ella -¡Es el milagro de la vida!-

-Sí.- respondió ella mirándole y sonriendo.

Luego miró de nuevo al potrillo y vio que Píndaro la estaba observando.

-¿Es macho o hembra?- preguntó el sacerdote.

-Hembra.- contestó el joven, levantándose.

-¿Y ahora qué?- preguntó el cura.

-Ahora la potrilla tiene que levantarse y mamar.- respondió Píndaro, mientras se quitaba los guantes y se dirigía a un grifo que había en un lateral para lavarse las manos -Voy a quedarme para ver si todo va bien.-

-Sí, claro. Yo también me quedo.- dijo el cura.

-Y yo.- dijo Heliodora, acercándose un poco más y sentándose en el suelo -Píndaro, ¿has ayudado a muchas yeguas a parir?-

-Algunas. Pero sobre todo he ayudado a vacas.- contestó él.

-Es bonito hacer eso.- comentó ella -¿Te gusta trabajar con los animales?-

-Sí.- contestó él –Los animales son muy nobles y me gustan mucho.-

-¿Por eso decidiste hacerte veterinario?-

-Sí. Pero en realidad, prefiero salir con ellos al campo y cuidarlos.-

-Sí. Pero dime, ¿qué piensas de las corridas de toros? ¿No te dan pena?-

-No me gustan las corridas. No las soporto.-

-Yo tampoco.- contestó ella.

El cura los escuchaba sonriente, mientras observaba a la potrilla.

Entonces llegó Modesta con Nectario y con Redento, los hermanos de Perístera.

-¡Ay, hijos, ya estoy aquí!- exclamó la mujer - ¿Ya ha parido?-

-Sí, Modesta.- respondió el sacerdote – Ya veo que Redento te dio el mensaje. Y también veo que por cuenta propia se lo dio a su hermano.- dijo esto riéndose.

-Claro.- contestó Redento –Avisé a Nectario para que viniera también a ver al potro.

-¡Por supuesto! ¿Cómo no?- dijo el cura –Pero chicos, es una potrilla.-

-¿Podemos acariciarla?- preguntó Nectario.

-No, todavía no.- contestó Píndaro.

-¡Pues vaya! ¡Qué rollo! – contestó el muchachito.

El padre Andrés y Heliodora se rieron.

-No seáis impacientes, y no gritéis.- les dijo Modesta –Habíamos quedado en que os comportaríais bien.-

-¡Pero si no hemos gritado!- protestó Nectario en voz baja.

-Bueno, pero mejor os estáis calladitos- contestó Modesta.

Heliodora y el cura sonrieron.

Al cabo de unos minutos, el sacerdote dijo que se iba al huerto y que si había alguna novedad le avisaran.

Y allí permanecieron el resto un buen rato hablando en voz baja y un poco apartados, para dejar espacio a la recién parida y a su hijo.

Luego los niños empezaron a cansarse y dijeron que se iban al huerto con el padre Andrés.

Y al cabo del rato, Modesta también dijo que se iba a echar un vistazo al huerto.

Así que al final sólo se quedaron Heliodora y Píndaro.

-¿Tú no te vas al huerto?- le preguntó él.

-No.- dijo Heliodora, sonriendo –Me parece que allí ya hay bastantes manos para ayudar al padre.-

Píndaro se quedó callado, mientras observaba a la potrilla.

La joven empezó a sentir cierta tensión.

-Píndaro, ¿sigues molesto conmigo?- se atrevió a preguntarle.

Él la miró.

-¿Molesto? ¿Por qué iba a estar molesto contigo?-

Ella tardó en contestarle:

-Quizás por… lo del verano pasado. Porque yo… no acepté… tu propuesta.-

Él se quedó callado unos momentos y luego respondió:

-Estabas en tu derecho. Yo… al menos lo intenté. Pero… no te preocupes. Si… si albergaba alguna esperanza, ya me he dado cuenta de que no hay ninguna. Ya estoy seguro de ello.-

La joven lo miró extrañada, por las palabras.

-¿Qué quieres decir? ¿Por qué dices eso?-

Él la miró muy serio y le contestó:

-Es algo que no me importa. No es asunto mío.-

-¿De qué hablas? ¿El qué no es asunto tuyo?- preguntó intrigada.

Píndaro se levantó y se acercó un poco más a la yegua y a la potrilla. Luego respiró profundamente y le dijo:

-¿Él te gusta, verdad?-

La joven se quedó parada. ¿A quién se refería?

-Te he visto reírte con él. Y también cómo le miras. Tú nunca me has mirado así.- continuó él –Creo que estás enamorada de él.-

Heliodora se acordó de Tulia que creía que Marselio estaba interesado en ella y pensó: “Está hablando de Marselio. Cree que me gusta Marselio”.

Ella sonrió.

-No, Píndaro. Te equivocas. Si piensas que estoy enamorada de Marselio, estás totalmente equivocado. Me cae bien, pero eso es todo.-

-No estoy hablando de Marselio.- contestó él.

Heliodora lo miró sorprendida.

-¿No? ¿Entonces…?- se quedó callada.

La joven se dio cuenta de que Píndaro hablaba del cura. Entonces ella bajó la cabeza avergonzada.

-Ya te dije que no era asunto mío.- le contestó él.

-Píndaro, te prometo que no hay nada entre él y yo.- dijo la joven. –Quiero decir que nuestra relación es como la de cualquier vecino del pueblo. Nunca ha habido nada de nada, ni siquiera hemos hablado de nada de eso, y él siempre se ha portado conmigo como con cualquiera de vosotros.-

-Te creo. Por eso entiendo que debes estar viviendo algo parecido a lo que yo he vivido por ti.-

-Yo… siento no haberte correspondido.- respondió la joven, algo entristecida - Pero estoy segura de que vas a encontrar a una buena muchacha que te quiera de verdad como tú mereces y que te hará muy feliz.-

-Puede ser.- contestó él, observándola con detenimiento – Pero… Dora, no quiero que pienses que te deseo infelicidad. Por supuesto que no. Yo también quiero que seas muy feliz. Aunque quizás también tendrá que ser con otra persona… Escucha, seamos amigos y olvidémonos de penas del pasado, ¿de acuerdo?-

Ella sonrió agradecida.

-Sí.-

-Y no te inquietes, tu secreto nunca saldrá de mí. ¿De acuerdo?-

-Gracias, Píndaro. Eres muy bueno.-

La potrilla ya parecía empezar a mantenerse de pie.

-Voy a avisar a los niños.- dijo Heliodora.

-Vale.-

La joven fue al huerto y vio que los niños sujetaban la manguera de riego, mientras el cura permanecía a su lado hablándoles y Modesta los observaba sonriente en un lateral.

Heliodora no pudo evitar seguir mirando al padre Andrés y pensó: “He bajado la guardia con él. Me siento tan bien a su lado, que no me he dado cuenta de que he dejado aflorar demasiado mis sentimientos, y Píndaro se ha dado cuenta. Quizás no sea el único. Tengo que ser más cuidadosa. Si él no fuera sacerdote, no habría nada de extraño, ni nada de malo en que me enamorase de él. Pero lo es, y aparte de que es un hecho criticable en nuestra sociedad, especialmente en un pueblo, no tengo ninguna posibilidad… Sin embargo, esas dudas que tiene… Esas dudas me hacen albergar una pequeña esperanza. En fin, ¡que sea lo que Dios quiera! En todo caso, eso es lo único que puedo hacer: esperar.”

El cura se dio cuenta de que la joven estaba allí, y le dijo riéndose:

-¿Ya te has cansado de esperar tú también?-

-¿Qué?- dijo Heliodora, cohibida, porque por un momento creyó que él había adivinado sus pensamientos.

-¿Cómo va eso Dora?- preguntó Modesta.

-¡Ah! He venido a deciros que la potrilla ya se tiene de pie.- contestó, aliviada.

-¿Ya?- dijo Nectario, dándose la vuelta y entregando la manguera al cura –Tome, padre, que me voy a verla.-

Y salió corriendo con su hermano, dejando al sacerdote riéndose. Modesta se fue detrás de ellos y la joven iba a acompañarlos, pero el cura la llamó.

-¡Espera, Heliodora!-

Ella se volvió, algo cohibida y nerviosa, pensando que Píndaro se iba a dar cuenta.

El padre dejó la manguera echando el agua en una zanja y se dirigió a la llave de paso para cerrarla y luego se acercó a la joven.

-Escucha, ya ves que hoy no hemos podido hablar. – dijo él –Y me temo que el lunes también va a ser complicado, porque seguro que los chavales avisan a los demás chicos del pueblo y esto va a parecer la semana que viene el patio de recreo de la escuela.-

Ella se rió.

-Además, es posible que también Píndaro venga a echarles un vistazo a Gardenia y a la potrilla. Así que creo que vamos a tener que vernos en otro sitio.-

Ella sonrió.

-Vale. La ermita me parece bien.-

-Sí, pero no quisiera volver a fallarte como la otra vez. Ya ves que algunas veces se atraviesan otras cosas.-

-No me importa. De todas maneras, si tú no subes, yo hago otras cosas allí arriba.-

Él la miró con curiosidad.

-¿Otras cosas? ¿De las que has aprendido con tus amigos?-

-Sí-

-¡Oh! ¡Dime!, ¿en qué consiste?-

La joven se rió.

-El lunes, si vienes, te lo explicaré.-

El padre Andrés sonrió.

-¡Vaya! ¿Y me vas a hacer esperar hasta el lunes para saberlo?-

-¡Ajá!- asintió ella divertida.

-¡Síii! ¡Ya sé!- exclamó él, fingiendo resignación -¡Mi primera prueba es tener paciencia!-

Heliodora se rió, mientras él la miraba con simpatía.

Luego se fueron a ver al recién nacido.

-Modesta, ¿qué nombre le vas a poner?- preguntó Redento.

-Pues no sé. La verdad es que siempre era mi pobre Raimundo el que les ponía el nombre a nuestros caballos. No se me ocurre ninguno. ¿Qué nombre se os ocurre a vosotros?-

-Podrías ponerle Dartañán.- dijo Redento.

Su hermano le empujó y le dijo:

-¡Pero cómo le va a llamar Dartañán!, ¡si eso es un nombre de hombre! ¡Hay que ponerle un nombre de niña!-

-Pero es que no es una niña. Es una potrilla.- respondió Redento.

Los mayores se rieron.

- ¡Lo que quiero decir es que hay que darle un nombre del género femenino!- exclamó Nectario.

-¡Ah, bueno!-

-Oye, ¿y si le ponemos Tera?- propuso Nectario.

-¿Tera?- repitió Heliodora.

-¡Pero ése es el nombre de nuestra hermana! ¿Cómo le vas a poner ese nombre?- dijo Redento.

Nectario se acercó a él y le susurró algo al oído y luego los dos hermanos se miraron con risillas.

-Vale. A mí me gusta Tera.- declaró Redento.

Modesta,- dijo Nectario - le queremos poner el nombre de nuestra hermana, porque le hemos cogido mucho cariño. ¿Te parece bien?-

-¡Oh, muchachos!- exclamó Modesta -¡Qué tiernos! ¡Le queréis poner el nombre de vuestra propia hermana! ¡Qué hermanos tan cariñosos tiene Perístera! ¡Pues nada! ¡No se diga más! ¡Así se hará!-

El padre Andrés y Píndaro tuvieron que reprimirse la risa, pero Heliodora, que se olió la travesura de los chavales no estaba conforme.

-¡A ver chicos!- intervino Heliodora - Dejaros de bromitas y buscad un nombre más apropiado.-

-¿Es que no te gusta el nombre de mi hermana?- le dijo Nectario, fingiendo estar ofendido.

-Sabéis perfectamente a lo que me refiero.- contestó ella.

-¡Ah, Dorita! – exclamó Modesta -¡Claro! ¡Qué indelicadeza por mi parte! ¡Seguramente que te gustaría más que le pusiésemos Dora!-

La joven miró sorprendida a la mujer.

-¡Oh, no, Modesta! ¡No es eso! – explicó la joven - ¡Es que no sé si el nombre de una muchacha del pueblo sea apropiado para la potrilla!-

-¿Por qué? ¿Qué tiene de malo mi potrilla?- preguntó Modesta.

Heliodora miró al padre Andrés pidiéndole ayuda, pero éste parecía estar pasándoselo en grande con aquella situación y como ella le hizo un gesto de reproche, eso le hizo más gracia al cura. Luego miró a Píndaro y también él tenía toda la pinta de estar divirtiéndose.

Así que dándose por vencida, se dirigió de nuevo a Modesta, diciéndole:

-No tiene nada de malo, claro. Ponle el nombre que te guste, Modesta.-

-¿Entonces quieres que la llamemos Dora?- dijo Modesta.

-¡No! ¡No!- contestó Heliodora - ¡Ya que los chicos habían propuesto primero Tera, llámala Tera!-

-De acuerdo.- sentenció Modesta. –La llamaremos Tera.-

-¡Bieeennn!- saltaron los chicos aplaudiendo y mirándose entre sí, con gesto travieso.

CAPÍTULO 11
LA MONTAÑA, EL LAGO Y LA SIMA

El sábado a las diez y media, partía la comitiva para hacer la excursión. En total iban siete adultos y nueve niños. Todos parecían ir bastante contentos, pero los niños estaban realmente animados.

Primeramente cogieron el camino hacia la ermita y una vez que llegaron allí, hicieron una pausa para que Liliana y Toribio pudiesen admirar las vistas. Luego se adentraron en un bosque y enseguida empezaron a subir otra vez.

Los niños armaban una alegre algarabía, aunque de vez en cuando las niñas iban a quejarse de los chicos, a su tía Tulia. Marselio hizo buenas migas con Toribio, el primo de Perístera; mientras que Píndaro iba acompañado de los chicos más pequeños que no cesaban de hacerle preguntas, a las que él pacientemente contestaba. Perístera charlaba con su prima Liliana, y Heliodora y Tulia caminaban hablando con las niñas.

Después de dos horas de caminata, hicieron otro alto para enseñarles a los invitados las tres simas que había en la zona. Había una enorme, de gran profundidad, de la que Marselio contó la leyenda de gente que había caído y no se le volvió a ver nunca más. Los niños escuchaban sobrecogidos y con los ojos muy abiertos. Por supuesto alrededor de la sima había una barrera para que nadie pudiese caer. Un poco más adelante había otra sima más pequeñita, en la que incluso se veía el fondo, pero aún así había unos seis o siete metros de profundidad. Y por último estuvieron viendo otra, cuya profundidad no llegaba a verse porque el hueco era bastante escarpado, pero tenían entendido que no era tan honda como la primera.

Luego continuaron subiendo por un camino rodeado de verde y de flores de variados colores, hasta que por fin llegaron a la cima. Allí había un lago enorme y precioso. Los niños empezaron a corretear muy contentos por los alrededores del lago y los mayores también se quedaron admirando el paisaje. Luego sacaron los bocadillos y se sentaron a comer.

Durante la comida, los chicos empezaron a decirse algo en el oído, pasándoselo de uno a otro y riéndose entre ellos.

-¡Oye Tera!- dijo el sobrino mayor de Heliodora -¿Sabes que ya no eres la única Tera del pueblo?-

La joven lo miró intrigada, mientras masticaba.

-¡Um! ¿Qué quieres decir?-

Y los chicos empezaron a reírse bajito.

La muchacha se extrañó, porque no sabía nada de la potrilla, y les dijo:

-¿Qué pasa? ¿De qué os reís?-

Pero los chavales no decían nada. Heliodora y Píndaro que vieron por dónde iban los niños, se miraron y tuvieron que reprimir la risa.

Sin embargo Perístera se dio cuenta de ese gesto y les dijo, empezando a molestarse:

-¿Vosotros también? ¡A ver, Dora! ¿Qué pasa?-

-Nada malo, Tera. Creí que ya lo sabías, por eso no te había dicho nada. Pero ya veo que no te has enterado. Resulta que la yegua de Modesta tuvo ayer una potrilla preciosa.-

-¡Ah, sí! Mis hermanos comentaron algo de eso en casa. Bueno, ¿y dónde está la gracia?-

Heliodora se rió con cortedad, porque barruntaba que a su amiga la gracia no le iba a parecer tal. Miró a Píndaro que estaba mirando para otro lado.

-Es una potrilla muy bonita, de verdad. Si la vieras, te encantaría- dijo Heliodora, intentando evadir la respuesta.

-¿Sí? Entonces tú sí la has visto.- dijo Perístera.

-Sí. La vi nacer.-

-¡Oh, qué bien!- exclamó Tulia -¡Me habría gustado verla también!-

-¡Sí, a mí también!- dijo Liliana.

-¿Y cómo se llama?- preguntó Perístera.

Heliodora la miró temerosa y los niños empezaron a reírse con más fuerza, hasta que el mayor de ellos se puso las manos enrolladas como si fuera un megáfono delante de la boca y gritó:

-¡Tera!-

Los niños siguieron riéndose y como el chico repitió la escena, más risa les daba.

Perístera los miró intrigada. Parecía que todavía no se había enterado. Hasta que Marselio, que pareció comprender, también soltó una carcajada y al verlo Píndaro no pudo reprimir ya más la risa. Tulia los miraba asombrada y los dos primos de Perístera también estaban extrañados. Heliodora, conociendo a su amiga, a pesar de que le resultaba graciosa la situación, tuvo compasión de ella y le dijo:

-Lo que pasa es que a la potrilla le han puesto tu nombre en tu honor.-

Perístera se quedó parada un momento y luego miro a su alrededor. Después se quedó reflexionando y por fin dijo:

-¡Bueno! ¡Ya está bien! ¡Dejad de reíros! ¡Ni que fuera tan extraño que un caballo tuviese el nombre de una persona!-

Todos dejaron poco a poco de reír y se quedaron callados. Pero Marselio seguía teniendo ganas de reír y dijo:

-¡Espero que la potrilla sea más dócil que… su madre!-

-¡Marseliooo! ¡No empieces!- le advirtió Perístera -¡Lo prometiste!-

-¡Qué! ¿Qué he dicho?-

-¡No te hagas el tonto! ¡Respeta tu promesa!-

-¡Está bien!-

Todos siguieron comiendo en silencio, y la mayoría aguantando la risa. Hasta que Nectario le preguntó a Píndaro:

-¡Oye Píndaro! ¿Y a ti que te parece Tera? ¡A que es preciosa!-

El joven se quedó cortado y sin querer mirar a Perístera, contestó aclarándose la voz:

-Sí. Será una yegua magnífica.-

Marselio se rió y Perístera le miró con malos ojos.

-¡Qué! ¡Yo no he dicho nada!- se excusó él.

-Dime Dora, – dijo Perístera, jugueteando con la pulsera que le habían regalado sus amigas y mirando a sus hermanos -¿de quién fue la idea de ponerle a la potrilla mi nombre?-

-¡Ah! ¡Pues… la verdad es que se lo puso Modesta!-

-¿Modesta?– repitió ella extrañada -¿Y cómo se le ocurrió ponerle mi nombre?-

-En realidad, - intervino Nectario, riéndose -Modesta le dijo a Dora que si ella quería podía llamarle Dora a la potrilla, pero Dora le dijo que no, que mejor Tera.-

Heliodora se quedó atónita con la versión del chaval y Perístera la miró enfadada:

-¡Ah! ¡Conque esas tenemos! ¿Así que la iba a llamar como tú, y tú le dijiste que le pusiera mi nombre?-

Heliodora no sabía qué contestar. Rápidamente se puso en alerta interior y vio que se estaba encendiendo en ella la ira en contra de Nectario. Aplicó la técnica de disolución del defecto y se relajó. Entonces contestó:

-Bueno, la verdad es que me pilló un poco a contrapié…-

Píndaro la interrumpió:

-Tera, ¿qué más da? ¿No te da gusto que se hayan acordado de ti para darle tu nombre a una criatura inocente y hermosísima? ¿No crees que es un honor que le den tu nombre a un animal que sólo provoca la ternura y la admiración de todo el que la ve?-

Perístera lo miró sorprendida. Y luego, con cierta timidez respondió:

-Sí. Eso es cierto. No lo había visto de esa manera. Pero es que como todos estaban con la guasa, ¡una tampoco es de piedra!-

-¿Tanto te molesta que se diviertan un poco?– replicó el joven -¿Es que no eres capaz de reírte de ti misma? Si te paras a pensar, ¿qué tiene de insultante esta situación? ¡Nada! ¡No pasa nada! ¿No lo ves?-

La muchacha se quedó pensando mientras lo miraba, y Heliodora también estaba admirada por las palabras de conformación de Píndaro.

-Tiene razón, Tera.- dijo Marselio - Nos estábamos riendo por una tontería, porque realmente no tiene ninguna importancia. ¡Es sólo una travesura de muchachos! Y me atrevería a decir que Nectario sólo ha contado parte de la historia, porque no me creo que Dora, conociéndote, haya actuado así, porque sí. Pero como dice Píndaro, ¿qué más da?-

La joven asintió conforme y por fin una sonrisa apareció en sus labios. Heliodora también se alegró de ver la reacción de su amiga.

Después, todos siguieron comiendo y luego los mayores se quedaron charlando, mientras los niños jugaban en los alrededores.

Más tarde, Heliodora se acercó aparte a Píndaro y le dijo:

-Te agradezco que salieras en mi auxilio antes con Tera. No quería delatar a sus hermanos, pero tampoco sabía qué explicación darle. Además le has planteado las cosas de tal manera, que si eso me lo hubieses dicho a mí el otro día en el establo, le habría contestado a Modesta que le pusiera mi nombre a la potrilla.-

Él sonrió.

-Nunca es tarde. Si quieres, la próxima… Aunque si tienes prisa y no te importa, también le puedo poner tu nombre a una ternera que está a punto de nacer.-

Ella se rió y él la miró contento.

-Me alegro de que volvamos a ser amigos, como cuando éramos pequeños.- dijo la joven.

-Yo también.- respondió él.

Un buen rato después, los mayores consideraron oportuno emprender el camino de regreso y así hicieron.

Mientras descendían, las niñas iban cogiendo flores, los chavales palos y piedras o buscando insectos, y los mayores iban charlando muy animados.

Cuando llegaron a la zona de las simas, los niños fueron corriendo a asomarse desde las barreras, mientras los chicos mayores se inventaban historias fantásticas de aquellas grandes aberturas, con la intención de impresionar a los más pequeños y a las niñas. Desde luego la sima que más les llamaba la atención era la más grande. Marselio, Píndaro y Toribio también fueron a ver la gigantesca sima, con los chavales

Entre tanto Heliodora, Tulia, Perístera y Liliana iban charlando entre ellas. Cuando llegaron a la sima mediana, se asomaron un poco.

-¡Esto de las simas da un poco de escalofrío!- exclamó Liliana.

-¡Sí, da un poco de miedo!- contestó Tulia.

Heliodora sonrió.

-¡Bah! ¡No le hagáis caso a esos!- dijo Perístera – Las historias que ha contado Marselio, son pura invención, seguro. ¡Marselio tiene más fantasía que todos los críos juntos!-

-Bueno, yo no sé si serán ciertas o no, pero que si te caes ahí, ¡lo tienes claro!- contestó Liliana.

-¡Hombre! ¡Eso sí!- replicó Perístera -¿Pero quién va a ser tan tonto de caerse, con estas vallas?-

-Bueno, estas vallas no llevan toda la vida aquí.- dijo Tulia.

-¡Uf! ¡En los tiempos de Cristóbal Colón, a lo mejor no! ¡Pero seguro que llevan tiempo!- exclamó Perístera.

Las muchachas se asomaron una vez más y Heliodora comentó:

-La verdad es que está bastante oscuro.-

-Voy a tirar una piedra a ver si escuchamos el fondo.- dijo Liliana.

Y la joven cogió una mediana y la arrojó en la sima. La oyeron caer un poco pero luego no se oyó nada más.

-Pues no parece que sea tan profunda.- comentó Liliana.

-Trae, voy a tirar yo otra, a ver.- dijo Perístera, muy dispuesta.

La muchacha tiró la piedra, pero no se dio cuenta de que la pulsera no estaba bien cerrada y salió disparada, cayendo sobre un saliente muy cercano al borde.

-¡Ah! ¡Tu pulsera!- exclamó Tulia.

¡Vaya!- dijo Perístera, sorprendida –No he debido cerrarla bien antes.-

Las muchachas miraron la pulsera.

-¡Con lo bonita que era!- exclamó Perístera -¡Y encima seguro que os costó un pastón!-

-¡No te preocupes por eso!- dijo Heliodora.

-¡Es que no has parado de juguetear con ella en todo el rato!- le reprochó Liliana.

Perístera la miró y contestó:

-Sí, es verdad. ¡Buf! ¡Pero me gustaba tanto!-

-¡No le des más vueltas!- dijo Heliodora -¡Ya tendrás otras! ¡Anda, vamos con los demás!-

Perístera empezó a examinar el lugar donde estaba su alhaja, y de repente, saltó la valla ante la mirada de asombro de sus amigas.

-¡Espera, Tera!- dijo Heliodora, corriendo hacia ella -¡No seas loca!-

-¡Déjame!- contestó Perístera, poniéndose de rodillas- ¡Está muy cerca! ¡Puedo recuperarla perfectamente!-

-¡No! ¡Déjala! ¡Ya te compraré otra!- dijo Heliodora.

-¡No! ¡No te preocupes! ¡Si no me va a pasar nada!- respondió Perístera acercándose a la sima con cuidado.

-¡Por favor, Tera!- exclamó Heliodora empezando a saltar la valla también.

-¡Cállate que no me concentro!- le gritó su amiga.

Heliodora se vio impotente y se arrodilló también para ponerse detrás de su amiga. Tulia y Liliana las miraban asustadas.

Mas, Perístera ya no veía otra cosa que la pulsera. Se tumbó y alargó la mano, pero como no alcanzaba, avanzó ligeramente y ya le faltaba poco. Entonces miró a su alrededor y vio un palo. Lo cogió y trató de utilizarlo para cogerla, pero en vez de eso, por un mal cálculo, empujó la pulsera y ésta cayó a otro saliente que había casi medio metro más abajo. La muchacha resopló, enfadada.

-¡Anda Tera!- le dijo Heliodora, más tranquila -¡No te preocupes! ¡Yo te compraré otra!-

Perístera se sentó y le contestó:

-¡No, déjalo!-

-¡Que sí, tonta!- insistió Heliodora.

-¡No, Dora, no! ¡Gracias, pero no es necesario!-

Heliodora suspiró.

-¡Está bien! ¡Anda, vamos!- dijo, echando marcha atrás.

Creyendo que la seguía su amiga, saltó la valla, pero entonces escuchó a Tulia y a Liliana:

-¡No, Tera! ¡No hagas eso!-

-¡Callaros!- ordenó Perístera.

Heliodora miró hacia atrás y vio a su amiga que estaba metiendo en la sima las piernas, mientras se agarraba a la rama de un arbusto que crecía junto al gran agujero.

Heliodora, que no esperaba eso, se quedó bloqueada por unos momentos. Luego se dio un tirón del dedo.

Perístera posó los pies sobre el primer saliente, en el que había caído la pulsera, pero luego, sujetándose en las rocas, se agachó muy lentamente, para poder descender hasta el siguiente saliente.

Heliodora, no sabiendo qué hacer, se fue corriendo a llamar a Píndaro y a Marselio, que estaban con los críos en la sima grande. A medida que se acercó a ellos, los llamó desesperada. Todos la miraron extrañados.

-¡Píndaro, Marselio, Toribio! ¡Tera se está metiendo en la sima! ¡Haced algo, por favor!- les gritó.

Los tres jóvenes corrieron rápidamente hacia la sima en la que estaba Perístera, y Heliodora fue con ellos, mientras los niños también los seguían.

Cuando llegaron, la joven estaba ya en el segundo saliente, cogiendo la pulsera. Todos se pusieron alrededor de la barrera y Píndaro, mientras saltaba la valla, le dijo a la muchacha:

-Muévete con cuidado, Tera. No tengas miedo, voy a acercarme a ti y me vas a dar la mano.-

La joven se rió.

-Estoy bien. No tenéis que preocuparos. Las chicas son unas miedosas, pero yo tenía claro que no me iba a pasar nada. ¿Ves, Dora?- dijo sosteniendo la pulsera -¡Ya tengo mi pulsera! ¡Ya no hace falta que me compres otra!-

En ese momento, la muchacha se agarró a una piedra y subió la pierna con la intención de apoyar la rodilla en el primer saliente, para comenzar a salir.

-Dame la mano.- le dijo Píndaro tumbado en el suelo al lado de la sima.

-Está bien, pero espera que suba a este saliente.- contestó Perístera.

Pero antes de poder apoyarse en el primer saliente, el segundo saliente no debió aguantar el peso de la muchacha y se desquebrajó empezando a desmoronarse muy rápidamente.

La joven entró en pánico y quiso saltar para darle la mano a Píndaro, pero no lo logró y ante la mirada atónita y aterrada de todos, se fue escurriendo hacia abajo, rodeada de piedras y tierra. Ella luchó por agarrarse a cualquier cosa que pudiera encontrar su mano, pero nada pudo retenerla y finalmente cayó hacia abajo, desapareciendo de la vista de todos.

Las muchachas y los niños comenzaron a gritar y a llorar. Marselio y Toribio saltaron la barrera también y se tumbaron al lado de Píndaro, y empezaron a llamar a Perístera. Pero con el ruido de los gritos y lloros de los de afuera, no podían escuchar nada. Por fin, Marselio se levantó y salió del perímetro de seguridad de la sima y ordenó con fuerza a todos que se callaran. Luego les dijo a las muchachas que se llevaran a los niños un poco más lejos. Pero Nectario y Redento no hacían nada más que llorar, llamando a su hermana.

-Escuchad,- les dijo Marselio –si seguís haciendo este ruido no podremos escucharla. Tulia, por favor, llévatelos allí. Vamos a hacer lo posible por sacarla de ahí, pero primero tenemos que hablar con ella.-

Tulia, que también estaba muy conmocionada, asintió y obedeció. Heliodora dijo que ella se quedaba, así que Tulia y Liliana se alejaron un poco con los niños.

Marselio volvió a saltar la barrera y se puso al lado de Píndaro.

Los tres muchachos la llamaron y esperaron respuesta, pero sólo había silencio.

Heliodora rezaba interiormente suplicando interiormente a su Dios interno, con toda la intensidad de su corazón, que salvaran a su amiga.

Por fin, una de las veces que Píndaro la llamó, se escuchó:

-¡Píndaro!-

Era Perístera.

Los tres muchachos y Heliodora se miraron aliviados.

-¡Tera! ¿Me oyes?- gritó Píndaro.

-¡Sí!- gritó ella.

-¿Cómo estás?- le preguntó el joven a voces.

-¡Me duele todo el cuerpo!-

-¿Estás abajo del todo o aún queda sima?-

-¡Creo que he llegado al fondo!-

-¿Tú puedes vernos a nosotros?-

-¡No! ¡Hay un recodo que me impide veros, pero me llega un poco de luz!-

-¿Sabrías decirnos cuántos metros más o menos has recorrido?-

-¡No sé! ¡Como una casa de tres o cuatro pisos!-

Píndaro se quedó pensando.

-¡Píndaro!- le llamó ella.

-¡Seguimos aquí!- contestó él.

-¡No me vais a dejar sola!, ¿verdad?- dijo ella, con la voz cogida.

-¡Claro que no!– respondió Marselio, enternecido -¡No tengas miedo, vamos a sacarte de ahí!-

-¡Marselio! ¿Me vais a ayudar?-

-¡Por supuesto, tonta! ¡Si no te sacamos!, ¿con quién me meto yo?- bromeó él, con cierta pena.

-¡Escucha, Tera!- gritó Píndaro -¿Puedes ponerte de pie?-

-¡Lo he intentado, pero me duele mucho el tobillo! ¡Creo que me lo he roto! ¡Y creo que también me he roto un brazo! ¡Además me escuece por todas partes! ¡No me veo bien, pero noto que tengo heridas y sangre!-

-¿Puedes sentarte?-

-¡Sí!-

Píndaro volvió a respirar aliviado y les dijo a los demás:

-Bueno, al menos parece que no se ha dañado la columna.-

-¿Y ahora qué hacemos?- preguntó Heliodora.

-¡Hay que ir a buscar ayuda, por supuesto!- contestó Marselio –Nosotros no hemos traído cuerdas ni nada que podamos utilizar para sacarla de ahí.-

-Los móviles no tienen cobertura en esta zona, lo he comprobado.- dijo Toribio.

-¡No, claro!, ¡era de esperar!- dijo Píndaro.

-Pues no queda otro remedio que bajar al pueblo.- dijo Marselio -Quizás antes de llegar, ya encontremos cobertura y podamos llamar a urgencias.-

-Sí.- respondió Píndaro –Escucha, a ver qué te parece. Yo me quedaré aquí con Tera, y vosotros os bajáis. Pero es necesario que tú bajes lo más rápido que puedas, porque son ya las seis y media y de aquí al pueblo hay casi tres horas, más lo que tarden en venir, y se nos va a hacer de noche. Entonces, las muchachas bajaran con Toribio y los niños a su ritmo, pero tú tendrás que adelantarte. ¿Te parece bien?-

-Sí- contestó Marselio –De acuerdo.-

-No obstante, yo me quedo también.- dijo Heliodora.

Píndaro y Marselio la miraron.

-No es necesario, Dora- contestó Píndaro –Es mejor que te bajes con los demás.-

-No. Voy a quedarme. No quiero dejarla.-

El joven la miró reflexivo y respondió:

-Está bien. Como quieras.-

Así que Marselio se bajó delante, y Tulia, Liliana y Toribio descendieron con todos los niños que aunque seguían conmocionados, al menos estaban tranquilos de que la muchacha no estaba grave y sólo era cuestión de horas que la sacaran de allí.

CAPÍTULO 12
EL RESCATE

Píndaro y Heliodora se quedaron allí. La muchacha saltó la barrera y sin arrimarse demasiado a la sima se sentó cerca del joven, para poder hablar desde allí con su amiga.

-¡Tera!- gritó Heliodora.

-¡Dora!- gritó Perístera, medio llorosa -¡Tenía que haberte hecho caso! ¡Tenía que haber dejado la pulsera! ¡He sido una tonta! ¡Mira ahora cómo estoy, por mi cabezonería! ¡Aquí está bastante oscuro y me duele mucho el tobillo y el brazo!-

-¡Anda! ¡Anímate!- le gritó Heliodora – ¡Marselio ha ido corriendo a pedir ayuda! ¡Ya verás como en un ratito están aquí para rescatarte!-

-¿Marselio?-

-¡Claro! ¡Ya te dijimos Tulia y yo que Marselio no es tan mal chico! ¡Ya sé que cuando éramos pequeñas era demasiado travieso y le gustaba hacernos rabiar! ¡Sobre todo a ti! ¡Pero tiene muy buen corazón y creo que en el fondo te tiene cariño!-

Perístera no dijo nada, pero Heliodora continuó hablándole con la intención de distraerla. También Píndaro intervenía de vez en cuando y así estuvieron más de una hora.

-¿Cuánto van a tardar?- preguntó Perístera, con la voz cansada.

-Todavía un poco, pero Píndaro y yo seguimos contigo.-

-Sí, pero, ¿y si se hace de noche y no me pueden rescatar?-

-¡No te preocupes! ¡Seguro que llegaran antes!- dijo Heliodora, mirando a Píndaro.

Él le dijo en voz baja:

-Espero que sí.-

-¡Dora!-

-¡Qué!-

-¡Me duele mucho el brazo y tengo mucha sed! ¡Tengo miedo!- gritó ella llorosa.

Heliodora suspiró.

-¡Además, cada vez hay menos luz!- continuó la muchacha, desconsolada – ¡Tengo mucho miedo!-

Heliodora miró a Píndaro. Éste se encontraba pensativo con la mirada en el interior de la sima.

-¡Pobrecita!- exclamó ella, en voz baja – ¡Ojalá pudiera estar con ella, para consolarla!-

Él la miró y suspiró.

-Es posible que no estén aquí antes de tres horas.-

En el fondo de la sima se escuchaba a la muchacha sollozando, y a Heliodora se le saltaron las lágrimas.

Entonces Píndaro se quedó pensando otra vez y volvió a asomarse a la sima. Estuvo mirando un rato y luego gritó:

-¡Tera!-

-¿Qué?- respondió ella, con la voz rota.

-¡Háblame en voz baja!- le dijo él.

-¿En voz baja? ¿Por qué?-

-¡Tú haz lo que te digo!-

Ella habló algo, pero no se entendió lo que dijo.

-No le he entendido.- dijo Heliodora a Píndaro.

-Yo tampoco, pero no importa – contestó él - Lo importante es que hemos oído su voz. Es posible que no esté tan profunda, pero el recodo nos impide verla.-

-¡Ah!- respondió Heliodora sin comprender en qué podía ayudar eso, hasta que vio que el joven se acercaba a la sima y le decía:

-Dora, voy a bajar. ¿Crees que puedes quedarte tú sola aquí?-

La joven se quedó asombrada.

-¿Vas a bajar? ¿De verdad, vas a bajar?-

-¿Te da miedo quedarte sola?-

Heliodora miró a su alrededor y aunque le producía cierto respeto quedarse allí y que se hiciera de noche, sintió que su amiga lo necesitaba más que ella.

-No. No me da miedo. ¿Pero no es peligroso? ¡A ver si ahora te va a pasar algo a ti y…!-

-No me va a pasar nada- le interrumpió él, –Las paredes tienen muchos recovecos y ya he hecho otras veces escalada, así que no me coge de novato.-

-Está bien, pero por favor, ten mucho cuidado.-

-Sí.- respondió él, sonriéndole – Dime, ¿ésta es la mochila de Tera?-

-Sí.-

El joven miró lo que tenía dentro. Encontró una botella de agua y vio que estaba por la mitad. También había un jersey, y un bocadillo. Metió las tres cosas en su propia mochila, se la cargó a la espalda y se asomó a la sima, para gritarle a la herida:

-¡Tera, voy a bajar!-

La muchacha se quedó callada unos momentos y luego gritó:

-¿De verdad?-

-Sí.-

-¡No, Píndaro! ¡No bajes!- exclamó ella -¡Es muy peligroso!-

-¡No te preocupes!- respondió él.

-¡No bajes, por favor! ¡No!- gritó ella.

-¿No quieres que baje? ¿Tanta manía me tienes?- gritó él, sonriéndole a Heliodora, y empezando a entrar en la sima.

-¡No! ¡Es que no quiero que te pase nada!-

-¡Vaya! ¡Ahora resulta que tú te preocupas por mí! ¡Eso es nuevo!- dijo él, mientras se metía completamente.

-¡Oye, no te vayas a creer lo que te haya dicho mi abuela!- dijo ella.

Heliodora se rió.

-¿Y qué crees tú que me ha dicho tu abuela?- dijo él, mientras descendía, muy despacio.

-¡Tonterías! ¡Qué va a decir!- respondió ella.

-¡No sé qué decirte! ¡Puede que tu abuela sea más lista de lo que tú crees!- contestó Píndaro, cada vez más abajo.

Heliodora se tumbó y se asomó a la sima, para controlar al joven, y al mismo tiempo, rogando a su Dios interno para que Píndaro fuese ayudado y que todo fuera bien.

Tera y Píndaro iban hablando a trompicones, hasta que éste pareció llegar al recodo. Allí, miró hacia arriba y Heliodora, todavía podía verlo. La joven lo miró temerosa y le dijo:

-¡Ten cuidado, Píndaro!-

Él sonrió y asintió con la cabeza. Luego se hizo a un lado y se introdujo en el agujero. Heliodora se quedó escuchando y al cabo de unos minutos escuchó a Tera exclamar:

-¡Píndaro!-

Y después se ponía a llorar.

Después el joven le decía:

-¡Anda! ¡No tengas miedo! ¡Toma un poco de agua!-

Luego hubo silencio.

-¡Píndaro!- gritó Heliodora -¿Has llegado bien?-

-¡Muy bien! ¡No estamos tan profundos! ¡Quizás haya unos nueve o diez metros!-

-¿Cómo está Tera?-

-Bueno, como no hay casi luz no la veo muy bien… pero… apuesto a que tan bonita como siempre.-

Heliodora sonrió y escuchó a Perístera riéndose entre lloros.

Los dos de abajo siguieron hablando, pero Heliodora no lograba escuchar la conversación. Pero no le importó. Se sentía contenta por el gesto de Píndaro, gracias al cual, su amiga al menos estaría mucho más reconfortada.

-¡Eh! ¡Los de abajo!- gritó.

-¿Qué pasa?- gritó el joven.

-¡Voy a darme una pequeña vuelta por aquí, para estirar las piernas un poco! ¡Voy a estar cerca!-

-¡Está bien!- respondió Píndaro.

Heliodora se dio un paseo por los alrededores. Luego se sentó bajo un árbol, se apoyó en el tronco y se puso a hacer meditación. Necesitaba con urgencia calmar su mente. Poco a poco se fue relajando y empezó a sentir bastante sueño. Tantas emociones la habían fatigado. Y sin darse cuenta se quedó dormida. Cuando se despertó, vio que el sol había bajado bastante. Miró el reloj y vio que ya eran más de las ocho y media.

Se acercó a la sima y se asomó un poco. Los de abajo estaban charlando. No les entendía, pero por el tono se dio cuenta de que su amiga a veces se quejaba del dolor.

-¡Tera, Píndaro! ¿Estáis bien?-

-¡Sí!- respondió él -¡Te has dado un largo paseo!, ¿no? ¡Ya estaba empezando a inquietarme!-

-¡No! ¡Lo que pasa es que me he sentado bajo un árbol y me he quedado dormida!-

-¡Ah, bueno!-

-¡Dora!, ¿Sigue siendo de día ahí arriba?- preguntó Tera.

-¡Sí!- contestó ella.

-¿Qué hora es?- preguntó su amiga.

-¡Son casi las nueve menos cuarto!-

-¡Entonces, estarán aquí pronto!- dijo Píndaro.

-¡Sí! ¡Seguro que sí!- gritó Heliodora.

La joven se quedó allí, y de vez en cuando los de abajo hablaban con ella.

Al cabo de un rato, escuchó el ruido de un helicóptero.

-¡Chicos!- gritó muy contenta -¡Ya están aquí!-

-¡Vale!- gritó Píndaro.

El helicóptero descendió a una distancia próxima y luego bajaron de él cuatro hombres y también Marselio. Los cinco corrieron hacia la sima.

-¡Hola! ¿Alguna novedad?- dijo uno de los hombres, mientras los cuatro atravesaban la barrera.

-Bueno, hay dos personas abajo.- contestó ella

-¿Dos? ¡Se nos había informado que había una chica!-

-Sí, pero mi amiga entró en pánico y nuestro amigo, descendió para bajarle agua, algo de comida, abrigo y para ver si necesitaba ayuda.

El hombre se quedó extrañado.

-¿Ha bajado sin cuerdas?-

-Sí.-

Los hombres se acercaron y entablaron un diálogo con Píndaro.

Marselio se acercó a ella.

-¡Entonces Píndaro también ha bajado!- exclamó, asombrado.

-Sí. Es que ella no se encontraba nada bien.-

El equipo de rescate empezó a trabajar rápidamente y una hora después, sacaban a Perístera de la sima. La trasladaron a una camilla en el helicóptero y Heliodora y Marselio se metieron con ella, mientras esperaban que Píndaro también saliese. Las dos muchachas se abrazaron emocionadas y Perístera también le dio la mano a Marselio sonriéndole, a pesar del dolor.

-¡Gracias, Marselio!- le dijo ella, sinceramente agradecida.

El joven también sonrió, y respondió:

-¡Anda! ¡Que vaya susto que nos has dado!-

-Sí. Es verdad.- reconoció ella -¡Menos mal que Píndaro y tú vinisteis con nosotros!-

-¡Ay la abuela! ¡Qué mujer más sabia!- exclamó él.

Las dos muchachas sonrieron.

Cuando por fin apareció Píndaro con los demás hombres que faltaban, Perístera exclamó:

-¡Píndaro! ¡Cuánto has tardado! ¡Me estaba preocupando!-

-¿Tardado?- repitió el jefe del equipo -¡Pero si ha subido rapidísimamente! ¡Si parece un profesional!-

Perístera sonrió y contestó:

-¡Sí! ¡Es que Píndaro es muy valiente!-

Marselio y Heliodora se miraron y tuvieron que reprimir la risa.

Un par de minutos más tarde el helicóptero elevaba el vuelo. Perístera iba tumbada en la camilla y a los lados estaban sentados sus amigos y dos de sus rescatadores.

La muchacha estaba toda magullada, e incluso tenía algunas heridas, aparte del brazo y el tobillo rotos. Pero se veía contenta y aliviada. Y sobre todo, parecía estar muy agradecida con Píndaro. Lo miraba embelesada, y él también la miraba muy sonriente, mientras le acariciaba la cabeza.

Heliodora se sonreía para sus adentros y Marselio se acercó a ella y le dijo en voz baja:

-¡Parece que al final la abuela se va a salir con la suya! ¡Estos dos acaban juntos! -

Y luego el joven se rió y ella también.

El helicóptero los llevó hasta el hospital de Fuerte Real. Allí los médicos observaron, hicieron pruebas y radiografías, curaron y escayolaron a Perístera.

Sus amigos, después de llamar a Candelaria y a sus familias para tranquilizarlos, se quedaron en la sala de espera.

Por fin, cerca de las cuatro de la madrugada, una ambulancia los llevó a los cuatro a Villalta.

Cuando Heliodora se acostó en su cama, cayó rendida de sueño.

CAPÍTULO 13
VISITANDO A PERÍSTERA

Cuando Heliodora se levantó, era cerca de mediodía. Sus padres estuvieron preguntándole acerca del accidente y ella les contó lo ocurrido.

-¡Menos mal que fuisteis con los muchachos!- exclamó su madre.

-¡Pues sí! ¡Menos mal! La verdad es que tanto Píndaro como Marselio han sido la mejor ayuda que hemos tenido.-

-No sé Píndaro, pero Marselio debe de estar agotado porque bajó desde las simas en dos horas, cuando el tiempo normal son tres horas. Y luego se fue con el equipo de rescate para señalarles el lugar. ¡El pobre se ha portado!-

-¡Sí, es verdad!- respondió la joven.

Antes de comer, Heliodora se llegó a casa de Perístera para ver cómo estaba. La joven aún seguía durmiendo.

-Ha venido todo el mundo a preguntar por ella, pero no la hemos querido despertar.- explicó Candelaria – Le hace mucha falta descansar. ¡Mi pobre Tera!-

-¡Claro que sí! ¡Dejadla dormir, todo lo que necesite!- contestó Heliodora.

Candelaria asintió, sonriendo.

-Dora, ¡querida! ¡Te estamos muy agradecidas por todo lo que has hecho por nuestra niña!- dijo la mujer, abrazándola.

-¡Yo no he hecho nada, Candelaria!- respondió la joven.

La madre de su amiga, la miró emocionada.

-Los que verdaderamente han hecho mucho son Píndaro y Marselio- dijo Heliodora.

-¡Sí! ¡Ya sabemos lo que han hecho esos dos ángeles!- contestó Candelaria.

Heliodora quedó con Candelaria en que se pasaría por la tarde y luego se marchó a su casa.

Un rato después de comer, Tulia fue a ver a Heliodora. La joven, que tampoco había podido hablar con Perístera, quería informarse de cómo habían transcurrido los acontecimientos. Heliodora le contó todo lo ocurrido después de que Tulia y los demás se habían marchado al pueblo.

-¡Pobre Tera! ¿Pero entonces no ha sido muy grave, no?-

-Ahora está con una escayola en el brazo y otra provisional en la pierna, porque tiene que estar de reposo durante una semana. Luego le pondrán otra con la que tendrá que permanecer durante al menos un mes y medio.- explicó Heliodora.

-¡Uf! ¡Pobrecilla! ¡Debe de estar muy frustrada con eso!, ¿no?-

-Supongo que sí.-

-Bueno, dentro de lo que cabe, al menos no ha sido demasiado grave.- dijo Tulia - ¡Yo pasé un miedo! ¡Cuando no contestaba, creí que…! ¡Uf! ¡No quiero ni acordarme de esos momentos!-

-Sí. La verdad es que todos lo pasamos mal.-

La madre de Heliodora entró con Nectario y Redento.

-¡Hija, estos muchachitos te buscan!- dijo Radegunda.

Las jóvenes se sorprendieron.

-¿Qué pasa, Nectario?- preguntó Heliodora.

-Mi hermana dice que cuándo vais a ir. Que ya está despierta.- contestó el chaval.

Las dos muchachas se miraron y se rieron.

-Ya vamos.- contestó Heliodora.

Y los cuatro se fueron a casa de Perístera. Ésta se encontraba recostada en un sofá.

-¡Hola chicas!- saludó Perístera muy entusiasmada.- ¡Ya tenía ganas de que vinieseis!-

-¡Hola!- respondieron las dos, acercándose a ella para darle un par de besos.

-¿Cómo te encuentras, Tera?- preguntó Tulia.

-¡Feliz!- exclamó Perístera, sonriendo.

Las dos recién venidas se rieron.

-¿Quieres decir, feliz porque pudiste salir de aquella sima?- preguntó Heliodora.

Perístera suspiró.

-¡Feliz, porque me he enamorado!-

Tulia la miró asombrada y Heliodora se rió otra vez.

-¿De quién?- preguntó Tulia.

-¡De Píndaro!- respondió Perístera, con pasión.

Entonces la joven empezó a hablarles a las chicas de cómo el valiente joven bajó a la sima arriesgando su vida por ella, y la seguridad que le transmitió, los cuidados que le dio y las historias que le contó para hacerle olvidar el mal rato. También les dijo:

-Aunque no podía verle bien, a medida que me hablaba, su voz me fue pareciendo la más maravillosa del mundo y cuando por fin salió de la sima y vino hacia nosotros, me di cuenta de que es el chico más guapo que he conocido nunca. ¡No sé cómo no me di cuenta antes!-

Heliodora y Tulia, tuvieron que reprimir la risa. A ellas, el joven, no es que les pareciera feo, pero tampoco es que fuera nada del otro mundo, en cuanto a belleza física se refiere.

Nectario y Redento entraron en ese momento y se sentaron al lado de su hermana.

Ella los miraba sonrientes.

-Llevan todo el tiempo conmigo. No se despegan de mí.-

-Es que ayer pasamos mucho miedo de que le pasara algo a mi hermana- explicó Nectario.

-¡Sí!- dijo Redento –Por eso queremos estar con ella, para protegerla, por si le pasa algo.-

-Pero ya no le va a pasar nada.- respondió Heliodora –Ya podéis estar tranquilos.-

-Bueno, pero queremos estar con ella, de todas maneras.- dijo Nectario.

Heliodora y Tulia sonrieron.

-¿Ya se han ido tus tíos y tus primos, Tera?- preguntó Tulia.

-Sí. Se han ido después de comer.- contestó Perístera –Mis tíos se quedaron despiertos con mi madre y con mi abuela hasta que llegamos. Los pobres estaban muy preocupados.-

Las tres muchachas estuvieron hablando largamente acerca de la excursión y del accidente, con los niños interviniendo también de vez en cuando.

Un buen rato después se acercaron a saludar a Perístera, Don Ramiro y Macrina. Candelaria los introdujo en el salón. El viejo médico y su esposa estuvieron un ratito viendo a la muchacha y luego se marcharon.

Luego fueron pasando por allí varias personas del pueblo, entre otras los padres de Heliodora y los de Tulia. También se llegaron Lelio y Sabacia, padres de Píndaro. Perístera se puso muy contenta al verlos, aunque echó de menos a Píndaro.

-¿Píndaro no viene con ustedes?- preguntó.

-No.- contestó Sabacia –No sé dónde estará. Se fue justo antes de comer y no ha vuelto a casa.-

-¡Ah! ¡De todas maneras, muchas gracias por venir a verme!- les dijo la muchacha.

-¡De nada!– respondió Sabacia -Píndaro nos ha contado lo que pasó.-

-Lo que yo todavía no me explico es cómo pudiste caerte en la sima, ¡si están muy protegidas con las barreras!- dijo Lelio.

-Es que… en realidad fue porque yo me metí un poco para recuperar una pulsera que se me había caído al arrojar una piedra en la sima.-

Lelio y Sabacia la miraron sorprendidos.

-¿Que tú te metiste en la sima?- repitió él -¡Pero muchacha!, ¿tú estás loca?-

-Pues sí. Reconozco mi error.- respondió ella, con docilidad –Esa pulsera me la habían regalado mis amigas y me gustaba mucho y creí que sería fácil cogerla, pero me equivoqué. Y ése fue el resultado. Mis amigas me advirtieron, pero yo no les hice caso y al final lo he pagado caro.-

-¡Ya ves, hija! ¡No se puede ser tan cabezona! ¡A ver si aprendes a no ser tan temeraria!- dijo Sabacia.

Perístera asintió con la cabeza.

-En todo caso, ya se te habrá quedado grabado, porque la verdad es que has debido pasarlo muy mal.- continuó Sabacia.

-Sí, al principio sí. Pero cuando Píndaro bajó para ayudarme, me sentí mucho mejor.-

-¿Cómo que bajó para ayudarte?- repitió Lelio -¿Él también bajó con el equipo de rescate?-

-¡No! ¡Bajó mientras esperábamos a que llegaran!- respondió Perístera extrañada de que ellos no lo supieran -¿No lo sabían?-

-¿Píndaro bajó a la sima cuando te caíste, antes de que llegara el helicóptero?- volvió a preguntar la madre del joven, muy asombrada.

-Sí.- respondió Perístera.

-Sí, Sabacia.- intervino Heliodora – Está diciendo la verdad. ¿No os lo había dicho Píndaro?-

-¡Pues no! ¡La verdad es que eso no nos lo contó!-

-¿Pero bajó sin cuerdas?- preguntó Lelio, atónito.

-Sí. Sólo agarrándose de las paredes y muy despacio.- respondió Heliodora.

Perístera sonreía pensativa.

-¡Píndaro es el chico más valiente que he conocido nunca!- exclamó.

-¡Pues sí, pero se podía haber matado!- dijo Sabacia con la cara pálida, y sentándose en una silla -¡Ay Señor, no quiero ni pensarlo!-.

Lelio se rió:

-¡Mujer, no me extraña que no nos lo haya contado! ¡Sabía que te pondrías así!-

Perístera la miró y dijo:

-¡Pero eso salió de él! ¡Yo no se lo pedí!-

-¡Ya me lo imagino!- contestó Lelio, riéndose.

Perístera se quedó callada y miró a sus amigas.

-Bueno, en todo caso nos alegramos que hayas salido bien de esta aventura.- dijo Lelio – Nosotros nos vamos ya y te dejamos con tus amigas y con estos muchachotes. Por cierto, Dora, ¿está tu padre en casa?-

-No lo sé. Hace un rato mis padres han estado aquí. No sé si se habrán ido a darse un paseo.- contestó ella.

-Nos llegaremos a ver. Quería comentarle unas cosas. ¿Vamos Sabacia?- dijo Lelio - ¡Venga mujer! ¡Olvídalo ya! ¡Ya ha pasado todo y a tu hijo no le ha pasado nada!-

Sabacia se levantó, y miró a Perístera.

-¿Eres consciente de que por tu capricho, mi hijo ha puesto su vida en peligro por ti?-

Perístera la miró sorprendida.

-Bueno… sí…es cierto- respondió titubeando.

-¿Y qué habría pasado si él…? ¡No quiero ni pensarlo!-

-¿Qué dices, mujer?- le regañó Lelio -¡Estás exagerando! La muchacha se pasó de valiente, es cierto, pero fue un accidente. Y estoy seguro de que Píndaro actuó así, porque no podía actuar de otra manera. ¿No sabes que él es así? ¡Además todo salió bien, después de todo!, ¿no?... Bueno, quitando lo de tus heridas y los huesos rotos, ¡claro!- esto último, se lo dijo a Perístera.

-Sabacia,- intervino Heliodora –yo estaba allí, y fue Píndaro el que decidió bajar. Tera le dijo varias veces que no bajase, pero él no le hizo caso. Yo también le advertí del peligro, pero él me dijo que no era tan difícil y que además ya tenía experiencia porque había escalado varias veces. De hecho, el jefe del equipo de rescate nos dijo que Píndaro parecía un profesional.-

-¿Lo ves, mujer?- dijo Lelio -¡Anda, vámonos y no pienses más en eso!-

-¡Está bien!- respondió Sabacia -¡Bueno hija! ¡Espero que te mejores! ¡Pero a ver si tienes más cuidado otra vez, porque no pienses que siempre va a estar mi hijo para cuidarte!-

La joven se sonrojó y respondió tímidamente:

-Sí, claro. Bueno, gracias por venir.-

Los padres de Píndaro se despidieron y se fueron.

Perístera se quedó muy callada.

-No te preocupes, Tera.- dijo Heliodora -Comprende que se acaba de enterar por nosotras que su hijo ha hecho una hazaña. Nosotras lo vemos como un héroe, pero su madre no ve eso, sino que piensa que ha estado en peligro.-

-Sí. Ya lo sé.- contestó Perístera un poco decaída.

-¡Pues a mí me gustaría ser un héroe como Píndaro!- declaró Redento.

Las chicas lo miraron y se rieron.

-¡Pero no se te ocurra hacer ninguna hazaña todavía!- le advirtió su hermana -¡Aún tienes que aprender muchas cosas! ¡Sólo nos faltaba que se pusiera ahora a hacer cualquier locura!-

-¿Lo ves, Tera? ¿Comprendes ahora el miedo de Sabacia?- le dijo Heliodora, sonriéndole.

-Sí, si lo comprendo.- respondió Perístera, reflexiva.

Entonces escucharon ruido de voces y risas en el pasillo que se acercaban. La abuela entró con Marselio y con el padre Andrés, muy risueños.

Heliodora se puso muy contenta al ver a éste último.

-¡Tera, hija, aquí te traigo al padre y a un ángel!- anunció Vladimira muy contenta.

Las chicas se rieron.

-¡Hombre, pero si están las tres gracias juntas, escoltadas por los temibles Nectario y Redento!- exclamó Marselio, riéndose.

El sacerdote también se rió, mientras se acercaba a Perístera.

-¡Hola Tera!- saludó -¿Cómo estás?-

-¡Bien!- respondió ella -¡Bueno, a excepción de la pierna y el brazo, claro!-

-¡Y de los moratones de la otra pierna y del otro brazo, y de los arañazos en la cara, y de la herida de la frente y…!-

-¡Vale ya, Nectario!- exclamó su hermana -¡Me estás agobiando!-

Marselio lanzó una de sus carcajadas.

-¡Ésa es mi Tera! ¡Enérgica y directa!-

Todos se rieron.

-¡Abuela!- dijo Marselio -¡Cuando le quiten la escayola a Tera, habrá celebración!, ¿no?-

Perístera se rió.

-¡No seas exagerado! ¡Tampoco es tan importante el hecho de que me quite la escayola para celebrarlo!-

-¿Quién ha dicho que vayamos a celebrar que te quitas la escayola?- dijo él -¡No me estaba refiriendo a eso! ¡Me estaba refiriendo a otra cosa!-

-¿Eh? ¿A qué?- preguntó Perístera, intrigada.

Marselio se rió y miró a la abuela, luego al cura y después a Heliodora, y de nuevo a la abuela.

-¡Nada, nada! ¡Ideas de la abuela, que ya se le están empezando a cumplir!- contestó.

Heliodora sospechó de qué estaba hablando y miró al sacerdote que se estaba sonriendo también, al igual que la abuela.

-¿Ya estáis con secretitos?- dijo Perístera – Bueno, en realidad, me da igual. Yo tengo cosas más importantes en que pensar.-

-O en quien pensar…- rectificó Marselio, divertido.

Perístera le miró y le entró un poco de risa, pero se aguantó e hizo como que no había oído.

-¡Anda Marselio! ¡Deja a la muchacha en paz!- dijo el cura –Dime Tera, ¿entonces lo llevas bien? ¿No tienes dolores?-

-Pero mucho menos. Lo único que siento es que no voy a poder ir al río con Dora y con Tulia a bañarme.-

-¡Sí, es verdad! ¡Vaya! ¡Qué pena!- dijo Tulia.

-¡Pues no sé si podremos bajar tanto, porque yo ya empiezo a trabajar mañana!- dijo Heliodora.

-¡Es cierto!- exclamó Perístera -¿Se te acabaron las vacaciones?-

-¡Bueno, tampoco me puedo quejar! Sólo trabajo por las mañanas. Tengo las tardes libres.-

-Bueno jóvenes, yo me retiro. Os dejo que charléis de vuestras cosas.- declaró la abuela y se marchó.

-¿Y cómo lo llevas, Dora?- preguntó Marselio –Me refiero a lo de trabajar con mi hermano.-

-¡Ah! ¡Bueno, voy a intentar llevarme bien con él! ¡Ya hablamos y creo que quizás podamos trabajar sin problemas!-

-¿Y por qué ibas a tener problemas? ¡Tú eres una magnífica auxiliar!- dijo Perístera.

Heliodora se rió.

-¿Cómo lo sabes? ¡Si nunca me has visto trabajar!- dijo.

-Pero te conozco y estoy segura de que trabajas a conciencia.- respondió su amiga.

-¡Bueno, eso intento precisamente: trabajar con conciencia!- dijo Heliodora, mirando al padre.

Éste sonrió.

-No te preocupes, Marselio.- dijo el cura - Algo me dice que Heliodora, no sólo no va tener problemas con Servio, sino que todo irá muy bien.-

Heliodora sonrió.

-¡Eso espero!- dijo el joven, con cierto aire pensativo.

-¿Y tú Tulia?- preguntó Perístera -¿Cuándo se te terminan las vacaciones?-

-Dentro de dos semanas.- respondió ella.

Marselio y el cura la miraron.

-Tulia ¿a qué te dedicas?- preguntó el padre Andrés.

-Trabajo en una empresa de catering. Soy cocinera.-

-¡Ah!-

Marselio se quedó pensando y luego se aclaró la voz y le dijo:

-¿Sabes que mi padre necesita una cocinera para el restaurante del hotel?-

Ella lo miró sorprendida.

-¡No! ¡No lo sabía!-

Él volvió a aclararse la voz y le propuso:

-Si te interesa, puedo hablarle de ti.-

Ella, muy cortada le respondió:

-Bueno. Está bien, pero no sé si… no creo que quiera contratarme a mí.-

-¿Por qué no iba a querer?- preguntó él, extrañado.

-¡Eso digo yo!- exclamó Perístera -¿Por qué no iba a querer?-

La muchacha se quedó callada y miró a Heliodora.

-Bueno, - dijo, por fin – ya sabes lo que dijo tu hermano cuando nos vimos en Fuerte Real.-

El joven se quedó pensando.

-¿Qué dijo?- preguntó Perístera.

-¡No le hagas caso a Servio! – contestó Marselio, muy seguro de sí. -¡Eso lo hizo para meterse conmigo, pero él no tiene nada contra ti! ¡No puede tener nada contra ti!-

Tulia lo escuchó asombrada.

-Está bien. Si quieres hablarle a tu padre de mí, te lo agradezco. Mi familia se pondría muy contenta si me vengo aquí a vivir. Y yo también, claro. Te daré mi curriculum, para que se lo entregues… ¿cuándo quieres que te lo dé?-

-¡Ah! Pues… cuando quieras…-

-Si quieres, cuando regrese a mi casa… ¡Oh! ¡Lo malo es que no tengo ninguno aquí y tampoco tengo impresora!-

-¡No te preocupes! ¡No hace falta el curriculum!- dijo él.

-Mañana veré si lo puedo imprimir en la alcaldía.-

-¡Como quieras, pero no hace falta, de verdad!- insistió el joven.

-Prefiero que sea así.- dijo ella.

-Está bien. Como quieras.-

-¡Bueno, Marselio! ¡Yo ya tengo que irme!- dijo el sacerdote –Tengo algunas cosas que hacer.-

-¡Muchas gracias por venir, padre!- dijo Perístera.

-¡Ajá! ¡Así que tú también me llamas padre como casi todos!-

Perístera se rió.

-¡Es verdad! ¡Ya se me había olvidado! ¡Muchas gracias por venir, Andrés!-

Marselio y el sacerdote se rieron.

-¡Bueno, yo también me voy!- dijo Marselio. -¡Voy a ver si ha terminado de parir la vaca! ¡Píndaro lleva con ella desde el medio día! ¡Es que se ve que el ternero venía al revés y estaba siendo un parto difícil! ¡El pobre de Píndaro, no sale de una y se mete en otra!-

-¡Ah! ¿Era por eso?– exclamó Perístera -¿Por eso no ha venido?-

-¡Eh! ¡Lo echabas de menos!, ¿eh?- dijo Marselio riéndose.

Ella se rió también.

-Me extrañaba que no se hubiera llegado, aunque sólo fuese unos minutos.-

-Bueno, pues como ahora voy yo para allá, le diré que me has preguntado por él.-

-¡No! ¡No le digas nada! ¡Tampoco quiero que se sienta comprometido a venir!-

-¿Comprometido, eh?- repitió Marselio, riéndose -¡Eso es lo que él querría, estar comprometido contigo!-

La joven sonrió y miró a sus amigas.

-¡Anda, anda Marselio!- dijo el cura - ¡Que ahora estás hablando demasiado! ¡Vámonos, antes de que termines sacando a la luz los grandes misterios de tu vida!-

Las chicas se rieron.

El joven y el sacerdote se despidieron y se marcharon.

Poco después, Tulia y Heliodora también regresaron a sus casas.

-Tulia, ¡no me negarás que ha sido todo un detalle el que Marselio te haya propuesto hablar con su padre acerca de ese trabajo!- dijo Heliodora.

-Sí. La verdad es que ha sido muy amable.-

-¡Quizás no le seas tan indiferente como crees!-

-No sé. Él se ríe mucho contigo y con Tera. Normalmente habla con vosotras. Raramente me dirige la palabra a mí. Aunque tengo que reconocer que hoy me ha sorprendido que lo hiciera. Pero sólo ha sido amable, eso es todo.-

-¿Por qué te cierras tanto? ¿Por qué te desvalorizas tanto?-

-No es que me desvalorice. Es sólo que reconozco que no soy su tipo.- dijo Tulia riéndose.

Pero Heliodora comprendió que aquella risa era completamente forzada y que en los ojos de su amiga se vislumbraba su desilusión por no poder ser correspondida por el ser amado.

CAPÍTULO 14
EMPIEZA EL TRABAJO EN EL CONSULTORIO

El lunes llegó, y con él se acabaron las vacaciones de Heliodora. La joven se despertó temprano, hizo un rato de meditación y después se preparó para ir a trabajar.

La muchacha se fue con tiempo para poder encontrarse con Macrina, tal y como habían quedado días antes, para que ésta le entregase las llaves de todo, así como el uniforme, y también le diese unas últimas explicaciones y consejos para su trabajo.

Servio llegó poco después.

-Buenos días, Don Servio- dijo Heliodora.

Él la miró sorprendido. Se aclaró la voz y le contestó:

-Buenos días. Puedes llamarme doctor, si quieres.-

-Como prefiera, doctor.- dijo ella.

Él seguía sorprendido y no dejaba de mirarla, mientras ella le preparaba la mesa del consultorio.

Macrina sonrió:

-Como ve, Don Servio, ya he puesto al día a su ayudante.-

Él la miró y le respondió:

-Sí, ya veo. Ya veo que le ha enseñado sus buenas costumbres, Macrina.-

-Sí, para que no note usted ninguna variación. Así podrá trabajar como siempre.-

-Está bien, gracias.- contestó el médico.

-Bueno, y si ya no me necesitan, me voy. Pero si quieren algo, no tienen nada más que llamarme por teléfono.-

-Muy bien.- respondió Servio.

-No se preocupe, Macrina.- dijo Heliodora, sonriéndole – Creo que todo va a ir bien. Seguiré al pie de la letra lo que me ha enseñado.-

-Muy bien, hija.- respondió la mujer, muy contenta.

Y se marchó.

Heliodora miró a Servio y le preguntó:

-¿Necesita algo más o puedo abrir ya el consultorio?-

-No. No necesito nada más. Ábrelo ya.- dijo él, observándola muy serio.

Heliodora abrió y vio que estaban esperando Candelaria con Nectario y con Redento.

-¡Candelaria! ¿Qué haces aquí? ¿Qué ha pasado?- dijo Heliodora asustada.

-¡Ah Dora! ¡Pues nada! ¡Que esta noche se han puesto los dos malos! ¡Y aquí los traigo para que los vea Servio!-

-¡Ah! ¡Bueno, pues pasad!-

Candelaria entró con los dos niños.

-¡Buenos días, Servio!- saludó la mujer.

-Hola Candelaria.- respondió él, mirando a los chavales –A ver, ¿quién es el que está enfermo?-

-Pues los dos.- contestó Candelaria -Esta madrugada, empezaron a toser y cuando me levanté para ver qué pasaba me dijeron que les dolía todo el cuerpo. Les medí la temperatura y tenían décimas, pero estaban muy alicaídos y sin fuerzas. Y esta mañana no han tenido ganas de desayunar. Así que aquí los traigo, para que me tú me digas.-

-A ver, ven aquí- dijo Servio dirigiéndose a Nectario –Abre la boca.-

El médico lo examinó y le miró la fiebre.

-¿Te duele la cabeza?-

-Un poco.-

Servio le auscultó y le hizo toser y decir cuarenta y cuatro.

-Es sólo un catarro.- dijo. – Ahora tú, ven.- le dijo a Redento.

Y le hizo lo mismo que a su hermano.

-Es un catarro.- volvió a decir.

-¿Tienen que tomar antibióticos?- preguntó Candelaria.

-No. No hace falta. No les voy a mandar medicamentos, porque creo que no los van a necesitar. En todo caso, si tuvieran mucha fiebre puedes darles esto. – el médico apuntó en la receta – Pero el aire puro de la montaña los curará pronto. De todas maneras, durante unos días vamos a evitar la leche y el queso, y que beban bastante agua. Puedes hacerles infusión de orégano.-

-¡Ah! ¡La infusión de orégano ya me la había recomendado mi suegra, pero no sé si los niños se la van a querer tomar!-

-¿No? ¿No os la queréis tomar?- dijo Servio, mirando a los niños.

-Es que no nos gustan las infusiones.- dijo Nectario.

-No. No nos gustan.- repitió Redento.

Heliodora sonrió.

-Bueno, pues no hay problema, Candelaria.- contestó Servio –Si no les gustan las infusiones, que no se las tomen. Te mandaré unas inyecciones para que se las pongas todas las mañanas y todas las tardes, durante una semana.-

Y se puso a escribir una receta.

Los niños le miraron muy serios y Nectario dijo:

-Bueno, estoy pensando que sí me voy a tomar las infusiones.-

-Yo también estoy pensando que también me las voy a tomar.- dijo Redento.

Heliodora tuvo que reprimir la risa.

Servio miró a los chavales muy serio.

-¿Estáis seguros? ¡Mirad que las inyecciones se ponen enseguida y no saben a nada!-

-¡No, no! ¡Pero no hace falta!- respondió Nectario -¡Nos tomamos las infusiones! ¿A que sí, Redento?-

-¡Sí! ¡Sí!-

-Está bien. Como queráis.- contestó Servio –Bueno, pues entonces, eso es todo, Candelaria.-

La mujer sonreía ante la ingenuidad de sus hijos.

-Muy bien, doctor, muchas gracias.-

-Una cosa, Candelaria,- dijo Servio –He sabido lo del accidente de tu hija. ¿Cómo está?-

-Está bien, dentro de lo que cabe. Tiene que estar de reposo esta semana, y el lunes tendrán que ponerle la escayola. Lo que no sé, es si tendremos que ir a Fuerte Real o tú puedes ponérsela.-

-Se la puedo poner yo.- contestó Servio –Aquí disponemos de más material del que piensas. Casi nunca se utiliza, pero ahí está, por si acaso.-

-¡Ah, mejor! Bueno, niños, ¡vamos! No entretengamos más al doctor. –

Y se marcharon los tres. Heliodora los acompañó y vio que en la sala de espera estaba Tulia con su madre.

-¡Nadelina, Tulia! ¿Qué hacéis aquí? ¿Estás enferma, Nadelina?-

-¡Hola Dora!- dijo la mujer –Es Tulia la que no se encuentra bien.

-No sé qué tengo, pero me encuentro mal.- dijo Tulia en voz baja - Te confieso que me daba un poco de apuro venir, pero mi madre se ha empeñado, y me he dicho que si tú estabas aquí, no sería tan desagradable.-

-No entiendo porqué le pone tantos reparos a venir- dijo Nadelina -¡Ni que fuera una niña pequeña!-

Heliodora sonrió y cogió a su amiga por el brazo y le dijo:

-No te preocupes. Todo va a ir bien. Ven.-

Heliodora hizo entrar a Nadelina y a su amiga.

Servio miró a la mujer, después a Tulia y luego a Heliodora.

-Buenos días, doctor.- saludó Nadelina.

-Buenos días.- dijo también Tulia, muy cortada.

Servio se aclaró la voz y respondió:

-Hola. Bueno, decidme, ¿quién es la enferma?-

-Es Tulia.- contestó Nadelina.

-¿Tulia?- repitió él mirándola –Bueno, pues dime, ¿qué te pasa?-

-Pues casi no puedo hablar- dijo ella en voz baja – Pero tengo fiebre, un poco de tos y me duele la garganta.-

-Ya veo.- contestó él –Acércate.-

Tulia miró a Heliodora y obedeció.

Él le palpó la garganta y luego le dijo:

-Abre la boca.-

Ella obedeció y Servio la miró.

-A ver, voy a auscultarte. Ahora tose.-

La joven obedeció e hizo todo lo que él le decía.

-Es una laringitis.- declaró.

-¡Ah!- dijo Tulia.

-Vas a hacer gárgaras con agua salada. Y toma bastante zumo de limón con miel. Y procura no hablar. Incluso aunque sea en voz baja, pues las cuerdas vocales trabajan prácticamente lo mismo que si gritas. Por supuesto, no tomes bebidas frías, pero bebe bastante agua y también toma ensaladas y fruta.-

-Sí, eso sí. A Tulia le gustan mucho las ensaladas.- dijo Nadelina.

-Bien. Eso está muy bien.- dijo Servio.

-Pero doctor, ¿no le va a mandar medicamentos?-

-No es necesario.- respondió él – Creo que con lo que os he mandado y con reposo, será suficiente.-

-Está bien. Muchas gracias, doctor.- contestó Nadelina.

-Gracias.- dijo también Tulia.

Servio la miró y asintió con la cabeza.

Nadelina se dirigió hacia la puerta para salir y Heliodora fue a abrirle la puerta, pero la mujer se paró y se volvió hacia el médico.

-Por cierto, doctor.- dijo Nadelina –Ahora que me acuerdo. Tulia y yo pensábamos ir ahora a la alcaldía para imprimir su curriculum, para dárselo a Marselio.-

-¡Mamá!- exclamó Tulia, con mucho corte -¡No molestes a Servio con eso!-

-¿Curriculum? ¿A Marselio?- repitió él -¿Qué es eso de que le vas a dar a Marselio un curriculum? ¿Para qué?-

Tulia miró a su madre, y luego a Heliodora.

-Es que ayer quedé con él en que le entregaría mi curriculum para que se lo entregase a tu padre.-

-¿Y para qué puede querer mi padre tu curriculum?- preguntó Servio, intrigado.

-Para el puesto de cocinera en el restaurante del hotel.- respondió Nadelina.

El médico se quedó callado unos momentos, pensativo y luego preguntó a Tulia:

-¿Marselio te ha dicho que mi padre está buscando una cocinera para el hotel?-

-Sí.- contestó ella.

Servio la miró muy serio y siguió pensativo.

-¿Es que ya ha encontrado a alguien?- preguntó Tulia, con cara de desilusión.

-¿Eh? ¡No sé! En realidad, no estoy al tanto de eso. No sé nada de ese asunto. Mi padre lleva el hotel, y yo no me meto.-

-¡Ah!- exclamó Nadelina – Bueno, pues lo imprimiremos y se lo daremos a Marselio.-

Él asintió con la cabeza.

-¡Vamos Tulia!- dijo su madre.

-Sí. Adiós y gracias.- se despidió la joven.

Heliodora las acompañó, y como no había nadie regresó al consultorio, pero dejó la puerta abierta.

-Bueno, parece que no hay nadie más.- dijo

-Está bien. Esperaremos.- respondió Servio.

-¿Puedo preguntarle, algo, doctor?-

Él la miró y volvió a aclararse la voz.

-Sí.-

-¿Siempre trata así? Quiero decir, ¿siempre procura mandar a los pacientes cosas naturales?-

-Siempre que no haga falta medicación.-

-¡Ah, claro!- respondió ella, pensativa.

-¿Tienes alguna objeción?-

-¡No! ¡Claro que no! ¡Me parece estupendo!- contestó ella.

Él seguía observándola bastante serio.

-¿Dónde trabajabas antes?- le preguntó a la joven.

-En un hospital privado de la capital.-

-Entiendo. ¿Y en qué especialización?-

-En pediatría.-

-¿Y te gustaba trabajar allí?-

-Me gustaba ayudar a los niños. Me daba mucha pena verlos allí, por eso yo procuraba llevarles regalos y chucherías, a los que podían tomarlas, claro. Y también les leía cuentos y jugaba con ellos a las cartas.-

-¿Pero te dejaban hacer eso en horas de trabajo?-

-Es que solía hacerlo fuera de las horas de trabajo.-

-¡Ya!- respondió él, mientras seguía mirándola.

Ella le sonrió, un poco cohibida.

-¿Y por qué te has venido aquí? Aquí tendrás mucho menos trabajo y seguramente te sentirás menos… realizada.-

-No busco mi realización en el trabajo. Busco mi auto-realización en la vida. Mi trabajo, aunque me guste, es sólo mi trabajo. Pero la vida es mucho más que eso. ¿De qué me sirve ser la mejor auxiliar del mundo, si no sé vivir el resto de mi tiempo? Si ante cualquier situación, no reacciono adecuadamente, ¿entonces qué tipo de persona soy? Yo no he venido a este mundo para ser auxiliar. Yo he venido para aprender a vivir conscientemente.-

Servio la escuchó muy atento, casi fascinado.

-¡Eres una muchacha… extraña!- dijo.

Heliodora se rió.

-¡Eso sí que no me lo habían dicho nunca! ¡No sé si es un cumplido o todo lo contrario, pero me lo tomaré como un cumplido!-

Él sonrió.

-¡Toc, toc!, ¿Se puede?- dijo Marselio, que acababa de llegar y estaba en la puerta.

Servio y Heliodora lo miraron sorprendidos.

-¡Ah! ¡Eres tú!- exclamó el médico.

-¡Pues sí! ¡Soy yo!- respondió Marselio, entrando al consultorio.

Heliodora le sonrió y él a ella.

-Bueno, ¿y qué quieres?- le preguntó Servio.

-Pues nada, que tenía un pequeño dolorcillo y digo: "¡voy a ver qué me dice el médico!"-

-¡Ya, claro! ¿Y dónde te duele?-

-¿Qué?-

-¡Que dónde te duele, zopenco!-

-¡Eh! ¡Pero sin insultar!, ¿eh?-

Servio resopló.

Heliodora sonrió, divertida.

-¡Bueno!, ¿me vas a decir dónde te duele o qué?-

-Pues… la garganta. La garganta me duele muchísimo.-

-Muy bien, pues no te preocupes. ¡Yo te mando unas inyecciones y aquí mismo te las ponemos!- contestó Servio.

-¿Qué?- exclamó Marselio, asustado - ¡Bueno, bueno! ¡Tampoco me duele tanto!-

-¿En qué quedamos?-

Marselio miró a Heliodora, algo compungido y ésta reprimió la risa.

-¿Sabes una cosa? Que me parece que ya casi no me duele. ¡A ver!- el joven tosió un poco -¡No! ¡Ya parece que no me duele!-

Heliodora bajó la cabeza para ocultar sus ganas de reír.

-¡Bueno, Marselio, eso no importa!, ¡te las ponemos para prevenir que te duela otra vez! ¡Ya sabes lo que dicen: más vale prevenir que curar!- dijo Servio.

-¡No! ¡No! ¡De verdad! ¡Te lo agradezco! ¡Eres un verdadero hermano! ¡Pero me arriesgaré!-

-¡Bueno, como quieras!-

-¡Uf!- exclamó Marselio -¡Creo que será mejor que me vaya!-

-¡Espera un momento!- dijo Servio -¿Qué es eso de que papá está buscando una cocinera para el restaurante del hotel?-

Marselio se sorprendió.

-¿Eh?-

Luego miró a Heliodora.

-¡Ah! ¡Se lo has comentado tú, claro!-

-¡No! ¡No ha sido ella!- respondió Servio.

-¿No?- dijo extrañado -¿Entonces quién?-

-Ha sido tu… tu amiga Tulia-

-¿Tulia? ¡Qué raro! ¿Cuándo te lo ha dicho?-

-Hace unos minutos. Cuando ha estado aquí.-

-¿Aquí? ¿Y qué hacía aquí?-

-Eso es secreto profesional- respondió Servio.

Marselio lo miró muy serio, y luego miró a Heliodora.

-¿Tulia está enferma?-

-Normalmente la gente viene aquí por eso.- le dijo el médico.

Marselio empezó a ponerse inquieto.

-¿Qué le pasa?-

-Ya te he dicho que eso es secreto profesional.-

Marselio empezó a impacientarse y se dirigió a Heliodora.

-Dora, dímelo tú, ¿qué le pasa?-

-Ella también está bajo el secreto profesional.- se adelantó a decir, Servio.

-¡Conque secreto profesional!, ¿eh?- exclamó Marselio disgustado.-Está bien.-

Y se volvió para marcharse.

-¡Espera!- le dijo su hermano.

-¡Qué!- dijo Marselio.

-Explícame qué es eso de que papá está buscando una cocinera para el hotel.- respondió Servio.

Marselio miró a Heliodora y luego le contestó a su hermano mayor:

-¡Ahora no tengo tiempo! ¡Ya te lo explicaré después!-

Y se marchó, corriendo.

Heliodora se quedó pensativa. Le pareció que Marselio había estado un poco raro.

-¿Pasa algo? ¡Estás muy pensativa!- le dijo Servio.

-Me parece que has sido… ¡perdón!, que ha sido usted un poco… duro con Marselio.-

Él se quedó pensando.

-¿Lo dices por lo de las inyecciones?-

-No.- contestó ella, sonriendo –Quiero decir que no creo que pasara nada por decirle que Tulia sólo tenía una laringitis. Me ha parecido que se ha asustado un poco.-

-¡Ya veo! ¿Crees que a cualquiera que entre por aquí y me pregunte qué enfermedad tienen otros, es mi deber informarles?-

-No, deber no. Pero es que es una cosa que tampoco tiene importancia.-

-Pero ¿tú estás segura de que al enfermo no le importa que los demás conozcan su enfermedad?-

Heliodora reflexionó.

-Comprendo. Sí, tienes razón. En realidad, me refería a este caso, pero supongo que al menos de forma oficial, llevas razón. Lo que pasa es que como nosotros somos amigos, no se me ocurrió que también debíamos respetar eso.-

-Pues es mejor respetarlo siempre, porque nunca se sabe si nuestros amigos prefieren mantener ciertas cosas en privado.-

-Sí. Es verdad.-

-Oye, si quieres puedes dejar de llamarme de usted. Ya sé que Macrina te habrá aleccionado para que me trates así, pero, al fin y al cabo, ya nos hemos tuteado, así que puedes seguir haciéndolo.-

-Vale.- respondió ella sonriendo.

Él emitió una leve sonrisa también.

A lo largo del rato que estuvieron allí, recibieron a otros tres enfermos: uno con problemas de digestión, otro con tendinitis y el último con un eccema en la cara. Entre paciente y paciente, el médico y su auxiliar, estuvieron charlando de varios temas y así fueron deshaciendo completamente la barrera de hielo que había entre ellos en un principio.

Luego Servio se marchó y Heliodora se quedó recogiendo todo. Cuando salió del consultorio, se encontró al padre Andrés.

-¡Hola Heliodora!- le saludó.

-¡Hola, padre!- respondió ella, muy contenta.

-Te estaba esperando.- le dijo él, sonriendo.

-¿De verdad? ¿Y por qué?- preguntó ella.

-Quería saber si te había ido bien con Servio.-

-Sí, me ha ido muy bien.- contestó ella, riéndose – Hemos hablado bastante e incluso ya no hace falta que le llame Don Servio.-

Él se rió.

-Me alegro mucho. Intuía que te iba a ir bien, pero me alegra que me lo confirmes.-

-Gracias por preocuparte por mí. Pero no hacía falta.- dijo Heliodora. –Es extraño, pero lo he visto mucho más humano de lo que esperaba. Es como si no fuera el mismo de los otros días.-

-Sí, bueno, creo que eso te lo puedo explicar.- dijo el sacerdote – El sábado tuve una conversación con él y la verdad es que creo que la primera vez que te vio hubo un malentendido y a partir de eso, todo se fue desenvolviendo de mal en peor. Pero después de que tú le hablaste de aquella manera y luego Don Ramiro y Macrina también te apoyaron, él empezó a plantearse las cosas.

-¿Un malentendido?-

-Sí, bueno, te explico eso, porque pienso que tienes derecho a saberlo, pero no quiero hablar más, porque fue una conversación privada. Yo sólo te he dicho mis conclusiones, no lo que él me dijo.-

-¡Comprendo!- exclamó Heliodora, entre intrigada y sorprendida.

-Pero bueno, ya veo que no tengo que preocuparme.- dijo el cura - Una vez más, ¡la bella pudo más que la bestia!-

Heliodora se rió y él también.

-¡Qué exagerado! ¡Ni yo soy tan bella, ni él tan bestia!- dijo.

-¡Hombre, en su caso lo digo en sentido figurado!- contestó el cura - ¡Pero por supuesto que en el tuyo es literal! Y me atrevería a decir que como en el cuento, él terminará cayendo rendido a tus pies.-

-¡Sí, ya! ¿Pero antes o después de que se me caiga el zapatito de cristal?- bromeó ella, para seguirle el juego.

-¡Heliodora! ¡Que te has confundido de cuento!- exclamó el padre Andrés, riéndose.

La joven se sentía realmente feliz de verlo y hablar con él.

-Bueno, ya hablando en serio.- dijo el cura -¿Sigue en pié lo de vernos esta tarde en la ermita?-

-¡Claro que sí! ¡No se me había olvidado!-

El sacerdote sonrió.

-Iré un rato a ver a Tera y luego subiré para allá.- explicó Heliodora.

-Está bien. Entonces, ¡nos vemos luego!- dijo él.

-Sí, ¡hasta luego!-

CAPÍTULO 15
ENERGÍAS Y ESPIRITUALIDAD

Por la tarde, tal y como tenía planeado, Heliodora fue a visitar a su amiga. Tulia acababa de llegar.

-¡Hola, chicas!- saludó Heliodora.

Tulia hizo un gesto con la mano y sonrió.

-¡Hola Dora!- dijo Perístera -¿Has visto cómo tiene Tulia la voz?-

-Sí, y ya veo que es muy obediente al médico.- contestó Heliodora, sonriendo – Bueno, ¿y tú qué tal te encuentras, Tera?-

-Pues un poco aburrida de estar todo el día aquí, pero tengo algo emocionante que contaros.-

-¿Ah, sí? ¡A ver, cuéntanos!- dijo Heliodora.

-¡Anoche, sobre las diez, vino Píndaro a verme!-

Heliodora y Tulia sonrieron.

-¿Y qué pasó?- preguntó Tulia.

-Me estuvo contando que había estado ayudando a nacer al ternero y que estuvo todo el día liado con eso. Pero, ¿sabéis lo que me dijo?- exclamó Perístera, muy contenta.

-¡El qué!- dijo Tulia.

-¡Me dijo que no dejó de pensar en mí en todo el día! ¡Ay madre mía! ¡Me quiere!- exclamó Perístera, emocionada.

Las chicas se rieron.

-¿Pero te dijo que te quería?- le preguntó Tulia.

-¡Bueno con esas palabras, no! Pero me dijo que estuvo todo el día acordándose del accidente y preguntándose cómo me encontraría yo. ¡Además no dejaba de mirarme todo el tiempo!-

Las muchachas seguían riéndose.

-¡Pero Tera!- dijo Tulia en voz baja - ¿Había alguien más con vosotros?-

-No. Solos él y yo.-

-¿Entonces a quién más podía mirar?- dijo Tulia, riéndose.

-¿Qué? ¡Ya sé por donde vas! Estás insinuando que sólo me miraba a mí porque no tenía a nadie más a quien mirar. Pero estás equivocada, porque su mirada no era la de siempre. Además me hablaba con mucha ternura y nosotros jamás hemos hablado así antes, ¿me oyes?-

-Está bien, perdona. Sólo era una broma- se disculpó Tulia, en voz baja.

-Bueno, estás perdonada. Soy tan feliz, que no me afectan esas nimiedades.-

Heliodora sonreía y pensaba: "¿Será verdad que Píndaro se ha enamorado de ella? ¡La verdad es que sería estupendo que por fin hubiese encontrado su felicidad! ¡Y Tera también, claro!"

Las muchachas estuvieron charlando y jugando a las cartas, para pasar la tarde con Perístera. Y sobre las siete ya decidieron irse.

Una vez en la calle, Heliodora se acordó y le preguntó a Tulia si le había dado el curriculum a Marselio.

-Sí. No tuve que ir a su casa, porque me lo encontré en la calle. Lo noté un poco raro. Como preocupado por algo. No sé, a lo mejor le había pasado algo. Me preguntó si estaba bien y mi madre le dijo que tenía laringitis y que no podía hablar. Le di el curriculum y por lo menos pude darle las gracias, pero mi madre, me regaño delante de él para que no hablase. Te confieso que me sentí un poco avergonzada y frustrada, pero ¡en fin!, ya prácticamente estoy acostumbrada. –

-¡Vaya! ¡Lo siento, Tulia! Pero, no pierdas la esperanza, quizás consigas ese puesto y al menos podrás quedarte aquí. Eso sería estupendo, amiga.-

-¡Sí! ¡Ojalá!-

-Bueno, no te quiero hacer forzar más la voz. ¡Descansa y hasta mañana!-

Tulia asintió, sonriendo y se marchó.

Heliodora se fue a la ermita.

Cuando llegó, no vio a nadie, así que se sentó bajo el árbol, se descalzó y se puso a hacer la transmutación de fuerzas cósmicas. Al cabo de un rato, terminó y se calzó. Entonces escuchó decir:

-¿Ya has terminado?-

Ella pegó un respingo, pues no se lo esperaba y miró hacia el camino y no vio a nadie.

-Estoy aquí.-

Entonces Heliodora se volvió para atrás y vio al padre Andrés sonriéndole sentado en un escalón de la ermita.

-¿Te he asustado?-

Ella se levantó, muy contenta.

-Es que no te oí llegar.-

-Es que no he llegado.- contestó él, alegremente.

-¿Qué?- dijo sorprendida.

-Quiero decir que no he llegado cuando estabas ahí. Tú has llegado cuando yo estaba aquí. -

-¡Pero qué lío me estás haciendo!- dijo ella, riéndose.

-Pues está muy claro.- respondió el cura, riéndose también - Yo he llegado antes que tú. Estaba dentro, pero seguramente no te has dado cuenta. Como escuché ruido, salí, y entonces te vi bajo el árbol.-

-¡Ah! ¡Claro! ¡No se me ocurrió mirar en la ermita y pensé que no estabas!-

Él se levantó y se acercó hasta ella.

-¿Es eso lo que haces cuando subes aquí?- preguntó el sacerdote.

Heliodora asintió.

-Sí. Es un ejercicio de transmutación de las fuerzas cósmicas.-

-¡Vaya nombrecito!- exclamó él -¿Un ejercicio de qué?-

Ella se rió.

-Transmutación o transformación de las energías cósmicas, es decir, del cosmos.-

-¡Oh! ¿Y en qué consiste?-

Entonces la joven le explicó para qué era y cómo se realizaba.

-¡Es interesante!- dijo él –Pero háblame más del conocimiento de uno mismo.-

-Vale. Déjame pensar… sí, te voy a hablar un poco de las distintas energías del ser humano.-

-¡Estupendo!-

-Primeramente, debes saber que el cuerpo es como una máquina. El alma, la conciencia, se expresa a través de la máquina humana. Pero también el ego: los defectos psicológicos se manifiestan a través de la máquina humana. Entonces, en la máquina humana existen varios centros. Uno es el centro intelectual, que nos sirve para estudiar, para elaborar conceptos, etc., en definitiva, está ligado con lo que son los pensamientos. Luego tenemos el centro emocional, que lógicamente es el de las emociones, el de los sentimientos. Tenemos el centro motor, que coordina todos nuestros movimientos. El centro instintivo, que está relacionado con todos nuestros instintos y además dirige todos los procesos metabólicos de nuestro cuerpo. Y el centro sexual, que está relacionado con las funciones sexuales. Estos cinco centros están desarrollados en todas las personas. Sin embargo, hay otros dos centros de tipo superior, que se desarrollan sólo en las personas que han hecho un trabajo de tipo superior. De esos dos centros te hablaré otro día. ¿Has comprendido hasta ahora?-

-Sí. Creo que sí. A ver, son el centro intelectual, el centro emocional, el centro... del movimiento.-

-Sí, centro motor.-

-Eso, centro motor…, centro instintivo y centro sexual, ¿no?-

-Eso es. Bien, pues cada centro tiene que disponer de energía para poder funcionar. Si por ejemplo se abusa de un centro utilizándolo demasiado, esa energía puede agotarse y el centro terminaría por no funcionar. Por ejemplo, si uno se dedica a estudiar horas y horas, llega un momento en que ya no se entera de nada. ¿Por qué? Porque ha gastado demasiadas energías intelectuales. Si una persona hace demasiado ejercicio, termina agotado, porque ha gastado demasiada energía motora. Y así con todos los centros. Lo mejor es tener un equilibrio y cuando se

usa un centro no llegar al abuso, y para equilibrar se puede utilizar otro centro. Por ejemplo, yo tengo un examen y tengo que estudiar. No sirve de nada que me tire cinco o seis horas estudiando porque después de dos horas, ya prácticamente no me entra nada. Entonces puedo coger y después de esas dos horas, realizo otra actividad, por ejemplo motora y me voy a darme un pequeño paseo y luego puedo volver a ponerme con los libros. Y así, con cada centro, ¿entiendes?-

-Sí.-

-Vale. Lo que pasa es que aparte de esas actividades que podrían ser normales o rutinarias en nuestra vida, el problema es que el Ego, ya sabes: nuestros defectos psicológicos, cada vez que se manifiestan, es decir casi constantemente, utilizan las energías de esos centros. A veces sólo usan un poco de esa energía, con esas actividades rutinarias, pero cuando se manifiestan en plena potencia, ahí sí están haciéndonos gastar energías inútilmente. Por ejemplo: cuando uno tiene un ataque de ira, gasta muchísima energía emocional. De hecho luego se siente uno más cansado. Cuando se deja uno llevar por pensamientos negativos que pueden ser de muy diferentes tipos como por ejemplo de miedo, de celos, de ira, de soberbia, de venganza, de lujuria, de envidia, etc., también ahí tiene una descarga de energía intelectual muy fuerte. Cuando nos dejamos llevar por sentimientos negativos, que en realidad son sentimientos del ego, y por tanto, no son sentimientos de la conciencia, también perdemos mucha energía. Cualquier hábito llevado al extremo, dirigido por cualquier defecto, también nos hace perder mucha energía, ¿comprendes?-

-Sí. Lo entiendo.-

-Y luego, cuando faltan energías de un centro, o bien se roban unos a otros, o bien ese centro puede gastarse. -

-Ya veo.-

-Por lo general, cuando las energías de un centro se agotan, casi siempre éste tira de las energías del centro sexual, que son las más finas y sutiles. También, hay que tener en cuenta que cada centro tiene unas energías diferentes, puesto que sus funciones son diferentes. Y…-

Ella se quedó pensando: "¡Uf! ¡A ver ahora cómo le explico yo esto!"

-¿Y?- dijo él, esperando que continuara.

-Y otra cosa importante es que tan perjudicial puede ser el abusar de un centro, como el no utilizarlo… Centro que no se utiliza…, centro que se atrofia… Es igual que si tú nunca utilizas una mano, ésta termina atrofiándose. ¿Entiendes?-

Él se quedó pensativo.

-Creo que sí. Creo que entiendo lo que me quieres decir.-

Ella no se atrevió a seguir mirándole y le dijo:

-En fin, si te parece podemos dejarlo por hoy, ¿no?-

El cura se quedó pensativo.

-¿He entendido bien si interpreto que si una persona no utiliza… digamos… el centro motor, éste se atrofia?- preguntó él.

-Sí, eso es.-

-Ya. Entonces si alguien no utiliza el centro sexual, lógicamente éste también se atrofia.-

-Sí.- contestó ella, algo cohibida.

-¿Y qué me dices de la persona que por voluntad propia ha decidido no utilizar ese centro? Al fin y al cabo, quizás el que se atrofie, no sea tan grave.-

Heliodora lo miró y le respondió:

-Depende de si la persona busca el verdadero Despertar de su conciencia, y la unión mística con su Real Ser, con su Dios Interno.-

El sacerdote la miró muy serio.

-¿Lo que quieres decir es que si la persona busca todo eso, no necesita utilizar el centro sexual?-

La muchacha negó con la cabeza.

-Lo que quiero decir es todo lo contrario. Que necesita esa energía y ese centro.-

-¿Me estás diciendo que el celibato impide ese camino espiritual?-

Heliodora se puso un poco nerviosa.

-Escucha, ¿quieres que sigamos otro día?-

-No, prefiero que me lo digas ya.-

La muchacha se sentía cada vez más incómoda y se dijo: "¿Por qué he tenido que hablarle de eso tan pronto? ¡Tenía que haber esperado un poco más!"

-Heliodora, no te sientas cohibida porque soy sacerdote. Tú dime lo que sabes y yo ya veré. Ya te dije el otro día que hace tiempo que no tengo claro si este camino que he escogido es el correcto, si es mi camino. Si tú puedes darme una pista, aunque te parezca que me puede hacer daño de primeras, por favor, dámela. Necesito saber más.-

La joven, sintiéndose obligada moralmente por lo que él le pedía, le contestó:

-Una persona puede trabajar sobre sí misma con la eliminación de los defectos hasta cierto punto, sin necesidad de utilizar el sexo. Pero sólo llega hasta un nivel. Sin embargo, para el despertar total, necesita de otro trabajo de otra naturaleza. Se trata de la alquimia. Y para ello, sí se necesita utilizar ese centro de una forma adecuada… Y ahora, si no te importa, creo que es mejor que lo dejemos aquí. Si quieres, puedes llegarte a mi casa y te dejaré otro libro que habla de este segundo trabajo.-

-Está bien. Pero no te enfades.-

Heliodora sonrió y le contestó:

-No estoy enfadada. Pero confieso que me siento un poco incómoda explicándote a ti esto.-

-Es porque soy cura, ¿verdad?-

-Sí. Es por eso. Y como tú dices, por un lado siento que no quiero herirte, pero por otro lado, si quieres la verdad de lo que yo he aprendido, no me queda más remedio que hablarte claramente.-

-Bueno, no te preocupes. No me haces daño. Al contrario, me estás abriendo puertas. Pero no quiero que te sientas incómoda. Vamos a dejarlo, aunque te voy a coger la palabra y te acompañaré a tu casa para que me prestes ese libro. El otro ya lo he terminado. Lo tengo ahí, ahora te lo devuelvo.-

-Vale. Pero no había prisa.-

El sacerdote sonrió y dijo, mientras la miraba con aire pensativo:

-¡Heliodora, don del sol!-

Ella sonrió.

-¡Sí!- exclamó él -¡Definitivamente creo que el haberte encontrado no ha sido por casualidad!-

La joven sintió que el padre Andrés la miraba a los ojos de una forma diferente. Entonces sintió que su corazón empezó a acelerarse y no pudiendo sostener su mirada hacia él, giró la cabeza, como si quisiera mirar el horizonte y se puso en estado de alerta interior.

-Creo que el sol no va a tardar en ponerse.- dijo –Tal vez deberíamos bajar ya, ¿no crees?-

Y volvió a mirar al cura. Éste, que parecía seguir ensimismado mirándola, reaccionó y contestó:

-¿Qué?-

Y miró hacia el sol.

-Sí. Es verdad.- dijo.

Y levantándose continuó –Voy a cerrar la trampilla del sótano y nos vamos. Tardo un minuto.-

-Vale.- contestó ella.

El sacerdote entró en la capilla y Heliodora se quedó afuera paseando de un lado a otro, mientras pensaba: "¡Uf! ¡No sé cómo me las he arreglado para meterme en camisa de once varas!… Pero quizás sea mejor. Él tiene derecho a saber que el camino que ha escogido es muy limitado y que hay mucho más… Y por otro lado… tengo que reconocer que si él dejase de ser… quizás él… y yo… nosotros… podríamos… querernos sin ningún obstáculo… ¡Sería tan maravilloso!..."

Al pensar en esa posibilidad, empezó a sonreír.

-¿Qué estará tramando la bella Heliodora en silencio?- dijo el sacerdote, sonriendo, mientras cerraba la puerta de la ermita.

Ella le miró, sorprendida.

-¡Ah! ¡No me había dado cuenta de que ya habías salido!-

-Sí.- respondió él. - Bueno, aquí tienes tu libro. ¿Has terminado tú el que te llevaste?-

-No. Es que es bastante denso.-

-Sí, eso me pareció a mí cuando me llevé el otro. Por cierto que aún no le he podido echar un vistazo al diario. ¿Vamos?-

-Sí.-

Comenzaron a hacer el camino de regreso.

-Ya sé que prefieres que sigamos otro día con este tema,- dijo el cura - pero estoy empezando a pensar que el hecho de que el ermitaño viviera con su esposa, puede tener algo que ver con lo que hemos estado hablando. Cuando empecé a leer que no vivía solo, me quedé bastante sorprendido, porque lo normal es que un ermitaño esté sólo y guarde la castidad absoluta.-

-El próximo día te explicaré la diferencia entre la castidad absoluta y la castidad científica. Pero para ello, tengo que hablarte de otras cosas antes.- replicó Heliodora.

-¡Oye, siempre haces eso! ¡Me dejas con la intriga!- protestó él, sonriendo.

Ella se rió.

-¡Ya sabes cuál es tu primera prueba!, ¿no?- dijo.

-¡Ya, ya!- contestó el sacerdote riéndose.

-¿Entonces has vuelto a bajar al sótano?-

-Sí, bueno, quería ver si encontraba algo más. Pero en realidad he subido antes porque quería echar un vistazo a la capilla. Estoy pensando que quizás sería suficiente con un pequeño arreglo y se podría volver a abrir para las fiestas. Es una ermita muy bonita, y seguro que a la gente del pueblo le gusta subir a verla. No sólo por rezar, sino para verla como obra de arte, pues es muy antigua.-

-Sí. Eso es verdad. El cuadro de Adán y Eva, también se ve bastante antiguo y a mí me parece muy bonito.-

-Sí, yo también me he fijado…-

-Otro día hablaremos del simbolismo de Adán y de Eva.-

-¿Simbolismo?-

-Sí. Bueno, casi todo lo que está escrito en la Biblia es simbólico, no se lo puede uno tomar al pie de la letra. Adán y Eva, el diluvio universal y el arca de Noé, los sueños de Daniel el profeta, el mismo nacimiento, la pasión, la muerte y la resurrección de Cristo y hasta el Apocalipsis… Es como las parábolas, no se las puede tomar al pie de la letra, pues están dando una enseñanza. También la mitología de otras culturas, por ejemplo la mitología griega, la hindú, la romana, la egipcia, la mitología azteca… todas esas historias también son simbólicas. Todas ellas tienen una parte pública o exotérica, escrita con "equis", que es la que llega a la gente normalmente. Pero luego también tienen una parte oculta o interna o también llamada esotérica, escrita con "ese", que es la que llega sólo a las personas debidamente preparadas, a los iniciados, a las personas que han trabajado sobre sí mismas y han despertado conciencia. Pero estamos hablando del verdadero despertar. Hoy día está muy en boga la palabra despertar. El despertar del que habla la mayoría de la gente es un despertar exotérico, con "equis", es decir un despertar en la sociedad, dándose cuenta de cómo está la sociedad, cómo está el mundo. Pero existe el despertar de la conciencia, que ése sí es un despertar esotérico, con "ese", porque ese despertar es interior y ése sólo viene a base de trabajos conscientes sobre sí mismo. A base de súper-esfuerzos, porque tiene uno que revolucionarse contra uno mismo, que es lo más difícil. Cuando Jesucristo decía: "Niégate a ti mismo", lo estaba diciendo bastante claro. El trabajo de disolución del ego es la verdadera negación de uno mismo.-

El sacerdote suspiró.

-Sí. Encuentro que hay cosas que empiezan a cobrar sentido. Tengo que estudiar todo esto muy despacito y reflexionar… Comprendo que quieras dármelo poco a poco. Mi impaciencia… o quizás mejor debería decir, un defecto de impaciencia, quiere recibir todo ya. Pero es cierto que necesito ir asimilando todo esto que me explicas.-

Heliodora sonrió, contenta.

-Bueno, si quieres vamos a cambiar un poco de tema para no cansarte.- dijo Heliodora –Entonces, ¿crees que la ermita pueda repararse?-

-Voy a proponérselo a Lelio a ver qué me dice.-

-Pero, ¿y qué va a pasar con la vivienda del ermitaño del sótano?-

-¡Ah, no! ¡De eso no voy a hablarle todavía! Quizás no esté siendo muy… honesto, pero al fin y al cabo, si yo no lo hubiera encontrado, no sé si ellos lo habrían hecho. Yo voy a dejarlo como estaba y si ellos lo descubren, ¡ya no tengo nada que decir!-

Heliodora sonrió.

-Sí. Supongo que tienes derecho a callarte tu descubrimiento. Sin embargo… no te va a resultar tan fácil como crees. ¡Tendrás que darme algo a mí si no quieres que suelte la lengua!-

-¡Chantaje, ¿eh?!- respondió él, mirándola de soslayo -¡A ver!, ¿qué es lo que pides?-

-¡Umm! ¡No sé! ¡Tendré que pensarlo!-

-¡Está bien! ¡Lo que sea, ya está concedido! ¡Con tal de que mantengas la boca cerrada!-

Los dos se rieron. Y así, charlando y bromeando, enseguida llegaron al pueblo.

CAPÍTULO 16
ALGUIEN MÁS REGRESA

Al día siguiente, Heliodora se fue al consultorio, muy animada. Servio llegó poco después que ella, y parecía también muy contento. Tuvieron pocos pacientes, y de poca gravedad, así que pasaron bastante tiempo hablando de unas cosas y otras.

De regreso a su casa vio de lejos al cura hablando con sus sobrinos. Heliodora se acercó hasta ellos.

-¡Hola tiíta!- le dijeron los dos niños.

-¡Hola niños! ¡Hola padre!- saludó ella.

-¡Hola Heliodora!- respondió el sacerdote.

-¿Qué hacéis?- preguntó la joven a los chavales.

-Venimos de ver a la abuela.- explicó el mayor, refiriéndose a la madre de Heliodora. -¿Sabes que va a venir la tía abuela Flaminia?-

Heliodora se sorprendió. Flaminia era su tía con la que había estado viviendo en la capital. La joven se tiró del dedo.

-¡No! ¡No lo sabía!- contestó.

-Es que estábamos con la abuela,- dijo el pequeño - y entonces llegó la tía abuela Filomena y le ha dicho a la abuela que la inútil y consentida de su hermana pequeña, había dejado el trabajo y que se venía a vivir con ella. Y también ha dicho, que ¡lo que le faltaba!, que ahora iba a tener que soportar otra vez sus caprichos. –

Heliodora miró al cura y los dos tuvieron que aguantarse la risa.

-Bueno, Macedonio, pero no está bien que digas eso de la tía Flaminia- intentó corregir Heliodora al pequeño.

-¡Pero si no soy yo quien lo ha dicho, ha sido la tía Filomena!- se defendió el niño.

Heliodora tuvo que hacer un esfuerzo para mantenerse medio seria.

-Lo que quiero decir es que no tienes que repetir exactamente lo que ha dicho la tía Filomena.-

-¿Entonces cómo te lo cuento?- rebatió el chaval.

-Bueno, vamos a dejarlo así. Cuando llegue a casa me enteraré mejor.-

-¡Vale! ¡Nosotros vamos corriendo a contárselo a mi madre! ¡Adiós tiíta!-

Y los chicos salieron corriendo.

Heliodora y el sacerdote se rieron.

-¡Así que vamos a tener a otro miembro de la familia en Villalta!- dijo él.

-¡Pues se ve que sí! No sé qué habrá pasado para que se venga.-

-¿Es la hermana pequeña de tu madre?-

-Sí. Yo he estado viviendo con ella durante estos últimos años.-

-¡Ah! ¡Entonces tiene que haber mucha unión entre vosotras!, ¿no?-

-Pues…- la joven se quedó un poco parada, sin saber qué contestar.

Entonces él la miró con los ojos algo guiñados, como si estuviera leyendo su mente.

-¡Ya veo! ¡Vivías con ella porque era tu tía, pero realmente no llegasteis a congeniar!-

Heliodora se quedó sorprendida.

-Bueno, la verdad, es que… es mi tía, la quiero, pero… no tenemos ni objetivos, ni ideas, ni formas de ver la vida, para nada parecidos. Nos hemos hecho compañía mutuamente y nos hemos ayudado, pero sus prioridades y sus valores, son diferentes de los míos. No digo que los míos sean mejores que los suyos, ni tampoco al contrario. Simplemente, ella tiene su mundo, y yo el mío. Aunque ya te digo que nos llevamos bien, nunca hemos discutido, y nos queremos la una a la otra.-

El padre Andrés la miró sonriendo, y ella también le sonrió.

-Hablando de otra cosa.- dijo el sacerdote –He empezado el libro.-

-¡Ah!- exclamó la joven, algo cohibida.

-Creo que he empezado a comprender por dónde ibas ayer.-

Ella sonrió, aún con cortedad, pero no dijo nada.

-Estoy empezando a darme cuenta del valor de las energías de las que me hablaste ayer y sobre todo, de la energía sexual.-

La muchacha asintió con la cabeza.

-Heliodora, no tengas miedo en hablarme claramente. Estoy abierto a recibir esa enseñanza. Lo poco que he podido comprobar por mí mismo, me induce a querer ahondar más. No temas mi posición actual. Quizás sólo sea temporal, quizás no. Tendré que verlo y valorar, cuando tenga más información. No voy a dar un paso, sin estar seguro por mí mismo, así que no te preocupes, ni te sientas mal. Quiero saber, y si tú estás dispuesta a enseñarme, yo estoy dispuesto a escucharte.-

La joven sonrió.

-Está bien. Pero lo que yo puedo explicarte es bien poco, porque yo sólo estoy empezando. Los libros que te he pasado, esos sí: ésos están escritos por alguien que tiene experiencia y sabe. Yo sólo puedo explicarte poco más, pero esos libros te enseñarán mucho.-

-Comprendo lo que me dices. Pero tus explicaciones también me ayudan más de lo que tú crees.-

-Bueno, entonces seguiremos.- contestó ella, muy contenta.

El cura se quedó mirándola, también muy complacido.

Heliodora se habría quedado allí con él todo el tiempo del mundo, pero sabía que la estaban esperando en casa.

-Tengo que irme. Seguro que mi madre me espera para terminar de hacer la comida. ¡Con la tía Filomena, seguro que casi no habrá podido hacer nada!-

El cura se rió.

-¡Claro!- respondió - Nos vemos mañana, ¡no te olvides!-

-No. No se me olvida.- contestó ella sonriéndole y echando a andar - ¡hasta luego!-

-¡Hasta luego!-

Cuando llegó a su casa, se encontró a la tía Filomena hablando todavía con su madre.

-¡Ah, Dora, hija! ¡Aquí estás!- exclamó la tía.

-¡Hola tía!- dijo ella.

-¡Heliodora, anda báteme un huevo!- le dijo su madre, algo nerviosa -¡Tu padre va a venir, y me va a pillar con la comida sin hacer!-

La joven se fue al fregadero a lavarse las manos.

-¡Dora, tu madre y yo estamos hablando de tu tía Flaminia!- le dijo la tía Filomena, con cierta irritación. -¡Esa cabeza loca, ha dejado su trabajo y se viene a vivir al pueblo! ¿Qué te parece? ¿Está loca o no está loca mi hermana?-

Heliodora bajó la cabeza y se mordió los labios para retener la risa, mientras se secaba las manos.

-¡Yo digo que está para que la encierren!- exclamó la tía Filomena.

La joven miró de reojo a su madre y ésta la miró a ella, resoplando.

-¡Ahora, que ya se lo he dicho a tu madre! ¡Si Flaminia se viene a vivir conmigo, va a tener que saber que las normas las pongo yo! ¡Hombre! ¡Estaría bueno!-

Heliodora abrió el frigorífico y cogió el cartón de huevos.

-¡La voy a poner más derecha que una vela!- continuó Filomena.

-Pero tía, - intervino la joven, mientras cascaba el huevo en el plato -¿Te ha dicho por qué dejaba el trabajo?-

-Pues… ¡tonterías!… ¡ya ves!... que si como seguía viendo a su ex-marido, y resulta que éste ahora estaba con otra empleada, pues que ella ya no quería seguir trabajando en la empresa de él. ¿Tú te crees que ése es motivo? ¡Pero si ya no están casados! ¡Qué más le da!-

-¡Bueno tampoco es tan raro! ¡Al fin y al cabo estuvieron casados y es comprensible que ya que se han separado, prefiera no verlo! –dijo la madre de Heliodora.

-¡Nada, nada!– respondió la tía Filomena, mirando a Heliodora batiendo el huevo - ¡No hija! ¡Tienes que batirlo con más fuerza, para que suba más la espuma! ¡Déjame a mí y verás!-

La joven le pasó el plato y el tenedor a su tía.

-¿Ves? ¡Así!– dijo la tía Filomena, batiendo fuertemente el huevo - ¡Con bríos!-

Heliodora miró a su madre que suspiró y elevó los ojos al cielo, como gesto de paciencia, y la joven tuvo que volver a aguantarse la risa.

Entonces llegó su padre.

-¿Eh? ¡Ah Filomena! ¿Tú, por aquí? ¿Un día de diario? ¿Qué ha pasado?-

La tía Filomena dejó el plato en la mesa y contestó, algo picada:

-¡Bueno! ¡Si vamos a estar con indirectas, mejor me voy!-

-¡Eh, eh!- dijo Vinicio - ¡No he dicho ninguna indirecta! ¡Sólo que como siempre vienes los domingos, me ha extrañado verte hoy! ¡Pero si no ha pasado nada y has venido por gusto, eres bienvenida!-

La tía Filomena se puso derecha y le miró por encima.

-¡Pues sí ha pasado! ¡O mejor dicho, sí va a pasar!-

-¡Vaya! ¿Y qué ha sido?-

-Flaminia se viene a vivir al pueblo- contestó su mujer.

-¡Ah!– exclamó el padre de Heliodora -¿Y cómo es eso?-

-Pues se ve que ha dejado el trabajo y se viene aquí.-

Vinicio se quedó pensativo.

-¡Bueno, Filomena! ¡Estarás contenta!, ¿no?- dijo - ¡Ahora vas a tener compañía! ¡Ya no vas a estar sola!-

La mujer se quedó sorprendida y luego gruñó un poco.

-¡Que yo sepa, nunca me he quejado de estar sola!-

-¡Efectivamente! ¡Pero no me digas que no te da gusto volver a cuidar de tu hermana pequeña!-

-¡Como si fuera una niña!- protesto la tía.

-¡Pues sí!- respondió Vinicio. Y acercándose a la tía, le dijo, como si fuera confidentemente- ¡Tú y yo sabemos que es como una niña! ¡Ahora te va a tocar enderezarla un poco, porque… es una niña demasiado consentida! ¡Menos mal que tú tienes carácter y no te dejas amedrentar por nada! ¡Apuesto a que la vas a poner más derecha que una vela!-

Heliodora se tuvo que aguantar una vez más para no reírse. En realidad su padre sólo repitió algo que su tía había dicho miles de veces, pero habló de forma que parecía que él lo había pensado por sí mismo.

Filomena miró a su cuñado y asintió.

-Bueno, por una vez tengo que decir que estoy de acuerdo contigo.- respondió la tía –Parece que tú también has sido capaz de darte cuenta de las cosas. ¿Lo ves, Radegunda? ¡Hasta tu marido se ha dado cuenta de cómo es nuestra hermana pequeña!-

-¡Sí!, ¡ya veo que se ha dado cuenta!- contestó la madre de Heliodora, mirando a su marido, y regañándole con los ojos.

Éste sonrió divertido, y miró a su hija, que también le sonrió.

-Bueno, yo tengo que marcharme que ya he perdido mucho tiempo aquí.- dijo Filomena –En fin, ya hablaremos…-

-Vale. Adiós, Filomena- dijo la madre de Heliodora

-Adiós.- dijeron el padre y la hija.

Y la mujer se marchó, dejando a todos riéndose.

CAPÍTULO 17
DESENGAÑOS E ILUSIONES

Por la tarde, Heliodora se reunió de nuevo con sus amigas, en casa de Perístera. Ésta parecía un poco alicaída.

-¿Vino ayer Píndaro a verte?- preguntó Heliodora.

-Sí.- respondió Perístera - Vino un poco después de que vosotras os fuisteis.-

-¿Y qué? ¿Se te ha declarado ya?- inquirió Tulia.

-No.-

Las muchachas se quedaron calladas.

-¡Bueno! ¡Es que es un poco prematuro!, ¿no?- opinó Tulia.

-Sí. Quizás sea eso.- respondió Perístera.

-Pareces algo desanimada, ¿no?- dijo Heliodora.

Perístera suspiró.

-No sé.-

-¿Qué te pasa?- preguntó Tulia.

-Nada.-

-¡Oye! ¡Algo tiene que pasarte!- dijo Tulia –Ayer estabas mucho más animada.-

-Será de estar tanto tiempo encerrada.- dijo Perístera.

-Puede ser.- respondió Heliodora –Pero esto no va a durar mucho. El lunes Servio te pondrá la escayola.-

-Ya.-

-¡Bueno, venga ya!- dijo Tulia -¡Dinos qué te pasa!-

Perístera suspiró.

-No estoy segura de que Píndaro me quiera.-

-¡Ah!- respondieron las dos amigas a un tiempo.

-¿No fue amable contigo, ayer?- preguntó Tulia.

-Sí. Pero sólo eso. Amable.-

Heliodora se quedó pensando: "¡Vaya! ¡Con lo contenta que estaba!"

En ese momento, entró Candelaria con Marselio.

-¡Tera! ¡Ha venido Marselio a verte!-

Las muchachas miraron al joven y lo saludaron.

-¡Uh! ¡Qué caras tan largas veo aquí!- exclamó él -¿Qué ha pasado?-

-Nada que te interese.- contestó Perístera.

-¡Ajá! ¡Conque se trata de eso! ¡Ya me lo imaginaba!-

-¡Qué dices!- contestó Perístera - ¡Pero si no sabes de qué estoy hablando!-

-¡A que sí lo sé!-

-¡A que no!- dijo Perístera.

-¡A que estabais hablando de…!-

-¿De quién, a ver?- dijo Perístera, picada por la curiosidad.

-De…-

-¡Venga, listillo! ¿De quién estábamos hablando?-

-De una persona que…-

Perístera se movió un poco, como nerviosa.

-¡De una persona que qué!- preguntó ella.

-¡De una persona que no está aquí!-

-¡Bueno! ¿Eso es todo lo que puedes decir? ¡Así, cualquiera!-

-¡No, hombre!- dijo él - ¡Es que tampoco quería decir claramente que estabais hablando de Píndaro!-

Perístera lo miró sorprendida, y luego se sonrojó.

Marselio se rió.

-¿A que sí? ¿A que he acertado?-

-No tengo ganas de hablar de eso.- dijo ella.

Marselio miró a Heliodora, luego a Tulia y de nuevo a Heliodora.

Heliodora se encogió de hombros, indicándole que no sabían qué hacer.

-Así que te ha dicho ya la verdad. –dijo Marselio a Perístera – Te ha confesado que quiere más a su vaca que a ti.-

La joven lo miró sorprendida.

-Buf! ¡Mira que eres tonto!-

-¡Más tonta eres tú! ¿Qué es lo que te pasa? –

-Pues la verdad es que prefiero no hablar contigo de eso. En realidad, no tengo ganas de hablar con nadie. Dejadme, por favor. Tengo sueño y quiero dormir.- respondió moviendo la cabeza hacia un lado.

El joven miró a las otras muchachas y luego le dijo a Perístera:

-Está bien. Si soy yo quien te molesta, me voy. No te preocupes.-

La joven no contestó nada. Marselio antes de irse miró a Heliodora, y luego a Tulia. Quiso decirle algo a ésta última, pero al final, no dijo nada y se fue.

-Tera, somos amigas de toda la vida, ¿no?- dijo Heliodora -¡Anda desahógate con nosotras!-

-No tengo nada que decir.-

Heliodora y Tulia se miraron y suspiraron.

-¡No puedes ponerte así, sólo por Píndaro!- dijo Heliodora.

Perístera la miró y le respondió:

-¡Claro! ¡Para ti es muy fácil hablar así!-

Heliodora no supo interpretar aquel reproche.

-¡Está claro que él sigue enamorado de ti!- dijo, por fin Perístera, rompiendo a llorar.

Heliodora se quedó sorprendida, y Tulia, completamente asombrada.

-¡Por eso, yo no soy nadie para él!- exclamó Perístera, gimiendo - ¡Mientras estés tú, nunca podrá querer a nadie más!-

Viendo la situación, Heliodora se puso alerta a su interior.

-¿Eso te ha dicho?-

-¡No! ¡Píndaro no me ha dicho nada, pero yo sola me he dado cuenta!-

-Tera, creo que estás equivocada.- le dijo Heliodora.

-¿Estás segura?- le gritó Perístera - ¿Estás segura de que ya no te quiere?-

Heliodora se quedó callada. Realmente no estaba segura. Píndaro le había dicho que tenía claro que ya no tenía ninguna posibilidad con ella, pero no le dijo que ya no la quisiera.

La joven se quedó cabizbaja, sin saber qué decirle a su amiga.

Tulia, que había escuchado aquello sin decir nada, pareció comprender la situación.

-Pero Tera, quizás estás equivocada.- dijo - En todo caso, no hay nada entre Dora y Píndaro, ¿a que no, Dora?-

-No, claro que no.- respondió Heliodora. –Sólo somos amigos, como siempre ha sido. Tú sabes Tera, que yo no estoy interesada en él.-

-¡Pero él en ti, sí!- dijo la joven, llorando.

-¿Y qué puedo hacer, amiga?- dijo Heliodora - ¿Qué quieres que haga? ¿Quieres que hable con él?-

Perístera se quedo mirándola y se fue calmando.

-No.- dijo.

-Entonces, ¿qué puedo hacer?- insistió Heliodora.-

Perístera suspiró y se secó las lágrimas.

-Supongo que nada.- respondió – No puedes hacer nada.-

Luego miró a sus amigas, reflexiva y continuó:

-Lo siento, chicas. Sobre todo, tú, Dora. Siento haber descargado mi frustración sobre ti. Tú no tienes la culpa.-

-Pero… lo que no entiendo es por qué ahora estás tan segura de que no te quiere.- dijo Tulia.

-Pues… no sé… ayer lo noté más… no sé cómo deciros.-

-¿Más frío?- dijo Tulia.

-¡No! ¡No! Más… serio. Más tímido. Más callado. Ya no me miraba como los días anteriores. Casi parecía eludir mi mirada.-

-¡Oh!- exclamó Tulia.

Heliodora no dijo nada, porque temía volver a hacerla reaccionar.

-Bueno, Tera, anímate. No es el primer chico que te gusta, y seguro que por ahí anda todavía el que será para ti.- dijo Tulia.

-No, Tulia. Píndaro es diferente. Él es distinto de los demás. No me gusta como me han gustado otros chicos. Estoy enamorada de él, de verdad. Y nunca me había sentido así de defraudada. No sé. La verdad es que no tengo ganas nada más que de llorar.-

-Pues sé valiente y confórmate con lo que te da la vida.- dijo Tulia.

Heliodora la miró con compasión.

-Tulia, tú no entiendes lo que estoy sufriendo.- replicó Perístera- A ti te parece muy fácil, pero te aseguro que no lo es.-

Tulia se quedó callada.

-¡Vosotras no sabéis lo que es querer a alguien y no ser correspondida!- dijo Perístera -¡Vosotras no sabéis lo que es un amor imposible!-

Tulia miró a Heliodora y ésta le sonrió, con cariño.

-Pero bueno, no quiero aburriros con mis problemas.- dijo Perístera –Contadme al menos algo, para que me distraiga un poco.-

Heliodora sonrió y les contó lo de la venida de su tía Flaminia. Con el objeto de hacerlas reír un poco, les relató cómo su sobrino le repitió las palabras de la tía Filomena y luego la conversación que tuvieron en la cocina. Y parece que dio resultado porque las muchachas se rieron bastante.

Luego Perístera le preguntó a Tulia si había conseguido el trabajo con Don Cenobio, el padre de Marselio, y ésta le contestó que no había obtenido respuesta aún.

Después estuvieron un rato jugando a las cartas y al cabo de un par de horas, Heliodora y Tulia se marcharon.

Cuando llegaron a la calle, se encontraron con Marselio que estaba charlando con Píndaro.

-Hola, de nuevo, chicas.- dijo Marselio.

-Hola.- saludó Píndaro.

-Hola.- contestaron ellas.

-¡Qué! ¿Cómo está Tera?- preguntó Marselio.

Heliodora miró de reojo a Píndaro y contestó:

-Está bien. Aunque un poco cansada de tanto encierro. Pero bueno, hemos estado jugando un poco a las cartas.-

-¡Ah! ¡Y qué! ¿La habéis dejado ganar?- dijo Marselio.

Heliodora sonrió.

-¡Eres muy listo, Marselio!-

Él se rió. Heliodora miró a Píndaro y vio que éste se encontraba pensativo con la cabeza baja.

-Píndaro, ya sé que asististe a otro nacimiento.- dijo Heliodora.

Él la miró y sonrió.

-Sí. Pero era un ternero y no me pareció conveniente proponerle a Don Cenobio que le llamase Dora.

Marselio se quedó sorprendido de primeras y luego lanzó una carcajada.

Heliodora también se rió.

-¿Y entonces cómo le llamasteis?- preguntó la joven - ¿Marselio?-

Marselio volvió a reírse y Píndaro y Tulia también.

-¡A ver si ahora todos los animales se van a llamar como la gente del pueblo!- dijo Marselio –La vaca… Radegunda, y el toro Vinicio.-

Heliodora se rió.

-La gallina, Nunila y el gallo mayor, Cenobio- continuó el joven, bromeando.

Los otros se reían.

-La yegua Tera y el caballo… Píndaro.-

Píndaro le miró sorprendido.

Heliodora y Tulia miraron a Píndaro.

El joven se quedó cortado.

-¡Qué pasa!- dijo Marselio -¡Estamos bromeando!, ¿no?-

Píndaro sonrió levemente y Heliodora y Tulia retiraron su mirada de él, pues se dieron cuenta de que se encontraba en una situación violenta.

Marselio se rió.

Entonces Tulia le dijo:

-Marselio, a veces te pasas con las bromas.-

Él la miró sorprendido y se calló.

La joven pareció arrepentirse de haberle regañado y bajó la cabeza, avergonzada.

-Bueno, yo creo que nosotras nos vamos a ir, ¿no Tulia?- dijo Heliodora, queriendo salvarla.

-Sí- contestó su amiga, aún avergonzada.

-¡Espera Tulia!- dijo Marselio.

Las jóvenes lo miraron.

-Quería decirte… que… hablé con mi padre y… quiere hacerte una prueba.- dijo él, muy cortado.

Ella sonrió y dio la sensación de que se le iluminaba la cara.

-¿De verdad?- dijo.

Él también fue sonriendo poco a poco y le respondió:

-Sí. De verdad. Mi padre quiere que cocines para él, para ver en directo cómo lo haces.-

-¡Claro!- respondió la joven, entusiasmada. -¿Cuándo quiere que vaya?-

-¿Mañana te va bien?-

-¡Sí, claro que sí!- dijo ella. -¿En el hotel?-

-No. La prueba será en mi casa. Cocinarás en mi casa.-

-¡Vale! ¿A qué hora voy?-

-¿Sobre las once?-

-¡Muy bien! ¡Allí estaré!-

Marselio la miraba sonriente. Se veía muy contento. Y ella estaba radiante de alegría.

Heliodora sonrió. Por fin veía a su amiga contenta.

-¡Muchas gracias, Marselio!- dijo Tulia.

-¡De nada!- contestó él - ¡Ya sólo tienes que demostrarle a mi padre lo que sabes hacer!-

-¡Procuraré, no defraudarle!-

Él la miró con ternura.

-¡No le defraudarás!-

Tulia le miró emocionada.

-¡Gracias, Marselio!- repitió -¡Y perdóname por haberte regañado antes!-

Marselio asintió, sin dejar de mirarla.

Justo en ese momento se acercaban Zósimo y Nadelina, los padres de Tulia.

La joven se dirigió a ellos muy contenta y les contó la novedad.

-¡Ay qué bien, Tulia!- exclamó Nadelina -¡Hija, a ver si tienes suerte y le caes en gracia a Don Cenobio, y te contrata! ¡De todas maneras, quizás tengas que probar esta noche varias recetas para que mañana te salgan bien!-

-¡Mamá!- protestó ella.

-Sí, aunque no te hagas demasiadas ilusiones, que ya sabes que Don Cenobio es muy exigente, y le gustan las cosas bien hechas.- dijo Zósimo.

Tulia asintió con la cabeza, un poco menos sonriente. Luego miró a Marselio.

Éste estaba observando la escena familiar, y parecía disgustado.

-Bueno, Tulia, vamos y empiezas ya a mirar recetas. ¿Te has traído tus apuntes de la escuela de cocina?-

-¡Mamá!- volvió a protestar la joven, avergonzada.

-¡Venga, vamos a casa!- dijo Nadelina.

Tulia miró a Marselio cohibida, y le dijo:

-Tengo que irme. Mañana estaré en tu casa a las once.-

-Sí.- respondió él, muy serio.

Tulia y sus padres se marcharon.

Heliodora se quedó un poco entristecida por su amiga.

-Marselio, no hagas caso de los comentarios de Zósimo y Nadelina. Sé que Tulia es muy buena cocinera. No te preocupes, no te va a poner en evidencia.-

-Ya.- respondió él, con aire de estar disgustado –Bueno, yo también me voy. Hasta luego, chicos.-

Y se fue, dejando a Heliodora y a Píndaro, que se había mantenido todo el tiempo como observador silencioso.

-Dora, me gustaría hablar contigo.- dijo el joven.

Heliodora, después de la charla con Perístera, se temió una nueva declaración.

-No sé, Píndaro, es que tengo que irme.-

-¿Tienes mucha prisa? La verdad es que necesito… Está bien, no te preocupes. Vete.-

Heliodora vio una cierta preocupación en los ojos del muchacho. Así que suspiró, y estando alerta, le contestó:

-¡Bueno, puedo pararme un poco! ¿Qué te pasa? ¿De qué me quieres hablar?-

El joven le sonrió, agradecido.

-Dora, somos amigos, ¿no?-

-Sí, claro que sí.-

-¿Puedo ser sincero contigo?-

-Sí.- contestó ella, pensando: "¡Ay señor! ¡Por favor, que no sea lo que estoy pensando!"

-Escucha, quiero confesarte que después de… del desengaño que tuve… creí que no volvería a sentir lo mismo por nadie más.- dijo él –Sin embargo, de una forma, yo diría que sorprendente e inesperada, de repente me encuentro con que no sólo vuelvo a sentir algo muy fuerte por otra persona, sino que es incluso más… no sé cómo explicarte, es… más… dulce… y tierno.-

Heliodora lo miró sorprendida.

-¿Estás enamorado de Tera?-

Entonces el sorprendido fue él.

-¿Cómo lo sabes?-

Ella empezó a reírse, muy contenta.

-¡Oh, Píndaro! ¡Qué alegría me das!-

-¿En serio? ¿No te sientes apenada?-

-¡No! ¡Claro que no!-

Píndaro sonrió.

-Pero Dora, yo no sé… tengo miedo de decírselo y que ella… me rechace. Ya sabes que yo no le he caído nunca muy bien a Tera. Ahora, creo que desde lo del accidente le caigo mejor, y es más amable conmigo. E incluso a veces creo que ella siente algo por mí. Pero, por otro lado, conozco a Tera desde pequeños y sé que… tiene un carácter impredecible, y temo que si se lo digo, me rechace y su relación conmigo, vuelva a ser la de antes.-

-Es verdad que Tera es un poco loquilla, pero no tengas miedo Píndaro. El accidente os ha unido de una forma especial. Ella… te admira mucho.-

-¿Entonces, me aconsejas que se lo diga?-

-Te aconsejo que no tengas miedo, y que hagas lo que te dicte tu corazón.-

Él sonrió.

-Está bien. Voy a hablarle. Si no lo hago, nunca sabré lo que ella siente.-

Heliodora sonrió.

-Sí, Píndaro.-
Y movida por la alegría, se acercó a él y le dio un beso en la cara.
-¡Suerte!- dijo.
Él la miró sonriendo.
-¡Gracias, Dora! ¡Eres una chica estupenda! ¡Espero que consigas tus sueños!-
Ella se rió y se marchó diciéndole:
-¡Y tú ve a por los tuyos! ¡Hasta luego, Píndaro!-

CAPÍTULO 18
LA PRUEBA DE TULIA

A la mañana siguiente, poco antes de que Heliodora partiera hacia el consultorio, se presentó Tulia en su casa.

-¡Tulia! ¿Pasa algo?-

-¡Dora! ¡Estoy muy preocupada!-

-¿Por qué? ¿Qué te ha pasado?-

-Esta noche casi no he dormido. ¡Estaba tan nerviosa con la prueba de hoy! Mi madre anoche no hacía nada más que decirme que estudiara las recetas y que tuviera mucho cuidado de cómo le hablaba a Don Cenobio y de que si no lo conseguía, que qué le íbamos a hacer, y yo no sé cuántas cosas más. Total, que al final me vine abajo. Ahora tengo miedo de fallar. Ya lo que menos me importa es no conseguir el trabajo, lo que no quiero es defraudar a Marselio. Tengo miedo de que no vaya bien la prueba y Marselio se arrepienta de haberme ayudado. Ayer me di cuenta de que cuando mis padres empezaron a hablar, él se puso muy serio y quizás pensó que no tenía que haberme dicho nada del trabajo. ¡Ay Dora! ¡No quiero fallarle!-

Heliodora le cogió las manos y le sonrió.

-Tulia, no tengas miedo. No te dejes influenciar por tus padres. Tu madre no sabe lo bien que cocinas porque, como tú bien me has contado, ella no te deja cocinar cuando vienes aquí. Ella no conoce tus habilidades. Así que deshecha por completo sus comentarios. Tu madre no es una buena juez, y tu padre tampoco. Tienes que tener confianza en ti misma. Eres una cocinera nata, y te encanta preparar platos. Así que deja salir tu instinto y tu inspiración, y trabaja como tú sabes hacerlo. No pienses en Marselio, sólo concéntrate en cocinar y hazlo con cariño y disfruta mientras lo haces, como siempre. Y estoy segura de que a Don Cenobio y a Doña Nunila les encantará tu comida.-

Tulia sonrió.

-¡Gracias, Dora! ¡Sí! ¡Lo haré lo mejor que pueda!-

-¡Claro que sí! ¡Venga! ¡Estoy segura de que lo vas a hacer muy bien!-

Tulia se abrazó a ella y luego se marchó.

Heliodora se quedó pensando: "Nadelina y Zósimo no son conscientes del daño que pueden hacer desvalorizando de esa manera a Tulia. ¡No entiendo por qué no la ven como realmente es, una chica estupenda y con muchos valores!"

Luego se terminó de arreglar y se fue al consultorio.

A última hora, se acercó a la consulta Marselio. Como no había pacientes y la puerta estaba abierta, entró y se sentó sin decir nada. Heliodora y Servio lo miraron sorprendidos.

-¿Qué te pasa?- preguntó Servio.

-¡Psss! ¡Nada! ¡Que como he visto que no tenéis a nadie, me he venido un rato a haceros compañía!- contestó Marselio, con aire preocupado.

-Pues pareces preocupado.- insistió el médico.

Marselio los miró y suspiró.

-¿Estás inquieto por la prueba de Tulia con tu padre?- preguntó Heliodora.

-¿Eh? ¡No! ¡No!- respondió él –Bueno… quizás… un poco.-

Servio se rio.

-¿Tienes miedo de que no le guste a papá?-

Marselio se levantó sin decir nada y se puso a pasear por la consulta.

-No te preocupes, Marselio.- dijo Heliodora –Tulia sabe cocinar muy bien. Tiene un don. Estoy segura de que le va a gustar a tu padre. Ya lo verás.-

El joven la miró y emitió una ligera sonrisa.

-No sé si he hecho bien en dejarla someterse a esta prueba.- contestó - No temo que no lo vaya a hacer bien. Lo que temo es que mi padre sea demasiado duro con ella. Él a veces es…- se calló.

Servio sonrió, pero no dijo nada.

Heliodora sabía que Don Cenobio tenía un fuerte carácter y ciertamente podía llegar a ser bastante insensible con algunas personas. Eso le hizo pensar que su amiga era muy tímida y si él la trataba con dureza, ella quizás podía amedrentarse y no dar pie con bola. Entonces oró: "Dios mío, protegedla de todo mal y ayudadla."

Y la joven, confiando en esa ayuda, le dijo a Marselio:

-No te preocupes. Todo va a ir bien. Ya lo verás.-

El joven, volvió a sonreír a medias.

-Sí. Eso espero. En fin, voy a darme una vuelta. ¡Hasta luego!-

-¡Hasta luego!- contestó Heliodora.

La joven miró a Servio. Éste estaba sonriendo y pensativo.

En ese momento llegó un paciente y Heliodora lo hizo pasar a la consulta para que el médico le atendiera.

Más tarde, después de comer, la joven se encontraba recogiendo la cocina y Tulia entró con Radegunda.

-¡Dora!- exclamó Tulia, muy contenta -¡Ay Dora! ¡No sabes!-

Heliodora la miró sonriendo.

-¿Cómo te ha ido?-

Tulia se abrazó a su amiga, emocionada. Y Heliodora se rió, comprendiendo que le había ido bien.

-¡Ya veo que todo ha salido bien!- dijo.

-¡Sí! ¡A Don Cenobio y a Doña Nunila les ha encantado los platos que he preparado! ¡Y Don Cenobio después de probarlos estaba de muy buen humor, y Doña Nunila ha sido muy cariñosa conmigo!-

Heliodora y su madre se rieron, muy complacidas por el éxito de la joven.

-¿Lo ves, Tulia? ¡Sabía que lo harías estupendamente!- le dijo Heliodora.

-¡Estoy muy contenta!- exclamó Tulia –Don Cenobio me ha dicho que trabajaré en el restaurante del hotel. Alternaré una semana para los desayunos y las comidas y la otra, para las meriendas y las cenas. Y me ha dicho que de buena gana me contrataba para cocinera en su casa, si no fuera porque su mujer cocina también muy bien.-

Heliodora se rió y Radegunda dijo:

-Sí, Nunila es muy buena cocinera. Así que tus platos tienen más mérito, porque él sabe lo que es la buena cocina. Y Oberta, la hermana de Nunila, también es muy buena cocinera, por eso la tiene en el restaurante del hotel, trabajando para él. Oberta lleva trabajando allí al menos quince años, y siempre lo ha hecho sola. La pobre algunas veces me ha dicho que no daba abasto, pero su cuñado no quería contratar a nadie más. De hecho, que quede entre nosotras, pero Nunila le ha tenido que echar varias veces una mano, sin que Cenobio lo supiera, claro está… No sé por qué de repente, Cenobio ha cambiado de opinión.-

-Bueno, a lo mejor ya se ha dado cuenta de que Oberta cargaba con demasiada responsabilidad.- opinó Heliodora.

-¡Puede ser! ¡Quizás, después de todo, la vejez le esté ablandando un poco el corazón!- dijo Radegunda.

Heliodora y Tulia sonrieron.

-Bueno, muchachas, os dejo que sigáis charlando.- dijo la madre de Heliodora -¡Hasta luego y enhorabuena, Tulia!-

-¡Gracias!- contestó la joven, sonriendo.

Una vez que Radegunda se había marchado, Tulia terminó de sincerarse con Heliodora:

-Dora, lo mejor de todo es que cuando Marselio ha llegado y ha visto a su padre de tan buen humor y diciéndole que había tenido muy buen ojo para encontrarme, él se quedó un poco sorprendido, pero Don Cenobio le dijo que yo era una cocinera maravillosa y entonces Marselio me miró y se rió muy contento. Y luego se acercó a mí y me dijo que ya sabía que lo iba a conseguir.

¡Oh Dora! ¡Si vieras con qué ternura me ha mirado! ¡Me he sentido tan feliz! ¡Ha sido tan amable! ¡Y estaba tan contento!-

Heliodora se reía.

-¡Lo ves Tulia! ¡Tú creías que le eras completamente indiferente, pero te ha demostrado que no es así!-

-¡Sí, bueno! Tampoco saquemos conclusiones rápidas. Él sólo ha sido muy amable conmigo, y le ha dado alegría que lo haya conseguido. Lo mismo que te ha dado alegría a ti o a tu madre. ¡Al fin y al cabo, nos conocemos de toda la vida!-

-Puede ser. Pero por algo se empieza.-

Tulia sonrió.

-Por cierto, ¿y cuando empiezas a trabajar?- preguntó Heliodora.

-La semana que viene.-

-¡Ah! ¿Y tu última semana de vacaciones?-

-No me importa. Total, tú trabajas, Tera casi no puede moverse y yo no tengo casi nada que hacer… ¡Estoy tan contenta!-

Heliodora la miraba, sonriendo.

-Bueno, voy a decírselo a mis padres- dijo Tulia –He venido primero aquí, y ellos estarán esperando a ver. ¡Por sus últimos comentarios, creo que se van a llevar una gran sorpresa, porque estaban casi convencidos de que no lo iba a conseguir!-

-¡Claro! ¡Ve!-

La muchacha se marchó y Heliodora se quedó orando: "¡Gracias Dios mío por tu ayuda!"

Y continuó fregando los platos.

A media tarde se fue a casa de Perístera, y en la puerta se encontró con Tulia.

Cuando las dos muchachas entraron en el salón de la casa de su amiga, pudieron ver un cambio radical en Perístera. Ésta las recibió entre risillas.

Heliodora ya suponía la razón.

-¡Bueno, Tera! ¡Cuéntanos porqué estás tan contenta!- dijo, haciéndose la que no sabía nada.

-¡No os lo vais a creer!- exclamó Perístera.

-¿Es algo relacionado con Píndaro?- preguntó Tulia.

Perístera asintió radiante de felicidad.

-¿Se te ha declarado?- siguió preguntando Tulia.

Perístera volvió a asentir.

-¡Sí! ¡Ayer me confesó sus sentimientos! ¡Ahora somos novios!-

Heliodora y Tulia se rieron.

-¡Enhorabuena, Tera!- le dijeron.

Perístera se reía también.

-Perdonadme la que lié ayer. Reconozco que me puse demasiado melodramática y llegué a esa conclusión yo solita, dándole vueltas a la cabeza y malinterpretando todo. ¡La verdad es que a veces nos montamos unas historias!-

Heliodora asintió, sonriendo. Ella sabía que los pensamientos y los sentimientos negativos, provenían siempre de algún defecto psicológico, y que nunca estaban basados en la realidad, sino en puras fantasías o en verdades a medias, mezcladas erróneamente.

-Pues yo también tengo una buena noticia.- dijo Tulia.

Y le contó a Perístera su prueba de cocina con Don Cenobio, y cómo éste la había aceptado, dándole el trabajo.

Perístera se alegró mucho por su amiga y la felicitó.

Poco después, apareció por allí Marselio.

-¡Vaya, vaya, vaya! ¡Hoy sí que veo caras alegres!- dijo el joven.

Las tres se rieron.

Marselio miró a Tulia fugazmente y luego se dirigió a Perístera.

-¿Ya se ha solucionado el problemilla de ayer?-

Perístera se rió y asintió.

-¿Y bien? ¿Te ha pedido ya que te cases con él?-

-Todavía no, pero casi. Ya somos novios.-

-¡Ah, bueno!- exclamó el joven - ¡Algo es algo! –

-¡Sí, claro! – contestó la joven, riéndose –Oye, ya me ha dicho Tulia que tu padre la ha contratado. ¡Es estupendo!, ¿no?-

-Sí.- respondió él, mirando a Tulia –Lo ha hecho muy bien. Mi padre me ha vuelto a decir que eres una joya, y a mi madre también le has impresionado.-

Tulia sonrió.

-Gracias. Han sido muy amables conmigo.-

Marselio se quedó mirándola unos segundos y luego se aclaró la voz y dijo:

-Bueno, he pasado un momento para ver cómo se recuperaba Perístera, pero ya tengo que irme. ¡Nos vemos, chicas!-

-¡Hasta luego!- se despidieron las tres.

-¿Qué tal una partidita de cartas?- propuso Perístera, mientras cogía la baraja que tenía en una mesita al lado de ella.

Heliodora mientras tanto miraba a Tulia. Ésta parecía pensativa, y Heliodora se dijo: “Debe de estar pensando en Marselio. Él se le ha quedado mirándola un poco. ¿Será que por fin se ha dado cuenta de los valores de mi amiga? ¿Es posible que esté empezando a fijarse en ella?”

CAPÍTULO 19
MUNDOS PARALELOS

Un buen rato después, Heliodora se encaminaba hacia la ermita, pero se encontró al sacerdote saliendo del huerto de Modesta.

-¡Ah, Heliodora!- exclamó él.

-¡Hola, padre!-

Él se quedó pensativo.

-¡Umm! Puesto que nos hemos encontrado aquí, ¿quieres que charlemos por aquí cerca, o prefieres subir, de todas maneras?- dijo el cura.

-Me da igual. Si quieres podemos ir al bosquecillo del otro día, que está más cerca.-

-Muy bien.-

Así que se encaminaron hacia allá.

-¡Bueno! ¿Y de qué me vas a hablar hoy?- preguntó el padre Andrés, muy animado.

Heliodora sonrió.

-Si te parece bien, vamos a ver las diferentes dimensiones de la naturaleza y los diferentes cuerpos.-

-¡Eso suena bastante interesante!-

-Lo es. Mira, nosotros tenemos este cuerpo de carne y hueso, que vive en este mundo. Pero existen otros mundos paralelos que se ínter-penetran de forma completamente natural. Cada mundo o cada dimensión tiene un tipo de vibración de la energía que es diferente al de las demás, por eso pueden existir al mismo tiempo en el mismo espacio. Por ejemplo, sabemos que existen las ondas de radio, las de televisión, las de los teléfonos móviles, ¿no? Esas ondas se mueven entre nosotros aunque nosotros no las veamos ni las sintamos con ninguno de nuestros sentidos. Sin embargo, no dudamos que existen porque vemos los resultados en nuestros aparatos de radio, televisión o en los móviles. Entonces aunque nosotros no seamos capaces de percibirlos con nuestros sentidos físicos, existen otras dimensiones, aquí y ahora.-

-Entiendo. ¿Y cuál es la dimensión en la que vivimos nosotros?-

-Bueno, vamos a decir que nuestro cuerpo físico, éste que vemos, vive en la tercera dimensión, o mundo físico. Sin embargo, tú comprenderás que nosotros no somos nuestro cuerpo, ¿no?-

-Sí. Quiero decir que no, que no somos nuestro cuerpo.-

-Muy bien. Nosotros somos la conciencia con todos los defectos psicológicos. Nuestro cuerpo es un vehículo de expresión en esta dimensión. Pero nosotros también tenemos otro cuerpo. Se trata del cuerpo vital o etérico. Alguna gente lo confunde con el aura, pero no es exactamente lo mismo. El cuerpo vital, como su nombre indica, le da vitalidad al cuerpo físico, y es el que se encarga de repararlo durante las horas de sueño. Por eso, cuando nos levantamos por la mañana, si hemos dormido bien y descansado, nos encontramos con nuevas energías para enfrentar el día. El cuerpo vital, o cuerpo etérico, está en la cuarta dimensión, que es el mundo vital o mundo etérico. La mayoría de la gente no es consciente de que tiene ese cuerpo, porque tenemos la conciencia demasiado dormida por el ego, y nuestras capacidades están completamente mermadas. Una conciencia despierta puede captar todas las dimensiones de la naturaleza, y puede hacer cosas que no te puedes ni siquiera imaginar. Pero siguiendo con este tema, la cuarta dimensión es donde viven las conciencias o elementales de las plantas y de los minerales. Y a veces hay agujeros interdimensionales como por ejemplo el famoso triángulo de las Bermudas y otros lugares en los que uno, puede, queriendo y a veces sin querer, meterse con su propio cuerpo físico en la cuarta dimensión.–

-¡Vaya! ¡Sí, he oído alguna vez algo sobre ese famoso triángulo de las Bermudas, pero no se me ocurrió eso de pasar a otra dimensión!-

Heliodora le sonrió.

-También se da el hecho de lugares, por ejemplo montañas, islas, construcciones, que de tanto en tanto aparecen en el mundo físico y de la misma misteriosa manera en que aparecieron, vuelven a desaparecer, volviendo a la cuarta dimensión.-

-¡Guau! ¡Sí es misterioso, sí!-

-Luego tenemos también la quinta dimensión. Ésta tiene, digamos… como dos mundos. Uno es el mundo astral y el otro, con una vibración diferente, es el mundo mental. El mundo astral es en realidad el mundo de los sueños. Cuando nosotros nos acostamos por la noche y nos dormimos, nos salimos del cuerpo físico y nos desenvolvemos en el mundo astral. Normalmente, como tenemos la conciencia dormida, ni somos conscientes de que nos hemos salido del cuerpo, ni tampoco de que estamos en otra dimensión, porque lo que suele ocurrir es que proyectamos nuestros sueños y no vemos la realidad de ese mundo. Sin embargo, una persona despierta es consciente de cómo se desdobla o se sale del cuerpo, metiéndose en el mundo astral, y además puede ver ese mundo como es realmente. A veces, una persona dormida puede darse cuenta de que está soñando y, de forma temporal, puede hacerse consciente de que está en otra dimensión.-

-O sea que cuando yo me duermo por la noche, me voy a ese mundo astral.-

-¡Ajá! ¡Así es! En el mundo astral existen leyes de la naturaleza diferentes a las del mundo físico. Por ejemplo, allí no existe la ley de la gravedad, por eso uno puede flotar e incluso volar en el mundo astral. Es posible que alguna vez hayas soñado que volabas, ¿no?-

-Sí. Me pasa a menudo.-

-¿Lo ves?-

-¡Sí!- contestó el sacerdote, fascinado por lo que estaba escuchando.

-Tampoco existe allí la ley de cohesión molecular. Si por ejemplo tú quisieras atravesar una pared, podrías hacerlo sin ninguna dificultad.-

-¿De veras?- dijo el cura, riéndose -¿Lo dices en serio?-

-Totalmente en serio. Luego te enseñaré una técnica para que lo puedas comprobar.-

-¡Fantástico!- exclamó él, muy contento.

Ella sonrió.

Como llegaron al bosquecillo, se sentaron en el suelo.

-Bueno,- continuó Heliodora - después tenemos el mundo mental. Es el mundo de la mente. Después está la sexta dimensión que también tiene dos partes: el mundo causal, que es el mundo de las causas naturales, y el mundo búdhico que es un mundo muy superior, en el que sólo opera la conciencia. Y luego está el mundo átmico, que es donde vive nuestro Íntimo, nuestro Padre interno. Estos últimos te los he enumerado un poco por encima porque son mundos a los que no podemos acceder así como así. En cuanto a los cuerpos, ya sabes que tenemos un cuerpo físico y un cuerpo vital. Sin embargo, en la mayoría de las personas, ahí se acaba todo, ya no tenemos más cuerpos. Al mundo astral viajamos o nos movemos con el ego, con los defectos psicológicos. Pero la mayoría de los seres humanos no tiene cuerpo astral. Y como secuencia lógica tampoco posee un cuerpo mental para el mundo mental, ni un cuerpo causal, para el mundo causal.-

-Ya veo. Pero cuando dices que la mayoría no tienen esos cuerpos, ¿me estás indicando que hay quien sí los tiene?-

-Sí.-

-¿Y por qué? ¿Qué tienen ellos de especial?-

-Pues primeramente que han trabajado sobre sí mismos y han despertado conciencia, y en segundo lugar, han creado esos cuerpos.-

-¿Que los han creado? ¿Y cómo los han creado?-

Heliodora sonrió.

-De eso hablaremos otro día, pero te voy a dar una pista: con la misma energía que con la que se ha creado nuestro cuerpo físico.-

-¿Nuestro cuerpo físico?- repitió el cura, pensativo -¡Pero nuestros cuerpos los han hecho nuestros padres!-

-Sí, pero ¿con qué energía?-

-Pues… con la energía… sexual.-

-Eso es.-

El padre Andrés sonrió.

-¡Así que se trata de eso! ¡Me estás hablando de la alquimia!-

-Sí.- respondió Heliodora.

-¿Y cuando me lo vas a explicar? ¡Siempre me dejas con la miel en la boca!-

Heliodora se rió:

-¡Ten paciencia! ¡Te estoy explicando estas cosas poco a poco para que luego comprendas mejor!-

-Está bien. Si lo comprendo.- contestó, pensativo.

Heliodora lo dejó reflexionar en silencio, hasta que el cura le dijo:

-Bueno, ¿y cómo es esa técnica que me ibas a enseñar para comprobar lo del astral?-

-¡Ah, sí! Bueno, esta técnica sirve para comprobar en qué dimensión te encuentras. Está basada en el hecho de que normalmente uno no es consciente por la noche de que está en otra dimensión, mientras su cuerpo duerme profundamente en su cama. Por lo general, cuando nos acostamos, nos dejamos llevar por los pensamientos sin control que aparecen en nuestra mente, y así dormidos de conciencia y soñando, no nos damos cuenta del proceso de desdoblamiento o de salida del cuerpo. Luego, una vez que ya estamos fuera, seguimos soñando y nos movemos en ese mundo como sonámbulos. Suele ocurrir que durante el sueño volvemos a hacer las mismas cosas que durante el día. Por ejemplo podemos soñar que estamos trabajando, o que hablamos con las mismas personas que durante el día, etc. El caso es que siempre nos creemos que estamos despiertos y no nos acordamos que un rato antes nos habíamos acostado, ni tampoco se nos ocurre que estamos soñando. Pues bien, si uno coge una costumbre en el mundo físico, como consecuencia la va a repetir también durante el sueño. Pero la costumbre que vamos a coger tiene que servirnos para despertar. Entonces, esto es lo que vamos a hacer: cada vez que veamos algo extraño, fuera de lo normal, algo que no se ve todos los días, nos plantearemos lo siguiente: ¿estaré en el mundo físico o en el mundo astral? Entonces daremos un salto, con la intención de flotar. Si esto lo hacemos cada vez que vemos algo raro, o simplemente, cada vez que sentimos la inquietud de saber si estamos en el físico o en el astral, llegará un momento en que se nos grabe y lo haremos también durante el sueño. Cuando nosotros saltamos con la intención de flotar en el mundo físico, lógicamente regresamos rápidamente al suelo, pero cuando eso lo hagamos en el mundo de los sueños, flotaremos y entonces nos daremos cuenta de que estamos en el mundo astral. Entonces, una vez allí, podemos empezar a investigar cómo es ese mundo. Si quieres atravesar una pared, lo podrás hacer, sin problemas. Si quieres volar, lo mismo.-

-¡Vaya! ¡Estoy deseando probarlo!- exclamó el cura, levantándose - ¿estaré en el mundo físico o en el mundo astral?- y dio el salto. –Me parece que estoy en el físico.-

Heliodora sonrió.

-No hace falta que lo digas con palabras, también lo puedes decir mentalmente. También hay otra técnica y consiste en que en vez de saltar, también puedes tirarte de un dedo de la mano. Si estás en el físico, éste permanecerá igual, pero cuando estés en el astral, tu dedo se estirará.-

El sacerdote se quedó pensativo y luego le dijo:

-Ahora comprendo porqué te he visto varias veces tirarte del dedo. ¡Estabas comprobando la dimensión!

La joven sonrió y le contestó:

-Sí, es verdad.-

El cura se rió y luego probó la técnica.

Heliodora lo contemplaba satisfecha.

-Para no llenarte de demasiada información, otro día te enseñaré una técnica para desdoblarte conscientemente.-

-¡Vale! Es muy interesante todo esto que me has explicado. Pero ¿sabes lo que me gustaría ahora?-

-Dime.- respondió Heliodora.

-Me gustaría hacer transmutación de las fuerzas cósmicas. ¿Te apetece que la hagamos juntos, y me vuelves a recordar mejor cómo se hace?-

-¡Claro!-

Los dos se descalzaron, mientras Heliodora le explicaba de nuevo la práctica al sacerdote.

Luego, pusieron sus manos abiertas con las palmas hacia arriba sobre sus rodillas y cerraron los ojos y empezaron a inhalar lentamente con la nariz, imaginando la energía del planeta entrando por las plantas de sus pies penetrando por todo el cuerpo, y luego salía a través de las palmas de las manos y por la coronilla, y se dirigía hacia el cosmos. Luego exhalaron por la boca lentamente, imaginando que la energía del cosmos entraba por las palmas de sus manos y por su coronilla, penetraba en su cuerpo, y después salía por las plantas de sus pies y entraba en el planeta. Y después volvieron a comenzar por el principio.

Después de un rato, dejaron la práctica y se quedaron un poco más, muy relajados.

-¿Qué tal?- se interesó la joven.

-¡Muy bien! ¡Me ha gustado este ejercicio!-

Ella sonrió.

-Estoy contenta de poder compartir todas estas enseñanzas contigo.- dijo - A mis amigas, he intentado tirarles alguna cosilla, pero no las he visto interesadas. Es que no todo el mundo está interesado en estas cosas. Y también puede ser que no sea su momento, quizás en el futuro haya algo en ellas que les haga buscar. Porque en todo caso, si tenemos inquietudes, en realidad es porque nuestro propio Ser, nuestro propio Dios interno es el que nos mueve por dentro para buscar algo más.-

-Sí, claro. Estoy convencido de ello.- contestó el padre Andrés.

Heliodora, sintiéndose llena de paz, miró hacia el horizonte y respiró.

-Te gusta vivir aquí, ¿verdad?- le preguntó el cura.

Ella lo miró.

-Sí. Pero si tuviera que vivir en otra parte, supongo que también me adaptaría. Lo que pasa es que ¡me gusta tanto estar en medio de la naturaleza! La verdad es que eché mucho de menos esto en la capital.-

El sacerdote la miró sonriendo y ella también le sonrió.

-Bueno,- dijo la joven - ya está empezando a ponerse el sol. Deberíamos bajarnos, ¿no crees?-

-Sí.- contestó él, estirándose. –Se está muy bien aquí, pero es mejor irnos ya, antes de que oscurezca.-

Mientras bajaban, Heliodora le contó al padre Andrés que Perístera y Píndaro ya eran novios y él se alegró mucho por ello. También le habló de la prueba que había hecho Tulia.

-Sí. Ya sabía que la había hecho. Y también sé que fue un éxito.-

-Te lo ha contado Marselio, ¿no?-

-Sí.-

-¿Sabes?- dijo Heliodora - Me parece que Marselio está empezando a interesarse por Tulia.-

Él se rió.

-¿Empezando a interesarse?- dijo, y siguió riéndose.

Ella lo miró, extrañada.

-No sé por qué te ríes. No tiene nada de raro que a Marselio pueda gustarle mi amiga.-

El sacerdote la miró divertido.

-¡No! ¡Claro que no!- dijo.

-¿Entonces?-

-¿Entonces, qué?-

-¿Entonces de qué te ríes?-

Él siguió riéndose y le contestó:

-¡Lo siento, pero yo no sé nada!-

Heliodora se quedó más extrañada aún con esa respuesta, pero se quedó callada y siguió caminando en silencio, pensando qué querría decir él con eso, hasta que se le encendió una lucecita.

-¡No me digas que Marselio está enamorado de Tulia!-

-Sólo te diré que su padre no estaba buscando a ninguna cocinera y que lo del trabajo se le ocurrió a Marselio en el momento en que Tulia dijo que se le acababan las vacaciones y tenía que irse. Y también te diré que Marselio ha tenido que convencer a su padre de que le hiciera la prueba a tu amiga. Lo de que su padre la ha admitido, creo que sí ha sido cosa de él, porque parece ser que a Cenobio le ha caído Tulia en gracia y además le gustó de veras su comida.-

-Pero ¿desde cuándo está él enamorado de ella?-

-Ya te he dicho que yo no sé nada de lo que me estás hablando.- repitió el cura, riéndose.

Heliodora lo miró y empezó a reírse también.

-Lo que te he dicho, te lo he dicho como una confidencia, así que creo que es mejor que quede entre tú y yo.- dijo el sacerdote - Si tiene que pasar algo, es mejor que nosotros no intervengamos.-

-¡Vale!- respondió la joven, muy contenta, mientras pensaba en su amiga.

-¿Y qué me dices de ti?- preguntó él.

-¿De mí? No sé… ¿A qué te refieres?-

-¿Tú no tienes un enamorado?-

La joven se sonrojó y empezó a acelerársele el corazón, y para que él no la viese bajó la cabeza.

-No.- contestó.

-Me parece raro eso.- dijo el sacerdote - ¿Ningún muchacho del pueblo o de la capital te ha pretendido?-

-Bueno, hace tiempo sí se me declaró alguien, pero yo no estaba interesada en él y le contesté que no.-

-¡Ah! ¡Bueno, eso sí puede pasar!-

Los dos caminaron en silencio.

-Bueno, no te preocupes, seguro que cuando menos te lo esperes, también te llegará tu príncipe azul.- dijo el cura.

Ella se rió.

-Sí. Pero mi príncipe azul tendrá que ser alguien que esté interesado en hacer el mismo camino que yo he elegido. Si no, no lo quiero.-

-¡Vaya! ¡Ya veo que tienes las cosas muy claras!-

-Sólo algunas.-

-¿Has pensado que quizás no sea tan fácil encontrar ese príncipe?-

-Bueno, yo confío en que me darán la oportunidad de encontrarlo. Ya sabes: matrimonio y mortaja, del cielo bajan.

El sacerdote sonrió.

-¡Sí! ¡Del cielo bajan!- repitió, mientras la miraba con simpatía.

CAPÍTULO 20
LO QUE ES CONVENIENTE Y LO QUE NO

Al día siguiente, cuando Heliodora llegó a su casa después de trabajar, se encontró a Sabacia, la madre de Píndaro y esposa de Lelio, charlando con su madre. Parecía un poco contrariada.

-¡Ah, Dora, ya estás aquí!- dijo su madre.

Sabacia la miró y le saludó.

-Hola Dora.-

-Hola Sabacia. ¿Qué tal?-

-Pues regular, hija, ¡qué quieres que te diga! Regular solamente, porque estoy bastante disgustada con mi hijo.-

-¿Con Píndaro? ¿Por qué?-

-¡Pues por la chica esa! ¡Por Tera! ¡Hasta que no lo ha embaucado, no ha parado!-

-¡Qué dices, Sabacia!– exclamó Heliodora –No sé qué estarás pensando, pero Tera no le ha embaucado. Ellos se han enamorado y eso es todo. Es algo muy normal.-

-¡Sí, claro! ¡Pero esa chica…! ¡Sí, ya sé que es tu amiga y por eso la defiendes! ¡Pero esa chica no me gusta para mi hijo! ¡Pero si es una locata!-

Heliodora se puso en alerta porque sintió un defecto moverse en su interior.

-Mira Sabacia, – dijo ella, con calma – Tera es una muchacha muy alegre y extrovertida, y es una excelente persona, con un gran corazón.-

-Bueno, si no digo que sea mala.- contestó la mujer – Lo que digo es que esa chica no le conviene a mi Píndaro. ¿Quién sabe si de aquí a un tiempo se cansa de él y lo deja tirado como una colilla? ¿Tú me puedes asegurar que no lo va a hacer?-

Heliodora se quedó callada. Sabía muy bien, gracias al trabajo que estaba haciendo sobre ella misma, que nadie puede asegurar tener una continuidad de propósitos fija, mientras tenga diferentes defectos psicológicos que le manejen, con diferentes intereses. Sabía que mientras una persona continuase teniendo ego, no se podía saber cómo iba a actuar o a pensar o a sentir, al día siguiente, porque cada defecto tenía su propia voluntad.

Así que viendo que por ahí no podía contestar a Sabacia, le dio la vuelta a la pregunta.

-Sabacia, el futuro nadie lo sabe. Yo creo que si Píndaro es feliz con Tera, tienes que dejarle que haga lo que sienta su corazón. No tienes motivos reales para decir que Tera no le conviene. Ella es una buena chica. Y la madurez que puedas pensar que le falta, estoy segura de que Píndaro le ayudará a tenerla. Dale una oportunidad y no la juzgues muy duramente. Además, ahora sólo se están conociendo.-

-Dora, hija, tú eres muy joven, y sé que tienes buena intención, pero sigo diciendo que no me gusta para mi hijo. Aunque no sea una mala chica. Pero ella no le conviene. Tú me gustas más para él.-

Heliodora se calló.

-¡Seguramente que si tu amiga no se hubiera metido en medio, Píndaro habría terminado pretendiéndote a ti!- dijo la madre del joven.

-No digas eso, Sabacia. Las cosas no son así. Yo no estoy enamorada de Píndaro. Le aprecio mucho, pero no estoy enamorada de él. Además, él tiene derecho a elegir. Y ha elegido a Tera. Ten paciencia, y verás como termina gustándote mi amiga.-

-¡Como se nota que no eres madre! ¡Si fueras madre te preocuparías de que tu hijo estuviese en buenas manos! Sin embargo, no me desanimo. Todavía hay una esperanza.-

Heliodora miró a su madre, que estaba terminando de decorar la ensaladilla mientras las escuchaba.

-¿Qué vas a hacer Sabacia?- preguntó la joven.

-Yo no voy a hacer nada. No va a hacer falta. Va a ser mi sobrina quien va a arreglar esto.-

-¿Tu sobrina? ¿Qué sobrina?- preguntó Heliodora, volviendo a mirar a su madre y ésta le hacía un gesto de resignación.

-Se llama Alejandra y es hija de mi prima Maclovia, la que vive en la capital. Se va a venir una temporada a vivir con nosotros. Mi sobrina debe de tener vuestra edad, y es una muchacha muy guapa, lo sé por las fotos que me ha enviado su madre desde que era pequeña. Tengo la esperanza de que Píndaro se fije en ella y se olvide de Perístera.-

Heliodora se quedó asombrada. Aquella mujer estaba dispuesta a lo que fuera por tal de que Píndaro no estuviese con su amiga.

La joven no dijo nada, porque se dio cuenta que Sabacia no se atenía a razones. Pero se preguntó si los planes de la madre de Píndaro daban resultado, si Perístera podría soportarlo. Sin embargo se dijo que no debía pensar sobre ello, puesto que no se sabía qué saldría de todos esos planes, así que lo único que podía hacer, era seguir estando en alerta novedad y continuando su trabajo interno, pues poco podía hacer ella ahí.

-Alejandra llegará mañana por la mañana y Píndaro irá a recogerla.- dijo Sabacia, muy contenta.

-¡Ah! ¡Qué casualidad! – exclamó la madre de Heliodora – Mi hermana Flaminia también llega mañana por la mañana y como también viene de la capital, seguro que viajan juntas.-

-¿Eh?- dijo Sabacia, poniéndose seria – Pero vosotros vais a ir a por ella, ¿no?-

-No. Va a ir mi hermana Filomena, que ya había quedado con tu hijo en recogerla.-

Sabacia parecía frustrada. Su plan de que Píndaro y Alejandra regresaran a solas se le había chafado por completo. Y Heliodora se dio cuenta, intuyendo que aquello podía ser una buena señal.

La mujer no dijo nada, pero se veía claramente contrariada. Y cuando se marchó, Radegunda le dijo a su hija:

-Me parece que no le ha gustado nada eso de que tu tía Filomena vaya con Píndaro a Fuerte Real a por tu tía Flaminia.-

-Eso creo yo.- contestó Heliodora.

-Tengo que reconocer que durante algún tiempo pensé que Píndaro estaba enamorado de ti, y que me ha sorprendido que se haya puesto novio con Tera. Pero por supuesto no creo que tu amiga sea una mala influencia para él. Lo que pasa es que Tera es muy suya, y Sabacia quiere una muchacha dócil para su hijo. Vamos a ver qué pasa con la sobrinita. Si de verdad es tan guapa, es posible que la relación entre tu amiga y su novio, peligre.-

-Bueno, vamos a ver. Pero yo tengo confianza en Píndaro. De todas maneras, yo no le voy a comentar a Tera nada de esto, porque no creo que le beneficie nada.-

-Sí, es mejor, hija.-

Aquella tarde, en casa de Perístera, Heliodora no dijo nada de la conversación con Sabacia.

Perístera se veía feliz, pero Heliodora la notó más calmada. Tulia también se veía contenta. Luego llegó, como casi todas las tardes, Marselio. Y Heliodora lo observó discretamente, y entonces se dio cuenta de que el joven siempre bromeaba con ella y con Perístera, pero entre broma y broma, miraba furtivamente a Tulia, e incluso, en alguna ocasión en que Tulia hablaba, él la observaba como fascinado. Parecía como si Marselio no se atreviese a tratarla igual que a las demás, como si con ella se sintiese cortado. Luego se fue enseguida, y antes de irse, su última mirada fue para Tulia.

Como las chicas se quedaron bastante rato esa tarde, poco antes de irse, llegó Píndaro. El joven saludó a Heliodora y a Tulia y éstas lo felicitaron por su relación con Perístera. Él se veía feliz también. Luego se sentó junto a su novia, y rodeándole el hombro con su brazo, permanecieron juntos, hasta que las chicas se despidieron y se fueron.

Heliodora y Tulia se dieron un paseo por el pueblo y se encontraron a Marselio y al cura hablando con Lelio.

-¡Hola!- saludaron las muchachas.

-¡Hola!- respondieron ellos sonrientes.

-¿Ahora venís de ver a Tera?- preguntó Marselio.

-Sí. Hoy nos hemos quedado más rato.- respondió Heliodora.

-¿Y cómo se encuentra?- preguntó Lelio.

-Si quitamos lo de que casi no se puede mover, ella está bien.- respondió Heliodora.

-Por cierto, Lelio – dijo Marselio – tendremos que darte la enhorabuena porque estás a punto de tener una nuera.-

Lelio se rió.

-¡Bueno, ya era hora de que mi hijo se echara novia!-

Heliodora lo miró y le dijo:

-Parece que te ha alegrado que Píndaro esté con Tera, ¿no?-

-¡Sí, claro que sí! ¡Aunque también tiene sus inconvenientes, porque lleva unos días que anda completamente despistado! ¡Si le pido algo, me trae otra cosa, si le hablo, no se entera de lo que le he dicho! ¡A ver si se calma un poco, deja de estar pensando en ella todo el tiempo, y se le pasa un poco el atontamiento que tiene!-

Los otros cuatro se rieron.

-Oye, Lelio,- dijo Heliodora -ya me ha dicho Sabacia que mañana viene una sobrina vuestra a vivir con vosotros.-

-¡Ah, sí!- respondió él –Mi mujer se ha empeñado, y ¡qué puedo hacer yo! ¡Yo seré el alcalde del pueblo, pero en mi casa se hace lo que mi mujer dice!-

Los cuatro volvieron a reírse.

-Bueno, pero tampoco será tan desagradable, ¿no?- dijo Tulia.

-La verdad es que no puedo decirlo. Lo que pasa es que no conocemos a la muchacha. Nunca la hemos visto, a excepción de algunas fotos que su madre le ha enviado a mi mujer. Y supongo que ella tendrá que sentirse algo cohibida entre nosotros, que aunque seamos familia, al fin y al cabo somos extraños para ella. Pero yo no sé qué es lo que habrán hablado mi mujer y su prima, pero el caso es que se viene a vivir una temporada con nosotros. Y lo peor de todo es que mi mujer ya tiene planes para ella. ¡En fin, a ver si hay suerte y le salen mal!-

Los otros se rieron de nuevo.

-Bueno, hablando de otra cosa, - dijo Lelio -Andrés me ha propuesto reparar los desperfectos que tiene la ermita y rehabilitarla, ¿verdad, padre?-

-Verdad.- respondió el cura, sonriente.

-¿Qué os parece a vosotros?- preguntó Lelio a los otros jóvenes.

-Yo le he dicho que me parece buena idea.- dijo Marselio.

-Pues a mí también me parece muy bien.- contestó Heliodora, mirando al cura.

-Y a mí también.- dijo Tulia.

-Bien, de todas formas, tengo que echarle un vistazo para ver qué arreglos son los que hay que hacer, y ver si realmente merece la pena o qué.- explicó Lelio.

-¿Y cuándo te viene bien subir?- preguntó el cura.

-Pues… vamos a ver… mañana llega la sobrina de mi mujer… el sábado… ¿el sábado por la tarde, puedes tú?-

-Está bien. El sábado… ¿sobre las cinco, está bien?- propuso el sacerdote.

-Sí. Bueno, si no, el sábado en la mañana concretamos la hora, ¿qué te parece?- contestó Lelio.

-Vale. Me parece bien.- respondió el cura.

-Bueno, pues yo os dejo, jóvenes- dijo Lelio – ¿Estará tu padre en tu casa, muchacha?- dijo dirigiéndose a Heliodora.

-Pues… no estoy segura.- contestó ella, mirando el reloj -Yo creo que aún estará en la tienda. Estará a punto de cerrar-

-Vale, voy a verlo. ¡Hasta luego, muchachos!-

-¡Hasta luego!- dijeron todos.

-Bueno, Tulia,- dijo el cura - también habrá que darte la enhorabuena a ti por conseguir el trabajo en el hotel de Cenobio, ¿no?

Ella sonrió y respondió:

-Gracias. Sí, estoy muy contenta. Y mi familia también.-

-¡Claro!- exclamó el sacerdote, sonriendo - Es lógico.-

Marselio la miraba también muy complacido y Heliodora miró hacia otro lado sonriéndose para sus adentros.

-Oye, Heliodora, ahora que me acuerdo, - dijo el cura -¿puedo hacerte una consulta profesional?-

La joven se sorprendió por la pregunta, pero respondió:

-Sí. Por supuesto.-

-¡Estupendo!- exclamó el cura, y luego dirigiéndose a Marselio y a Tulia, les dijo- ¿Nos perdonáis un momento?-

Los otros dos asintieron, y el sacerdote le puso la mano en la espalda a Heliodora y la empujó suavemente para moverse unos metros más allá.

La joven se quedó expectante y el padre Andrés se rió. Entonces ella creyó comprender el propósito de él.

-¡No me digas que me has dicho eso para dejarlos solos!- exclamó ella, en voz baja.

-¿Eh?- exclamó él, haciendo un gesto de sorprendido -¡No creerás eso de mí!-

Heliodora lo miró con cara de desconfianza, pero al final tuvo que aguantarse la risa.

-¡No sé lo que se te está ocurriendo, pero yo quería hablar de verdad contigo!- dijo el sacerdote, sonriendo. – Es cierto que no es de algo profesional, pero ha sido lo primero que se me ha ocurrido. Quería decirte que como ayer no quedamos para otro día, pensaba preguntarte cuándo te viene bien que nos reunamos para otra clase.-

Ella se rió.

-Pues… ¿mañana, está bien?- propuso.

-Claro que sí. ¿Sobre las ocho?-

-Vale.-

-¿En el bosquecillo o en la ermita?-

-Donde quieras.- dijo ella.

-¡Umm! ¿Sabes qué? ¡Mejor en la ermita! ¡Quiero echar un último vistazo antes de que suba Lelio el sábado!-

-De acuerdo.- contestó Heliodora.

Luego los dos miraron a Tulia y Marselio, y vieron que estaban hablando, con mucha timidez.

-¿Qué te parece si nos vamos y los dejamos solos?- dijo el cura.

-¡Me parece que es demasiado descarado!- respondió Heliodora, riéndose.

-Sí. La verdad es que sí. ¡En fin!- exclamó el sacerdote - ¡Bueno, Marselio!- dijo, alzando la voz - ¿Vamos a ver eso que dijimos?-

El otro joven lo miró y respondió:

-Está bien.- y mirando intensamente a Tulia le dijo con dulzura -¡Hasta luego, Tulia!-

Ella le sonrió y también le despidió.

El cura saludó, y luego él y Marselio se fueron.

Heliodora miró a su amiga. Ésta parecía estar en otra parte.

-Tulia, espero que no te haya molestado que me haya retirado un momento con el padre y te haya dejado a solas con Marselio.-

Ella, algo turbada, respondió:

-¡No! ¡No importa! ¡No pasa nada!-

Heliodora se quedó callada y Tulia siguió hablando:

-En realidad, está bien que Marselio y yo hablemos, al fin y al cabo nos conocemos desde que éramos pequeños… Y encima ahora voy a trabajar para su padre. No hay nada de extraño en que hablemos.-

Heliodora seguía sin hablar, sonriéndose en su interior.

-Además, es normal hablar con todo el mundo en el pueblo, ¿no?- continuó Tulia –No quiere decir nada que hablemos, ¿verdad?-

-¡Claro!- asintió Heliodora.

-¡No íbamos a estar callados, mientras tú hablabas con el padre! ¡Eso sí que sería raro, ¿no?!-

-Sí, claro. Has hecho muy bien en hablar con él. Era lo más normal del mundo-

-Sí. Eso es- dijo Tulia.

Heliodora pensó: "¡Me parece que ya mismo vamos a tener otra pareja en Villalta!"

CAPÍTULO 21
EL LIBRO DE LA ERMITA

Después de cenar, Heliodora recogió la cocina y luego se fue a su cuarto con la intención de leer un rato, como solía hacer cada noche.

Cuando fue a coger el libro de la ermita, no lo encontró en el cajón en el que lo guardaba. La joven se sorprendió y se tiró del dedo. Pero como vio que no se estiraba, se dijo: "¿lo habrá cogido mamá?"

Así que fue al salón y le preguntó a su madre:

-Mamá, ¿has cogido tú un libro que tenía yo en el cajón de mi mesita?-

-No. Yo no he cogido nada.-

La muchacha se extrañó.

-Papá, ¿tú tampoco?-

-No, hija. Tu cuarto es una de las zonas de esta casa que rara vez visito.-

Heliodora sonrió, pero seguía extrañada. Se fue de nuevo a su dormitorio y empezó a buscar en otros cajones, en el armario, bajo la almohada, bajo la cama, bajo la mesilla. Volvió a mirar en su cajón habitual… y nada.

La muchacha empezó a preocuparse. "Pero, ¿dónde lo he puesto? ¡Dios mío!, ¿tan dormida estoy que no sé lo que he hecho con él?", se dijo.

La joven, se dirigió al salón y empezó a buscarlo por todos lados.

-¿Qué te pasa, hija?- preguntó su madre -¿Todavía estás buscando ese libro?-

-Sí, mamá. No lo encuentro. Y lo peor es que no es mío. Me lo ha prestado un amigo y se trata de un libro antiguo con mucho valor. No quiero ni pensar que lo haya perdido. Pero es que no sé dónde lo he puesto.-

-¡Bueno, hija! ¡Tranquila que en algún sitio tendrá que estar!-

-Sí.- respondió ella, sin parar de buscar.

-¿Cuándo fue la última vez que lo viste?- le preguntó su padre.

-Pues… anoche- respondió la joven.

-¡Ay, Heliodora!- exclamó su madre -¡A ver si lo han cogido los niños!-

La joven miró a su madre.

-¿Qué niños?-

-Macedonio y Abdiel, que han estado aquí esta tarde.-

-¡Ah! ¿Pero entraron en mi dormitorio?-

-No podría asegurarte que no, porque ya sabes que ellos juegan en cualquier lugar. A lo mejor se metieron para jugar al escondite y te lo cogieron.-

-¡Vaya! ¡Voy a tener que ir a preguntárselo!- ¡Espero que si se lo han llevado no lo habrán perdido!-

-Pues si vas a ir, ve rápido, antes de que tu hermana los acueste.-

-Sí. Voy ahora mismo.-

Y la joven se fue corriendo a casa de su hermana.

Los niños aún estaban levantados.

-A ver, niños, ¿vosotros cogisteis ayer un libro que yo tenía en mi mesita de noche?-

-No. Yo no he sido- contestó rápidamente Abdiel, mirando a su hermano pequeño con un gesto extraño.

-¿Lo cogiste tú, Macedonio?- insistió Heliodora.

-¿Era un libro muy viejo?- preguntó el niño.

Heliodora pensó: "¡Lo ha cogido él!"

-Sí. ¡Anda Macedonio, dámelo!-

-¡Yo no lo tengo!- dijo él.

Heliodora lo miró.

-¡Tranquilo Macedonio! ¡No te voy a regañar! ¡Lo único que quiero es que me lo devuelvas!-

-¡Pero es que yo no lo tengo!- repitió el niño.

-Pues entonces, ¿qué hiciste con él? ¿Dónde lo pusiste?-

-Yo no lo he puesto en ningún sitio.-

-¿Cómo que no? ¿Qué hiciste con él?-

-¿Con quién?-

-¡Con el libro!- dijo Heliodora, empezando a impacientarse un poco.

-Yo no he hecho nada.-

Heliodora miró a su hermana y ésta cogió al niño y le dijo, regañándole:

-¡Macedonio, di de una vez qué has hecho con el libro de tu tía!-

-¡Yo no he hecho nada!- respondió él, haciendo pucheros.

-¡Abdiel! ¡Dínoslo tú!- ordenó su madre -¿Dónde está el libro?-

-¡Yo no sé nada! ¡Macedonio es el que lo sabe!-

Heliodora comenzó a pensar que los niños habían perdido el libro.

-Bueno, Macedonio,- le dijo con dulzura la joven a su sobrino pequeño – dime la verdad, ¿tú lo cogiste y se te ha perdido?-

-¡No! ¡Yo no lo he cogido!- respondió el chaval, llorando.

Heliodora sintió pena por el chiquillo y pensó: "Me parece que de aquí no salimos. Quizás sea mejor esperar a mañana y tal vez me lo diga."

-¡Mira, vamos a hacer una cosa!- dijo la joven –Esta noche, intenta recordar qué pasó exactamente con el libro y mañana me lo dices y lo buscamos juntos, ¿vale?-

Macedonio se secó las lágrimas y respondió:

-Vale.-

Heliodora le sonrió y luego le dio un beso a cada uno de sus sobrinos, dándoles las buenas noches.

Luego, con los niños acostados, habló con su hermana.

-¡Tengo que encontrar ese libro! ¡Me lo dejó un amigo y es demasiado valioso! ¡No puedo perderlo!-

-No te preocupes, Dora. Mañana se lo sacamos. Es posible que lo tenga entre sus juguetes o entre sus tebeos.-

-¡Bueno! ¡Ojalá que sí!-

-¡Ahora, que cuando nos lo diga, le voy a dar un castigo a los dos que se van a enterar!-

-¡No, por favor! ¡No quiero que los castigues! ¡Sí estoy de acuerdo en que se les corrija, pero no les castigues!-

-¡Ay, Dora! ¡Eres demasiado blanda! ¡Si tuvieras hijos, harían lo que quisieran contigo!-

Heliodora se rió.

Luego se despidió y regresó a su casa.

Aquella noche, Heliodora se acostó algo preocupada por el libro, y se durmió pensando en eso.

Entonces en su sueño se vio a sí misma junto a la ermita. Sin embargo, la ermita estaba en muy buen estado. Parecía estar viviendo en otra época. Un poco más allá estaba el padre Andrés. Pero en su sueño, él no era sacerdote. Los dos estaban esperando algo. De repente, de la ermita salió un hombre acompañado de su esposa. Los jóvenes se acercaron hasta el matrimonio y el hombre les habló:

-Queridos amigos, mi esposa y yo hemos trabajado durante años en la alquimia y por fin hemos conseguido la piedra filosofal. Hemos conseguido nuestra Liberación y la unión con nuestro Real Ser. Sin embargo, es nuestro deber dejar a alguien que quiera seguir también con este Trabajo. Porque si nosotros nos retiráramos del mundo y no dejásemos las claves de este Trabajo a nadie, romperíamos la cadena que debe seguir hasta el fin de los tiempos. Todos los grandes Maestros han dejado al menos un discípulo tras de ellos. Y cuando éstos han alcanzado su liberación, también han dejado otro discípulo. De esta manera, el Conocimiento nunca se perderá.

Vosotros habéis demostrado querer seguir este Camino, por eso queremos entregaros este Conocimiento para que también podáis alcanzar la auténtica Liberación, la Unión con vuestro Real Ser. Sin embargo, habréis de pasar duras pruebas, en las que tendréis que demostrar que realmente estáis capacitados para seguir este Camino.-

-Sí, Maestro.- respondieron los jóvenes.

-Venid con nosotros.- dijo el ermitaño.

Y los cuatro entraron en la capilla de la ermita y luego se dirigieron al sótano y bajaron hasta llegar al recinto donde habían vivido el ermitaño y su esposa.

-En este humilde habitáculo hemos vivido mi esposa y yo. Aquí os vamos a dejar parte de la enseñanza que podemos daros. Sin embargo, será preciso que vosotros empecéis a hacer un trabajo lo más detallado posible de eliminación de vuestros defectos psicológicos. También será necesario que aprendáis a salir del cuerpo físico a voluntad para poder recibir el resto de Enseñanzas en dimensiones superiores, puesto que llegará un momento en que el Conocimiento que obtendréis, no será un conocimiento aprendido de los libros, sino de vuestra propia experiencia.-

Los jóvenes asintieron.

-Ahora podéis salir de aquí, y recordad lo que os hemos dicho.-

-Sí, Maestro.-

Los dos jóvenes salieron del sótano y detrás de ellos, el ermitaño y su esposa. Después éste cerró la trampilla de la entrada al sótano.

En ese momento Heliodora se despertó. La joven se quedó quieta, sin mover ni un solo dedo para no perder el recuerdo de ese extraño sueño. Y efectivamente, de esa manera, pudo recordar con detalle todo.

Heliodora se dijo: "¿Cuál será el significado de este sueño? Desde luego, no ha sido un sueño normal. Yo diría que ha sido como un mensaje."

La muchacha cerró los ojos e intentó meterse en el sueño de nuevo, de forma consciente, pero en algún momento se dejó llevar por algún pensamiento y se durmió, sin darse cuenta.

Por la mañana, desayunó rápido.

-¡Hija! ¡Parece que tienes prisa!- le dijo su madre.

-Sí, mamá. Quiero llegarme a ver a los niños a ver si logro sacarles qué han hecho con el libro.-

-¡Estos niños! No son malos, pero a veces son un poco traviesos.-

-Sí. Pero creo que me dirán la verdad.-

-Eso espero, hija. Bueno Heliodora, recuerda que hoy vienen a comer con nosotros tus tías Filomena y Flaminia.-

-¡Ah, sí es verdad! ¡Vale, vendré rápido del consultorio! Bueno, me voy que si no se me va a hacer tarde para ir luego a trabajar. ¡Hasta luego, mami!-

-¡Hasta luego, Dora!-

La joven se fue rápidamente a casa de su hermana. Los niños ya se habían levantado.

-Bueno, Macedonio- dijo Heliodora - ¿Ya te acuerdas lo que pasó con el libro?-

-Sí, tiíta. Sí, me acuerdo.- respondió el niño, mientras su hermano lo miraba expectante.

-¡Muy bien, pues dímelo!- dijo la joven.

-Se lo llevó el hombre invisible.-

Heliodora miró a su hermana sorprendida y ésta frunció el ceño.

-¡Vamos a ver Macedonio!- dijo la madre - ¡Di ya de una vez la verdad! ¿Lo has perdido?-

-¡Que no! ¡Que yo no lo he cogido!- gritó el chiquillo.

Heliodora lo cogió por los hombros y le dijo dulcemente:

-No tengas miedo, Macedonio. Si lo has perdido, dímelo y lo buscamos, y ya está.-

-¡Pero yo no lo he perdido!- dijo el niño empezando otra vez a hacer pucheros – ¡Se lo llevó el hombre invisible!-

La hermana de Heliodora, exclamó:

-¡Tanta televisión y tantas películas fantásticas! ¡Ahora vemos el resultado de todo eso! ¡Ahora mi hijo no sabe distinguir entre la realidad y la fantasía!- y dirigiéndose a los dos niños, les dijo: -¡Pues ya está! ¡Se acabó la tele hasta que no digáis lo que habéis hecho con el libro!-

Abdiel protestó enérgicamente:

-¡Pero si yo ni siquiera lo vi! ¡Fue Macedonio!-

-¡Macedonio! ¡Por última vez!- gritó su madre -¿Dónde está el libro de tu tía?-

El niño ya se puso a llorar diciendo:

-¡No sé dónde está! ¡Ya os he dicho que se lo llevó el hombre invisible!-

Heliodora se sintió conmovida por su sobrinito. Así que se sentó a su lado y abrazándolo le dijo con dulzura:

-A ver, Macedonio, cuéntame cómo pasó.-

El niño se calmó un poco y le respondió:

-Yo estaba jugando al escondite con Abdiel y me escondí en tu cuarto. Entonces estuve esperando a mi hermano, pero no venía. Entonces empecé a mirar tus cosas y vi que el cajón de tu mesita de noche estaba un poco abierto. Entonces yo lo abrí para ver qué había y vi el libro viejo. Entonces vino el hombre invisible y se lo llevó.-

-Pero si el hombre era invisible, ¿cómo lo viste tú?- preguntó Heliodora.

-¡No! ¡Si yo no lo vi! ¡Lo que pasa es que yo sé que se lo llevó porque de pronto el libro desapareció y se hizo invisible! ¡Y claro como yo he visto una película del hombre invisible, pues enseguida supe que había sido él!-

Heliodora se quedó pasmada con la explicación de su sobrino. Miró a su hermana y ésta parecía realmente enfadada, y a punto de darle un bofetón al chiquillo, pero Heliodora dijo:

-Macedonio, mírame a los ojos.-

El niño obedeció.

-¿Me estás diciendo la verdad?- le preguntó Heliodora.

-Sí, tiíta. Te he dicho la verdad.-

-Está bien. Te creo.-

El niño sonrió, contento. Ella le sonrió también y le dio un beso. Luego se levantó y cogió a su hermana del brazo y la sacó de la habitación.

-¡Mira, yo no sé qué es lo que habrá pasado con el libro! ¡Pero creo que Macedonio no lo ha cogido! ¡Yo le creo!-

-La verdad es que mi hijo no suele decir mentiras, pero esa historia no puedes creértela, en serio.-

-¡No digo que me crea lo del hombre invisible, pero sí creo que no lo ha cogido él! ¡Vamos a dejarlo aquí! ¡Ya está!-

-Pero, ¿y qué vas a hacer? ¿Qué le vas a decir a tu amigo?-

-Pues no sé. Ya veré. De todas maneras, él creo que me comprenderá. Es una persona muy comprensiva.-

Su hermana la miró sonriendo.

-¿Es un joven que te gusta?-

Heliodora se sonrojó un poco y se rió.

-¡Sólo es un amigo!-

-¿Pero con posibilidades de ser algo más?- preguntó su hermana.

-No sé. ¡Ya se verá!-

Su hermana la miró pensativa.

-¡No será Servio!-dijo.

-¡No! ¡Claro que no!- respondió Heliodora -¡Y por cierto, que me tengo que ir ya, que si no va a llegar él antes que yo al consultorio!

Y se marchó.

CAPÍTULO 22
LAS RECIÉN LLEGADAS

Cuando salió del consultorio se fue rápidamente hacia su casa. Por el camino vio a lo lejos al sacerdote, pero él no la vio a ella. Parecía preocupado y metido en sus pensamientos.

Heliodora dudó de si comentarle ya lo del libro perdido, pero viéndolo así, no se atrevió y siguió su camino.

Cuando llegó a su casa, aún no habían llegado sus tías. Radegunda estaba preparando la mesa y le dijo:

-¡Anda, ve a lavarte las manos y ayúdame!-

-Sí.- contestó la joven.

Cuando volvió, su madre le preguntó qué había pasado finalmente con el libro.

-Pues la verdad es que no sé lo que ha pasado,- respondió Heliodora -pero creo que Macedonio no lo tiene. ¡En fin!, intentaré buscarlo de nuevo, más tarde.-

-¡Qué raro!, ¿no?- dijo la madre.

-Sí, la verdad es que esto es un misterio.- admitió la joven.

Vinicio llegó enseguida.

-¡Qué! ¿Han llegado ya esas dos?- preguntó.

-No, todavía no.- respondió su mujer, sonriendo.

-¡Ya me parecía a mí! ¡No hay como la paz del hogar, cuando no hay visitas!-

-Vinicio, querido, ¡a ver si no te metes con mis hermanas, como siempre!-

-¿Yo? ¡Son ellas que se pican con cualquier cosa!-

Heliodora sonrió.

En ese momento se escuchó a las dos hermanas que entraban en la casa.

-¡Ah de la casa!- gritó Filomena -¡Ya estamos aquí!-

-Voy a lavarme las manos.- dijo Vinicio.

Radegunda y Heliodora se acercaron a las escaleras y vieron subir a las dos mujeres. La joven se tiró del dedo al ver a su tía Flaminia.

-¡Ay Radegunda!- exclamó Flaminia - ¡Menos mal que ya estoy aquí! ¡Vaya viajecito!-

La madre de Heliodora sonrió.

-¿Cómo estás Flaminia?- le dijo abrazándola y dándole un beso.

-¡Pues ya ves! ¡Al final, me he tenido que venir a Villalta, porque en la capital ya no tenía a nadie!- respondió Flaminia, mirando de reojo a Heliodora.

La joven sonrió y se acercó a ella.

-¡Hola tía! ¡Me alegro de verte!-

-¡Sí, claro!- contestó Flaminia con retintín -¡En fin, hija! ¡Supongo que te irá muy bien en tu nuevo trabajo! ¡Después de dejar el trabajo del hospital que era tan bueno!-

-Sí, tía. Gracias por interesarte.- contestó ella.

-Sí, bueno, ya sabes que yo soy así. Siempre me he preocupado por ti, y siempre he querido lo mejor para ti. Porque al fin y al cabo eres como una hija para mí. Bueno, mejor dicho, como mi hermana pequeña, porque yo no soy tan vieja como tu madre. ¡Radegunda, ya te habrá contado Dorita lo bien que nos lo hemos pasado juntas estos años!, ¿no? ¡Lástima que tuvo que cambiar de trabajo! ¡Pero, a ver, yo lo comprendo! Ya le dije a tu hija: ¡si te tienes que ir, vete! ¡Yo me quedé sola, pero por tal de que ella fuera feliz, me sacrifiqué!-

La madre de Heliodora sonrió, y le dijo:

-Bueno, pero pasad al comedor. ¡Debéis de estar hambrientas!-

Todas pasaron al comedor. Vinicio apareció también.

-¡Hola cuñadas!- saludó.

-¡Uy Vinicio!- exclamó Flaminia - ¡Pero si no te reconocía! ¡Qué gordo estás! ¡Y qué pelo más canoso! -

-Pues sí, ya ves.- respondió él -Mi mujer, que me hace unas comidas a las que no me puedo resistir. Y como el blanco es el color preferido de Radegunda, me lo estoy dejando para parecerle más atractivo. Sin embargo tú te ves bastante flaca… y ¿te has dado cuenta, querida cuñada, que el tinte de tu pelo, parece que ya se te ha ido por las entradas?-

Flaminia se miró el cuerpo y los brazos y luego se llevó las manos a la raya del pelo.

Radegunda y Heliodora tuvieron que morderse los labios para no reírse.

-¡Tiene razón Vinicio!- intervino la tía Filomena -¡Estás demasiado enclenque! ¡No has debido alimentarte bien! ¡Menos mal que ahora te voy a poner yo unos buenos potajes con chorizo morcilla y tocino!-

-¡Sí, eso Filomena!- exclamó el padre de Heliodora -¡A ver si le das bien de comer y mejora esa cara, que la tiene muy demacrada! ¡Menos mal que te tiene a ti para que la cuides!-

-¡No digáis tonterías!- exclamó Flaminia –Hoy día lo que se lleva es estar delgada. Eso de estar gordo era antiguamente y además eso es de gente de pueblo.-

-¡Pues por eso, cuñadita!- dijo Vinicio -¡Ahora que estás en el pueblo querrás estar más gordita, ¿no?! ¡Si no todos van a pensar que no vas a la moda del pueblo! ¡Y así, tan delgada, no esperes encontrar un novio!-

-¡Ay, Vinicio! ¡Qué dices!- dijo Flaminia riéndose, como si fuera una adolescente -¿Cómo se te ocurre que yo vaya a buscar novio ahora?-

-¿Y por qué no? ¡Aquí tenemos surtido de separados, solteros y viudos que podrían ser candidatos!-

-¡Calla, calla!- exclamó Flaminia sonrojándose. -¡Qué cosas dices!-

-¡Bueno dejad ya de hablar de noviazgos y comamos!- dijo Filomena.

Heliodora miró a su madre y vio que se estaba divirtiendo tanto como ella.

Durante la comida, Flaminia explicó varias veces que su ex-marido estaba saliendo con una compañera del trabajo y que él no había tenido ninguna sensibilidad con ella, ni la decencia de decirle a la cara que ya tenía otra pareja. Y que aquello era demasiado para ella, así que un día fue al despacho de él y le dijo que ya estaba harta de que se burlara de ella y que no estaba dispuesta a seguir haciéndole el favor de trabajar para él. Y haciendo uso de su derecho como antigua mujer, le exigió que la despidiera para poder percibir el subsidio de desempleo y le diera una indemnización por su trabajo. Y por supuesto unas referencias que dijeran la verdad: que ella había sido una trabajadora excelente y que estaba fuertemente recomendada para ser admitida en otros trabajos.

Cuando Filomena ya se hartó de escuchar la historia por quinta o sexta vez, cambió de tema y se puso a hablar de la sobrina de Sabacia y de Lelio.

-¡Ah! ¡Es verdad!- dijo la madre de Heliodora – Habéis venido con ella en el coche, ¿no? ¿Y cómo es? Me ha dicho Sabacia que es muy guapa, ¿no?-

-¡Bueno! ¡Eso de guapa!- exclamó Flaminia, con cierto tono despectivo -¡No está mal, pero tampoco es que sea…! ¡Digamos que es…del montón!-

-¡Flaminia, no seas envidiosa!- dijo su hermana Filomena - ¡Hay que admitir que la muchacha es una buena moza! ¡Y también es simpática! ¡Ahora, que eso sí, es otra de las vuestras!- dijo esto último a Vinicio.

-¿De las nuestras?- repitió él, sin comprender.

-¡Sí hombre, sí! ¡Otra roja como su tío y como tú! ¡Tiene unas ideas en la cabeza! Por lo visto no sabía que Lelio era el alcalde del pueblo, y tampoco sabía que era comunista. Así que cuando nos preguntó y se lo dijimos, se puso muy contenta. ¡Lo que nos faltaba! ¡Una moza comunista!-

-¡Hombre!- exclamó Vinicio, -¡Eso sí que son buenas noticias! ¡Por fin llegan los refuerzos!-

-¿Los refuerzos? ¡Eso quisieras tú, Vinicio! ¡A los rojos os quedan tres telediarios en Villalta!-

-¡Bueno, bueno! ¡Ya veremos, cuñada! ¡A lo mejor la venida de esa muchacha es providencial!- dijo riéndose.

-¡Qué sabes tú de la providencia! – exclamó Filomena, empezando a enfadarse.

-Bueno, pero hablando de vosotras, ¿ahora qué planes inmediatos tenéis?- intervino Radegunda para abortar la discusión política. -¿Qué piensas hacer, Flaminia?-

-Pues todavía no lo sé muy bien.- dijo ésta – De momento quiero descansar un poco, y luego ya veré.-

Heliodora miró a su padre, éste le guiño un ojo y ella sonrió.

Después de comer, Filomena y Flaminia se marcharon a casa de la primera, los padres de Heliodora se quedaron en el salón, charlando, y la joven recogió la cocina.

Más tarde, se marchó a ver a Perístera. Enseguida llegó también Tulia.

Heliodora les comentó sobre la llegada de su tía Flaminia.

-También llegaba hoy una prima de Píndaro.- dijo Perístera.

-Sí. Vino con mi tía.-

-Pues Píndaro me lo contó ayer. Le dije que la trajera para conocerla, así que, a ver si vienen luego.-

Las muchachas estuvieron charlando mientras jugaban al parchís.

Al poco tiempo llegó Marselio. Perístera lo invitó a jugar al parchís con ellas, y él aceptó muy contento.

Y un rato después llegó Píndaro con su prima segunda.

Heliodora pudo comprobar que la muchacha era realmente guapa y simpática, tal y como su tía había dicho.

-¡Así que tú eres la novia de Píndaro!- exclamó Alejandra -¡Qué guapa eres!- le dijo, acercándose a Perístera y dándole dos besos.

Luego saludó también a Heliodora, a Tulia y a Marselio.

-¡Ya me ha dicho Píndaro que tuviste un accidente y caíste en una sima! ¡Debió de ser horrible!-

-Pues… sí. La verdad es que no fue muy divertido. ¡Menos mal que Píndaro bajó a ayudarme y entonces todo fue distinto!-

-¡No tenía ni idea de que tenía un primo tan valiente!- exclamó Alejandra.

Píndaro sonrió, negando con la cabeza y Perístera le miró con cara de enamorada y contestó:

-Sí. ¡Es el chico más valiente del mundo!-

Marselio sonrió también y dijo:

-¡Ya te digo! ¡Ser el novio de Tera, requiere un gran valor!-

Perístera se rió. Desde el accidente, Marselio ya no era el enemigo de la joven, puesto que ella reconoció que él también había hecho un gran esfuerzo para ayudarla.

Alejandra también se rió.

-¿Y vosotros también sois novios?- preguntó, dirigiéndose a Tulia y a Marselio.

-¿Nosotros?- dijeron los dos al mismo tiempo y mirándose.

Luego Tulia se sonrojó y bajó la cabeza y Marselio también se quedó un poco cortado.

-No.- contestó - Nosotros sólo… somos amigos.-

-¡Ah!- dijo Alejandra – Perdonad. Es que me había parecido… pero evidentemente me he equivocado.-

Heliodora se sonrió y pensó: "¡Esta chica parece bastante lista!"

Luego Alejandra miró a Heliodora y le preguntó:

-Y tú debes ser la sobrina de Filomena y de Flaminia, ¿no?- le preguntó Alejandra.

-Sí.- contestó ella, sonriéndole.

-Me he venido con ellas y he pasado un buen rato. ¡Tu tía Filomena es muy graciosa, tiene unos detalles buenísimos! ¡Cuando ha visto que me interesa la política y más concretamente la política de izquierdas, ha puesto unas caras! ¡Ha empezado a hablarme de mi tío y de tu padre y peor me los quería poner ella, más risa me daba!-

Heliodora asentía riéndose.

-Y como estaba mi primo delante,- continuó Alejandra - no hacía nada más que decirle: "¡perdona hijo, no tengo nada contra tu padre, pero esas ideas que tiene…!" Y luego, tu tía Flaminia

también me ha hablado de ti. Y de que hasta hace poco trabajabas en el hospital de la ronda norte. ¡Así que ahora trabajas aquí! ¡Qué suerte!, ¿no?-

-Pues sí.- respondió Heliodora - La verdad es que estoy contenta de haber sacado la plaza.-

-Pero tú eres auxiliar, ¿no?-

-Sí.-

Alejandra sonrió.

-¿Y qué nos dices de ti?- preguntó Marselio -¿Cómo es que has venido a Villalta?-

-Pues yo he estudiado trabajador social. He terminado este año. Y ahora como estaba de vacaciones, mi tía le dijo a mi madre que por qué no me venía un mes o dos a ver si me gustaba esto. No sé porqué se le habrá ocurrido a mi tía Sabacia, pero yo estoy contenta de haber venido. Por ahora todo el mundo que he conocido me ha parecido muy simpático. Y además me he llevado una sorpresa al saber que mi tío es el alcalde y encima es de izquierdas.-

-¡Así que a ti también te interesa la política!- exclamó Marselio -¡Vaya, vaya! ¡Eso es una fiebre!-

-¿Por qué dices eso? ¿Tú también estás en ese mundillo?-

-¡No! ¡Yo no! ¡No me interesa en absoluto! ¡Ya estoy bastante harto de escuchar hablar de política en casa!-

-¿Tu padre?-

-Su padre es el rival de tu tío- explicó Perístera –Es el representante de la derecha.-

-¡Ah! ¡Entonces tu padre es el famoso Don Cenobio del que me ha hablado Filomena!-

-¡Sí, eso es!- respondió Marselio sonriendo.

-¡Y tu hermano es Servio, el médico, y seguramente el futuro candidato de la derecha para las próximas elecciones del pueblo!-

-¡Vaya! ¡Filomena te ha puesto al día!- exclamó Marselio, riéndose -¡Dora, no sé si tu tía parece una guía turística, o la gaceta del pueblo! –

Heliodora y los demás se rieron.

Los seis jóvenes estuvieron un rato más charlando animadamente. Y después de eso, se marcharon todos, a excepción de Píndaro que se quedó con su novia.

Una vez en la calle, Heliodora les dijo a los otros:

-Bueno, yo tengo que irme. Ya nos veremos mañana.-

Los otros la despidieron y Heliodora se marchó, camino de la ermita, en busca del padre Andrés.

CAPÍTULO 23
EL MISTERIO DE LA ERMITA

Cuando Heliodora llegó arriba, vio al sacerdote sentado en la escalinata de la ermita. Parecía pensativo.

-¡Hola!- saludó ella.

Él alzó la cabeza, la miró y le sonrió levemente, mientras la saludaba:

-¡Hola, Heliodora!-

La muchacha se aproximó a él, con cierta inquietud, por no saber cómo explicarle la pérdida del libro y le dijo:

-Tengo algo que decirte.-

Él la miró intrigado.

-Seguramente vas a pensar que soy una irresponsable que no cuida las cosas, o que soy una despistada, o simplemente que estoy demasiado dormida. Y llevarás razón, porque es así.- se disculpó ella de antemano.

El cura le escuchó atentamente

-Verás, no sé cómo decírtelo.- empezó ella a decir.

-¡Espera!- le interrumpió el sacerdote, sonriendo -¡Déjame adivinar!-

-¿Qué?- se sorprendió la joven –No. No creo que puedas adivinarlo.-

-¡Espera, muchacha de poca fe! ¡Dame una oportunidad!- insistió él, con aire de estar divirtiéndose.

Heliodora se dijo: "Bueno, vamos a ver qué se le ocurre ahora."

-Está bien- contestó.

Entonces el padre Andrés guiñó un poco los ojos y se puso los dedos índice y corazón en las sienes y dijo:

-¡Vamos a ver! ¡Vamos a ver!... ¡Deduzco que… has perdido algo!-

Heliodora puso cara de sorprendida.

Él la miró y sonrió.

-¡Voy, bien!, ¿eh?... ¡Vamos a ver! ¡Vamos a ver!... ¡Deduzco que has perdido algo valioso!-

La joven estaba asombrada y él parecía estar disfrutando de la situación.

-¡Un poco más, veamos!... ¡deduzco que has perdido el libro que te llevaste de aquí! ¡Ya está!-

Heliodora estaba atónita y él se rió.

-Pero ¿cómo lo has sabido?- preguntó ella.

-¡Así que esta vez he acertado tres de tres!- bromeó él.

Ella sonrió, pero insistió:

-Dime, ¿cómo lo has sabido? ¿Es que acaso lo has encontrado tú?-

-No. No lo he encontrado.-

-¿Entonces… te lo han dicho los niños?-

-¿Qué niños? Ningún niño me ha dicho nada.-

-Pero entonces, ¿cómo lo sabes?-

El cura se levantó y le dijo:

-¡Anda, ven conmigo! ¡Quiero enseñarte algo!-

Y entró en la capilla. Heliodora lo siguió.

El sacerdote fue hasta la parte de atrás del altar, donde se encontraba la plancha que abría la entrada del sótano. Cuando la joven se puso a su lado, él le dijo:

-¡Mira esto y a ver qué me dices!-

Entonces él levantó la plancha y ante la sorpresa de Heliodora, allí no había ninguna entrada, sólo baldosas, como en el resto del suelo de la capilla.

Ella miró al cura y éste la miró a ella. Luego la joven se tiró del dedo.

-Pero, ¿qué ha pasado aquí?- preguntó Heliodora.

-Eso mismo me pregunto yo.- contestó él.

La joven pisó por encima de las baldosas y éstas estaban bien fijadas. Luego se agachó y golpeó, pero no sonaba hueco.

Heliodora volvió a mirar al sacerdote.

-¿Tú te lo has encontrado así, cuando has venido?- preguntó.

-Sí.-

La muchacha suspiró, sin saber qué decir.

-¿Quieres saber por qué he adivinado que habías perdido el libro?- le dijo él.

-¡Sí, claro!-

-Pues porque yo también he perdido el diario, misteriosamente.-

Heliodora se quedó de nuevo asombrada.

-¡Anda, vamos afuera y te lo cuento!- dijo el sacerdote.

Los dos se salieron y se sentaron en la escalinata del la ermita.

-Anoche se me ocurrió coger el diario para echarle un vistazo.- explicó el cura - Pero cuando fui a cogerlo del cajón en el que siempre lo tengo guardado, vi que no estaba. Me extrañó mucho, porque yo nunca lo he movido de allí. Pero, aún así, me puse a buscarlo por toda la habitación y como no lo encontraba, lo estuve buscando ya por toda la casa. Pero nada. Ni rastro. Así que cuando he venido, pensé, voy a bajar a ver si encuentro algún otro libro para llevarme, y al abrir la trampilla me he encontrado con lo que ya has visto.-

La joven le escuchó con mucha atención y luego le contó su versión:

-Pues a mí me pasó igual. Lo estuve buscando por toda la casa, e incluso fui a preguntarles a mis sobrinos si lo habían cogido ellos. Pero, ahora que estoy pensando, Macedonio me dijo que había visto el libro en el cajón, pero que de pronto desapareció, según él porque el hombre invisible se lo había llevado.-

El sacerdote se rió

-¿El hombre invisible?- repitió.

-Sí, bueno, ésa era su versión.- contestó la joven - Pero estoy empezando a pensar que no iba muy descaminado. Es posible que tanto el habitáculo del ermitaño como los dos libros hayan pasado a la cuarta dimensión.-

-¿Estás hablando en serio?-

-Es que todo parece indicar eso, y no encuentro otra explicación. Es algo parecido a lo que ocurre con la Nontrabada.-

-¿La Nontrabada? ¿Qué es eso?-

-La Nontrabada, también conocida como isla de San Borondón, es una isla situada cerca de las islas canarias y que está en la cuarta dimensión, pero cada cierto tiempo aparece en la tercera dimensión. Se han dado casos de viajantes o marineros que han desembarcado en esa isla y luego se fueron. Pero cuando quisieron volver a buscarla, ya no la encontraron. También se habla de templos que antiguamente existían en el mundo físico pero que luego han pasado a la cuarta dimensión y ya no son visibles en el mundo físico.-

-¡Vaya! ¡Qué extraordinario!- exclamó el cura.

Los dos se quedaron pensando en todo eso.

-¡Lástima que no pude leer todo el diario!- se lamentó él.

-¡Sí! ¡Es una pena! ¿No pudiste leer nada?-

-Sí, un poco sí. Se ve que eran un ermitaño y su esposa, como ya te dije, y vivían aquí. Bajaban de vez en cuando al pueblo para ayudar a la gente curándoles y enseñándoles algunas cosas. Y parece ser que efectivamente llevaban a cabo un trabajo secreto relacionado con la alquimia.-

-Entiendo.- respondió ella.

El sacerdote se quedó pensativo y luego le dijo a la joven:

-Heliodora, esta noche he tenido un sueño muy extraño.-

La muchacha lo miró sorprendida.

-¡Oh! ¿Extraño?-

Él la miró y le contestó:

-Sí. Verás, he soñado que tú y yo estábamos aquí con el ermitaño y su esposa. Y él nos decía que habían logrado la piedra filosofal y su Liberación, y que tenían que dejar un discípulo. Después nos decía que nos iba a entregar un Conocimiento pero que era necesario que trabajásemos en la eliminación de los defectos y además teníamos que aprender a salir conscientemente del cuerpo, porque llegaría un momento en que tendríamos que conseguir ese Conocimiento a través de la experiencia directa y no a través de los libros.-

La joven estaba maravillada por lo que acababa de escuchar. Se trataba del mismo sueño que ella había tenido.

-¡Es extraordinario!- exclamó Heliodora -¡Yo he tenido el mismo sueño!-

-¿De verdad?- dijo él, asombrado -¿El mismo?-

-Sí. Lo mismo que tú. Primero nos habló desde aquí y luego nos llevó al sótano. Luego salimos y él cerró la trampilla.-

-¡Sí! ¡Es exacto!- contestó él, admirado.

Los dos volvieron a quedarse callados, impresionados por la experiencia que acababan de comprender que habían tenido.

-Heliodora, tienes que explicarme cómo salir del cuerpo a voluntad. Dime cómo puedo desdoblarme al mundo astral conscientemente.-

-Sí.- asintió ella, emocionada – Mira, primero te acuestas, pides a tu Padre interno o a tu Madre Divina que te ayuden en el ejercicio o práctica que vas a hacer. Luego relajas tu cuerpo, soltando todos los músculos. Y luego te concentras en un mantra. Un mantra es una sílaba, una palabra o una frase en sánscrito que según cuales sean se pueden utilizar para meditar, para salir en astral conscientemente, para curar, para invocar a un Maestro, para protegerse de alguien que quisiera hacernos algún daño de tipo psicológico o energético, etc. En este caso, te concentrarás en el mantra FA-RA-ON. Entonces, con los ojos cerrados, bien relajado, empiezas a recitar el mantra alargando las vocales y las consonantes y te concentras exclusivamente en eso, no dejándote llevar por los pensamientos, sino sólo concentrado en la recitación del mantra. Lo pronuncias así: Fffffffaaaaaaaaa Rrrrrraaaaaaa Ooooooonnnnnnn. Lo puedes hacer varias veces de viva voz, y luego continuar de forma mental. Y lo repites una y otra vez, hasta que el sueño te va viniendo y sentirás una sensación como de una corriente que te va de los pies a la cabeza y que el cuerpo está más pesado, y entonces es cuando tienes que levantarte. No digo que te imagines que te levantas, ¡no! ¡Es que debes levantarte! Y entonces, si lo has hecho bien, te habrás desdoblado. Cuando estés levantado, da un salto para comprobar que estás fuera del cuerpo, si vuelves rápidamente al suelo es que no te has desdoblado y te has levantado con el cuerpo físico, entonces vuelves a acostarte y comienzas otra vez. Pero si cuando saltes, ves que flotas o desciendes muy lentamente, es señal inequívoca de que te has salido del cuerpo físico: te has desdoblado. Entonces, puedes hacer las investigaciones que quieras. ¿Has comprendido?-

-Creo que sí. Yo me relajo, bueno, primero pido ayuda a mi Dios interno, luego me relajo y me concentro en el mantra. Lo digo así: Fffffaaaaaa Rrrrrrrraaaaaaa Ooooooonnnnnn. Y lo repito una y otra vez. Luego, cuando note el estado de somnolencia y que mi cuerpo parece más pesado, me levanto.-

-Sí. Eso es. Pero no te dé miedo. Ya sabes que en realidad eso lo hacemos todas las noches, lo que pasa es que como nos dormimos pensando en unas cosas y otras, no nos damos cuenta. De todas maneras, cuando estés en el mundo astral, lo mejor que puedes hacer es llamar a tu Padre interno o a tu Madre Divina para que ellos te lleven a donde ellos vean más conveniente para que puedas aprender de alguna experiencia. Cualquier duda, problema, obstáculo, dificultad, o lo que sea, también lo mejor es que recurras a ellos, y enseguida verás que te viene la ayuda. Pero lo más importante es hacer lo posible durante el día para mantenerse consciente, porque muchas veces pasa que uno se desdobla conscientemente, pero luego se identifica con cualquier cosa que ve en el mundo astral y se le vuelve a dormir la conciencia. Y también es importante la otra práctica que te expliqué el otro día del saltito o del tirón del dedo.-

-Sí, claro.- respondió él, asintiendo reflexivo.

Los dos volvieron a quedarse pensativos y en silencio. Al cabo de un poco, el sacerdote suspiró y dijo:

-¿Hacemos la transmutación de fuerzas cósmicas?-

Heliodora sonrió y asintió.

Y los dos se pusieron bajo el árbol y estuvieron un rato concentrados en el ejercicio de transmutación de las fuerzas cósmicas.

Cuando terminaron, decidieron bajarse, pues ya estaba empezando a ponerse el sol.

-¡Bueno!- exclamó el sacerdote, mientras descendían al pueblo -¡Al menos no tendré que disimular la entrada al sótano, cuando venga Lelio mañana!-

Heliodora sonrió, y respondió:

-Sí. Es cierto. Se acabó el secreto.-

El cura se quedó pensando y luego le preguntó:

-¿Crees que volverán a aparecer la entrada al sótano y los libros?-

-Pues… la verdad es que no lo sé. Puede ser.- contestó la joven.

CAPÍTULO 24
UNA MAÑANA CONCURRIDA

El sábado y el domingo transcurrieron sin ningún incidente fuera de lo normal. Las recién llegadas se habían incorporado muy bien a la vida del pueblo y en el caso de Alejandra, ésta enseguida se hizo un hueco en el grupo de amigos de Heliodora.

Y llegó el lunes, y de nuevo la joven se fue al consultorio.

A media mañana aparecieron por allí Perístera, moviéndose con unas muletas, y Alejandra.

-¿Venís solas?- les preguntó Heliodora cuando las recibió en la sala de espera.

-No.- contestó Perístera –Me ha traído Píndaro en el coche. Lo que pasa es que ha ido a dejarlo al otro lado de la plaza. Ahora vendrá. Y como Alejandra nos ha acompañado, ella me está ayudando.-

-¡Ah, vale!- dijo Heliodora, conduciéndola con cuidado al interior de la consulta.

-¡Hola Servio!- saludó Perístera.

-¡Hola!- saludó, también Alejandra.

El médico las miró y se levantó.

-¡Hola! Supongo que vienes a que te eche un vistazo para cambiarte la escayola, ¿no?- le dijo a Perístera.

-Sí. A ver si por lo menos ya puedo andar, porque ¡estoy más harta de estar sin moverme!-

-Ya.- contestó él sonriendo y observando su pierna –Bueno, pues vamos a ver. Siéntate ahí.- dijo señalándole una camilla.

Perístera se acercó a la camilla y Heliodora la ayudó por un lado y Alejandra por el otro.

Entonces Servio se fijó en Alejandra. Y cuando ésta soltó a Perístera lo miró y le sonrió. Él se quedó un poco parado, pero luego se dirigió a Perístera:

-Vamos a quitarte esto y vemos qué tal va.-

-Vale.- contestó la joven, conforme.

En ese momento llegó Píndaro.

-¿Se puede entrar?- preguntó desde la puerta de la consulta.

-¡Claro!- respondió Heliodora sonriéndole.

Servio lo miró y frunció el ceño. Luego miró a Heliodora y le dijo:

-¡Dora! ¿No ves que estamos atendiendo a un paciente? ¿Por qué le dices que entre? ¡Píndaro! ¡Espérate afuera a que termine!-

Las muchachas y Píndaro se quedaron asombrados.

-Servio, -dijo Heliodora –perdona, pero como Píndaro viene con Tera, pensé que no había problema en que entrase.-

El médico se quedó parado y luego dijo:

-¿Viene con ella?-

-Sí.- contestó Heliodora.

Entonces Perístera no pudo callarse más y le dijo:

-¡Mira Servio, entérate, porque veo que no lo sabes! ¡Píndaro y yo somos novios!, ¿sabes? ¡Y él me ha traído hasta aquí!, ¡lo que pasa es que estaba aparcando! ¿Y sabes por qué me ha traído hasta aquí? ¡Porque tú no te has dignado a ir a mi casa a ponerme la escayola! ¡Se ve que como eso no te lo pagan!-

-¡Tera, tranquila!- exclamó Píndaro, acercándose hasta ella, y cogiéndole una mano y acariciándosela -¡No pasa nada, nenita! ¡Sólo ha sido un malentendido!-

Ella se fue calmando, con las caricias de Píndaro.

Servio los miró asombrado, y Heliodora se sonrió.

-¡Está bien!- dijo el médico de mala gana -¡Quédate si quieres, aunque esto ya está pareciendo más un meeting que un consultorio!-

-¡Pues no lo dirás por mi Píndaro, porque él no está metido en política como tú!- saltó de nuevo, Perístera.

Servio la miró, con cara de pocos amigos y Píndaro la volvió a llamar la atención con dulzura:

-¡Tranquiiila, tranquiiila, chiquita! Escucha, Servio, yo no tengo nada contra ti, ni contra tu padre. Como te ha dicho Tera, no me interesa la política y respeto todas las ideologías.-

El médico lo escuchó y le contestó de mala gana:

-¡Está bien! ¡Quédate!, ¡no hay problema!-

Alejandra, que había estado observando en silencio dijo:

-Yo, mejor me voy a esperar afuera, porque es verdad que estamos mucha gente aquí.-

Y sin dar tiempo a que nadie dijese nada se salió a la sala de espera.

Servio la miró cuando salió, pero no dijo nada.

Luego estuvo examinando la pierna y el pie de Perístera y un rato después ya le había puesto la escayola.

Por fin la muchacha herida pudo ponerse de pie sin problemas y se veía más contenta.

Cuando ella y Píndaro se salieron hacia la sala de espera, aún continuaba allí Alejandra. Y como Heliodora y Servio acompañaron a la pareja hasta allí, Alejandra se dirigió a Servio con mucha tranquilidad:

-No te he querido decir nada antes para no retrasar más la cura de Tera, pero me parece que eres un médico facha y racista. Si tratas a tus enfermos de una forma u otra según su ideología política, es que no eres un buen médico. Sólo eres uno más entre tantos que han estudiado la carrera de medicina. Y la verdad, es una pena, porque con la gente tan simpática que hay en este pueblo, no merecen ser tratados así.-

Todos los que estaban allí se quedaron asombrados por las palabras de Alejandra, pero Servio la miró de arriba a abajo y le contestó:

-Bueno, ¿y tú quién eres? ¡No, déjame adivinar! ¡Tú eres otra enteradilla revolucionaria que viene de la capital, creyéndose que los que vivimos en el pueblo somos unos pardillos! ¿A que sí?-

Heliodora miró primero a Perístera, que parecía completamente asombrada con aquel diálogo, y después a Píndaro que estaba bastante nervioso.

-Por favor, Alejandra,- intervino Heliodora – Servio es muy buen médico, y trata a todos los pacientes con amabilidad y…

-¡No me ha parecido eso cuando ha visto a Píndaro! – interrumpió Alejandra.

-¡Déjalo Dora!- dijo Servio, mirando fijamente a Alejandra -¡No tienes que darle explicaciones a esta extranjera de cómo hago yo mis cosas! ¡A ella qué le importa!-

-Pero…- empezó a decir Heliodora.

-¡Cálmate Alejandra!- dijo Píndaro – Servio y yo nos conocemos de sobra, y lo que te haya parecido antes, es sólo un malentendido, y no tiene la más mínima importancia.-

-¡Ya, claro!- contestó Alejandra, mirando también fijamente al médico.

Servio no pudo resistir la mirada de la muchacha y se dio la vuelta para entrar a la consulta mientras le decía a Heliodora:

-¡Vamos Dora! ¡Ya he terminado con esta paciente! ¿Hay alguien más esperando?-

La joven contestó que no.

-Entonces, entra en la consulta y cierra la puerta. Hay demasiado ruido ahí fuera.-

Heliodora miró a sus amigos y les dijo:

-Lo siento, chicos. Luego hablamos.-

-¡No te preocupes, Dora!- le respondió Píndaro.

Y la joven se entró en la consulta y cerró la puerta tras de ella.

Servio estaba de espaldas mirando unos libros que tenía sobre una estantería de la pared y no dijo nada de momento.

Heliodora, no sabiendo qué hacer o qué decir, simplemente se puso en alerta interior a la espera de que él hablase primero, y empezó a recoger todo lo que había por medio, después de ponerle la escayola a su amiga.

Al cabo de un par de minutos, vio a Servio mirar disimuladamente por la ventana que daba a la calle y el joven le preguntó por fin:

-Dora, ¿quién es esa chica?-

-Se llama Alejandra y es sobrina de Sabacia, la madre de Píndaro. Bueno, es sobrina segunda, la hija de una prima de Sabacia. Se ha venido una temporada a vivir con ellos.-

Él guardó silencio.

Heliodora continuó trabajando y después de poco menos de un minuto, el médico volvió a preguntarle:

-¿Y a qué se dedica esa tal Alejandra?-

-Creo que acaba de terminar sus estudios de trabajo social.-

Servio volvió a quedarse callado y ella siguió recogiendo.

-¿Y se va a quedar mucho tiempo?- preguntó de nuevo.

-Pues no sé. Creo que un mes o dos.- respondió Heliodora –Pero Servio, la verdad es que me siento incómoda respondiendo a tus preguntas. ¿Por qué no se lo preguntas a ella?-

-¿Qué? ¿A esa revolucionaria? ¡Sólo estoy preguntando por hablar de algo, pero la verdad es que me importa un bledo todo lo que tenga que ver con esa… con esa chica!- dijo él, un poco nervioso.

Heliodora se sentó en su silla, pues ya había terminado de recoger todo, y se puso a ojear un libro de plantas medicinales antiguo que tenían en la consulta.

-Servio, ¿quién trajo este libro a la consulta?– preguntó la joven – No es muy habitual ver este tipo de libros en un consultorio médico.-

-Pues, la verdad es que no lo sé.- contestó él acercándose a ella y fijándose en el libro - Tiene pinta de ser muy antiguo. Quizás de mucho antes de que llegara Don Ramiro.-

-Sí. Tú ya lo has ojeado, ¿a que sí?-

Servio sonrió.

-¿Por qué crees eso?-

-Pues porque la mayoría de las veces le mandas a los pacientes plantas y otros remedios naturales. ¿Sabes? ¡Me gusta que lo hagas! ¡Estoy totalmente de acuerdo contigo en que si los enfermos pueden pasar sin tomar medicamentos que tienen un montón de efectos secundarios, es mucho mejor!-

Servio continuó sonriendo.

-Y también creo que eres un buen médico. Aunque a veces…-

Él la miró expectante.

-¿A veces…? Sigue, ¿qué ibas a decir?-

-Iba a decir que a veces tu cara amable se esconde detrás de otra que es más… dura con otros que no tienen tus ideas. Pero he descubierto que en realidad tú no eres así. En el fondo tienes un alma bondadosa.-

El joven se quedó mirándola.

-¿Eso piensas?- le dijo.

-Sí.- respondió ella sonriéndole.

Él sonrió y le dijo:

-¡Anda, ve a la sala de espera! ¡Me ha parecido escuchar que entraba alguien!-

Durante el resto de la mañana tuvieron pocos pacientes, como venía siendo habitual y luego Servio se marchó y Heliodora se quedó recogiendo todo para el día siguiente.

Cuando salía, llegó Tulia, emocionada.

-¡Dora! ¡No sabes lo que me ha pasado!-

-No, es claro que no.- contestó ella riéndose, mientras cerraba con llave el consultorio – Dime, ¿Qué te ha pasado?-

-Esta mañana fui a comprar a la tienda de tu padre. Salía bastante cargada de la tienda y me he encontrado con Marselio, que estaba allí mismo. Entonces me ha dicho que me ayudaba a llevar las cosas y ¡me ha acompañado hasta casa! ¡Ha sido tan amable conmigo! Y hemos estado hablando de muchas cosas. Además me ha preguntado que si ya había visto la potrilla que lleva el nombre de Tera y como le he contestado que no, me ha dicho que como esta tarde trabajo, si yo quería, mañana por la mañana, podíamos ir a verla juntos. ¡Y yo le he dicho que sí!-

Heliodora se rió.

-Bueno, ¿lo ves? ¿Te das cuenta de que no le eres tan indiferente como creías?-

La joven asintió con la cara radiante de alegría.

-¡Oh, Dora! ¡No puedo creer que esto me esté pasando!- exclamó Tulia.

-¡Claro que sí, amiga! ¡Marselio sabe que eres una chica maravillosa! –

Tulia estaba realmente emocionada.

-Bueno, he venido ahora porque estaba deseando contártelo ya. Además voy a comer, porque dentro de una hora entro a trabajar. Pero, ¡me siento tan contenta!-

-Yo también, Tulia. ¡Me alegro un montón por ti!-

-¡Gracias! ¡Eres una buena amiga!- contestó Tulia, abrazándola.

Luego la muchacha se fue corriendo a su casa.

Heliodora se fue hacia su casa y por el camino se encontró al sacerdote.

-¡Hola, Heliodora, don del sol!- le saludó él, muy sonriente.

-¡Hola!- contestó ella, muy contenta.

-¡Te veo muy sonriente! ¿Te ha ido bien la mañana?- preguntó el cura.

-¡Bueno! ¡Ha sido variada! ¡Ha habido un poquito de todo!-

-¡Ah! ¡Como debe ser! ¿Sabes que el sábado estuve con Lelio en la ermita?-

-Sí. ¿Y qué pasó? ¡No se abriría el sótano otra vez!-

-¡No! ¡Qué va! Pero Lelio estuvo echando un vistazo y parece que el arreglo no va a ser tan costoso como se creía en un principio.-

-¡O sea que sí se va a arreglar!-

-Sí. Creo que va a empezar a mediados de esta semana. Por supuesto le he dejado la llave, ¡qué remedio! ¿Te das cuenta? ¡Si el sótano hubiera estado abierto, es muy posible que él lo hubiera descubierto!-

-Sí. Es verdad.-

-Tal vez, ha sido una forma de proteger aquello de miradas profanas. ¡Y no lo digo porque Lelio sea comunista!-

-¡Ya, ya!- respondió Heliodora riéndose. –Sí, es posible que sea lo que tú dices.-

-De todas maneras, yo sigo practicando por la noche la técnica que me explicaste y anoche, estuve a punto de desdoblarme. Creo que me faltó muy poco.-

La joven sonrió.

-Ya veo que eres un alumno que hace sus tareas.-

-¡Claro!-

Los dos se miraron sonrientes.

-Dime, ¿cuándo me darás la próxima clase?- preguntó el cura.

-¡Umm! ¿Esta tarde te viene bien?-

-¡Por supuesto que sí!- exclamó él -¿Sobre las ocho en… en el bosquecillo?-

-¡Vale!-

-¡Pues entonces hasta luego!-

-¡Hasta luego!

Y Heliodora se marchó feliz hacia su casa.

CAPÍTULO 25
SENTIMIENTOS OCULTOS Y SENTIMIENTOS EVIDENTES

A media tarde, Heliodora se fue a ver a Perístera, tal y como habían quedado por teléfono. Ésta le esperaba sentada en una silla junto al portal de su casa.

-¡Hola, Dora!-

-¡Hola! ¿Cómo lo llevas?-

-Es un poco incómodo y tengo que andar despacio, pero al menos me puedo mover y salir de la casa.-

Heliodora sonrió y se sentó a su lado, en un escalón de la entrada.

-¡Vaya tela lo de esta mañana!- exclamó Perístera - ¡Se ve que a Don Servio,- dijo esto con retintín – no le gusta codearse con la plebe! ¡Igualito que su padre! ¡Menos mal que Marselio es diferente!-

-No lo juzgues tan mal, Tera. Servio no es tan malo. Es verdad que la influencia de su padre sobre él es muy fuerte, pero si lo trataras más, verías que en el fondo es una persona muy afable.-

-¿Afable? ¿No has visto cómo le ha hablado a Píndaro? ¡Y con Alejandra tampoco ha sido muy… afable, como tú dices!-

Heliodora sonrió.

-Sí, es verdad que ha saltado un poco, pero es que Alejandra le ha dado también caña.-

-Bueno, sí. Eso es verdad- admitió Perístera.

-¿Estáis hablando de mí?- se escuchó al otro lado.

Las muchachas miraron y vieron a Alejandra acercándose a ellas.

-Sí, bueno, estábamos hablando de esta mañana en el consultorio.- dijo Heliodora.

-¡Ah, sí! ¡Simpático el médico!, ¿eh?- exclamó Alejandra con ironía, mientras se sentaba al lado de Heliodora.

Ésta se rió.

-Le estaba diciendo a Tera que eso es sólo apariencia. Parece muy duro y antipático, pero en realidad no lo es. Yo estoy con él desde el lunes de la semana pasada y le he visto tratar a todos los pacientes y a ninguno le ha faltado el respeto ni le ha tratado mal. Más bien todo lo contrario. Incluso a veces es hasta gracioso.-

-Dora, ¿estás enamorada de él?- le preguntó Perístera.

-¿Enamorada de él? ¡No, claro que no!- contestó Heliodora – Es sólo que tratándole me he dado cuenta de que es mejor persona de lo que parece.-

-¡Ya!- exclamó Perístera con una sonrisa traviesa -¡Así se empieza!-

Heliodora sonrió y le respondió:

-¡Pierde cuidado que no va a pasar!-

-¿Estás segura? ¡Mira que nunca se puede decir de esta agua no beberé! ¡Y si no, fíjate en Píndaro y yo! ¡Quien iba a decir, hace apenas… un par de semanas, que nos íbamos a enamorar tan apasionadamente!-

Heliodora y Alejandra se rieron por la expresión de su amiga.

-¡No, desde luego!- exclamó Heliodora, divertida -¡Nadie lo hubiera dicho!-

-¡Pues lo mismo te puede pasar a ti!- contestó Perístera.

-No. Pero yo estoy segura de que no. Me gusta trabajar con él e incluso le estoy cogiendo aprecio, pero nada de enamoramiento.- dijo Heliodora sonriendo.

-¡Pues sí estás tan segura, debe de ser porque ya estás enamorada de otro!- dijo Alejandra.

Heliodora la miró sorprendida, sin saber qué contestar.

-¿Es cierto eso, Dora?- preguntó Perístera -¿Estás enamorada de otro?-

-¡Pues… no sé por qué tenéis que pensar eso! ¡Simplemente sé que no me voy a enamorar de Servio y eso es todo! ¡Digamos que él no es mi tipo!-

-¡Ya!– exclamó Perístera, poco convencida - ¿Y quién es tu tipo?-

-¿Mi tipo? ¡Pues no sé…! ¡Alguien de otra manera!-

-¿Y ese alguien de otra manera tiene nombre?- preguntó Perístera.

-¡Uf, qué pesada estás, Tera! ¡No insistas con eso!- exclamó Heliodora, deseando acabar aquella conversación.

-Déjala, Tera.- dijo Alejandra – ¡Si no quiere hablar de eso, no insistas!-

Perístera se quedó pensativa.

-Oye Dora,- continuó Alejandra - ¿y te ha dicho algo Servio cuando nos hemos ido?-

-Pues… si te refieres a si me ha hablado mal de vosotros, no. No me ha dicho nada más.-

-¡Ah!- contestó Alejandra, pensativa.

-¿Es Marselio?- preguntó Perístera.-

-¿Qué?- dijo Heliodora.

-¿Estás enamorada de Marselio?- insistió Perístera.

-¡No! ¡Claro que no! ¿Todavía estás con eso?-

-Sí. Y la verdad, siendo amigas como somos desde pequeñas y que nos hemos contado tantas cosas, no sé por qué ahora no me lo quieres decir.-

-¡Es que no tengo nada que decir de eso!-

Perístera la miró fijamente.

-¿Me prometes que no estás enamorada de nadie?- dijo.

Heliodora se quedó callada, sin saber cómo salir de ese atolladero.

-Tera, ¿por qué no la dejas?- intervino Alejandra -¡No está obligada a contar toda su vida privada!-

Pero Perístera estaba empeñada en saberlo.

-¿Qué me dices, Dora? ¿Me lo prometes?- insistió, haciendo oídos sordos al comentario de Alejandra.

Heliodora se quedó callada unos momentos y luego respondió:

-¡Por favor, Tera! ¡No me presiones!-

Perístera la miró muy seria.

-¿De qué tienes miedo, Dora? ¿Por qué no me lo quieres decir? ¿Quién es, que te lo guardas tan en secreto?-

Heliodora se levantó y dijo:

-Mira Tera, no insistas, por favor. No tengo nada que decirte.-

-¡Conque esas tenemos!- contestó Perístera, mirándola con gesto grave -¡Muy bien! ¡Pues no creas que no sé por qué no me lo quieres decir! ¡Lo he comprendido perfectamente! ¡No sé cómo no me había dado cuenta!-

-No sé de qué me estás hablando.- dijo Heliodora, algo confundida.

-¡Vamos a dejarlo!- exclamó Perístera irritada - ¿No querías que lo dejásemos? ¡Pues vamos a dejarlo! ¡Yo tampoco tengo nada más que decirte!-

Heliodora se dio cuenta de que Perístera estaba realmente molesta porque ella no le había contestado a lo que le preguntaba. Pero, ¿cómo iba a confesarle que estaba enamorada del cura del pueblo? No, eso no podía hacerlo.

-Escucha Tera, ¿por qué no hablamos de otra cosa?... ¡Ah! ¡Por cierto! Ahora que ya puedes andar, podrás salir con Píndaro a pasear, ¿no?-

-¡Eso a ti no te importa!-

Heliodora vio que su amiga estaba verdaderamente enfadada.

-No entiendo por qué tienes que ponerte así.- dijo.

Perístera se levantó y dijo:

-Me voy adentro porque no me gustan las cucarachas y aquí hay una muy gorda. ¡Nos vemos luego, Alejandra!-

Y se metió en su casa y cerró, ante la mirada sorprendida de las dos muchachas.

-¡Vaya!- exclamó Alejandra -¡Es un poco exagerada esta chica!, ¿no?-

Heliodora no dijo nada. Estaba aún bajo los efectos del asombro.

-¡Pues sí que se ha molestado por una tontería!- continuó Alejandra.

Heliodora dirigió su atención a su interior y vio que se movían en ella un defecto de amor propio herido y otro de ira. De manera instantánea pidió a su Madre Divina eliminase de ella un defecto y después el otro y se mantuvo alerta por si salían otros defectos.

-Perdona, Dora. Yo también he tenido la culpa al empezar todo este tema.- dijo Alejandra.

-No te preocupes. Ya se le pasará. Tera es un poco impulsiva, pero se le pasará.-

En ese momento se acercaban por allí Servio y su madre, Doña Nunila.

Éste sonrió a Heliodora, pero cuando se dio cuenta de que Alejandra estaba con ella, se puso más serio.

-Servio, ¿no es esta chica, Heliodora, tu ayudante?- preguntó Nunila al verla.

-Sí. Hola Dora- dijo él, mirando a Heliodora.

-Hola Servio- saludó ella – Buenas tardes, doña Nunila.-

Mientras tanto Alejandra los miraba en silencio.

-¿Cómo estás hija? Servio me ha dicho que está muy contento con tu trabajo. Me alegro mucho. ¿Y tú, estás contenta con él?-

-Sí, doña Nunila- respondió Heliodora -Aunque la verdad es que afortunadamente no hay muchos pacientes, ¿verdad, Servio?-

Él le sonrió.

-Doña Nunila, déjeme que le presente a mi amiga Alejandra.- dijo Heliodora – Ella es de la capital, pero se ha venido una temporada a Villalta.-

-¡Ah, Alejandra! ¡Sí! ¡He oído hablar de ti! ¿Cómo estás?-

-Bien, gracias, ¿y usted?-

-¡Muy bien! ¡Gracias, maja! Mi hijo Marselio me comentó algo de que te habías venido unos días con tus tíos. ¿Y qué tal? ¿Te llevas bien con Sabacia?-

-Sí. Mis tíos son muy amables conmigo. En realidad, toda la gente de este pueblo es muy amable. Bueno, casi toda. - dijo esto mirando por unos momentos a Servio.

Éste sonrió al coger la indirecta y dijo:

-Mamá, ten cuidado, que esta chica es demasiado sincera, y es capaz de decirle a uno en su cara con una tranquilidad pasmosa varios calificativos que podrían llamarse insultos.-

-¿Cómo?- dijo doña Nunila, sin comprender.

-Lo que quiere decir su hijo es que no le caigo bien porque esta mañana le dije algunas cosas que no le gustaron.- explicó Alejandra.

-¿Ah sí? ¿Qué te dijo?- preguntó doña Nunila riéndose.

-Nada que no pudiera ser perdonado.- contestó él mirando a Alejandra.

La joven se quedó mirándole también y luego le sonrió.

-Está bien. Yo también olvidaré el resto.-

Él volvió a sonreír y asintió.

Doña Nunila le dijo a Heliodora:

-Tulia también es amiga tuya, ¿verdad?-

-Sí, claro.-

-Es una muchacha encantadora. Ya sabrás que hoy empezaba a trabajar en el hotel, ¿verdad?-

-Sí.- respondió Heliodora –Esta mañana la vi y me dijo que empezaba esta tarde.-

-Sí. Nos hizo una prueba y la verdad es que cocina maravillosamente, ¿verdad, Servio?- dijo doña Nunila mirando a su hijo.

Pero el joven pareció no escucharla porque estaba completamente absorto mirando a Alejandra. Y ésta también lo miraba a él como hipnotizada.

Doña Nunila y Heliodora se miraron sorprendidas y la joven tuvo que morderse los labios para no reírse, mientras que la mujer sí que se reía, y le dijo a Servio, tocándole en el hombro:

-¡Vamos hijo! ¡Que vas a gastar a la muchacha de tanto mirarla! ¡Anda, que tu padre nos está esperando!-

Servio pareció despertar y aclarándose la voz contestó:

-Sí, claro. Vamos.-

Y los dos se marcharon, aunque Servio miró a Alejandra varias veces más y ésta le sonrió.

-¡Bueno!- exclamó Heliodora, con cierta cortedad - ¡pues yo me tengo que ir!-

-¡Dora! ¡Debo haber parecido tonta!, ¿verdad?- dijo Alejandra.

-¡No, no te preocupes!- respondió Heliodora, disimulando sus ganas de reír.

Alejandra sonrió.

-Creo que ha sido un flechazo. No sé cómo, pero de pronto he sentido que él era el hombre de mi vida. Ya en el consultorio me llamó la atención, a pesar de lo quisquilloso que se puso con Píndaro. Pero ahora ha sido definitivo. ¡Es verdad lo que decías! ¡No es tan desagradable como yo creí!-

Heliodora se rió.

En ese momento llegó Píndaro.

-¡Hola! ¿Qué hacéis? ¿Dónde está Tera?-

Heliodora se quedó cortada y no dijo nada.

-Está en su casa.- contestó Alejandra.

-¡Ah! ¿Estáis esperándola a que baje?-

-No. En realidad se ha metido hace poco- respondió Alejandra –Creo que estaba un poco cansada.-

-¡Ah! Bueno voy a verla ahora, porque después me tengo que ir, que hay otra vaca de Don Cenobio que va a parir... Pero, Dora, ¿te pasa algo? ¡Te veo rara!-

-¿A mí? ¡No! ¡No me pasa nada!- contestó Heliodora.

-Bueno, yo me voy a ver a tu padre, Píndaro.- dijo Alejandra - Que esta mañana nos hemos quedado a medias con una conversación muy interesante. Está en la misma obra de esta mañana, ¿no?-

-Sí, creo que sí.- contestó el joven.

Alejandra se marchó.

-Dora, ¿subes conmigo a casa de Tera?-

-No. Yo también me voy ya.-

-Está bien.- contestó el joven, observándola.

-¡Hasta luego, Píndaro!-

-¡Hasta luego!-

CAPÍTULO 26
IMPRESIONES

Heliodora se encaminó hacia el bosquecillo. Ya le estaba esperando allí el padre Andrés.

-¡Hola, de nuevo!- saludó él, muy sonriente.

-Hola.- contestó la joven, con poco entusiasmo y sentándose al lado de él.

Él la miró extrañado.

-¿Qué te pasa?- le preguntó.

-Nada.- contestó ella.

-¡Algo te pasa! ¡No me puedes engañar! ¡Ya sabes que yo soy adivino!- bromeó él para animarla.

Ella sonrió, levemente.

-¡Uy, uy, uy! ¡Esto está más grave de lo que pensaba!- exclamó el sacerdote -¡Algo te ha pasado que te ha quitado la sonrisa!-

Heliodora sonrió por fin.

-No te preocupes, no es nada. ¡De verdad!-

-¿Somos amigos o no?-

Ella asintió.

-¡Entonces, cuenta conmigo! ¡Anda, dime qué te pasa!-

La joven se quedó pensando y luego le contestó:

-Es que he tenido un pequeño altercado con Tera. Nunca nos hemos peleado pero no sé por qué hoy… En realidad, no sé realmente por qué ha pasado,… Pero, bueno, ¡ya está! ¡No te preocupes! ¡Seguro que se le pasa y me vuelve a hablar!-

-¡Así que no te habla!, ¿eh? –

La joven le miró y le dijo:

-¿Te importa que no hablemos de esto? Es que no deseo hacerlo.-

Él la miró a los ojos y le sonrió:

-¡Claro, Heliodora! Perdóname por insistir.-

-Gracias.- respondió ella.

La joven dirigió su mirada hacia el horizonte y los dos se quedaron callados.

Al cabo de unos momentos el cura le dijo:

-He estado pensando acerca de todo esto de que tenemos tantos defectos psicológicos y de que atrapan nuestra conciencia, y quería preguntarte: ¿cómo hemos llegado a esto? Quiero decir, ¿por qué tenemos esos defectos, por qué tantos y cuándo se han creado? ¿Cómo hemos llegado a este estado?-

Heliodora sonrió y lo miró.

-Vale. Hoy vamos a hablar de eso, si quieres.-

-¡Estupendo!- exclamó él, muy contento.

Ella se rió, mientras pensaba: "¡Es como un niño!"

-Bueno, pues… verás, el ser humano tiene tres tipos de alimentos.- comenzó a decir Heliodora –El primero es la comida, que ingerimos por la boca, luego viaja hasta el estómago allí se digiere, etc., y de esa comida sacamos las vitaminas, minerales y todo lo necesario para que nuestro cuerpo se mantenga sano. El segundo tipo es el aire que entra por la nariz o por la boca y va hasta los pulmones que es donde parte hacia la sangre y por todo el cuerpo. Esto está claro, ¿no?-

-Clarísimo.-

-Vale. Pero aún tenemos un tercer tipo de alimento y son las impresiones. Las impresiones son todo lo que nos llega del mundo exterior. Por ejemplo, tu ves este pino, ¿no?-

-Sí-

-Sin embargo, lo que llega a ti, no es el pino en sí, sino su imagen. Eso es una impresión. Otro ejemplo, tú me estás escuchando, ¿no?-

-Sí-

-Pues el sonido que llega a ti no es realmente mi voz, sino la impresión de mi voz… Si yo te toco por ejemplo, aquí, en el hombro, lo que tú sientes es una impresión, ¿entiendes? El viento que notas en tu brazo, llega a ti como una impresión, el olor de los pinos te llega como una impresión, el sonido de los pájaros te llega como una impresión, y así todo. ¿Comprendes?-

-Sí-

-Así que ya ves que todo lo que nos llega lo hace en forma de impresiones. Las impresiones son esenciales para vivir. El primer alimento, la comida, es importante para que podamos vivir, pero podríamos estar varios días sin comer, y seguiríamos viviendo. El segundo, el aire, es más importante aún, porque como mucho podríamos estar un par de minutos o poco más, sin respirar. Pero sin las impresiones no podemos vivir, ni unos segundos. Sin embargo, hay una diferencia a la hora de transformar el tercer tipo de alimento con los otros dos, es decir con la comida y con el aire, y es que no hay un órgano concreto como el estómago o los pulmones que nos sirva para digerir las impresiones. Y cuando no se digiere correctamente una impresión, el resultado es que se pueden crear nuevos defectos psicológicos. Por eso, es necesario poner un filtro que haga el trabajo equivalente al estómago o a los pulmones, pero en este caso tendría que ser un transformador de impresiones. Este transformador es la conciencia. Por ejemplo…- Heliodora se quedó pensando y luego dijo – Llega una persona y te dice: "¡Mira que eres feo!"-

El cura puso cara de sorprendido y la muchacha se rió.

-¿Ves?- le dijo la joven riéndose – Entonces, si dejas que te llegue esa impresión sin colocarle ningún filtro o dicho de otra manera, si tú no la digieres, si tú no la transformas, si tú no haces el trabajo que hace el estómago con la comida o los pulmones con el aire, reaccionas de forma mecánica… ¡Bueno, perdona, era una broma para mostrarte un ejemplo!-

-¡Uf! ¡Menos mal! ¡Ya me iba a entrar complejo!- exclamó el sacerdote, pasándose una mano por la frente, como si secara el sudor.

Heliodora se rió.

El cura la miró sonriendo.

-Bueno, ya en serio, creo que más o menos lo he cogido.- dijo él.

-Vale, te voy a poner otro ejemplo… ¡Vamos a ver…sí!, ¡uno típico!, está un hombre que es albañil trabajando en… pongamos en la calle, y de pronto pasa una muchacha muy guapa, entonces ese albañil si no transforma esa impresión, reacciona mecánicamente y empieza a mirarla descaradamente e incluso puede que hasta le diga cualquier barbaridad. ¿Qué pasó ahí? Pues que al no transformar esa impresión creó un defecto de lujuria. ¿Entiendes?-

-Sí.-

-Un último ejemplo: Esta vez es una mujer, y de repente se encuentra con una amiga, y ésta lleva un vestido muy bonito, va muy arreglada, con un peinado de peluquería, y bueno, en resumen, que está muy guapa. Si la primera mujer no transforma la impresión que le llega de su amiga, puede ser que sienta envidia por ella. Ya tenemos ahí un defecto de envidia. Sin embargo, es posible que no acepte admitir que su amiga está muy guapa, y entonces alimenta o crea otro defecto de soberbia. E incluso, puede que no quiera que su amiga se dé cuenta de su envidia y le ponga buena cara, diciéndole que qué guapa está, aunque por dentro esté hirviendo de rabia y entonces hay tenemos un defecto de ira o uno de odio y otro de hipocresía. Luego, es posible que cuando hable con otra persona, la envidia le empuje a hablar mal de su amiga, creando o alimentando otro defecto de crítica. En fin, ya ves que por estar dormido y dejarse llevar de forma mecánica se pueden estar creando defectos o alimentando los que ya se tienen, de manera continua.-

-¡Vaya! ¡Si no se para uno a verlo, la verdad es que parece increíble!-

Heliodora sonrió.

-Entonces lo que hay que hacer es poner la conciencia de por medio, para que ésta transforme las impresiones que nos vienen. Es decir, estar en continuo recuerdo de sí, alerta a nuestro interior y no olvidarse uno de su Ser. Es procurar estar consciente de momento en momento. Mira, existen tres pasos para el sueño de la conciencia: el primero es la identificación, el segundo que va seguido es la fascinación y el tercero que es el resultado final es el sueño: el sueño de la conciencia. Cuando uno está identificado con algo es porque se ha olvidado de sí mismo. En el

momento en que uno se olvida de sí mismo se identifica con cualquier cosa y cuando quiere acordar se deja fascinar por eso, y de ahí sin darse cuenta, pasa al sueño de la conciencia. Si yo estoy viendo a dos personas discutiendo y me olvido de mí misma, entonces me identifico con lo que veo y me dejo llevar por la intriga de qué será lo que les pasa, por qué discuten, entonces ya estoy cayendo en la fascinación y empiezo a pensar cuál llevará la razón, estaré pendiente de lo que ha dicho ahora uno de ellos, y entonces me digo: "pues si yo estuviera ahí le contestaría tal cosa"… etc., y así me habría dormido la conciencia plenamente en eso. Así es como el ego, como los defectos psicológicos van alimentándose. ¿Entiendes?-

-Sí.-

-La humanidad en general vive dormida en un sueño. Lo peor de todo es que no nos damos cuenta, porque ese sueño nos lo impide. Cuando uno empieza a hacer el esfuerzo de despertar, entonces puede empezar a cambiar. Los primeros pasos son: el recuerdo de sí y vigilar nuestros pensamientos, sentimientos y actos que normalmente están provocados por defectos psicológicos. Y seguidamente, cuando hemos auto-observado un defecto, pedir a la Madre Divina que lo disuelva, que lo elimine de nuestro interior, para que la conciencia que tiene atrapada pueda liberarse por fin. ¿Has comprendido?-

-Sí, creo que sí.-

Luego, el sacerdote se quedó callado, mientras reflexionaba. Y Heliodora también se quedó en silencio. Así permanecieron unos minutos.

Luego la joven suspiró y él la miró y le sonrió. Ella también le miró sonriendo y los dos se quedaron así varios segundos.

Pero Heliodora advirtió un pensamiento en ella que decía: "¡Por favor, deja el sacerdocio y pídeme que me case contigo!", mientras se le empezaba a acelerar el corazón y seguidamente sintió un fuerte magnetismo hacia él. La joven se dio cuenta de que aunque cualquiera hubiera pensado que aquello que sentía era amor, en realidad era un defecto de lujuria que deseaba a aquel joven. Así que desvió su cabeza hacia el horizonte y pidió a su Madre divina la eliminación de ese defecto.

Después, sintiéndose más calmada, volvió a mirarlo y vio que él estaba con la cabeza agachada y los ojos cerrados. Pero enseguida los abrió y levantó de nuevo la cabeza, y al verla, volvió a sonreírle y le dijo:

-Heliodora, tú no imaginas el bien que me estás haciendo. Todas estas enseñanzas que me estás dando tienen un valor inapreciable. Estás cambiando mi vida, ¿lo sabes?-

Ella sonrió.

-Me alegro mucho de que te puedan servir. De verdad.-

-Sí.- contestó él –Reconozco que al principio me tambalearon bastante, pero ahora lo veo cada vez más claro. De hecho… -el sacerdote se quedó pensativo - ¡Bueno! ¡Mejor no adelantemos acontecimientos, ni decisiones! ¡Quiero dar pasos firmes, sin miedo a equivocarme! ¡Quiero hacer lo correcto! ¡Quiero actuar conscientemente! ¡Quiero hacer la voluntad de mi Dios interno!-

La joven se sentía contenta de verlo expresarse así. Poder compartir con él todas las enseñanzas que ella había recibido era realmente gratificante. En realidad, sentía que entre ellos había una verdadera compenetración y camaradería.

-¿Hacemos un poco de transmutación de las fuerzas cósmicas?- propuso el padre Andrés.

-Sí.- respondió Heliodora.

Allí mismo se descalzaron y estuvieron concentrados un rato en el ejercicio.

Un poco más tarde, mientras regresaban al pueblo, el sacerdote le preguntó a la joven:

-Oye, ¿cómo te va en el trabajo? ¿Te sigues llevando bien con Servio?-

-Sí, muy bien.- respondió ella.

Él se quedó callado.

-La verdad es que es un buen médico.- continuó la joven -Lo que más me gusta es que intenta tratar a los pacientes con métodos naturales que son menos perjudiciales que los medicamentos con sus efectos secundarios.-

-¡Ah, vaya, eso está muy bien!-

-Además en la consulta es muy amable con la gente. Justamente se lo estaba explicando a Tera y a Alejandra esta tarde, que Servio parece de primeras muy antipático, pero luego tiene un gran corazón.-

Él volvió a quedarse callado.

Heliodora caminó también en silencio.

-Te gusta Servio, ¿verdad?- le preguntó el sacerdote.

Ella lo miró sorprendida.

-¡No! ¡Claro que no!- se aproximó a decir rápidamente. -¡Quiero decir que me cae bien, y le aprecio, pero no estoy interesada en él como pareja!-

Él sonrió.

-¡Bueno, no hay nada de malo en que te guste!- insistió.

-¡No! ¡No me gusta! ¡De verdad! ¡Créeme! ¡Él no me interesa de esa manera que piensas!-

El cura se rió. Y parecía contento.

-¡Bueno, bueno! ¡Te creo, te creo!- exclamó, entre risas.

Ella lo miró aliviada, pero al verlo reír de aquella manera también se rió.

Y los dos continuaron andando charlando animadamente.

CAPÍTULO 27
PRUEBAS

Cuando Heliodora llegó a su casa, su madre le dijo:

-Ha estado aquí Perístera buscándote.-

-¿Tera?-

La joven se extrañó.

-¿Ha venido hasta aquí?-

-Sí. ¡La pobre! ¡Con la pierna y el brazo escayolados!-

-Sí, es verdad. ¿Te ha dejado algún recado?-

-No. Pero la he visto muy preocupada.-

-Voy ahora mismo a su casa.- dijo Heliodora.

Y se marchó a ver a su amiga.

Cuando Candelaria la pasó al dormitorio de Perístera, ésta se encontraba acostada, pero no estaba durmiendo.

-Hola Tera. –saludó Heliodora –Me ha dicho mi madre que has ido a mi casa.-

-Sí.- contestó la otra joven, incorporándose –He ido porque quería hablar contigo. Pero ya he visto que no estabas.-

-No.-

-¿Has ido a ver el parto de la vaca de Don Cenobio?- preguntó Perístera, con una voz lastimosa.

-No.-

-¿No? ¿De verdad?- insistió Perístera, mirándola fijamente.

-No. De verdad. Pero, ¿por qué me preguntas eso?- dijo Heliodora, intrigada.

-¿Sabías que Píndaro estaba asistiendo a la vaca de Don Cenobio?-

-Sí, ahora que lo dices, sí. Me lo dijo Píndaro antes. Pero, ¿qué pasa con eso?-

-¿Cuándo has visto tú a Píndaro?- preguntó Perístera, sin dejar de mirarla.

-Pues… esta tarde, cuando vino a verte. Alejandra y yo estábamos abajo y lo vimos. Nos dijo que venía a verte antes porque luego se tenía que ir a lo de la vaca. Pero, ¿qué pasa, Tera? ¿Por qué me preguntas tanto?-

Perístera bajó la cabeza e hizo un gesto como si se aguantara las ganas de llorar.

Heliodora se sentó en su cama y le cogió la mano.

-¿Qué pasa, amiga? Dime, ¿qué te ocurre? ¿Por qué estás así?-

Perístera la miró con lágrimas en los ojos y luego le dijo:

-Si de verdad eres mi amiga, dime la verdad, ¿es Píndaro tu amor secreto?-

-¿Qué?- exclamó Heliodora – Pero Tera, ¡claro que no! ¿No te lo he dicho ya varias veces? ¡Píndaro me cae bien, le tengo aprecio, pero no estoy enamorada de él!-

-¿De verdad? ¿Me lo prometes?-

-¡Sí, te lo prometo! Pero, ¿por qué se te ha infundido ahora eso?-

Perístera respiró profundamente, y dijo con la voz medio llorosa:

-Ya sé que me has dicho varias veces que no estabas enamorada de él, pero como no querías decirme quién era tu amor secreto, empecé a pensar que tenía que ser alguien que no querías que yo lo supiese y entonces me vino la idea de que a lo mejor a ti te pasó lo mismo que a mí: que cuando tuve el accidente y Píndaro fue tan valiente y tan bueno, tú empezaste a fijarte en él y te enamoraste de él, como yo. Y luego me vinieron pensamientos de que como él había estado enamorado de ti, si se enteraba de que tú ya lo querías, él me dejaría a mí, por ti.-

-¡Uf! ¡Madre mía, Tera! ¡No puedes estar siempre dándole tantas vueltas a la cabeza! ¡Todos esos pensamientos negativos tienes que quitártelos de una vez! Primeramente y para que se te quede claro: no estoy enamorada de Píndaro. En segundo lugar, es verdad que hubo un tiempo que yo le gustaba, pero en realidad el te quiere a ti. ¡Pero si está loquito por ti! ¡Te mira de una

forma que jamás me ha mirado a mí! ¡Y te trata con tal dulzura y paciencia, que se nota que te quiere de verdad! ¡Tienes que quitarte esos miedos y esos celos!-

Perístera sonrió levemente.

-Dora, ¡si es que aquí metida todo el tiempo, me empiezan a asaltar un montón de pensamientos y ya no sé qué hacer! ¡Tengo unas luchas internas que ya no sé ni lo que es real ni lo que no!-

Entonces Heliodora comenzó a hablarle de los defectos psicológicos y que no eran exclusivos de ella, sino que la mayoría de los humanos los tenía. Luego le explicó que esos defectos creaban muchas veces confusión con pensamientos negativos de toda índole y que también utilizaban los sentimientos para lo mismo. Después le hablo de ese poder divinal que subyace en el fondo de cada ser humano y que era la Divina Madre. Y terminó explicándole cómo trabajar psicológicamente para hacer desaparecer esos defectos psicológicos que en un momento dado, tanto le hacían sufrir, pidiéndole a su Divina Madre que los eliminara de su interior.

Perístera le escuchó con mucha atención y Heliodora pensó que si su amiga quería, ya tenía las armas para liberarse de tanto dolor.

Luego Perístera le pidió perdón por haber pensado mal de ella y por haberla tratado tan mal horas antes.

Heliodora sonrió y le dijo:

-¡Tonta! ¡Somos amigas!, ¿no? ¡Pues ya está!-

Perístera, por fin sonrió.

-Pero Dora, la verdad es que sigo bastante intrigada con tu amor secreto. ¿Por qué no me lo quieres decir?-

-¡Pero si no hay nada!- contestó Heliodora.

-¿De verdad? ¿No estás enamorada de nadie?-

Heliodora suspiró y respondió:

-Bueno, está bien. En realidad sí estoy enamorada de alguien, pero no hay nada entre nosotros. Por eso, no quiero hablar de ello.-

-¿Él no te quiere?-

-Pues… es que es complicado. No sé si me quiere o no, pero de momento, no puede haber nada entre nosotros.-

Perístera puso cara de asombro:

-¡Dora! ¿Te has enamorado de un hombre casado?-

-¡No, claro que no!– respondió ella, con un gesto de rechazo, pero luego se quedó pensativa –Aunque para los efectos… es como si lo estuviera…-

-¡Entonces es que tiene una pareja! ¿Es eso? ¿Ya tiene novia?-

-¡No! ¡Mira Tera, déjalo! ¡No quiero hablar de esto, por favor!-

-Está bien, perdona. No voy a insistir. Pero si en algún momento quieres desahogarte sobre lo que sientes, cuenta conmigo.-

-Vale, gracias- respondió Heliodora, mientras pensaba: “Gracias, pero no es contigo con quien me puedo desahogar. Prefiero contar con mi Madre Divina.”

-Bueno, Dora, gracias por venir, gracias por explicarme esa técnica de eliminación de los defectos y gracias por ser tan buena amiga.- dijo Perístera sonriendo y acercándose a ella para abrazarla.

-De nada.- contestó Heliodora, correspondiendo al abrazo de su amiga.

Luego, como ya era tarde, Heliodora se despidió y se fue.

Cuando salió del portal de la casa de Perístera, se encontró en la calle a Píndaro.

-¡Hola, Dora! ¿Qué haces tan tarde en casa de Tera?- preguntó extrañado el joven -¿Se encuentra mal?-

-No. Es sólo que teníamos que hablar algunas cosas. ¿Y tú? ¿No estabas en el parto de la vaca?-

-Sí, ya ha nacido el ternero. Me he escapado un momento para ver a Tera porque la he visto algo melancólica esta tarde. Estaba un poco rara. Voy a ver si está mejor.-

Heliodora sonrió.

-Sí, anda, ve rápido porque ya se ha acostado, aunque no creo que se haya dormido todavía.-

-¡Ah, vale! ¡Entonces no me entretengo, más! ¡Nos vemos, Dora!-

-¡Hasta luego!- contestó ella, siguiéndolo con la mirada mientras entraba en el portal de la casa de su amiga.

"¡Hay que ver el daño que nos puede hacer el ego!"- pensó la joven, mientras caminaba hacia su casa, "Con pensamientos negativos y con un falso sentimiento. El problema está en que pensamos que pensamos y sentimos que sentimos, pero en realidad es un defecto el que piensa en nosotros y el que siente. Si no fuera por el sentido de la autoobservación, nunca podríamos darnos cuenta de ello y seríamos siempre víctimas del engaño de nuestro propio ego. ¡Y pensar que la mayoría de la humanidad vive engañada en esa ilusión!"

Aquella noche, cuando Heliodora fue a dormir, tenía la mente demasiado alborotada, así que hizo antes de acostarse el ejercicio de la danza de los derviches en el que hacía los tres movimientos a la vez con la cabeza, las manos y las piernas, para poder relajar su mente.

Una vez que ya tenía la mente más calmada se tumbó, hizo sus peticiones de ayuda a sus Padres internos y comenzó a hacer la práctica de desdoblamiento con el mantra FA RA ON.

Después de un rato concentrada, sintió una sensación extraña en su cuerpo, como una especie de corriente y como si estuviera más pesada. La joven se levantó y después dio un salto. Efectivamente, se había desdoblado.

Entonces dijo:

-¡Padre mío! ¡Llévame a donde pueda aprender!-

Entonces sintió como si la llevaran a una especie de mercado. Ella comenzó a pasear por allí, preguntándose qué sería lo que tenía que aprender.

De repente, un tendero de un puesto empezó a gritar:

-¡Miradla! ¡Ahí está la ladrona! ¡Miradla cómo va vestida! ¡Es una pobretona que se dedica a robar a sus amigas! ¡Y además quiere embaucar a un sacerdote! ¡Es una profanadora!-

Heliodora lo miró asombrada.

-¡Sí! ¡Es verdad! -gritó una mujer- ¡Además es una mentirosa! ¡Miente a sus amigos y a su familia!-

-¡Y también le gusta coquetear con todos los hombres! ¡Es una cualquiera!- gritó otra.

-¡Es una egoísta! ¡Dejó abandonada a su tía cuando más la necesitaba!- chilló otra mujer.

-¡Hipócrita!- dijo un hombre.

-¡Mal nacida!- gritó una mujer mayor.

-¡Holgazana!-

-¡Chismosa!-

-¡Es una glotona!

-¡Y tiene mucha soberbia!-

La joven escuchaba todas aquellas imprecaciones, a la vez que todos se iban acercando a ella, y gritándole sin parar.

Entonces sintió que la ira estaba a punto de salir en ella y cerró los ojos y dijo:

-¡Madre mía, desintegra esta ira de mi interior!-

Cuando se sintió más calmada, abrió los ojos y vio que el mercado había desaparecido y se encontraba en una especie de salón enorme y ante ella había varios niños de gran belleza que se acercaban y con sonrisas le decían:

-¡Bravo, Heliodora! ¡Has pasado la prueba de fuego!-

-¿La prueba de fuego?- repitió ella asombrada -¡Oh! ¡Entonces se trataba de eso!-

-Sí.- le contestó uno de ellos –Para recorrer el camino de la Liberación, tendrás que pasar muchas pruebas que te servirán para medir tus progresos en tu trabajo psicológico. Aquí se te ha probado el orgullo y la ira y has sabido salir bien. Sin embargo, ésta es sólo una prueba, porque habrá muchas más. No sólo en el mundo astral, sino también en el mundo físico. Por ejemplo, la situación que has vivido con Perístera esta tarde, ha sido también una prueba, pues cuando te ha insultado no has reaccionado con ira ni con rencor hacia ella.-

Heliodora asintió, admirada.

-Te animamos a que sigas trabajando sobre ti mismo, para que puedas despertar definitivamente.-

La joven volvió a asentir y dijo:

-Gracias.-

Entonces se despertó.

Heliodora no se movió en absoluto y recordó toda la experiencia. Entonces sonrió, pues se sentía muy contenta.

CAPÍTULO 28
IMPRUDENCIAS

Al día siguiente Heliodora se marchó como cada mañana al consultorio.

Poco después de abrir, llegó Servio.

-Buenos días, Servio.-

-Buenos días, Dora. Vamos a ver cómo se nos presenta la mañana.- dijo el joven, dejando sus cosas en su despachó.

-Sí- respondió ella, mientras cerraba el cajón archivador.

-Dora, dime una cosa, esa chica… Alejandra… ¿la conoces mucho?-

Heliodora se sonrió por dentro, pensando: "¡Qué transparente es!"

-Bueno, no mucho. Llegó el viernes pasado, y nos hemos visto algunos ratos.-

-¡Ah!- contestó él, ojeando un libro, como si realmente no le importara lo que le decía la joven.

Heliodora se sentó en su silla y cogió el libro de plantas medicinales.

-Supongo que tendrá un novio en la capital.- dijo Servio.

-Pues… no sé, pero creo que no. Al menos nunca nos ha dicho que lo tuviera.-

-¡Ah!-

La joven buscó la página por la que se había quedado el día anterior y el médico se dirigió hacia la ventana y se quedó absorto en sus pensamientos.

Heliodora lo miró y sonrió.

-Me ha dicho Marselio que también está interesada en la política,- dijo él - y que es de izquierdas como Lelio.-

Heliodora pensó: "¡Ah! ¡Ya ha topado con un obstáculo!". Pero no dijo nada.

-¿Es cierto eso?- insistió Servio, mirándola.

-Pues… eso creo, sí.-

El médico se quedó mirándola, pero la joven se dio cuenta de que en realidad no la estaba viendo a ella, sino que seguía metido en sus pensamientos. Luego Servio, con un gesto serio volvió a mirar por la ventana.

En ese momento llegó un paciente y Heliodora se levanto para hacerlo pasar.

Durante toda la mañana, la joven notó al médico más callado que de costumbre, e incluso algo distraído.

Cuando éste se fue, como cada día ella recogió todo y luego se dispuso a salir. Al llegar a la calle, se encontró al padre Andrés.

-¡Hola Heliodora!- le saludó él, muy animado.

-¡Hola!- contestó ella, también muy contenta.

-Te estaba esperando.- le dijo el cura.

-¿Sí? ¿Qué hay de nuevo?- preguntó ella, más contenta aún.

Él se rió.

-¡Tengo que contarte algo!-

-¿El qué?-

-Esta noche me he salido del cuerpo voluntariamente.-

Heliodora lo miró, muy sonriente.

-¡Qué bien! ¡Me alegro mucho!- exclamó.

-¿Y sabes?- continuó el sacerdote - Cuando me desdoblé, hice lo que me dijiste y…-

No pudo terminar de hablar porque Heliodora le puso dos dedos en su boca, para que no hablase, mientras le decía rápidamente:

-¡No me lo cuentes!-

Él se quedó sorprendido mirándola y entonces ella reaccionó y con la misma rapidez le quitó los dedos de la boca, mientras se sonrojaba y desviaba su mirada hacia abajo.

La joven haciendo un esfuerzo volvió a levantar su cabeza y le dijo:

-Perdona. No he debido hacer eso. Lo he hecho instintivamente, para evitar que hablases.-

Él le sonrió con ternura y le contestó:

-No te preocupes, Heliodora. No pasa nada. Hay suficiente confianza. Si me he sorprendido ha sido porque no me lo esperaba, pero no tiene importancia.-

Ella sonrió también, aún algo cohibida.

-Pero dime, – continuó el sacerdote -¿por qué no puedo hablar?-

Ella suspiró y le respondió:

-Porque es mejor no contar las experiencias que se tienen, por varias razones. La primera es que esas experiencias son muy íntimas de cada uno y si las cuentas, puede pasarte que no se te vuelvan a dar esas experiencias. La segunda razón es que si cuentas tus experiencias a otros, el ego es tan sutil que puede creerse que es mejor que nadie, porque tiene experiencias que otros no tienen, y existe el riesgo de que el defecto de la mitomanía se robustezca en uno. En tercer lugar, porque si otros te escuchan y ellos no tienen esas experiencias, pueden creer que eres superior a ellos, y pueden volverse seguidores tuyos y en este Trabajo interior, nadie debe seguir a nadie, sólo debe seguir a su propio Ser interno.-

-Comprendo.- respondió él –Bueno, Heliodora, has hecho bien en taparme la boca, porque soy demasiado charlatán. ¡Quizás deberías hacerlo más a menudo!- dijo riéndose.

La joven se rió, aunque aún sentía algo de pudor en su interior, por la excesiva confianza que se había tomado.

-Y ahora, dime – continuó él -¿cuándo seguimos con las clases?-

-Pues… no sé… ¿cuándo puedes tú?-

-¿Está bien mañana por la tarde?-

-Sí. Vale.-

-¡Ay, espera!- exclamó el sacerdote -¡Ya no me acordaba! ¡Mañana va a subir Lelio a la ermita! ¡Seguramente que voy a tener que subir con él! ¡Vaya!-

-Bueno, pues lo dejamos para pasado mañana.-

-Está bien, ¡qué remedio!-

Ella sonrió y él también sonrió.

Luego se despidieron y cuando Heliodora se encaminó hacia su casa vio a Perístera con su abuela y con Alejandra, que estaban sentadas en un banco, junto a la panadería, mientras los dos hermanos de Perístera jugaban con las bicicletas por los alrededores.

Heliodora se acercó hasta ellas.

-¡Hola!- saludó.

-¡Hola hija!- contestó Vladimira -¡Ahora sales de trabajar!-

-Sí- respondió ella, sonriendo.

-¿Y cómo te va? ¿Llevas bien tu trabajo?-

-Sí, bastante bien.- contestó ella mirando a Alejandra.

Ésta le sonrió y le preguntó:

-¿Ya se ha ido Servio?-

-Sí. Él suele irse sobre la una. Yo me quedo un poco más, recogiendo todo.-

-¡Ah!- respondió ella.

Heliodora miró a Perístera y vio que ésta la miraba a ella con un gesto pensativo.

De repente, Vladimira gritó:

-¡Redento! ¡No!-

Al mismo tiempo que se escuchaba un golpe.

Heliodora y las otras chicas se giraron y vieron a Redento caído junto a su bici, y un coche al lado, del cual estaba saliendo el conductor.

Heliodora fue corriendo hacia el niño, al mismo tiempo que oró: "¡Dios mío que no sea nada!". Alejandra la siguió, mientras Vladimira y Perístera iban detrás. El chiquillo miraba como atolondrado, y le salía sangre en la cabeza y también en los brazos.

El hombre, que no era del pueblo, dijo:

-Se me ha atravesado con la bici.-

Heliodora lo miró, pero no le prestó atención sino que se puso a revisar al niño. Empezó a preguntarle:

-Dime, ¿cómo te sientes? ¿Qué te duele?-

-Me duele el codo y también aquí.- dijo el niño llevándose la mano a la cabeza, pero al ver que tenía sangre empezó a llorar asustado gritando -¡Mamáaaa! ¡Mamáaaa!-

Vladimira se acercó y le dijo:

-¡Tranquilo, mi vida, que ya llamamos a tu madre! Alejandra, ¿tú podrías ir a buscar a mi nuera?-

-¡Ahora mismo!- dijo ella.

Heliodora examinó la herida de la cabeza y vio que no era muy grande y luego miró los brazos y vio que parecía no tener nada roto. Entonces le dijo a Nectario:

-Corre, ve a casa de Don Cenobio, y dile a Servio que ha habido un accidente y que lo necesitamos.-

Nectario, que estaba también muy asustado asintió con la cabeza y cogió rápidamente su bici para hacer lo que le había mandado Heliodora.

-¡Y ten cuidado!- le gritó la joven.

El conductor del coche volvió a hablar:

-Espero que no sea nada, pero la verdad es que se me ha atravesado.-

Perístera no pudo soportarlo y empezó a gritarle que si era un desalmado que iba atropellando niños por los pueblos, que no estaba en la capital y que tenía que haber circulado más despacio.

Heliodora, mientras tanto, le preguntó al niño:

-A ver, Redento, yo sé que tú eres un niño muy valiente. Dime, ¿puedes mover las piernas?-

Él las movió.

-Muy bien.- dijo Heliodora, pensando si ella se lo podría llevar en brazos al consultorio.

En ese momento apareció el sacerdote.

-¿Qué ha pasado?- preguntó acercándose corriendo hasta el niño.

-¡Qué bien que estás aquí!- exclamó Heliodora -¿Crees que podrías cogerlo en brazos para llevarlo hasta el consultorio?-

-¡Por supuesto!- respondió él - ¡Vamos a ver, Redento, te voy a coger con cuidado!, ¿Vale?-

-Sí.- dijo el niño haciendo pucheros mientras miraba al sacerdote.

Él lo cogió con la mayor delicadeza que pudo poner, y le preguntó:

-¿Te hago daño?-

-¡Es que me duele mucho aquí! ¡Y además, mira cuánta sangre!-

-¡Tranquilo, mi vida!- volvió a decirle su abuela, mientras le cogía una mano y se la besaba.

Heliodora se adelantó para abrir el consultorio y el padre Andrés fue tras ella, y la abuela, un poco más atrás. Mientras tanto, Perístera se quedó discutiendo con el hombre del coche.

Heliodora preparó corriendo la camilla y le dijo al sacerdote que tumbara allí al niño. Luego se lavó las manos y preparó una palangana para lavar las heridas del niño, mientras el cura y Vladimira tranquilizaban a Redento. Una vez que le hubo lavado bien, llegó Servio con Nectario.

-¿Qué ha pasado?- preguntó, acercándose al chiquillo.

-Es mi nieto, doctor. El niño iba con la bici y un coche le ha arrollado.- contestó Vladimira.

Servio empezó a examinarlo, y el sacerdote dijo:

-Ven, Nectario, dejemos trabajar a Servio y vámonos nosotros a esperar ahí fuera.-

Heliodora los miró mientras salían y sonrió.

Al cabo de unos minutos llegó Candelaria medio sofocada.

-¡Ay mi niño! ¡Qué ha pasado!- exclamó al ver a Redento tumbado en la camilla.

-¡Tranquila mujer!,- dijo Servio, mientras terminaba de curarle –Son sólo heridas superficiales-

-¡Gracias a Dios!- respondió ella mirando al chiquillo.

-Servio, ¿me vas a escayolar como a Tera?- preguntó Redento.

-No, no hace falta- respondió el médico sonriendo.

-¡Vaya! ¡Yo quería una como la de Tera!- exclamó el niño.

-¿Tú quieres que te ponga una escayola? ¡Yo te pongo una escayola! ¡A ver, dónde la quieres!- le dijo Servio.

-¡Umm! ¿Me puedes poner una en esta pierna?-

-¡Vale! ¡No hay problema! ¡Si quieres te pongo otra en el brazo y así vas como tu hermana! Ya sabes que no podrás montar en bici, ni jugar con la pelota, ni correr, ni bañarte en el río, pero si eso a ti te da igual…-

Heliodora, Candelaria y Vladimira reprimieron la risa y Redento miró muy serio a Servio.

-¡No! Creo que mejor no quiero que me la pongas.-

-Bueno, como quieras, pero ya sabes, si cambias de opinión… cuenta conmigo.-

-¡No, no! ¡Déjalo!-

-¡Vale! ¡Me parece que has tomado una sabia decisión!- dijo Servio, mientras le bajaba de la camilla.

Candelaria abrazó a su hijo y le dio varios besos y luego le regañó:

-¡Mira que te he dicho miles de veces que no corrieras con la bici! ¿Y el casco? ¿Te habías puesto el casco?-

-No.- respondió él, mirándola temeroso.

-Pues ahora de castigo, no vas a coger la bici en una semana.-

El niño puso carita de puchero pero no se atrevió a replicar a su madre.

-¡Si es que no me hacen caso! ¡Estos niños son unos desobedientes!- explicó Candelaria a Servio y a Heliodora.

Éstos sonrieron, y miraron al chiquillo.

Candelaria, su suegra, Servio y el niño se salieron a la sala de espera, mientras Heliodora se quedó recogiendo todo.

Mientras limpiaba y guardaba el material, la joven podía escuchar la algarabía de la sala contigua. Y cuando terminó salió ella también, pero ya se habían ido todos. Sin embargo, al llegar a la calle vio a Servio hablando con Alejandra un poco más allá. Heliodora sonrió, cerró la puerta y se marchó a su casa.

CAPÍTULO 29
LA PAREJA PERFECTA

Aquella tarde, Heliodora fue a ver a Perístera y ésta la esperaba en la puerta de su casa. Decidieron darse un lento paseo y luego se sentaron en un banco de la plaza. Poco después llegó Alejandra.

-¡Hola, chicas!-

-¡Hola!- respondieron ellas.

-¿Cómo está tu hermanito?- preguntó Alejandra.

-Está bien. ¡Ahora va presumiendo de sus tiritas! ¡Y él y Nectario, no hacen nada más que jugar a que uno va en un coche y el otro en bici, y chocan! ¡Estos niños son más brutos!-

Heliodora y Alejandra se rieron.

En ese momento pasaban por allí Marselio y el padre Andrés y se acercaron hasta ellas.

-¡Hola!- saludaron.

-¡Hola!- contestaron las muchachas.

Heliodora miró al sacerdote y éste la miró a ella y se mantuvieron así unos segundos sonriéndose.

-Tera, ya me ha contado Servio lo del accidente de tu hermano.- dijo Marselio -¡Se ve que lo de los accidentes lo lleváis en la sangre!- y se rió.

-¡Ja, ja!- dijo ella, con semi-enfado -¡Qué gracioso!-

Los demás se rieron.

-Bueno, ¿y tú cómo lo llevas? Ya veo que sales a pasear.- dijo Marselio.

-¡Pues claro! ¡Ya estaba harta de estar encerrada todo el día! Oye, ¿y tú? Últimamente se te ve menos el pelo.-

-Sí… bueno es que estoy estudiando para unos exámenes.-

-¿Sí? ¡Pues sí que te has vuelto estudioso!- dijo Perístera.

Marselio sonrió, pensativo.

-¿Y tú, Andrés?- dijo Perístera -¿cómo te va la vida de cura?-

Heliodora la miró sorprendida y su amiga la miró a ella.

-Pues… ya ves, por ahora sigo vivo.- contestó él, sonriendo.

-¿Puedo preguntarte algo?- dijo Perístera.

-Dime.- contestó el sacerdote.

-¿Los curas nunca os enamoráis?-

Heliodora sintió un vuelco en el corazón, y lo miró sin pensar.

Él, algo sorprendido, y sin querer, también la miró a ella, pero luego vio que todos lo miraban y contestó:

-Bueno… supongo que sabrás que los sacerdotes no somos distintos a los demás hombres.-

Perístera sonrió y contestó:

-¡O sea que sí!-

El cura volvió a mirar de manera fugaz a Heliodora y luego le respondió a Perístera:

-Sí. Puede pasar.-

-¡Ah!- exclamó la joven –Y ¿qué se puede hacer en esos casos?-

-Pues… - el sacerdote se quedó reflexivo con la cabeza baja – Bueno, no hay nada establecido. Cada uno debe de actuar según su conciencia.-

-¡Ya, sí, llevas razón!- contestó Perístera.

Y se quedó callada mirando a Heliodora, que estaba cabizbaja, pensando en las palabras de él.

-¡Mira que eres curiosa, Tera!- dijo Marselio.

-¡Y atrevida!- añadió Alejandra - ¡No todos los sacerdotes te habrían respondido a eso!-

-Bueno, pero también es verdad que Andrés no es un cura corriente.- respondió Marselio.

El sacerdote emitió una leve sonrisa con un toque de frustración.

Mientras Marselio, Perístera y Alejandra hablaban, Heliodora miró de nuevo al sacerdote y éste la miró a ella, y se quedaron así unos momentos, pero enseguida Marselio llamó la atención del cura.

-Bueno Andrés, ¿nos vamos?-

-Sí.- respondió él.

Se despidieron y se marcharon.

-Bueno, yo también me voy a ir- dijo Alejandra, mirando el reloj.

-¿Dónde vas?- preguntó Perístera.

La joven sonrió y contestó:

-He quedado con Servio.-

-¿Con Servio?- repitió Perístera, sorprendida.

-Sí.- contestó Alejandra levantándose.

-¡Qué vais a hablar! ¿De política?- dijo Perístera, con ironía.

-¡Algo así!- contestó Alejandra, riéndose -¡Hasta luego, chicas!-

-Hasta luego.- contestaron ellas.

Las dos muchachas se quedaron calladas, hasta que Perístera le dijo a Heliodora:

-Es él, ¿verdad?-

Heliodora la miró, algo cohibida.

-¿Qué? ¿A qué te refieres?-

-Sabes perfectamente a qué me refiero. Tu amor secreto es el cura, ¿verdad?-

Heliodora miró hacia la plaza y se quedó callada.

-Si no quieres no me contestes, pero ya estoy segura de que es él.- dijo Perístera.

Heliodora continuó en silencio pensando: "No puedo admitirlo. No quiero que él sea motivo de charlas ni habladurías."

-No me lo puedes negar.- dijo Perístera -Esta mañana cuando llegamos mi abuela, Alejandra y yo, con mis hermanos, y nos sentamos aquí, me di cuenta de que el cura estaba allí, en la acera de enfrente del consultorio. Al principio no le di importancia, pero luego te vi salir y hablar con él. No sé lo que te dijo, pero le pusiste la mano en la boca y luego vi tu reacción y la de él. Entonces empecé a pensar: "Un hombre que no está casado pero a los efectos, como si lo estuviera. ¡Un cura, eso es! ¡Es como si estuviera casado a los ojos de la sociedad!". Y ahora también he visto cómo os mirabais. ¡No hace falta que me digas nada! ¡Está muy claro!-

Heliodora bajó la cabeza, sin saber qué decirle a su amiga.

-Dora, lo siento. Yo quejándome de mis penas amorosas estos días de atrás, y tú viviendo eso en silencio. Pero no te preocupes, no se lo voy a decir a nadie, confía en mí. Yo seré muy habladora, pero sé mantener un secreto.-

Heliodora la miró sonriendo y le cogió una mano y se la apretó, y su amiga, por su parte, también le sonrió.

Poco después llegó Píndaro y se sentó un poco con ellas. Y luego Heliodora se marchó a la ermita, para despejarse un poco y reflexionar a solas.

Cuando llegó allí, se sentó bajo el árbol y después de contemplar las vistas durante un rato, relajando su mente con ello, se descalzó para hacer la transmutación de las fuerzas cósmicas, pero escuchó ruido de pasos y miró hacia el camino. Era el sacerdote. Éste también la vio y se quedó parado un momento.

La muchacha también se sorprendió. Él finalmente se acercó a ella y se sentó a su lado.

-No se me ocurrió pensar que subirías hoy.- dijo él.

-Ni a mí que subirías tú.-

Él sonrió y se quedó callado unos momentos.

-¿Ibas a hacer la transmutación de fuerzas cósmicas?- preguntó.

-Sí.- contestó Heliodora.

-¿La hacemos juntos?-

-Vale.-

Y él se descalzó y se pusieron a hacerla.

Cuando terminaron, se calzaron y se quedaron callados mirando el paisaje un rato.

-Heliodora, casi he terminado el libro que me dejaste. Escucha, ya que estamos aquí, ¿por qué no me hablas ya de la importancia de la energía sexual?-

Heliodora suspiró y contestó:

-Está bien, sí. Bueno, vamos a ver… existen varios tipos de sexualidad. Una es la sexualidad normal que es la que tiene un hombre y una mujer que se aman y se guardan fidelidad, y que se unen para poderse procrear, para crear juntos otro ser humano. Es una sexualidad en la que no existen tabúes, ni complejos, ni conflictos de ninguna especie y sirve a los fines de la Naturaleza. Se comprende, ¿no?-

-Sí. Está claro.-

-Luego existe la sexualidad digamos… inferior o sucedánea. Ésta tiene dos manifestaciones o formas contrarias entre sí: una está basada en la unión sexual de un hombre y una mujer simplemente por el hecho del placer en sí mismo, sin ningún fin de procreación. En este caso, la energía sexual no se utiliza para poder crear una nueva vida, sino que se pierde lamentablemente e inútilmente, sólo para poder sentir un placer que dura unos instantes. Por supuesto, la pérdida de esta energía, va dejando secuelas en el cuerpo y en la psiquis, haciendo que la persona envejezca con más rapidez. Por otro lado, cuanto más se abuse de este tipo de sexualidad, mayor desgaste tendrá la persona en su cuerpo. Es cierto que algunas personas tienen una potencia sexual mayor que otras, pero aún así, al desperdiciar esa energía tan valiosa que forma parte de la energía que da la vida, terminan por pagar las consecuencias, tarde o temprano… Luego, por otro lado está…- la joven se quedó callada, pensando: "¡A ver cómo le puedo explicar esto!"

Él la miró y le dijo:

-¡Adelante! ¡No temas! ¡Quiero saberlo!-

-Bueno, por otro lado está lo contrario, que es el rechazo al sexo. Una energía que es creadora, que es capaz de crear, ¿cómo puede ser vista como algo malo? En los tiempos de la edad media, surgieron muchos tabúes y prohibiciones, que hacían ver como denigrante o algo motivo de vergüenza, al sexo. Esto dio como resultado que el ego reprimido se tornó más sutil, pero más fuerte. Cuando se odia el sexo, en realidad se está odiando a Dios que fue quien nos dio esta energía tan poderosa, capaz de crear. Respecto a esto… en fin, supongo que tú debes saber que en el caso de los sacerdotes, monjas y monjes cristianos, el celibato fue algo que se decidió y se impuso en el "concilio de Elvira" en el año 305 después de Cristo, y por tanto ni era así en los primeros tiempos de la cristiandad, ni fue Jesucristo quien lo enseñó…-

La joven hizo una pausa, pero como vio que él estaba reflexivo y no decía nada, le preguntó:

-¿Quieres que siga?-

Él la miró y le dijo:

-Sí. Por favor.-

-Está bien. Pues como te decía el otro día, si esa energía no se utiliza, el centro se atrofia, pero es que además esa energía reprimida y no utilizada puede hacer otros daños en el cuerpo y en la mente. También entrarían aquí cualquier otra forma de utilización del sexo distinta a la unión de un hombre y de una mujer. ¿Entiendes?-

-Sí. Te entiendo.- contestó él reflexivo.

-Bien, entonces tenemos la sexualidad normal que sirve para los fines de la naturaleza, y la sexualidad de tipo sucedánea que es o bien la que abusa del sexo, perdiendo inútilmente las energías sexuales o bien la que rechaza el sexo, sea por represión, sea por la utilización del sexo en formas distintas de la unión sexual de un hombre y una mujer. Por último existe un tipo de sexualidad que es una sexualidad de tipo superior. Ésta es la unión de un hombre y de una mujer que se aman, que se guardan fidelidad y que se unen sexualmente para crear algo superior. Entonces en este caso la energía sexual no se pierde sino que se transmuta, es decir se transforma para poder crear, no un nuevo ser, sino esos cuerpos de los que te hablé el otro día: los cuerpos astral, mental y causal.-

-Ya veo.-

-Mira… al igual que en el caso de la acupuntura en medicina china se sabe que existen unos canales que van por todo el cuerpo, pero que no se ven con ningún aparato médico porque

pertenecen a la anatomía oculta del ser humano, aunque sí se ha comprobado que existen, gracias a la utilización de unas agujas radiactivas que colocadas en diferentes puntos, marcan un hilo conductor entre ellas reflejando así esos canales, pues bien, igualmente también tenemos un par de conductos a nivel etérico, es decir que no se ven en el físico, y esos conductos van desde nuestras gónadas sexuales hasta la base de nuestra espina dorsal, luego siguen por el interior de nuestra médula espinal y llegan hasta el cerebro, y desde éste luego existe otro canal secreto que continúa hasta el corazón. Si durante el momento de la unión sexual, cada uno de la pareja transmuta sus propias energías, sin llegar a perderlas, podrá ir creando poco a poco esos cuerpos. Además el cuerpo físico también se verá regenerado. En la base de nuestra espina dorsal, existe una energía latente que en el oriente llaman la Kundalini, la serpiente mágica de nuestros poderes. Con esta práctica de transmutación de las energías sexuales en pareja de esposo y esposa, se puede despertar y desarrollar. Cuando esta energía sube muy lentamente por el canal oculto de la espina dorsal y llega hasta el cerebro, éste se regenera completamente, pues ya sabes que hay un gran porcentaje de las áreas de nuestro cerebro que no funcionan normalmente, pero de esta manera se despiertan las facultades ocultas y naturales de la conciencia como pueden ser la telepatía, la clarividencia objetiva, la clariaudiencia, la memoria de vidas pasadas, y el dominio sobre los cuatro elementos de la naturaleza. Además, también de esta forma es como se van cristalizando los cuerpos. Primero el astral, después el mental, y después el causal. Sin embargo, la Kundalini, que en realidad es una expresión de nuestra Divina Madre, sólo puede ascender por el canal medular de acuerdo a los méritos del corazón, o dicho de otra manera, de acuerdo al trabajo de eliminación de los defectos que se esté haciendo, porque si este trabajo psicológico no se lleva a cabo, la Kundalini no sube, por mucho que se transmute. También aquí juega un papel importante el hecho de cuidar el equilibrio de los centros, ¿te acuerdas de los centros que tenemos?-

-Sí, los centros intelectual, emocional, motor, instintivo y sexual.-

-Eso es. Porque como te dije el otro día cuando se abusa de un centro y éste se agota, le roba la energía al centro sexual y luego, si uno quiere trabajar con la alquimia y transmutar sus energías sexuales, ya no le quedan o no tienen la misma calidad. Por eso también es tan importante el trabajo de eliminación de los defectos durante el día, porque éstos siempre tienden a abusar de las energías de cada centro. Por otro lado, si en ese momento de la transmutación en pareja uno pide a su Madre Divina la eliminación de un defecto que le esté costando eliminar, ella lo desintegrará más rápidamente. ¿Has entendido?-

-Sí. Sí lo he entendido.-

-Esto es lo que se llama castidad científica. La castidad absoluta inutiliza el centro sexual y como consecuencia todo este trabajo. La castidad científica es el trabajo de transmutación de las energías sexuales en pareja y como ves, sí utiliza el sexo. En este caso, lógicamente hay que trabajar psicológicamente de manera intensa todos los defectos que tengan que ver con la lujuria porque aunque el goce sexual es legítimo del hombre y de la mujer y es completamente natural, estos defectos van a querer buscar sólo el placer del acto sexual, y no les interesa la transmutación, por lo que si uno se identifica con ellos, lo único que va a conseguir va a ser el perder sus energías inútilmente y por lo tanto fracasar en este trabajo, pues se perdería todo lo que se hubiera conseguido hasta entonces y el ego se haría mucho más fuerte, ¿comprendes?-

-Sí- contestó él.

-Bueno, esto sería más o menos el resumen. Por supuesto habría mucho más que hablar, pero creo que la idea general te la he dado.- terminó diciendo Heliodora.

La joven se quedó callada unos momentos y luego miró al sacerdote y lo vio muy serio y reflexivo. Entonces él giró la cabeza hacia ella y se le quedó mirando. La muchacha también se quedó unos segundos así, pero luego no pudo resistir su mirada sin conmoverse, y bajó la cabeza mirando hacia el suelo.

-Heliodora, veo que está empezando a ponerse el sol. Si no te importa será mejor que te bajes sola, yo tengo que hacer aquí algunas cosas.- dijo el sacerdote.

Ella volvió a mirarlo y le contestó:

-Sí. Está bien.-

Y se levantó, dejando al cura sentado, con la mirada perdida.

-¿Estás bien?- le preguntó ella.

Él la miró y le sonrió levemente.

-Sí. ¿Y tú?-

-Yo… sí, claro.- respondió ella.

-Bueno, en ese caso, hasta luego, Heliodora.- dijo él.

-Hasta luego.- contestó ella.

La joven emprendió el regreso al pueblo pensando: "No sé si va a aceptar lo que le he dicho. Muchos lo rechazan de plano, pero él… no sé. La verdad es que estaba muy serio. Apenas me ha sonreído en todo el tiempo y por supuesto, ni me ha gastado ninguna broma ni se ha reído como él suele hacer… ¿Se acabará aquí nuestra amistad?..."

Heliodora tuvo que hacer una petición de eliminación a su Madre Divina, pues de repente, vio un defecto de miedo a perder la consideración del sacerdote.

CAPÍTULO 30
DÍAS ALEGRES Y DÍAS DIFÍCILES

El día siguiente transcurrió con normalidad, pero por la noche, después de cenar, la madre de Heliodora le dijo:

-Hija, el padre Andrés está afuera y ha preguntado por ti.-

Ella se sorprendió, pero bajó rápidamente a la calle.

-Hola Heliodora.- le dijo él, con una leve sonrisa.

-Hola, padre.- contestó ella.

Él se quedó callado unos momentos, como pensando en algo, y luego le dijo a la joven:

-Escucha, no sé si lo de vernos… si lo de seguir las clases mañana seguía en pie, pero por si acaso, he venido a decirte que de todas maneras yo no podré. Voy a tener que echarle una mano a Lelio y de momento, tendremos que dejarlo.-

-Vale.- contestó ella. -¿Puedo ayudar en algo?-

-No. No te preocupes. No es necesario.- respondió él.

-Está bien.- dijo la muchacha con desilusión.

-Bueno, eso era todo, no te entretengo más.- dijo él, haciendo ademán de irse.

-Espera, por favor.- dijo Heliodora.

Él se detuvo y la miró:

-Dime.-

-¿Seguimos siendo amigos?- le preguntó la muchacha al cura.

Él se quedó callado mirándola durante unos momentos, que a Heliodora le parecieron siglos.

-Sí, claro.- contestó por fin.

-Entonces dime, ¿va todo bien?-

Él volvió a tardar en contestar, mientras la miraba a los ojos.

-Bueno, la verdad es que… no. Pero… creo que van a cambiar algunas cosas y… bueno, no te preocupes, ¿de acuerdo?-

-Está bien.- contestó ella, sin estar convencida.

-Hasta luego, Heliodora.-

-Hasta luego, padre.-

Él continuó mirándola unos momentos más y luego se marchó.

Los días siguientes también transcurrieron sin incidentes notables, salvo que Marselio y Tulia anunciaron que eran novios y todo el grupo de amigos les felicitaron.

Heliodora no logró ver al cura por el pueblo, ni el jueves, ni el viernes. Y eso hizo que en ella surgieran muchos defectos que observar y eliminar: miedos, apegos, tristeza, y culpabilidad, entre otros.

El viernes por la tarde su hermana se acercó a casa de sus padres con los dos niños y le dijo a Heliodora.

-Dora, como el lunes es fiesta, Laureano y yo queremos irnos unos días a la playa. Hemos pensado que si tú te quisieras venir con nosotros te podemos dejar los niños por la noche y así podríamos salir nosotros solos. Por supuesto, los gastos corren de nuestra cuenta.-

Heliodora sonrió y le respondió:

-Vale. Hace muchos años que no voy a la playa, así que me gustará. Acepto encantada. Pero mis gastos los pago yo.-

-Bueno, eso ya lo veremos por el camino.- contestó su hermana sonriendo, mientras que Macedonio y Abdiel saltaban dando gritos de alegría porque su tía los acompañaba.

Al día siguiente, Heliodora partió con su hermana y toda su familia hacia la playa.

La muchacha disfrutó del aire y del mar junto a sus amados sobrinos. Jugaron, se bañaron, se dejaron arrastrar por las olas, y también se quemaron un poco, pero se divirtieron mucho. Por las noches se quedaba con los niños, mientras su hermana y su cuñado salían, y por las mañanas también se los llevaba, mientras sus padres seguían durmiendo después de acostarse tarde.

Fueron tres días muy agradables, aunque Heliodora no podía olvidar al sacerdote y la última vez que lo vio.

El lunes, cuando llegaron al pueblo era ya casi media noche. Los niños se habían dormido en medio del viaje y Heliodora había aprovechado para cerrar los ojos y concentrarse en su interior, pero por temor a que su cuñado pudiese entrarle sueño, finalmente, entabló conversación con él y con su hermana.

Aunque era tarde, la madre de Heliodora la esperaba levantada.

-Pero ¿por qué no te has acostado ya?- dijo la joven.

-¿Habéis cenado?- preguntó su madre, sin hacerle caso.

-Bueno, nos tomamos un bocadillo a mitad de camino.-

-¿Quieres un vaso de leche?-

-Sí, me apetece, gracias. Pero tú acuéstate, mamá, yo me lo preparo.-

-No, déjame, ya lo hago yo. Pero cuéntame, ¿cómo os ha ido?-

-¡Muy bien! ¡Los niños han disfrutado un montón y nosotros también!-

-Te has quemado un poco, ¿no?-

Heliodora sonrió.

-Sí. Eso fue de tanto estar metida en el agua jugando con Macedonio y con Abdiel. ¡Son tan graciosos!-

Su madre asintió riéndose.

-¿Y por aquí? ¿Todo bien? ¿Alguna novedad?- preguntó la muchacha.

-Sí, todo bien. - respondió su madre –Bueno, una cosa,- dijo riéndose – a Sabacia le ha salido mal la jugada de querer separar a Píndaro de Perístera.-

-¿Sí?, ¿por qué?- preguntó, mientras se servía la leche templada en una taza.

-Porque su sobrina Alejandra ahora resulta que se ha puesto en relaciones con Servio.-

-¡Ah, claro!- exclamó Heliodora.

-¿Lo sabías?-

-Bueno, lo veía venir.-

-Sabacia está atónita con esa historia, porque ya sabes que Alejandra y Servio son de ideas políticas contrarias.-

Heliodora asintió sonriendo.

-Sin embargo, en contra de lo que se pudiera pensar, a Lelio le hace gracia esa situación. No sé muy bien si porque le ha salido mal el plan a su mujer, o porque piensa que Don Cenobio tiene que estar echando chispas.-

Heliodora se rió.

-Tu padre se ríe también y dice que espera que la historia de Romeo y Julieta, refiriéndose a Servio y a Alejandra, esta vez, por fin termine bien.-

La joven se reía divertida con las cosas de su padre.

La madre se quedó pensando con una sonrisa en los labios.

-¡Ah, bueno!- exclamó, de repente - ¡También hay otra novedad! ¡El cura se ha ido!-

Heliodora sintió un vuelco en el corazón y se puso en alerta interior.

-¿Se ha ido? Pero ¿cómo que se ha ido?-

-Pues no sé bien cómo es la cosa. El caso es que según tu tía Filomena, ayer en la misa les dijo a todos los feligreses, que ésa era la última misa que iba a dar, que les agradecía a todos haber sido tan pacientes con él, que se iba hoy, y que enseguida llegaría otro cura. Y efectivamente, esta tarde, después de comer, Píndaro lo ha llevado a Fuerte Real, para coger un autobús que lo llevaba a la capital.-

La joven miró a su madre.

-Pero… ¿así?, ¿sin más?, ¿no ha venido a despedirse?-

-No, a nosotros no nos ha despedido. Supongo que se dio por despedido en la iglesia y para los que no fuimos, ¡pues tampoco va a ir casa por casa diciendo adiós a todo el mundo!, ¿no?-

-No, claro.- respondió la joven, con unas fuertes ganas de llorar.

-¡Desde luego es un poco raro! ¡Pero, en fin! ¡Se le va a echar de menos, porque la verdad es que era un cura… diferente! Tu padre cuando se enteró dijo que espera que no nos vayan a enviar a otro Don Odoardo. Aunque a nosotros tampoco es que nos afecte mucho.-

La joven pensó: "El paso del padre Andrés por este pueblo, ha sido mucho más beneficioso de lo que podéis imaginar. ¡Ha ayudado a tanta gente!"

-Bueno, ¡qué le vamos a hacer!- exclamó la madre - ¡En fin, ahora sí! ¡Me voy a la cama! ¡Buenas noches, hija!-

-¡Buenas noches, mamá!-

La joven se quedó sola en la cocina pensando: "¡Se ha ido! ¡No puedo creerlo, ya no le veré más!"

De repente se le ocurrió: "¿Estaré soñando?", y se dio un tirón del dedo, deseando que con este gesto pudiese comprobar que sí, pero éste no se alargó. Entonces la muchacha dijo en voz baja:

-¡Así que éste era el cambio al que te referías! ¿No has podido soportar las explicaciones que te di? ¡Era demasiado duro para ti!, ¿verdad?-

Entonces empezó a sentir que el corazón se le oprimía y un nudo en la garganta a punto de estallar, mientras empezaba a sentir una cierta desesperación en su interior, pero ella hizo un superesfuerzo y se dirigió a su Madre Divina rogándole que eliminase de su interior aquel defecto de apego por el sacerdote.

Luego se levantó, lavó la taza y el cazo y se fue a su dormitorio y se acostó. Pero como aún sintió que el defecto quería resurgir, volvió a pedir a su Madre Divina por la eliminación total de aquello. Finalmente, la muchacha se durmió haciendo esfuerzos por concentrarse en su Madre Interna.

Al día siguiente, lo primero que le vino a la cabeza cuando se despertó fue el sacerdote. Pero ella se resolvió a mantenerse atenta a cualquier defecto psicológico que pudiera surgir para darle caza, y de esta manera poder despertar más conciencia.

Por la mañana, en el trabajo todo fue más o menos como siempre. La muchacha le preguntó a Servio por Alejandra y éste le confirmó muy contento que estaban juntos y que a ninguno de los dos les importaba las ideas políticas del otro. Heliodora se alegró de escuchar aquello.

Por la tarde se juntó con Tulia, que libraba, pues tenía turnos de mañana, y con Perístera. Más tarde se les unieron Marselio y Píndaro.

Heliodora estuvo tentada a preguntarle a Marselio por el sacerdote, pero se retuvo, pues pensó que para qué, pues lo único que podía lograr era remover el tema.

Luego dejó a sus amigos y se marchó hacia la ermita. Lelio estaba allí con un par de hombres del pueblo que eran los que trabajaban con él.

-¡Hola!- saludó ella.

-¡Hola muchacha! ¿Has venido a echar un vistazo?- le dijo Lelio, desde encima del andamio.

-Sí. ¿No os importa?-

-¡No, claro que no!- respondió él. –De todas maneras ya íbamos a dejarlo por hoy.-

Heliodora sonrió y empezó a mirar cómo se estaba quedando la ermita.

-Bueno, ¿qué te parece?- preguntó Lelio, cuando bajó del andamio.

-Se está quedando muy bien. ¿Puedo verla por dentro?-

-Sí, claro, ven.- dijo Lelio.

La muchacha entro en la capilla con el alcalde y le vino a la memoria la última vez que estuvo allí con el padre Andrés.

-Andrés y yo retiramos todos los cuadros y objetos delicados allí- dijo Lelio, señalándole la zona del altar.

Heliodora sintió un vuelco en el corazón cuando Lelio dijo el nombre del sacerdote, y se puso en alerta interior.

Luego se fue hacia el altar y miró en el lugar donde se suponía que estuvo la entrada del sótano, pero encima había algunos cuadros y figuras. Lelio la siguió y ella disimuló mirando un cuadro.

-¡Es increíble lo bien que se conservan estos cuadros!- exclamó Lelio –Ya lo comentamos Andrés y yo el otro día.-

Heliodora volvió a sentir el vuelco en el corazón cuando Lelio habló de él.

"¡Uf! ¡Qué trabajo me va a costar olvidarme de él!"- pensó la joven.

-¿Y para cuándo creéis que terminaréis?- preguntó.

-Pues yo calculo que unos días más.- respondió Lelio -Seguramente para el viernes. En realidad no era tanto.-

-¡Qué bien!- dijo la joven –Luego habrá que limpiar bien. Cuenta conmigo, Lelio.-

-Vale. Ya se ofreció también Andrés.-

Heliodora lo miró y le dijo:

-Bueno, pero ahora que ya él no puede, me tienes a mí, ¿no?-

-¿Eh? ¿No?- dijo Lelio mirándola – Bueno, si no puede, no pasa nada, ya lo haremos nosotros, ¡gracias, Dorita!-

Heliodora sonrió aunque se extrañó de que Lelio dijese aquello, pero pensó: "Quizás no se ha enterado de que se ha ido."

Iba a decírselo, pero en ese momento entró uno de los compañeros de Lelio y le gritó desde la puerta:

-Lelio, ¡cuando quieras!-

-¡Sí, ya vamos!- respondió el alcalde - ¿Vamos Dorita?-

-Sí, pero no me voy a bajar todavía. Voy a quedarme un rato contemplando las montañas, que me relajan mucho.-

-Muy bien.- contestó Lelio, sonriéndole.

Luego la muchacha se quedó haciendo transmutación de las fuerzas cósmicas, haciendo de nuevo un esfuerzo para concentrarse, pues le venían recuerdos de las últimas veces que hizo el ejercicio con el sacerdote.

Y cuando por fin regresó al pueblo, también tuvo que hacer esfuerzos para mantenerse en estado de recuerdo de sí, pues su mente se revelaba de vez en cuando y le volvía a traer el recuerdo del sacerdote.

CAPÍTULO 31
UN ENCUENTRO INESPERADO… DE NUEVO

El miércoles y el jueves transcurrieron con toda normalidad. La joven continuaba haciendo sus ejercicios de trabajo psicológico, con más intensidad, si cabe, después del desengaño que tuvo con el sacerdote. Por las tardes se juntaba con sus amigas y luego se iba a dar paseos, sola.

Por fin llegó el viernes. Antes de comer, se llegó a casa de Lelio. Sabacia le abrió la puerta.

-Perdona Sabacia, llego en mal momento, pero quería saber si Lelio me necesitará para esta tarde.- dijo Heliodora.

-¿A ti? ¿Y para qué te va a necesitar a ti?- preguntó ella.

-Porque le dije que contase conmigo para limpiar la ermita después de la obra. Y quería preguntarle si ya han terminado.-

-Bueno, a ver, pasa.- dijo la mujer.

La muchacha pasó al comedor. Alejandra estaba terminando de poner la mesa y Lelio estaba sentado hablando con Píndaro.

-¡Hola!- saludó Heliodora.

-¡Hola!- saludaron todos.

-Perdona, Lelio, pero quería saber si se han terminado las obras y me vas a necesitar esta tarde.-

-No, Dorita. Si todo va bien, terminaremos esta tarde, así que si quieres y te viene bien, mañana por la mañana, te puedes subir conmigo en el coche.-

-Vale. ¿A qué hora?-

-A las ocho. Pero si te parece muy temprano…-

-No.- contestó ella rápidamente –No importa. Estaré aquí a las ocho.-

-Muy bien.- respondió él.-

-¿Y para qué subís, tío? – inquirió Alejandra.

-Vamos a limpiar la ermita de todo el polvo y la suciedad que tiene de la obra y de tantos años que ha estado cerrada.- respondió Lelio.

-¡Ah! ¡Pues yo también ayudaré!- dijo la sobrina, con entusiasmo.

-¡Estupendo! ¡Cuantas más manos, mejor!- exclamó el alcalde.

-Bueno, pero eso tendrá que tener un orden.- intervino Sabacia - Para eso hace falta una persona experta que diga qué es lo que hay que hacer, y tú Lelio, ¡serás muy buen albañil, pero la limpieza no es lo tuyo!-

-¡Ah!- exclamó Lelio, con una media sonrisa en los labios- -¡En eso llevas razón, querida! Pero… ¿a qué persona experta se te ocurre que podemos llamar?-

-¡Lelio! ¡Me ofende que me digas eso! ¿Es que no tengo yo la casa que parece un museo?- dijo su mujer.

-¡Caramba!- dijo él, fingiendo sorpresa - ¡Pues es verdad! ¿Dónde voy a encontrar a una experta mejor que tú?- contestó Lelio.

Heliodora, Alejandra y Píndaro se miraron, aguantándose la risa.

-¡Pero por otro lado…,- continuó el alcalde -no sé yo si la gente del pueblo va a pensar que te he llamado a ti por tráfico de influencias, al fin y al cabo tú eres mi mujer!-

-¡Pues que piensen lo que quieran! ¡A ver si ahora no vas a poder hacer lo que tú quieras, siendo el alcalde! ¡Cenobio no se anda con tanto miramiento como tú!-

-¡Tienes razón, querida! ¡No se hable más! ¡Ven tú con nosotros que eres la mejor experta del pueblo!-

Sabacia asintió con orgullo.

-Bueno, pues como hemos dicho, estaré aquí a las ocho.- dijo Heliodora.

-¡Sé puntual, Dora!- dijo Sabacia.

-Sí.- respondió ella, sonriéndose por lo rápido que había cogido el mando Sabacia.

Y se marchó a su casa.

Por la tarde, volvió a juntarse con sus amigos un rato, y luego se fue a darse su paseo diario, escogiendo en esta ocasión, una vereda junto al río.

Por la noche, después de cenar, estaba recogiendo la cocina, cuando su madre entró, con cara de sorprendida.

-Dora, ahí hay alguien que quiere hablar contigo.-

-¿Quién es mamá?- preguntó ella, extrañada.

-Baja al portal y lo verás.- dijo su madre.

La muchacha se preguntó quién sería y de pronto sintió una especie de intuición. Rápidamente bajó las escaleras, y… efectivamente, allí estaba. Era él: su amado.

Heliodora lo miró desde la mitad de la escalera, sintiendo una mezcla de asombro y de alegría tales, que no sabía qué decir. Sin embargo, le surgió una duda: "¿Estaría en el mundo físico o soñando en el astral?", y entonces se tiró del dedo, pero éste no se estiró y ella, con gran alegría volvió a mirar al joven.

Él se rió.

-¡Hola, Heliodora, don del sol!- le dijo, con una gran sonrisa.

La joven sonrió feliz, y bajó el resto de escalones poniéndose delante de él a una distancia de poco más de un metro.

-¡Hola!-

Y empezó a reírse muy contenta. Él se rió también.

-¡Has vuelto!- le dijo ella.

-¡Sí! ¡Claro que sí!- contestó él.

Heliodora continuaba riéndose de la dicha que sentía y él la miraba complacido.

Poco a poco, la muchacha se fue tranquilizando y le dijo:

-Creí que ya no te vería más. Mi madre me dijo que te habías despedido de los feligreses y que te habías ido y que iban a enviar otro sacerdote. ¿Has cambiado de opinión?-

-No. No he cambiado de opinión.-

Heliodora se puso un poco más seria.

-Entonces, ¿qué haces aquí? ¿Por qué has venido?-

Él sonrió de nuevo.

-Me despedí de los feligreses como sacerdote y me fui el lunes para entregar todas mis pertenencias de cura al obispo. He renunciado al sacerdocio.-

Heliodora sintió de nuevo la mezcla de asombro y de alegría y sonrió.

-Sí, Heliodora, ya no soy cura.- le dijo el joven, sonriendo -Ahora soy una persona como tú. Y he vuelto porque aquí he encontrado algo que no he encontrado en ningún otro lugar.-

La joven, sintió que todas las dificultades se derrumbaban por completo.

-Espero que ahora por fin, me llamarás Andrés, aunque mi nombre ya sé que es muy poco exótico.- bromeó él.

Ella se rió, recordando el momento en que se conocieron.

-Bueno, ¿qué dices?- le preguntó Andrés -¿Qué te parece mi decisión?-

Ella sonrió con timidez y le dijo:

-Me parece bien, si es eso lo que querías.-

-Sí. Eso es lo que quería.-

-Pero ahora ¿qué vas a hacer? ¿Dónde vas a vivir?- preguntó la joven.

-Bueno, de momento, me voy a hospedar en casa de Modesta, que muy amablemente me ha invitado, mientras encuentro un lugar donde vivir. Y por otro lado, voy a trabajar para Cenobio en sus tierras y con su ganado. Lo de las tierras será fácil, y en cuanto a lo del ganado, Píndaro se ha ofrecido a echarme una mano hasta que aprenda bien.-

Heliodora suspiró, contenta.

-Y ya sólo me queda arreglar una cosa.- dijo él, poniéndose más serio.

-¿El qué?- preguntó ella, curiosa

Andrés cogió aire y dijo:

-Tú.-

Heliodora sintió que se le aceleraba el corazón.

-Heliodora, tú has cambiado mi vida- dijo él – Yo te… en fin, siento que… ¡Vaya! ¡No estoy acostumbrado a decir estas cosas!... Heliodora me gustaría pedirte que si tú quieres…, podamos conocernos un poco más… quiero decir, no ya como sacerdote y… en fin ya sé que somos amigos pero quizás podemos, si tú quieres… como algo más que…-

-Sí, claro que quiero.- le interrumpió la joven, conmovida por el esfuerzo que él intentaba hacer para declararse.

Andrés la miró sorprendido con los ojos muy abiertos y luego sonrió, mientras asentía y le decía:

-¿De verdad?-

-Sí. De verdad.-

Él se rió y ella también.

-Bueno, entonces… ¿Qué te parece si nos vemos mañana?- propuso él.

-¿Para las clases?- le dijo ella con intención, para ver qué respondía-

-¿Las clases? ¡Sí, bueno! ¡Vale! ¡Si quieres también me puedes dar una clase!- contestó el joven.

-¿También?- repitió ella riéndose -¿Y si no, qué más quieres hacer?-

-Pues hablar de otras cosas. De ti y de mí,… y quizás mañana… tenga más valor para confesarte todos mis sentimientos. Y quizás también…-

-Quizás también ¿qué?- preguntó ella.

-Quizás… mañana… -dijo él, mirándola fijamente.

Heliodora se puso más seria, presintiendo algo nuevo.

-¡Pensándolo bien, creo que no voy a esperar a mañana!- dijo él.

Y acto seguido se acercó a ella y la besó tiernamente.

Luego se separaron y él le dijo:

-Te quiero, Heliodora. Estoy enamorado de ti, desde el día en que nos encontramos por primera vez en el huerto de Modesta. Durante todo este tiempo, cada vez que te veía, sentía una dicha inmensa y cuando empezaste a explicarme todas estas cosas del trabajo psicológico y de las energías, sentía en mi interior que todo era cierto, y cuando por fin me hablaste del trabajo con las energías, me dije que ése era mi camino y no dudé de que tú eras la única que podía acompañarme en él. Quiero estar contigo. Dime, ¿quieres tú ser mi compañera en la vida y en ese camino?-

-Sí.- respondió ella, muy feliz –Ya te lo dije antes: Sí quiero.-

Y entonces se abrazó a él y Andrés la correspondió.

Luego se separaron, sin dejar de mirarse y él le dijo:

-¡Heliodora, don del sol! ¡Cuando te conocí supe que tú eras como un regalo para mí!-

Ella sonrió.

Luego la muchacha le dijo al joven que se esperase un momento y subió a decirle a su madre que se marchaba un rato y después se fue con Andrés para pasear juntos por los alrededores del pueblo, hablándose de sus cosas.

CAPÍTULO FINAL
CONCLUSIÓN

Al día siguiente, Heliodora estaba a las ocho en la puerta de Lelio, pero no estaba sola. Andrés también estaba allí.

Cuando Lelio salió de su casa seguido de Sabacia y de Alejandra, los jóvenes les saludaron.

-¡Ah, Andrés! ¿Ya estás de vuelta?- dijo Lelio.

-Sí. Tal y como te dije, regresé ayer.-

-¡Muy bien, muy bien! ¡Y muy a tiempo!- exclamó Lelio.

-Pero, padre,- dijo Sabacia -¿No se había ido usted?-

Andrés sonrió.

-Se ha ido el padre Andrés, pero ha vuelto Andrés.- dijo.

-¿Y eso qué quiere decir?- dijo Sabacia, mientras se montaba en el coche.

-Pues que ya no soy sacerdote. He dejado el sacerdocio.-

-¡No me diga!- exclamó Sabacia asombrada.

Heliodora se mordió los labios para no reírse y Andrés se sonrió, así como también Alejandra y Lelio.

-¿Pero le han excomulgado?-

-¡No, mujer! ¡Tampoco es para tanto!- exclamó Andrés, a punto de reírse –Lo que pasa es que lo he dejado porque me he dado cuenta de que en realidad yo no sirvo para cura.-

-¡Ah! ¡Claro! ¡Si ya todo el mundo decía que usted era un cura un poco raro!-

Andrés se rió y los demás, a excepción de Sabacia, también.

-¡Bueno, Andrés! –dijo Lelio -¡Ya sabes que mi mujer es muy sincera!-

-¡Sí!, ¡sí! ¡Y eso me gusta!- contestó Andrés, riéndose y mirando a Heliodora.

-Bueno, pues nada, todavía es usted joven.- le dijo Sabacia -Ahora sólo le queda encontrar una buena moza y casarse.-

-¡Muy bien, Sabacia, seguiré tu consejo!- contestó Andrés, mirando de nuevo a su novia –Pero una cosa, Sabacia, ahora que ya no soy cura, llámame por mi nombre y tutéame.-

-¡Pues sí, mira! ¡Al fin y al cabo, tú eres un poco más joven que yo!-

-¡Sí, un poco nada más!- dijo Lelio, con retintín.

Enseguida llegaron a la ermita y todos pusieron manos a la obra. A Sabacia le gustaba pensar que ella organizaba, pero la realidad es que trabajaba igual que todos o incluso más, pues era una mujer muy trabajadora y responsable.

A medio día pararon para comer y después se les añadieron Píndaro, Marselio y Tulia.

De manera que a última hora de la tarde, ya habían terminado de limpiar todo.

Sin embargo, no les dio tiempo de ordenar todas las cosas, así que Andrés le dijo a Lelio:

-Oye, Lelio, ¿por qué no me dejas la llave de la ermita y mañana vengo yo y ordeno los cuadros y las figuras, que yo recuerdo dónde estaban.-

-Vale. De todas maneras, aquí nunca sube nadie, nada más que cuando subíamos antes para las fiestas. Eso no será hasta dentro de dos semanas, así que no corre demasiada prisa. Si quieres, encárgate tú de la llave, como antes, pues esto en realidad es del pueblo, no de la iglesia, y la verdad es que no me fío de que el nuevo cura que nos envíen sea una réplica de Don Odoardo, que hacía y disponía a su antojo y además se adueñaba de todo lo que podía.-

-Está bien. Yo la guardaré.-

Al día siguiente, Heliodora y Andrés subieron para ordenar las cosas y luego dieron un paseo por la zona e hicieron transmutación de las fuerzas cósmicas.

Ese mismo domingo llegó el nuevo cura. Era un hombre gordito de mediana edad y parecía ser bastante amable. Era el padre Patricio.

Cuando Perístera y Píndaro supieron la relación entre Heliodora y Andrés, se alegraron mucho, pues deseaban de corazón la felicidad de su amiga. Lo mismo ocurrió con Marselio, a quien Andrés le confesó sus sentimientos por Heliodora poco antes de dejar el sacerdocio. Y en cuanto al

resto, es decir a los padres de Heliodora, sus hermanos, sus tías y a Tulia, Alejandra y a Servio, todos se quedaron bastante sorprendidos, pero también lo aceptaron con agrado, pues todos sabían que Andrés era un joven de grandes valores.

Por otro lado, la joven continuó explicándole a su novio todo lo que había aprendido con sus amigos y con los libros.

-He leído la dedicatoria de tus amigos y firman: J. A. y M. M. ¿Cuáles son sus nombres?- preguntó un día Andrés a la muchacha, con curiosidad.

-Se llaman Juan Alfonso y Mari Mar[3].-

-¡Ah! ¡Tendremos que ir un día a la capital y me los presentas!-

-¡Claro!-

Por fin llegaron las fiestas y todo el pueblo fue en romería hasta la ermita. Allí pasaron el día con un ambiente de fiesta muy alegre y familiar. Todos admiraron lo bien que se había quedado la ermita después del arreglo.

Y una vez que se acabó el día, Lelio le entregó la llave de nuevo a Andrés, en presencia de Heliodora.

-¿Estás seguro de que no quieres dársela al padre Patricio?- dijo Andrés

-Segurísimo.- dijo Lelio –No me fío mucho de los curas. ¡Bueno, de ti enseguida me fié porque te lo ganaste a pulso! ¡Pero éste no sé todavía de qué va!-

Andrés se rió de la confianza con la que Lelio le hablaba.

-Escucha, Andrés, me ha gustado hacer este trabajo de recuperación. Ha sido muy gratificante. Me gustaría que en el futuro pudiésemos hacer otras cosas. Dentro de unos meses, se me acaba la alcaldía y seguramente Cenobio será el nuevo alcalde. Él nunca se ha interesado por la ermita, y no te dirá nada, puesto que eso no le interesa. Así que tú serás el guardián de la ermita. Y dentro de cuatro años, cuando me toque otra vez, ya veremos qué otros proyectos podemos hacer.-

-Está bien.- respondió Andrés, sonriendo y guardando la llave.

Los días fueron pasando y al cabo de unas semanas, a Perístera le quitaron la escayola. Teóricamente debía volver a su trabajo en una ciudad situada a más de cuatro horas de camino, pero Píndaro le pidió que se quedara con él y ella aceptó sin necesidad de pensárselo. Lelio los casó y mientras arreglaban una casa perteneciente a los abuelos de Píndaro antes de morir, la pareja estuvo viviendo en casa de Candelaria. Sabacia por fin aceptó a Perístera, y con el tiempo se hicieron buenas amigas.

Tulia y Marselio, también se casaron poco después. Y Servio y Alejandra, los siguieron una semana después.

Todos en el pueblo pensaban que aquello era una fiebre que les había dado a los jóvenes.

Un mes después, Heliodora y Andrés también se casaron. A la boda, además de sus familiares y amigos, también acudieron Juan Alfonso y Mari Mar, los amigos de Heliodora que le dieron las enseñanzas que había aprendido.

La pareja se encontraba realmente feliz. Los dos estaban dispuestos a recorrer "la senda del filo de la navaja" juntos, y por fin comenzaron a trabajar con la alquimia.

La noche de bodas, cuando se durmieron, concentrados en su interior…

Se vieron en sueños, junto a la ermita, una vez más. Entonces el ermitaño y su esposa volvieron a salir de la capilla.

-¡Queridos amigos!- dijo el ermitaño- ¡Por fin podéis descubrir el valor de lo que significa la alquimia! No olvidéis que siempre tiene que haber un equilibrio entre el trabajo psicológico de la eliminación de los defectos y el trabajo con la transmutación de vuestras propias energías creadoras. Y tampoco olvidéis que es fundamental el amor por los demás y el sacrificio por los demás. Ayudad en lo que podáis a quien tenga el anhelo de despertar su conciencia y liberarse de las cadenas del ego. Y ahora, amaos mucho el uno al otro y sed pacientes, perdonaos los errores, y no permitáis que surja la tibieza entre vosotros. Que siempre esté encendido el fuego del amor en vuestros corazones.-

[3] *Véase: "Una Navidad reveladora" en elenasantiago.info*

Luego se despertaron, se miraron y Heliodora le dijo a su esposo:

-He tenido un sueño y en él estabas tú. ¿Era sólo un sueño?-

-Yo también he tenido un sueño y también estabas tú y nos encontrábamos en la ermita.- dijo Andrés.

-Y también estaban el ermitaño y su esposa.- añadió la joven.

-Sí.- respondió él.

Los dos se sonrieron, comprendiendo que su sueño había sido otra experiencia, que habían vivido juntos. Se dieron un beso, y luego se concentraron para volver a introducirse en el sueño, de manera consciente.

A la mañana siguiente Heliodora se levantó y al querer coger un pañuelo del cajón de su mesilla, ¡Oh, sorpresa! ¡Allí estaba el libro de la ermita que había desaparecido! La joven lo cogió y lo examinó. Sí, definitivamente era el mismo libro.

Volvió a dejarlo en el cajón y luego se acercó a su esposo que aún dormía y lo llamó con suavidad. Él abrió los ojos, la miró y le sonrió. Ella también le sonrió.

-Te tengo una sorpresa.- le dijo Heliodora.

-¡Tú eres mi mayor sorpresa!- contestó él.

Ella se rió.

-¡No, otra sorpresa!-

Él se rió también, y se sentó en la cama y luego se acercó a su esposa y le dijo:

-Bueno, pero al menos me darás un beso de buenos días, ¿no?-

Y la besó con dulzura.

Cuando se separaron, mirándose tiernamente, Heliodora le dijo:

-Anda, levántate y mira lo que he encontrado.-

Él obedeció y se acercó hasta la mesita de noche de Heliodora y al ver el libro se quedó sorprendido. Luego miró a la joven y le dijo:

-¡Es el libro de la ermita!-

-¡Sí! ¡Así es!-

-Pero… ¿cómo ha aparecido ahí?-

-¡No tengo ni idea! ¡Yo me lo acabo de encontrar y estoy tan sorprendida como tú!-

El joven se quedó pensando y luego se dirigió hacia su propia mesita de noche. Abrió el cajón, sonrió y miró a Heliodora.

-¡Qué! ¿Qué pasa?- preguntó ella.

-¡Mira!- dijo el joven, metiendo la mano y sacando el diario del ermitaño, que también le había desaparecido misteriosamente a él.

-¡Oh!- exclamó Heliodora -¡Es el diario!-

-Sí.-

Los dos se quedaron pensativos y luego se miraron y se sonrieron.

-¿Estás pensando lo mismo que yo?- preguntó Andrés.

-Creo que sí, ¿vamos a la ermita, para comprobarlo?- dijo ella.

-¡Sí, vamos! – respondió él -Bueno, pero si te parece bien, vamos a desayunar antes un poco.

Heliodora se rió y contestó:

-Vale.-

Poco después, los jóvenes subieron dando un paseo hasta la ermita.

Andrés abrió la puerta de la capilla y los dos, cogidos de la mano fueron hasta la parte trasera del altar. El joven levantó la alfombra, y vieron la plancha de madera. Los dos se miraron y luego Andrés la levantó y se encontraron con la de acero. El joven la levantó también y allí estaba… la entrada al sótano.

Los dos se miraron emocionados y bajaron por las escaleras. Fueron hasta el recinto en el que vivían el ermitaño y su esposa, que como en la vez anterior estaba extrañamente iluminado. Allí, pudieron comprobar que todo estaba igual que la última vez que lo vieron, salvo un viejo papel de la época encima de la mesa.

Los jóvenes se acercaron y vieron que había algo escrito. Andrés lo cogió y se lo entregó a su esposa para que lo leyera:

"Queridos Heliodora y Andrés. Los sueños que habéis tenido, en realidad no han sido tales. Han sido recuerdos de una vida anterior. En aquella vida, había un inquisidor que vivía en el pueblo, y que en numerosas ocasiones nos quiso encarcelar a mi esposa y a mí para llevarnos a la hoguera, pero no lo consiguió, gracias a nuestra facultad de meternos en la cuarta dimensión con el cuerpo físico. Sin embargo, él supo que vosotros erais nuestros discípulos, y como aún no habíais tenido tiempo para trabajar psicológicamente y con vuestras energías internas, no habíais despertado las facultades que os hubieran ayudado a libraros de su crueldad. Desafortunadamente, fuisteis encarcelados y quemados en la hoguera. Sin embargo, como vuestro ánimo fue sincero y cuando las llamas os alcanzaron, os encomendasteis a vuestro Ser Interno, rogando que se os diera la oportunidad de poder encontraros de nuevo y volver a recibir el Conocimiento, se os concedió lo que tanto anhelabais. Por eso, os habéis conocido y habéis recibido esta Enseñanza que si la lleváis a cabo os liberará. Y por eso también, sois los únicos que conocéis el secreto de este receptáculo, y no debéis desvelar este secreto a nadie.

"Que vuestro Padre interno y vuestra Divina Madre os bendigan y no os olvidéis nunca de Ellos."

El ermitaño y su esposa.

Heliodora y Andrés se miraron emocionados y luego dejaron el papel en la mesa. Y ante sus atónitos ojos, el papel empezó a hacerse cada vez más transparente hasta que desapareció…

FIN

Más obras de la autora en: http://www.elenasantiago.info

Para quienes quieran profundizar: http://www.elenasantiago.info/para_profundizar.elena_santiago.htm

Reconocimiento – No Comercial – Sin Obra Derivada (by-nc-nd):
No se permite un uso comercial de la obra original ni la generación de obras derivadas.
http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/deed.es